

Sergio Olguín

LA FRAGILIDAD  
DE LOS CUERPOS



se

**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Un conductor de trenes se suicida y deja una carta en la que pide perdón por su responsabilidad en la muerte de cuatro personas. Las ambiguas referencias a un niño entre las víctimas llaman la atención de Verónica Rosenthal, la implacable redactora de la revista *Nuestro Tiempo*. Periodista de raza, apasionada defensora de la verdad y la justicia, fumadora empedernida, con especial debilidad por las bebidas alcohólicas y los hombres casados, Verónica no detendrá su investigación ante nada. Mucho menos ante los criminales y políticos corruptos con los que tendrá que enfrentarse. Pero Verónica descubrirá mucho más que una trama siniestra: se enfrentará al lado más oscuro de sus deseos junto a Lucio, un maquinista dispuesto a seguirla en los laberintos de un juego sadomasoquista de imprevisibles consecuencias. Una trama policial de ritmo trepidante, una historia de amor loco y un universo de personajes inolvidables, en la que los cuerpos —amados, perdidos, asesinados— ocupan un lugar preponderante.

**L**  **LIBROS**

Sergio Olguín

**La fragilidad de los cuerpos**

**Verónica Rosenthal - 1**

A Gabriela Franco, Natalia Méndez y Pablo Robledo

La verdad completa sobre alguien o sobre algo solo puede ser contada en una novela.

STEPHEN VIZINCZEY, *El hombre del toque mágico*

[...] debilidades estructurales en todos los campos, desventajas fundamentales considerables: una técnica y una economía atrasadas, una sociedad dominada por una minoría de explotadores y dilapidadores, la fragilidad de los cuerpos, la inestabilidad de una sensibilidad tosca, primitivismo del instrumental lógico, el imperio de una ideología que predica el desprecio del mundo y de las ciencias profanas. E indudablemente todos estos rasgos se seguirán dando a lo largo de todo el período que abordamos y que, sin embargo, es el de un despertar, un auge, un progreso.

JACQUES LE GOFF, *La Baja Edad Media*

Si querés un amante  
voy a hacer cualquier cosa que me pidas  
y si querés otro tipo de amor  
me pondré una máscara para vos  
si querés un compañero  
tomá mi mano  
si querés golpearme con odio  
aquí estoy soy tu hombre.

LEONARD COHEN, *Soy tu hombre*

## Prólogo

El edificio era antiguo, de no menos de ochenta años. Alguna vez había sido el Hotel Arizona, pero Alfredo Carranza no lo sabía ni tampoco le hubiera interesado. Él lo conocía como el edificio donde lo atendía el psicólogo que le había puesto la empresa. No sabía que en ese inmueble de Talcahuano al 1000 convivían consultorios de psicólogos y de médicos y estudios de abogados junto a las oficinas de alguna pequeña empresa y departamentos de prostitutas que atendían con discreción. El número de visitantes ocasionales era inmenso y por esa razón no había demasiado control en el ingreso, por más que el edificio contara con una recepción atendida por dos empleados.

Carranza sabía bien adónde iba. Había viajado en el colectivo 39 desde Constitución hasta la parada de Marcelo T. de Alvear al 1800, como hacía dos veces por semana desde tres meses atrás. Al doblar por Talcahuano sintió un viento helado que le dio de lleno. Era uno de esos anocheceres de otoño en los que el invierno ya se deja sentir en el aire que lija las caras. Carranza tenía puesto un pantalón marrón de gabardina, una camisa cuadrillé escondida debajo de un pulóver color crema y, encima de todo, una campera gris, tal vez demasiado liviana para un día tan frío. Estaba por largarse una tormenta. Los relámpagos iluminaban el cielo y en cualquier momento comenzaría un aguacero.

Carranza caminaba con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, la mirada perdida entre las veredas rotas y la mierda de los perros. En esas semanas se había familiarizado bastante bien con el edificio. Había descubierto la indiferencia con la que trataban a los visitantes y eso le había resultado alentador. No hubiera soportado la mirada de nadie entre la entrada y el consultorio del psicólogo.

¿Cuándo había comenzado a tomar forma en él lo que iba a hacer ese día? Tal vez fue la tarde en que salió del consultorio sin ánimo de enfrentar la calle, la gente, los colectivos, el regreso a casa, la familia, la mirada interrogante de su mujer, que intentaba descubrir en sus ojos si la terapia estaba surtiendo efecto.

Carranza cruzó la calle y apretó el papel que llevaba en el bolsillo izquierdo. Era una hoja rayada N.º 3 que había sacado de la carpeta de su hijo mayor. La había escrito encerrado en el baño, antes de salir de su casa, con esa letra

despareja que no había podido mejorar desde la escuela primaria. La había doblado en cuatro y guardado cuidadosamente en la campera.

*Nadie tiene la culpa de esto salvo yo.*

Unos metros antes de llegar al edificio, chocó con otra persona. Era un hombre joven que se molestó y le dijo que se fijara por dónde caminaba. Parecía dispuesto a pelear, pero tuvo que resignarse a seguir su camino porque Carranza le pidió disculpas sin mirarlo.

*No soporto más. Yo los maté. A los cuatro.*

Carranza entró al edificio y como era habitual nadie le prestó atención. La recepcionista morocha y bajita, de rostro alegre, no recordaría haberlo visto y si no hubiera sido por la cámara de seguridad de la entrada, la única que había en el edificio, habría sido difícil saber en qué momento había ingresado. Tampoco lo recordarían las personas que tomaron el ascensor con él, ni la señora que en el quinto piso amagó con subir y que le preguntó a Carranza si iba a la planta baja. Nadie lo vio entrar, subir al ascensor y bajarse en el último piso.

*Pensé que podía vivir con eso. Pensé que podía vivir con las muertes de los tres primeros. Pero con la del chiquito, no.*

No había nadie en la entrada de la terraza. El cielo encapotado brillaba con los relámpagos y unas gotas comenzaron a caer. Se acercó al borde de la terraza, una pared más bien baja, apenas algo más alta que su cintura. Apoyó las manos en el cemento húmedo y miró hacia abajo. Vio los autos detenidos por el semáforo y el paso apurado de las personas. Unos paraguas se movían de un lado a otro de la calle como las bolas de un juego electrónico.

*Yo sabía que ese día lo iba a matar. Que me iba a tocar a mí hacerlo. Todos lo sabíamos. Pasé mi vuelta esperando cruzármelos. En ese momento quería matarlos. A los dos. Por estar ahí, por querer arruinarme la vida.*

No había tiempo para nada más. Estaba todo decidido. Lo había pensado mucho y no le quedaba otra salida al abismo en que vivía. El profundo pozo en el que había caído hacía años, aunque hubiera hecho de todo para ignorarlo.

*Pero cuando aparecieron ya no quería matarlos. Quería que nada fuera así. Quería volver con Sandra y los chicos. Y lo maté, maté al chiquito. Perdón, perdón a todos, a su familia. Sandra, perdón. Cuidá a Dani y a Mati. Perdón. Ya no aguento más.*

Se subió con cierta dificultad a la pared que estaba resbaladiza a causa de la lluvia. Se paró como un nadador antes de hacer un clavado olimpico. Era sencillo. Solo tenía que adelantar un pie y saltar. La forma rápida de terminar con esa historia. Pero las piernas no le respondían, no se animaba a dar el paso adelante. El cuerpo se rebelaba contra lo que venía planeando. Algo de eso había imaginado que podía ocurrir. Metió la mano en el bolsillo derecho de la campera y buscó el arma que llevaba guardada. Su mano hizo lo que sus piernas se resistían a hacer. Se disparó en la sien y el cuerpo se desplomó como una roca,

rebotó contra la saliente del último piso y finalmente se estrelló en el asfalto de la calle. Hubo gritos de pánico, movimientos confusos alrededor del cuerpo, el sonido de una sirena de policía que se acercaba, otra sirena de una ambulancia en la lejanía. Todo bajo una lluvia cada vez más fuerte, más impiadosa, más desangelada.

**1**

**Reunión de sumario**

## I

Una buena razón para dedicarse al periodismo gráfico es que no hay que madrugar. Es cierto que cada tanto hay que cubrir algún hecho por la mañana y que también están los periodistas que trabajan en agencias de noticias o en páginas web que hacen el turno de mañana, pero la mayoría comienza su actividad después de las dos de la tarde. Aunque no fue este el principal motivo por el que Verónica Rosenthal abrazó su oficio apenas salió de la adolescencia, sin duda influyó notablemente.

—Las putas y los periodistas nos levantamos tarde —decía con voz dormida a las amigas que llamaban antes de las diez de la mañana.

En realidad, muy rara vez Verónica se levantaba al mediodía, pero le costaba arrancar. Como esa mañana. Con los ojos entrecerrados se metió en la ducha y dejó que el agua caliente recorriera su cuerpo como una caricia demorada y varonil. Desde que se había cortado el pelo por los hombros, sacrificando su melena castaña que antes peinaba cuidadosamente bajo el agua para no parecer la novia del rey León, perdía menos tiempo con la ducha matutina. Así que cuando terminó se envolvió innecesariamente el pelo corto con una toalla y buscó un o. b. en el mueble que reunía una variedad demencial de perfumes, talcos, tinturas que nunca había usado ni pensaba usar, desodorantes sin terminar, cajas de toallitas íntimas, una depiladora eléctrica que no funcionaba y hasta un nebulizador ultrasónico que le había prestado su hermana Leticia y que hacía un año que tendría que haber devuelto. Quedaba un solo tampón en la caja y calculó que debía de tener uno más en la cartera. Pasaría por la farmacia camino al trabajo.

Se puso ropa interior que no hacía juego: una bombacha multicolor, que jamás debería haber comprado y mucho menos usar, y un corpiño verde agua, que tenía el único mérito de ser más cómodo que los que usaba habitualmente. No quiso verse en el espejo de su cuarto. No mirarse era un hábito que crecía día a día desde que había cumplido treinta y su cuerpo había decidido ajustarse a la nueva década. Se había prometido ir al gimnasio o salir a correr por el Parque Centenario, o visitar un cirujano plástico, tres actividades que vivía postergando, sobre todo porque se daba cuenta de que los tipos eran mucho menos críticos de lo que ella hubiera esperado. Se quedaban con la imagen del jean ajustado, o del

corpiño que heroicamente le levantaba las tetas, o de una bikini que no acostumbraban a ver, y se perdían los detalles que a ella le preocupaban. Podía seguir esa farsa unos años más.

Necesitaba urgentemente prepararse un café.

No se sentía bien, pero no era porque estuviera menstruando. Le quedaba algo de resaca de la noche anterior. Sus amigas se habían reunido en su departamento y se quedaron hasta la madrugada bebiéndose hasta la última botella de vino y fumando hasta el último atado de cigarrillos y todo el porro disponible. Miró con horror el desastre de su living. Se suponía que habían levantado todos los platos en un gesto de solidaridad con ella, pero allí estaban los pocillos de café, algunas copas, los últimos ceniceros llenos, cajas vacías de CDs, CDs sueltos, libros sacados de la biblioteca y tirados en cualquier parte. Y pensar que ellas creían que le habían dejado el departamento ordenado porque le habían lavado unos platos y tirado al cesto los restos de la picada que habían cenado.

Hizo un gesto como negando la realidad de su living y fue hasta la cocina a prepararse el café.

Puso en la Volturmo dos generosas cucharadas de café Bonafide Fluminense y esperó a que el agua hervida subiera a la parte superior de la cafetera. Se lo sirvió en una taza grande que le había regalado su hermana Daniela. Lo cortó con un chorrito de leche descremada y lo tomó sin endulzarlo. A medida que bebía el café se sentía mejor. Igualmente tomó una Cafiaspirina Forte con un vaso de agua de la canilla. Decidió limpiar el living antes de terminar de vestirse.

## II

Había llovido toda la noche y parecía que el mal tiempo iba a continuar. A Verónica no le gustaban los paraguas, así que salió a enfrentarse con el agua con su piloto negro, variación impermeable del sobretodo que usaba los días de frío como los de ese fin de otoño. Le daba fiaca la idea de caminar hasta la parada del 39 y después tener que caminar tres cuadras más bajo la lluvia. Prefirió ir hasta la farmacia de la vuelta y luego tomar un taxi que la dejara en la puerta de *Nuestro Tiempo*.

No había comido nada con el café. Se sentía en ayunas, con náuseas y sin ganas de llegar en ese estado al trabajo. Le pidió al taxista que la llevara hasta Masamadre, un pequeño restaurante naturista que quedaba a tres cuadras de la redacción. Cualquier otro día hubiera ido a la cantina Rondinella o habría pedido *delivery* de McDonald's para comer en la cocina de la revista, pero cuando menstruaba le daba como un ataque de comida sana.

Llegó a la redacción cerca de las dos de la tarde. *Nuestro Tiempo* estaba ubicada en el tercer piso de un edificio de oficinas inaugurado hacía dos años. Todavía tenía ese aspecto de lugar nuevo y desolado que confirmaba que nadie vivía ahí.

La revista se había mudado poco después de que el edificio comenzara a funcionar y ocupaba dos pisos completos: el tercero para la redacción y el segundo para administración y los departamentos de publicidad, circulación y sistemas. En el tercero convivían periodistas, repartidos a lo largo de todo el piso, y diseñadores, retocadores y fotógrafos, agrupados según el oficio en cubículos de tamaño exiguo.

La primera persona a la que veía cualquiera que llegaba a *Nuestro Tiempo* era Adela, la recepcionista, una mujer a la que le faltaban pocos años para jubilarse y que contrastaba con la mayoría de las personas que trabajaban en la revista, que en general tenían menos de cuarenta. Verónica la saludó con un beso y Adela le entregó un sobre. Una invitación para un *vernissage* en el Malba. Debía averiguar si alguna de las chicas iba a concurrir. Sola se aburriría.

Verónica compartía una larga mesa con los demás integrantes de la sección de Sociedad: su editora Patricia Beltrán, otros tres redactores y un pasante. Salvo Patricia, estaban todos ya ubicados frente a sus computadoras.

—¿Y Patricia? —preguntó mientras colgaba su piloto en un perchero y se acomodaba el pelo mojado.

—¿No usás paraguas vos?

Roberto Giménez era uno de los redactores de la sección y la miraba como si estuviera frente a un jeroglífico.

—No me gustan. ¿Y Fallaci? —insistió.

—Reunida con Goicochea y algún otro. Acordate que en veinte minutos tenemos reunión de sumario.

No. No se acordaba. Lo suyo era negación: detestaba las reuniones de sumario porque duraban mucho y nunca se sacaba nada en limpio. Cada redactor proponía sus notas, discutía o afinaba las propuestas con Patricia, mientras los demás chequeaban sus celulares, hacían dibujitos en una hoja, o miraban melancólicos hacia fuera, como esperando que algún redactor de otra sección o un diseñador viniera a salvarlos. Nadie aportaba nada a las propuestas de los demás, por lo que Verónica pensaba que era más práctico juntarse a solas con su editora y no tener que perder una hora encerrada en la sala. Y había algo peor: como a las reuniones siempre se llegaba sin demasiado tiempo para pensar notas (porque se había cerrado alguna el día anterior, porque ya estaba en marcha un artículo nuevo, porque las mejores ideas surgían en los momentos más impensados, porque el mejor sumario para un medio de actualidad era justamente lo que estaba ocurriendo en ese momento), la mayoría de las propuestas eran pura formalidad, notas que nunca llegaban a realizarse. Algunas ideas se repetían semana a semana (el crecimiento del parque automotor, la excesiva medicación de los chicos muy activos, las mascotas exóticas de ricos y famosos), pero nadie las hacía, ni se hacía cargo de haberla presentado infinidad de veces. Patricia ponía cara de qué interesante tu propuesta o qué propuesta de mierda (según el humor del día) y seguía adelante. Al final Patricia repartía notas pensadas por ella, o bajadas desde la dirección (a diferencia de las reuniones de sumario de los redactores, las de los editores parecían más productivas, al menos a ojos de Verónica), o terminaba aceptando propuestas en cualquier otro momento de la jornada laboral.

Tenía veinte minutos para la reunión de sumario. Generalmente, con cinco le alcanzaba para armar un listadito de notas posibles que pasaran dignamente el juicio valorativo de su jefa. Sin embargo, ese día estaba con todas las luces apagadas. Tal vez porque el día anterior había entregado un largo trabajo sobre un negocio menor de la mafia de los medicamentos que actuaba en los hospitales públicos de la ciudad de Buenos Aires. Utilizaban el Plan Remediar (que daba medicamentos gratis a los pacientes) para hacer constar entregas de remedios que nunca llegaban al enfermo. El médico recetaba dos cajas de un antibiótico. Cuando el paciente iba a la farmacia del hospital, le entregaban una sola caja aduciendo que no quedaba más. El enfermo se iba y el farmacéutico anotaba dos

unidades entregadas. No es que se robara la otra caja. Nunca había llegado a esa farmacia, porque el laboratorio no la había enviado, pero sí facturado. Verónica había descubierto la conexión médicos-farmacéuticos-laboratorios sin demasiado esfuerzo (nadie se cuidaba demasiado en disimular su parte del delito) y el trabajo final salía publicado esa noche, en el nuevo número de *Nuestro Tiempo*.

Anotó en un documento de *word*: «Crecimiento del parque automotor en la ciudad y el resto del país. Qué se puede hacer con las calles y rutas colapsadas por la cantidad ingente de coches». Y se quedó mirando la pantalla de la computadora como si el documento pudiera sugerirle alguna nota más. Fue entonces cuando oyó la voz de Giménez:

—Ah, este tipo sí que la hizo bien. Escuchen —dijo reclamando atención, pero nadie apartó la mirada de su propia computadora o celular.

Verónica fue la única que lo miró, pero su compañero no se dio cuenta porque estaba leyendo su pantalla.

—Un empleado ferroviario se suicidó arrojándose desde la azotea de un edificio de Talcahuano al 1000. Cayó en el asfalto, por lo que el tráfico por Talcahuano estuvo interrumpido durante más de una hora. ¿No es genial? En vez de tirarse bajo un tren para joder a sus compañeros el tipo prefirió fastidiar a los colectiveros y taxistas.

—Se habrá matado por amor —aventuró Verónica mientras volvía a su archivo de *word* apenas escrito—. En ese edificio o en el de enfrente debía vivir la novia o la amante y habrá querido llamar la atención de su chica. Así son todos.

—¿Todos los hombres? —Bárbara McDonnell, la redactora que se sentaba frente a ella preguntaba, sin dejar de tipear frenéticamente.

—Digamos que todos los psicópatas suicidas —aclaró para no entrar en esas polémicas varón-mujer que a Bárbara le encantaban.

—Error —dijo Giménez—. Acá el cable dice que el tipo dejó una carta en la que decía que se arrepentía de los crímenes cometidos. Parece que era un *serial killer* o algo así.

Un suicida asesino, un criminal con sentimiento de culpa. No sonaba mal. Tal vez no fuera un artículo con mucha pulpa periodística; sin embargo, como historia parecía atractiva. Ella no era una periodista especializada en policiales, pero las historias morbosas le llamaban siempre la atención. Soñaba con hacer la crónica de un asesino antropófago, o de una *mãe* umbanda que tomara sangre de chicas vírgenes.

—¿Dónde leíste lo del ferroviario?

—Está en la cablera de Télam.

Verónica leyó el cable de la agencia de noticias y vio un posible artículo. Como el especialista de policiales se había ido hacía un mes a un diario nacional, las notas de crímenes y delitos se repartían anárquicamente entre los demás

redactores. Verónica temió que Giménez quisiera escribir sobre el suicida asesino, así que tanteó el terreno.

—¿Viste que los suicidas nunca son nota?

—Es para que no funcione el efecto imitativo. Parece que cuando se publica cómo se suicidó alguien, enseguida se pone de moda y salen un montón de boludos a hacer lo mismo. Hasta hace poco en *La Nación* no se podía escribir « se suicidó» . Había que poner « se quitó la vida» .

—Qué imbéciles. ¿Pensás proponer una nota sobre ese tipo? El cable es bastante escueto.

—No. Los muertos me cansan.

—Por ahí escribo algo yo. Aunque más no sea para escribir « se suicidó» .

Se había sacado a Giménez de encima. Leyó de nuevo el cable. ¿Qué había en esas veinte líneas que le atraía especialmente? Tal vez el fragmento de la carta que reproducían. No estaba dirigida ni a su familia ni a un juez y pedía disculpas por sus crímenes, especialmente por la muerte de un chico. Entonces la carta ¿era una confesión o una explicación?

Patricia Beltrán salió de la dirección junto al secretario de redacción. Se acercó a sus redactores y les pidió que fueran a la sala de reuniones. Verónica tipeó a las apuradas un resumen del cable e imprimió la página junto a su otra propuesta de nota. Con suerte, no tendría que hacer el artículo sobre el crecimiento exponencial de los automóviles en la Argentina.

### III

Salió de la reunión de sumario con jaqueca. Buscó un blíster de aspirinas que tenía en el cajón de su escritorio. Se tomó una. Patricia había escuchado las propuestas y había repartido notas para hacer. Quería que Verónica se pusiera a producir un artículo sobre la tendencia de parir en la casa.

—Mi abuela tuvo a mi madre en el medio del campo —dijo Patricia—. Pensé que la humanidad había avanzado, pero unas chicas ricas parece que quieren volver a los tiempos oscuros.

A Verónica no le disgustaba la propuesta. El tema de la maternidad la tenía sin cuidado. Era algo que podía llegar a ocurrirle en unos siglos. Pero la idea de parir en su habitación con la ayuda de una comadrona le producía el mismo horror que a su editora.

Cuando ya había aceptado buscar futuras madres *new age*, Patricia miró su hoja de apuntes y dijo:

—Uy, no tengo ninguna nota de policiales. ¿Alguien tiene algo?

Nadie dijo nada, salvo Verónica.

—Anoche se suicidó un ferroviario.

—Suicidios no cubrimos salvo que sea una celebridad.

—El hombre dejó una carta donde decía que se mataba porque no soportaba la culpa por los asesinatos que había cometido.

—¿El tipo era un asesino impune? ¿A quién mató?

—Así parece. Hasta ahora solo hay un cable de Télam que no dice mucho, pero parece que entre las víctimas hay un chico.

—Ah, se pone bueno. Si encontrás alguna punta puede dar para una doble.

—¿Me pongo con el suicida culpógeno o con las embarazadas boludas?

—Empezá por el suicida.

Lo primero que debía hacer era conseguir la carta para leerla detenidamente. No resultaría difícil hacerse de una copia. Fiscales y jueces se mostraban generosos con los periodistas, siempre y cuando no se tratara de una causa sensible, y muchas veces, incluso en esos casos, no tenían problemas para compartir pruebas, testimonios o lo que fuera. Y cuando algún juez o fiscal se hacía el difícil, Verónica sacaba entonces a relucir su apellido: Rosenthal. Muy rara vez un integrante del poder judicial no le preguntaba cuando ella se

presentaba:

—¿Algo que ver con Aarón Rosenthal?

Y ella con tono de resignación muy calculado dejaba caer:

—La hija menor.

O habían sido alumnos de su padre, o habían tenido que vérselas con el Estudio Rosenthal en alguna causa, o habían tenido algún otro vínculo que a ella se le escapaba y tampoco quería conocer. Solo deseaba que le pasaran el material que necesitaba.

El cable de la agencia agregaba que había actuado el juez Pablo Romanín. Ella ya lo conocía de alguna otra causa. Era un hombre cercano a los sesenta años, bronceado de lámpara y con aspecto de yuppie más que de juez. Sin embargo, parecía un tipo bastante serio a la hora de actuar. Buscó el número del celular del doctor Romanín y lo llamó. El tono mala onda con el que la atendió cambió totalmente cuando le dijo quién era.

—Mi señora compra siempre *Nuestro Tiempo*. ¿Cómo anda la revista? Se la ve en todos lados.

—Bastante bien. Doctor, lo molesto por una causa que cayó en sus manos. La del empleado ferroviario que se suicidó saltando de un edificio de Talcahuano.

—Ah, sí. Me vino a ver un colega tuyo de Télam esta mañana.

—Sí, publicó un cable. Me gustaría poder leer la carta.

—No hay problema. Pido que te la manden por *email*. O la recibís hoy a última hora, o mañana temprano.

—¿Se sabe algo de los crímenes a los que hace referencia en esa carta?

—Justamente estamos haciendo algunas diligencias al respecto. ¿Por qué no me llamas mañana que seguro tengo novedades?

—Si no le molesta prefiero pasar por su oficina, así me cuenta bien.

El juez le mandó saludos para su padre antes de cortar. Hasta que le mandaran la carta y el juez le pasara algún dato más, no tenía mucho para hacer. Se quedó un par de horas en la redacción enviando *emails* y más tarde se reunió con un redactor de la sección de Política que pensaba seguir investigando los nexos del Ministerio de Salud con la estafa con medicamentos en hospitales públicos. Verónica no le dijo que ella ya había chequeado todas las posibles ramificaciones del caso y no había descubierto nada. Le pasó teléfonos y direcciones de correo electrónico de fuentes que él creía que le podían servir y que Verónica ya había descartado. Un periodista con experiencia se hubiera dado cuenta de que si ella contara con algo interesante hubiera seguido con el tema en otra nota. Pero el editor de Política —que era además secretario de redacción— era un tipo demasiado joven para su puesto y siempre meaba fuera del tarro. Lo que no tenía de pedante, lo tenía de torpe. Verónica no lo soportaba por cuestiones profesionales y también personales.

Cuando terminó con todo eran las seis de la tarde. Ya se había hecho de noche

y no paraba de llover. Pidió un radio-taxi. Quería ver el edificio desde el que el suicida había saltado al vacío.

## IV

Veinticuatro horas después de que Alfredo Carranza saltara al vacío, no quedaba nada que lo recordara en la calle Talcahuano al 1000. La lluvia parecía haber borrado las huellas de su muerte para tranquilidad de los vecinos. Verónica miró la fachada del edificio desde la acera de enfrente y le resultó tétrico. Un buen edificio para tirarse desde la terraza, pensó. La puerta de entrada permanecía abierta, algo bastante inusual en Buenos Aires.

Verónica cruzó la calle y entró a ese viejo hotel de lujo devenido en departamentos de profesionales y oficinas. En la recepción había dos personas: un hombre mayor que parecía vigilar a los que entraban pero sin impedir el ingreso, y una joven recepcionista que hablaba por teléfono. Verónica se acercó a la chica y esperó hasta que terminó de hablar.

—Disculpame que te moleste, ¿te puedo quitar un minuto?

Le explicó que era periodista y que estaba tratando de averiguar sobre la persona que la tarde anterior había saltado desde la terraza. Como la mayoría de las personas en esas circunstancias, la chica estaba dispuesta a hablar con la prensa. Pero lamentablemente no sabía demasiado. Le dijo que nadie del edificio se había mostrado especialmente compungido. La chica quería hablar, ayudarla con algún dato. Ella no había visto el cadáver, no se había animado, pero el portero sí. El portero era el hombre que estaba también en la recepción. Salvo una descripción de película de terror sobre el cadáver estrellado contra el pavimento, el portero no pudo aportar tampoco nada cuando habló con Verónica. Preguntó si podía visitar la terraza y le dijeron que no, que la policía había precintado la entrada.

Cuando Verónica salió del edificio ya no llovía. No había conseguido nada que le sirviera para saber más de Carranza. Se sentía al comienzo de algo, pero se movía más por instinto que gracias a alguna pista. No tenía siquiera una copia de la carta. Mejor era armarse de paciencia y esperar hasta el día siguiente, cuando se encontrara con el juez Romanín.

Tenia la boca seca. Necesitaba un trago pronto. Estaba cerca de Milion, pero la idea de cruzarse con algunos habitués (un ex, pretendientes de edad y estados civiles diversos, conocidos que calificaban su estatus en función del trago pedido y de la persona a la que intentaban seducir esa noche) le quitaba las ganas. Y si

iba a algunos boliches del Bajo como La Cigale o Dadá, no iba a poder sacarse a los moscardones que se tiraban encima de cualquier chica que estuviera sola. Decidió caminar por Córdoba hasta Florida e ir al Claridge. Ahí al menos nadie la molestaría. Le gustaba el bar del Claridge porque siempre había viejitas tomando el té conviviendo con empresarios provincianos que ahogaban en alcohol tener que soportar el ritmo porteño. Cualquiera que tuviera menos de cuarenta años y concurriera al Claridge podía ser tomado por un niño. Y ella todavía estaba muy lejos de los cuarenta. Apenas había pisado los treinta y todavía le quedaba casi una década para sentirse una niña en la barra o en las mesas del Claridge.

Se sentó en uno de los taburetes de la barra solitaria.

—Un Jim Beam doble con hielo.

Un punto a favor para ir sola de copas era no tener que dar explicaciones acerca de por qué prefería el *bourbon* al *whisky* escocés, y sobre todo no tener que soportar que sus amigas la miraran con cara de asco mientras pedían un *Sex on the Beach* o un mojito de segunda hecho con menta, o cualquier otro cóctel al que le pudieran agregar la palabra *frozen*. La desventaja era que le gustaría charlar con alguna amiga mientras tomaba de a sorbos su vaso con la vista concentrada en las botellas multiformes de los estantes que estaban contra la pared del bar. Llamó a Paula. La atendió pero inmediatamente su amiga se puso a hablar con otra persona a los gritos.

—Juanfra no se quería ir a bañar. Pero ya está. Ya se metió en el baño. Pensalo bien antes de tener hijos.

—No está en mis planes inmediatos.

—Con vos nunca se sabe. ¿Novedades del Marinero Bengali<sup>[1]</sup>?

Movió con el dedo índice los hielos de su *bourbon*. Con sus amigas tenían la costumbre de no llamar por el nombre a los tipos salvo que pasaran a tener con alguno de ellos una relación más formal. Mientras eran amantes, novios ocasionales, tipos que les gustaban pero no les daban bola, tenían siempre un sobrenombre construido a partir de alguna característica, casi siempre exagerada al ridículo. Un pelirrojo podía ser el Hombre de Fuego, un médico se convertía en Dr. House, un eyaculador precoz era conocido como Mr. Veloz y un músico de rock era Charly García, por más que no se pareciera en nada a Charly. El Marinero Bengali era un arquitecto bastante exitoso que tenía un velero realmente imponente y que la había llevado a pasear hasta la costa uruguaya. Siempre que habían tenido sexo lo hicieron a bordo de su barco, lo que había llevado a que sus amigas sacaran decenas de conclusiones sobre sus necesidades, limitaciones, fetiches y fantasías. Lo cierto es que el Marinero Bengali (que durante un corto tiempo fue conocido como Sandokán, pero pegó mejor el apelativo que le puso Paula) se había convertido en una relación de cierta habitualidad para Verónica. Llegaron a verse casi semanalmente. Pero hacía un

mes que el tipo no llamaba ni enviaba *emails* ni mensajes de texto. Ella le había dejado un mensaje en su celular y le había mandado un *email*. Pero nada.

—Naufragó. Se ahogó antes de llegar a Carmelo.

—¿Y te tiene mal?

Volvió a jugar con los hielos de su vaso. Se secó el dedo pasándolo por una servilleta de papel. Hubiera preferido fumarse un cigarrillo, pero en el bar no se podía. Odiaba no poder fumar en los bares.

—Me gustaba el barquito. Pero la verdad es que el tipo no daba para más de un *email* y una llamada. Si no aparece, se lo pierde.

Le gustaba hablar con sus amigas, con Paula especialmente. No era la primera vez que iba a un bar y marcaba el número de alguna de ellas. A veces la comunicación se interrumpía porque la amiga de turno debía pagar el taxi en el que estaba viajando, o ayudar con la tarea a su hijo (en el caso de Paula), o prestar atención a un jefe inoportuno.

Media hora después, Verónica y Paula cortaron. El vaso estaba vacío. Pensó en pedir otro Jim Beam, pero prefirió ir a su casa para ver si le habían mandado la carta del suicida. Tenía que comprarse un celular que le permitiera chequear el correo en cualquier parte.

## V

Cuando a la mañana siguiente se dirigió a Tribunales, Verónica ya había leído varias veces la carta del ferroviario que un asistente del juez Romanín le había enviado a primera hora. La carta estaba tipeada y pasada a un archivo de *word*. Era necesario ver el original, pensó Verónica, ver la letra del suicida, observar las marcas del papel, si existía alguna palabra remarcada, si le temblaba el pulso al escribir alguna frase, o cualquier otro rasgo de la escritura.

Básicamente, la carta era una confesión. Decía haber matado a cuatro personas, de las cuales una era un chico. Pedía también perdón a su familia, a las víctimas. Donde más se detenía era en la muerte del chiquito, como si las otras muertes no fueran tan importantes o si esa muerte hubiera quebrado algo. ¿Un pacto con cómplices? ¿Los otros crímenes eran, por así decirlo, naturales y el del pequeño un asesinato que escapaba a la lógica? ¿A qué lógica?

Llegó temprano a Tribunales. Era una zona que conocía bien: había hecho la escuela secundaria en el ILSE, casi enfrente del Palacio, y su padre tenía el estudio jurídico en Tucumán al 1400 desde antes de que ella naciera; un estudio de aspecto solemne que con su madre y hermanas visitaban antes o después de ir al cine. Conocía cada bar de la zona, cada parada de colectivo, cada librería comercial, cada puesto de la feria de libros de la Plaza Lavalle, cada árbol de la plaza. Nunca hubiera dicho que se había criado en Tribunales, pero en esas manzanas había pasado muchos días de su infancia y su adolescencia.

En cambio, el Palacio de Tribunales seguía siendo un misterio para ella a pesar de las veces que ya había concurrido en busca de información. En el pasado había sido el lugar donde su padre libraba batallas épicas, como un príncipe en el castillo de un enemigo. Así al menos lo imaginaba ella, sobre todo cuando el padre desaparecía durante semanas, física o mentalmente. Si estaba en la casa era una especie de fantasma que hablaba por teléfono o recibía gente en la biblioteca. Cada tanto volvía a la vida cotidiana sonriente y triunfador. No recordaba verlo nunca derrotado. En ese edificio lleno de escaleras y de puertas que no daban a ningún lado, de una arquitectura demencial pocas veces vista en Buenos Aires, donde confluían todos los abogados, ahora estaba ella subiendo por una escalera de mármol hacia el despacho del juez Romanín. Y cada pasillo poblado de gente y corbata le seguía despertando el mismo misterio que el

castillo de su infancia en el que perdía a su padre.

Después de varias vueltas y cruces llegó hasta el juzgado criminal de Romanin. El juez todavía no había llegado, pero apareció a los cinco minutos. Le pidió disculpas por la demora, dio algunas indicaciones a sus empleados y pidió dos cafés. La hizo pasar a su despacho. Romanin, más allá de los esfuerzos que hacía para mantenerse joven, era un hombre ya mayor. No debía de faltarle mucho para la jubilación. Verónica desconocía el vínculo con su padre, pero por lo que el juez dejaba traslucir le tenía cierto afecto. Incluso estaba al tanto de que su madre había muerto hacía ya cinco años.

—¿Recibiste la carta del occiso?

—Muchas gracias, doctor, la recibí esta mañana.

—El hombre se quería suicidar sin ninguna duda. Se disparó en la sien y después cayó al vacío.

—¿No hay posibilidad de que lo hayan obligado a ir hasta ahí para pegarle un tiro?

—No. Todas las pruebas periciales indican que el arma la tenía en su mano derecha. Además había restos de parafina. No hay ninguna hipótesis que nos permita sospechar que tuviera enemigos.

—En la carta habla de cuatro homicidios. ¿Se sabe algo de eso?

El juez se arrellanó en su sillón y la miró con una sonrisa.

—Si tu interés se debe a que creés que el difunto era un asesino, temo que te voy a desilusionar.

Buscó entre unas carpetas que tenía sobre su escritorio. Se quitó los anteojos para ver mejor de cerca. Leyó algo en un susurro incomprensible, bajó la carpeta, se acomodó los anteojos y siguió hablando.

—El pobre hombre no asesinó a nadie. Bah, *stricto sensu* sí, pero ningún juez lo condenaría, a pesar de que estuvo bajo arresto algunas horas. Carranza era conductor de trenes del ferrocarril Sarmiento. Y atropelló a cuatro personas. En distintos viajes a lo largo de tres años.

—¿Quiere decir que los cuatro muertos de los que habla en su carta fueron resultado de accidentes ferroviarios?

—Suicidas, distraídos. Accidentes, sí. Tengo aquí la foja de trabajo que nos dio la concesionaria TBA, donde constan los cuatro incidentes fatales.

—¿Uno es el de un chico?

—Exacto. Sí, un N. N. Nunca se pudo identificar el cadáver ni tampoco nadie reclamó el cuerpo.

Se quedaron en silencio. Verónica trataba de encajar la información en el cuadro de situación que se había ido armando en la cabeza.

—O sea que Carranza se suicida porque atropelló a cuatro personas en sendos accidentes.

—Parece que los maquinistas quedan bastante traumatados. De hecho, te voy a

dar un dato muy interesante: ese hombre se suicidó en el edificio donde lo atendía su psicólogo. Hacía terapia enviado por la empresa. Hablamos con el psicólogo y, si bien se escudó en el secreto profesional, nos dijo todo lo que necesitábamos saber: Carranza había quedado shockeado por los accidentes y tal vez eso había despertado una tendencia suicida que ya estaba en él.

—Entiendo que debe ser una situación aterradora arrrollar a una persona con un tren, pero ¿eso puede llevar a alguien a matarse?

—Mirá, Verónica, nosotros juzgamos hechos. Y muchas veces también intenciones. Pero, para serte sincero, sabemos muy poco de las motivaciones reales que llevan a la gente a delinquir, matar o suicidarse. Para eso están los psicólogos y ustedes, los periodistas.

—Los periodistas —repitió Verónica—. En otra época los que más sabían de los secretos del alma eran los poetas. Si estamos en manos de psicólogos y periodistas, son malos tiempos.

Verónica le pidió ver el original de la carta. El juez la buscó en el expediente y se la pasó. La recorrió un escalofrío. En esa hoja de cuaderno, en esa letra despareja, el suicida dejaba de ser un asunto abstracto para convertirse en algo real. La muerte estaba en esas palabras escritas mucho más que en el cadáver.

Le devolvió la carta y se puso de pie para despedirse cuando la asaltó una duda.

—Una pregunta más: ¿toda esta información fue corroborada por la familia?

—Hablamos con su esposa. En estos casos, la familia queda muy golpeada. Nos dijo que se imaginaba que algo así podía ocurrir y que ella no se perdonaba no haber hecho nada para impedirlo. Como verás, la culpa es como una mancha de aceite que va corriendo de cuerpo en cuerpo: alguien salta bajo un tren, vaya a saber por qué razón, lo que despierta en un maquinista la culpa que lo lleva al suicidio, que hace sentir culpable a un ser querido por no haber tomado suficientes precauciones. Y estoy seguro de que esa señora las tomó, que el maquinista hizo lo que pudo con el tren y que el primer suicida debería haberle dado una oportunidad a la vida. En fin... No quiero ponerme melancólico.

## VI

Si alguien le hubiera preguntado a Verónica por qué calles anduvo durante la media hora siguiente a la entrevista con Romanín, a ella le habría costado reconstruir el recorrido. Su mente estaba totalmente concentrada en los nuevos datos que le había dado el juez. Lo cierto es que ahora se hallaba en un bar de Avenida de Mayo leyendo por enésima vez la carta del suicida. Había demasiados cabos sueltos en esa confesión como para conformarse con la explicación de Romanín. Los jueces —había dicho ella alguna vez discutiendo con su padre cuando todavía discutían por estas cosas, hacía ya varios años— no quieren impartir justicia sino cerrar casos. Si las pruebas y las evidencias señalaban la culpabilidad o la inocencia del acusado, actuaban en consecuencia. Jamás pensaban o se preocupaban por las causas más profundas, por las razones que iban más allá de lo evidente. Por eso —le decía Verónica a su padre— prefería ser periodista: pasaba la línea en la que los jueces se detienen. La conciencia de un magistrado —sentenciaba apasionadamente viendo el enojo creciente de su padre— se conforma con las formas más superficiales de la justicia.

Y para Verónica, Romanín era de esos jueces que se conformaban con poco. Un tipo se pega un tiro y salta desde una terraza. Suicidio. Caso cerrado. Que pase el siguiente.

Carranza se suicidó, no había dudas. Había atropellado a cuatro personas conduciendo su tren. Estaba yendo a terapia por el trauma que le habían producido los accidentes. Por lo que decía la carta, las tres primeras muertes, las de los adultos, las había podido sobrellevar, pero no la última, la del chico. Y ahí la carta empezaba a decir más de lo que estaba escrito.

«Yo sabía que ese día lo iba a matar». ¿Cómo podía saber Carranza que iba a atropellar al chico? ¿O se trataba simplemente de una forma de expresarse? ¿Una especie de premonición?

«Que me iba a tocar a mí hacerlo». ¿A él y no a otro? ¿Le iba a tocar por casualidad o por alguna razón? ¿Cuál era esa razón, si es que existía?

«Todos lo sabíamos». El cambio de singular a plural le parecía a Verónica la prueba más clara de que estaba pasando algo más que un simple suicidio. Y que ese plural implicaba a varias personas. ¿A quiénes? Si todos lo sabían, no era un

presentimiento, sino un hecho cantado. Y si se sabía que iba a ocurrir, ¿por qué no lo evitaron?

« Me pasé mi vuelta esperando cruzármelos» . Otro plural inquietante. Arrolló a un chico que no estaba solo. ¿Cómo se salvó el otro? ¿O alguien empujó a ese chico abajo del tren? En ese caso, había un criminal que no era el maquinista. ¿Carranza lo conocía? ¿Había algún tipo de acuerdo entre ellos?

« En ese momento quería matarlos. A los dos. Por estar ahí, por arruinarme la vida. Pero cuando aparecieron ya no quería matarlos» . Ese deseo cambiante o contradictorio le recordó a Verónica un episodio reciente: ella jamás había atropellado a nadie, pero hacía poco tiempo un motociclista se le había cruzado delante del auto que le había prestado su hermana Leticia. Primero sintió el terror ante la idea de pisar a alguien, pero después, cuando no había ocurrido nada salvo un frenazo, crecieron en ella unas ganas terribles de pasarle por encima a ese pelotudo con casco que siguió lo más tranquilo por la avenida Córdoba. Tal vez fuera eso lo que le había ocurrido a Carranza. Ganas de matar porque había sentido el terror de poder matar.

Demasiadas dudas para resolver sola. Llamó a su editora. No podía esperar a verla a la tarde en la revista. Además, sabía que a Patricia no le molestaba que la llamaran por trabajo a cualquier hora.

—Perdida como en la isla de *Lost* —respondió a la pregunta de Patricia sobre cómo andaba su investigación.

—Pero ¿hay crímenes o no?

—El juez Romanín dice que no. Arrolló a cuatro personas en sendos accidentes. Tres tipos y un chico.

—Me lo imaginaba ayer mientras proponías la nota.

Le molestaba que su editora estuviera un paso delante de ellos, sus periodistas.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque imaginarse algo no es saberlo. Principio básico que no se enseña en las escuelas de periodismo.

—Pero la carta hace ruido por todos lados. Hay algo raro, Pato. No sé dónde, pero algo hay seguro.

—Entonces no tacho la nota para esta semana.

—Para esta semana tachala seguro, pero voy a seguir investigando. Necesito una punta.

—¿Sabés cómo seguir?

—Debería conseguir los datos de los muertos. Hablar con alguien de TBA.

—¿Atropelló a cuatro personas en cuánto tiempo?

—Tres años.

—Yo llego a pisar a alguien con el auto y no manejo más.

—De algo hay que trabajar.

—¿Un empleado tiene cuatro muertes en tres años y la empresa lo deja

seguir trabajando en ese sector? Habría que ver si hay otros conductores de trenes en la misma situación. ¿Cuántos muertos hay por año? ¿Cuál es el protocolo cuando un maquinista atropella a alguien?

—No creo que sea el tipo de información que me vaya a dar el responsable de relaciones públicas de TBA.

—Se llama vocero. Ese tipo de empresas tienen voceros, como los ministerios.

—¿Ves alguna luz?

—Ninguna. Pero primero tendrías que resolver los ruidos que te hace la carta. Empezá por la familia del conductor. Tratá de hablar con algún allegado y por ahí te ilumina el camino hacia la empresa.

Patricia siempre sabía por dónde tenía que ir un periodista. Veía donde otros permanecían miopes o totalmente ciegos. A Verónica eso le despertaba tanta admiración como irritación, porque sentía que ella misma hubiera llegado a esa conclusión cinco minutos después. Pero Pato siempre estaba antes ahí. Se adelantaba una o varias jugadas, como hacía un buen ajedrecista.

Verónica marcó el celular del juez Romanín. Se disculpó por volver a molestarlo.

—¿Usted sabe dónde lo velan a Carranza?

—Lo velaron. Ya debe estar camino al cementerio de Avellaneda. Lo enterraban al mediodía.

Pagó el café, salió a la calle y paró un taxi. Si tenía suerte iba a llegar al funeral antes de que se dispersaran los deudos.

## VII

No sabía dónde quedaba el cementerio de Avellaneda. Su conocimiento de esa localidad se limitaba a las canchas de Independiente y Racing, la estación de tren, la calle que llevaba a los estadios, la calle Alsina y la avenida Mitre. No le parecía conveniente llegar al cementerio de Avellaneda con un taxi de Capital. Llamaría demasiado la atención. Así que al taxista le indicó la avenida Mitre al 500 (donde fuera la avenida Mitre al 500, esperaba que existiera).

Llamó a su hermana Daniela. Había quedado en almorzar con ella, pero le iba a ser imposible llegar a tiempo. Se sintió un poco culpable de cancelarlo, porque era muy común que tuviera que suspender los encuentros con sus hermanas. Tenía la mala suerte de que algo ocurriera cada vez que quedaban. Ellas pensaban que eran excusas. Verónica no quería creer que lo suyo era un síntoma de la fobia que le producía la vida familiar.

A poco de dejar atrás el Puente Pueyrredón y de que el taxi tomara por la avenida Belgrano, Verónica vio una remisería. Le dijo al taxista que se bajaba ahí. Lo mejor era seguir viaje en un remis local.

El remisero la llevó hasta la oficina de informes, dentro del cementerio mismo. Ahí averiguó que ya deberían estar enterrando a Carranza a seiscientos metros de ahí. Le pidió al chofer que la esperase y buscó sola la parcela donde le habían dicho que estaban los deudos del ferroviario. En los senderos del cementerio quedaban algunos charcos de agua de la lluvia de los días anteriores. Oía a tierra húmeda y, si hacía abstracción de las tumbas a su alrededor, podía sentir que caminaba por un campo embarrado.

Vio a lo lejos un grupo nutrido de gente en el lugar que le habían indicado en la oficina. Se acercó a paso normal. Debían de ser una treintena de personas o más. Le costaba siempre calcular la cantidad de presentes en cualquier evento. Se acomodó atrás de todo. No quería parecer una curiosa sino alguien del cortejo. Llegó justo cuando acomodaban el cajón en el fondo del pozo. La mayoría se acercaba a tirar un puñado de tierra sobre el féretro. Se escuchaban llantos y pudo reconocer a quienes sin duda eran la esposa y los hijos: abrazados los tres como un solo cuerpo, como rodeados de una capa magnética que no permitía que nadie más se uniera a ese abrazo y los consolara. Había también una mujer que se acercó al pozo, tiró el puñado de tierra y se quedó mirando al

fondo, como si esperase que algo pasara, que cambiase la realidad y que desde la tumba apareciera él. Alguien se acercó, la tomó de los hombros y la alejó de allí. Sobre uno de los costados había un grupo de hombres solos: debían de ser los compañeros de trabajo de Carranza. Para no dudar en el número los contó: nueve. Estaban serios; no lloraban, pero tampoco consolaban a los demás. A Verónica le hubiera convenido estar cuando había llegado el cortejo y ver cuál de sus compañeros había llevado el cajón del coche fúnebre a la tumba. Trató de descubrir algún gesto, algo que le permitiera deducir que uno de ellos era más amigo de Carranza que el resto. Pero no. Era un bloque que se recortaba del resto de los deudos, una especie de cuña metida en el funeral. Por un instante sintió que uno de ellos se destacaba de los demás. Mantuvo la mirada en él, pero no observó ningún gesto que apoyara racionalmente su presunción.

La ceremonia del entierro había terminado. La gente se dirigía a los autos. Los compañeros fueron rumbo a la salida. Verónica pensó en acercarse y hablar con ellos, pero escuchó que un hombre mayor le decía a una anciana que estaba con él:

—¿Le diste el pésame a la hermana?

—¿A quién? —dijo la mujer en un tono más alto. Debía de ser algo sorda.

—A Carina, la hermana de Alfredo.

Los dos viejos se dirigieron hacia la mujer que se había mantenido cerca de la tumba más tiempo de lo normal. Verónica fue detrás de ellos.

La pareja saludó a la mujer, que debía de tener unos cuarenta y cinco años. Ella agradeció aturdida y los ancianos se pusieron a un costado. Verónica se acercó y le dio un beso como si fuera una conocida de su hermano. La mujer seguramente había saludado a muchos desconocidos ese día.

—Carina, perdoná que te moleste en este momento terrible.

—¿Eras compañera de Alfredo?

—No, soy periodista. No quiero molestarte, pero en algún momento quisiera hablar con vos de tu hermano.

Carina le dedicó una mirada hosca. Un hombre comenzó a acercarse a ellas.

—Mi hermano se mató. No hay más nada.

El hombre tomó suavemente a Carina de un brazo. Le dijo que la acompañaba hasta el auto. Ella se dejó conducir y caminó hacia un automóvil detenido a cincuenta metros de ahí. Verónica fue a su lado.

—Tu hermano sufría mucho. Y la empresa para la que trabajaba no hizo nada por él.

—Le pagaban un psiquiatra o algo así —dijo Carina sin mirarla.

—Yo creo que la empresa es responsable de lo que le pasó a tu hermano —le tomó la mano y le puso una tarjeta suya—. Ahí está mi teléfono. Por favor, llámame.

Carina movió la cabeza con un gesto que podía ser un signo afirmativo o un

pedido de que se alejara, cosa que Verónica hizo al instante. Dudaba de que Carina la llamara, pero si no lo hacía en los próximos días, buscaría la manera de encontrarla.

## VIII

El fin de semana pasó sin pena ni gloria. El viernes a la noche fue al bar Martataka porque sabía que varias de sus amigas iban a ir. Cuando llegó estaban Alma, Marian, la Otra Verónica y Pili, también conocida como la Gallega. Faltaban Paula —que debía cuidar a su hijo— y algunas otras chicas de viaje, o de novias, o deprimidas comiendo chocolate y viendo una temporada completa de alguna serie en su departamento.

Necesitaba ese tono de jolgorio, superficial, autoalabatorio y furiosamente cínico con el resto de la humanidad, especialmente con los hombres que andaban por sus vidas o los que se exhibían esa noche en el bar. Unas mesas más allá había un grupo de varones, a los que conocían. En realidad, era un grupito bastante similar al de ellas en edad y profesión. Había algún periodista, algún escritor que vivía de sus talleres, un psicólogo, un profesor de filosofía. Entre idas y venidas y salidas a la calle para fumar, alrededor de las once de la noche, medio grupo de chicas se había pasado a la mesa de los varones y viceversa. Verónica había quedado al lado del escritor que vivía de sus talleres. Le insistía en que ella debía escribir ficción.

—Cuando leo tus notas veo que están tan bien escritas, con tanto estilo, que pienso que deberías dedicarte a escribir novelas o cuentos. ¿No te parece?

—Bueno, después de un comentario tan demagógico no tengo mucho margen para reflexionar al respecto.

—En serio. Sos muy buena. Y estás muy buena.

Lo único que faltaba era que se le pusiera a recitar el poema de Benedetti, ese en el que les explicaba a unos yanquis la diferencia entre ser y estar.

—Hagamos un trato —dijo el escritor insistiendo tal vez inconscientemente en términos benedettianos—, y o te beco para que vengas a mi taller y vos...

—¿Y yo qué?

—Me dedicás tu primera novela.

Siguieron un buen rato jugando al gato y al ratón. A Verónica le resultaba divertido el escritor, pero todavía no lo había puesto a prueba. Desde hacía un tiempo, cuando dudaba si irse a la cama con un tipo, lo ponía a prueba (cuando estaba segura no necesitaba pasar por ninguna competencia de tipo intelectual, por supuesto). Consistía en ver si había algún tipo de coincidencia: el mismo

gusto, el mismo conocimiento sobre algo, la misma pasión por alguna nimiedad. Esas pavadas podían llevarla a ella a que se dejara convencer de las virtudes del hombre. Por ejemplo, si ella decía «navegar es necesario», el otro debía responder «vivir no es necesario». Una contraseña para que esa persona entrara en su vida de manera más interesante. En una oportunidad, en España, viajando con un colega español en auto por Murcia vio un cartel de autopista que decía «JAÉN 70 KILÓMETROS». Ella dijo para sí: «Andaluces de Jaén» y el periodista agregó inmediatamente y en el mismo tono: «aceituneros altivos». Ella murió de amor. Y ahora el escritor que vivía de sus talleres seguía remando duro para sacarla de ese bar y llevársela a algún lado. En ese momento en el bar sonaba *Friday Night, Saturday Morning* en la versión de Nouvelle Vague. Se la haría fácil. En el momento del estribillo ella lo hizo callar y le dijo traduciendo la canción:

—Salgo la noche del viernes y vuelvo el sábado por la mañana.

—¿Me estás invitando a pasar la noche con vos?

No, no, no. Tenía muchas posibilidades: podría haber seguido la letra en inglés y darse cuenta de que la estaba traduciendo. Podría haber reconocido la banda y decir «te gusta Nouvelle Vague». Incluso hubiera aceptado que dijera que prefería la versión original de The Specials. Nada de eso hizo el escritor. Y todo lo que dijo a partir de ese momento no le aportó ni un punto. Verónica terminó yéndose en un taxi compartido con Marian y Pili.

## IX

El domingo a la noche Carina la llamó. Fue una conversación breve. Le propuso verse el lunes a la mañana en su casa, en Crucecitas, un barrio de Avellaneda, según entendió Verónica.

Llegó a la casa de la calle General Lemos al 100 un poco antes de las once de la mañana. Le pidió al taxista que la esperase. La casa era un típico hogar del Gran Buenos Aires: una planta inferior que podía ser un taller o cualquier otro negocio y una vivienda en la planta alta. Carina le hizo subir la escalera y la llevó hasta un living que no debía de haber cambiado en los últimos veinte años, aunque sin duda estaba cada vez más recargado: fotos, recuerdos de vacaciones, algún peluche y unos cuantos trofeos que Verónica miró con detenimiento.

—Taekwondo —dijo Carina viendo su interés—. Mi hijo está federado.

—¿Qué edad tiene tu hijo?

—Quince años.

Se sentaron en unos sillones separados por una mesa ratona de vidrio. Se notaba que Carina estaba tensa. También parecía apagada. Difícil saber si estaba así por la muerte de su hermano o si esa falta de vitalidad era parte de su personalidad. Verónica le explicó por qué quería hablar de su hermano. Le contó que había leído su carta, que ella creía que su suicidio era consecuencia de situaciones o presiones que sufrían los maquinistas en su trabajo. Que su hermano debería haber sido protegido por la empresa, que no tendrían que haberlo dejado expuesto a tantos accidentes.

—Alfredo había quedado muy mal desde el primero —dijo Carina—. Era un muchacho alegre, le gustaba hacer chistes a todo el mundo. Y cuando atropelló a ese hombre que se tiró bajo las ruedas del tren, cambió por completo.

—¿Eso ocurrió al poco tiempo de entrar en el ferrocarril Sarmiento?

—Ya hacía un poco más de un año que estaba de maquinista. Antes había trabajado en el Roca, pero en los talleres.

—¿Y después de ese primer accidente no quiso volver a los talleres o algo por el estilo?

—Él decía que los maquinistas ganaban mejor que los mecánicos sin especialización, como era él. Tenía que mantener a una familia.

—Me imagino que con cada nuevo accidente su estado anímico empeoraba.

—La empresa le puso un psicólogo. Lo trataban como si estuviera loco, y lo que él tenía era una tristeza infinita.

—¿Alguien de la empresa se puso en contacto con la familia?

—Creo que sí, con mi cuñada. Pero ¿qué podían decir ellos si son los mismos que los obligan a seguir manejando esos trenes?

—Por lo que dice la carta, el cuarto accidente, cuando atropelló al chico, fue el peor momento.

—¿Y qué te parece? Él nunca habló de eso, pero con mi esposo lo vimos esa misma noche. Fuimos con mi cuñada hasta el hospital porque lo habían tenido que llevar en estado de *shock*. Estaba totalmente ido, pobrecito.

—Él veía venir que podía pasar lo del chico, ¿sabés por qué?

—No, pero mi cuñada me contó que en los últimos tiempos Alfredo había estado muy nervioso.

—Como si supiera lo que iba a ocurrir.

—A esa altura Alfredo estaba muy ido. Ni siquiera los amigos del ferrocarril podían calmarlo. Y mucho menos el médico ese al que iba.

—¿Tenía buenos amigos en el Sarmiento?

—Compañeros muchos, pero amigos creo que uno solo. Esperá.

Fue hasta una mesita que había en un rincón y se acercó con un portarretrato. Era un grupo de varones, antes o después de un partido de fútbol. Posaban en pantalones cortos con una canchita de fondo. Algunos sonreían. Carranza miraba serio a cámara.

—Acá está con los otros maquinistas. Este —dijo y señaló con un dedo— es su amigo, Lucio.

—Estaba en el funeral, ¿no? —dijo Verónica tomando la foto.

—Creo que estaban todos.

Verónica miró la foto y sintió algo extraño. Meses más tarde ella misma diría que fue un presentimiento de todo lo que iba a ocurrirle. Pero en ese momento el estremecimiento era la confirmación de que su instinto le había señalado a la persona correcta en el cementerio.

—¿Tenés el teléfono de su amigo?

Carina se levantó a buscar un cuadernito que había sobre el modular. Verónica recorrió con un dedo la figura del amigo en la foto.

—¿Cómo me dijiste que se llama?

—Lucio, Lucio Valrossa.

—Lucio —dijo en un susurro sin saber que repetiría su nombre tantas veces, de tantas maneras.

Carina le pasó el número de teléfono. Siguieron hablando un rato más y después Verónica dejó a la mujer abrumada con la sombra de su hermano.

2

**Dos valientes**

## I

Se llamaba Cristian, pero le decían Peque o el Peque y había cumplido los diez años un par de meses atrás. Lo llamaban así porque se había incorporado a la barra de amigos cuando era muy chico, al punto de que él no se acordaba de quién le había puesto ese sobrenombre. Habían empezado a llamarlo de esa manera en la calle, los chicos que se juntaban en la esquina de Zelarrayán y Cañada de Gómez, pero ahora era el Peque para todo el mundo, salvo para su madre, que lo seguía llamando como ella lo había bautizado. Hasta sus dos hermanos menores lo llamaban Peque y él mismo no se daba vuelta cuando alguien que no fuera su madre decía Cristian. Por eso, cuando lo anotaron en el club y le preguntaron el nombre dijo «Peque».

—Tu nombre completo —le dijo la mujer encargada de llenar las planillas.

—Cristian Arrúa, Peque —repitió y así quedó registrado en el club Brisas de Primavera.

El Peque había aprendido a jugar al fútbol con los chicos de la cuadra y se había curtido con las patadas de los más grandes. Había aprendido a esquivarlos, a quitarle el cuerpo a las piernas que se disparaban como misiles dirigidos a sus rodillas y tobillos. Sabía que lo suyo era no achicarse con los golpes. Aprendió también a devolverlos. Con el tiempo, él mismo se impuso en las calles y plazas por su fuerza. Le habían pegado muchas patadas y estaba dispuesto a devolverlas todas. A los más grandes y a los más chicos. Peque pegaba, y duro.

A los diez años, estaba seguro de que nunca iba a ser un futbolista habilidoso o un goleador deslumbrante; pero también sabía que podía ser un defensor insuperable, un líder para defender a sus compañeros cuando el partido se complicaba y empezaban a correr los golpes. Había aprendido a esquivar las patadas y a meterse a repartir piñas cuando la ocasión lo merecía. Todos los pibes del barrio lo querían en su equipo.

Cada tanto, jugaban en el Parque Ramos Mejía contra chicos de otros lados. Caminaban veinte cuadras para llegar al parque y a veces tenían que esperar una hora para jugar un partido, pero valía la pena. Había arcos y la cancha era mucho más grande que las calles del barrio o la Plaza Santa Cruz. Una vez, en la cancha más grande habían jugado once contra once, como los futbolistas profesionales.

Fue en el Parque Ramos Mejía donde Peque conoció a Rivero. El tipo los miraba jugar y al final de un partido se le acercó. Lo felicitó, le dijo que le recordaba a un jugador, que debía de ser de otra época porque al Peque no le sonó conocido. Rivero le contó que manejaba los equipos infantiles del club Brisas de Primavera. Era un club de barrio que quedaba ahí cerca, en Lugano mismo. Le dijo que le gustaría llevarlo para jugar en el club. Que fuera con sus padres el martes a la seis de la tarde. Le dio una tarjetita con el nombre del club y la dirección.

—¿Qué quería ese tipo? —le preguntó Dientes. En realidad, lo habían apodado Dientes de Rata, pero desde hacía más de un año que se agarraba a trompadas cuando alguien lo llamaba así, por lo que los pibes del barrio habían comenzado a decirle simplemente Dientes.

—Me quiere llevar a jugar a un club, a Brisas de Primavera.

—¿Y quién lo conoce a ese club? No juega ni en la D.

—Yo quiero ir igual.

—Y andá, boludo.

—Pero me dijo que tengo que llevar a mis viejos. Qué sé yo dónde está mi viejo. Y mi vieja me va a sacar cagando si le digo que me lleve al club.

—¿Dónde queda?

El Peque le mostró la tarjeta que le había dado Rivero.

—Ah, conozco la calle. Es acá nomás. Yo te llevo. Le decís que sos huérfano y que yo soy tu hermano mayor.

Dientes tenía dos años más que el Peque y exactamente la misma altura. También al Peque le pareció una gran idea.

## II

Dientes y el Peque vivían en el mismo edificio. En realidad, era un inquilinato donde convivían cuatro familias: además de la de Dientes —su madre era la dueña— y la del Peque, también había una señora mayor con su hija y su nieta de once años, y un hombre solo. La madre del Peque ocupaba dos habitaciones con el baño compartido con los otros dos inquilinos. En cambio, Dientes tenía un baño exclusivo. Y una cocina de verdad, no como la de Peque, que estaba incrustada en el cuarto más grande. La casa, de dos plantas, contaba también con dos patios y dos terrazas. La terraza pequeña era el lugar favorito de Dientes y el Peque.

Los chicos tenían algo en común: ninguno de los dos sabía mucho de su padre. El del Peque vivía en Corrientes y no lo había vuelto a ver desde que se habían mudado a Buenos Aires. El de Dientes había muerto varios años atrás. Peque había escuchado por boca de algún vecino charlatán que el padre de Dientes había muerto acribillado por unos tipos que lo odiaban. Por qué lo odiaban y lo habían matado no lo sabía y nunca se había animado a preguntarle a su amigo.

Dientes se acordaba perfectamente de cuando, hacía siete años, el Peque había llegado a la casa con su madre embarazada y un bebé en brazos. Él también tenía dos hermanos, pero eran mayores. Uno ya se había independizado y su hermana quinceañera apenas registraba su existencia para empujarlo, retarlo o tirarle del pelo. En la casa también vivía su abuela, que siempre estaba enferma. De vez en cuando los visitaban el hermano mayor, sus padrinos y unos tíos que venían de lejos. En cambio, a la familia del Peque no la visitaba nunca nadie.

A Dientes en su casa no lo llamaban así sino Kevin, que era su auténtico nombre. Su madre alquilaba habitaciones y la del Peque trabajaba limpiando casas. Los dos iban a la misma escuela por la tarde. Por la mañana, se suponía que al Peque y a sus dos hermanos los cuidaba la hermana de Dientes, pero en realidad la que realmente los vigilaba para que no hicieran algún desastre era la madre de Dientes.

Después del mediodía, se iban los cinco rumbo a la escuela que quedaba a unas diez cuadras: el Peque y sus hermanos, Dientes y su hermana, que iba a la secundaria que estaba en la misma manzana. La adolescente iba con ellos

obligada por su madre, pero apenas doblaban la esquina se cruzaba de vereda para no tener que hacer el trayecto juntos. De regreso volvían sin la hermana, que iba con sus amigas. Los cuatro chicos perdían el tiempo en el camino, a veces jugaban a la pelota, a veces miraban un partido de adolescentes, o intercambiaban figuritas, o simplemente daban vueltas para hacer más largo el camino a casa. Lo que el Peque no podía hacer era perder de vista a sus dos hermanos. Si se alejaban un poco, el Peque y Dientes les pegaban un grito o un coscorrón para regresarlos junto a ellos. Muchas veces preferían llevar a los hermanitos hasta la casa, dejarlos ahí e ir hasta la plaza de avenida Castañares.

### III

Había algo que Dientes y el Peque querían: tener plata. Algo de plata. Para comprarse cuando quisieran una Coca, o un alfajor, o chicles, o un pancho. Ni zapatillas de marca, ni celulares, ni una bicicleta. Ellos se hubieran conformado con mucho menos. Pero ninguna de las dos madres les daba plata. La del Peque, porque nunca le alcanzaba el dinero para vivir; y la de Dientes, porque tenía miedo de que utilizara la plata para comprar droga y se convirtiera en adicto. Cada tanto, Dientes le sacaba unas monedas o un billete de dos pesos, pero no mucho más.

—Tenemos que dar un golpe —le dijo Dientes al Peque hablando en voz baja.

—¿Un golpe?, ¿a quién hay que golpear? —preguntó el Peque en un tono tan alto que irritó a su amigo.

—Un golpe —Dientes ponía la voz como su maestra— es un gran asalto en el que vamos a ganar mucha platita.

—Esa no te la creo.

—Tengo un graaaaaan plan.

Dientes y el Peque lavaban el auto de un vecino viudo y sin hijos que vivía a dos cuadras. El tipo tenía una ferretería sobre la avenida Zelarrayán y les hacía lavar el auto todos los sábados por la mañana. Les pagaba dos pesos a cada uno. Para que los chicos pudieran lavar el vehículo, el ferretero lo sacaba a la vereda y conectaba la manguera a una canilla que había en el garaje.

—En el garaje tiene una caja así de grande —Dientes abarcaba lo más que podía con sus brazos— llena de cables. La puerta del costado, la del jardín, nunca la cierra con llave.

—¿Y para qué queremos una caja con cables?

—Los cables, forrito, tienen cobre. Los pelamos y se los vendemos al Pardo, que compra metales. Pensá en cincuenta pesos para cada uno.

El ferretero no cerraba con llave esa puerta porque en el jardín dejaba suelto a un pastor alemán que ladraba a todos los que pasaban por delante de la casa. Cuando Dientes y el Peque lavaban el auto, el perro andaba por ahí, se les acercaba, los olía y no les hacía nada.

—Lo único que tenemos que hacer es ir, agarrar los cables y salir silbando bajito.

Decidieron ir al día siguiente por la mañana. Era martes y el dueño del auto, del perro y de los cables a esa hora estaba en la ferretería.

Se encontraron, como casi siempre, en el patio grande de la casa. Dientes dijo simplemente « vamos » y se pusieron en marcha bajo el sol tibio de junio. El Peque caminaba un poco más atrás, como si Dientes fuera el único que supiera el camino hacia la casa del ferretero.

Al llegar, se detuvieron ante la verja que abría paso al jardín. El perro estaba tirado en el felpudo que había frente a la puerta que permitía la entrada a la casa. A mano izquierda y muy cerca también del felpudo estaba la otra puerta, la del garaje, que el ferretero nunca cerraba. El perro apenas levantó la vista cuando los dos chicos se detuvieron frente a la reja. Dientes la abrió sin sacarle los ojos al perro. El animal se puso de pie y los observó. Alguien le había dicho a Dientes que si un perro movía la cola es porque estaba contento. El perro movía la cola, así que volvió a repetir la única palabra que había pronunciado en los últimos minutos.

—Vamos.

Recorrieron lentamente el camino hasta el garaje. El perro solo los observaba. Había dejado de mover la cola. A Dientes le parecía un mal síntoma, pero no se animó a decir nada. Fue directamente hacia la puerta del garaje e hizo como si se hubiera pasado la vida abriéndola, como si lo único que hubiera hecho en su existencia hubiera sido abrir esa puerta. Sintió la mirada del perro en sus hombros. Buscó con la vista la caja. Estaba en el mismo lugar donde la había visto el sábado anterior.

—Ayúdame a levantarla —le dijo al Peque.

La caja no era pesada, pero sí demasiado cuadrada y grande como para llevarla uno solo. Fue cuando tenían tomada la caja, cada uno de un costado, cuando sintieron al perro. Primero lo oyeron y después lo vieron. Estaba en la puerta, interrumpiéndoles la salida al jardín. Ladraba moviendo la cabeza hacia ellos, como señalándolos. Su hocico negro crecía hasta ser lo único que podían ver.

Se quedaron quietos. Dientes soltó la caja y el Peque, que se había aferrado a ella, se tambaleó y casi se cae sobre los cables. Dientes sacó algo del bolsillo del pantalón, se lo mostró al perro y lo tiró hacia la otra punta del garaje, tan lejos de ellos como del animal. El perro fue veloz hacia allí y se metió en la boca lo que había tirado Dientes. Los chicos aprovecharon y se dirigieron a la puerta, pero el Peque no había terminado de salir cuando el perro ya estaba de vuelta y lo mordió en la pierna. Esta vez fue él quien soltó la caja. Se puso a gritar. Dientes agarró una manguera que había tirada en el piso y golpeó el lomo del animal, que soltó al Peque y retrocedió. Terminaron de salir y cerraron dejando dentro del garaje al perro, que había vuelto a ladrar y se tiraba salvajemente sobre la puerta, intentando voltearla.

—Me duele —gimió el Peque.

—Corré, maricón, a ver si nos agarran.

Pero no corrían. Iban al paso más rápido que podían con la caja tomada a cuatro manos y con el Peque rengueando. Le sangraba la pierna.

—¿Qué le tiraste? —preguntó el Peque.

—Un pedazo de sánguche de salame. —Con tono amargo agregó—: Pensaba comérmelo más tarde.

Llegaron a la casa y se dirigieron directamente a la terraza chica que había encima de las habitaciones del fondo y que nadie visitaba, salvo ellos. Dientes fue a su casa y volvió a los pocos minutos. Traía una botella de vino tinto que estaba por la mitad, otra de alcohol y un repasador.

—¿Y eso?

—Te voy a curar la herida.

Le sacó el corcho al vino, destapó el alcohol y empapó con él el repasador. Le pasó la botella de vino al Peque.

—Yo no tomo vino.

—Tenés que tomar para que no te duela. Tomate un trago.

El Peque levantó la botella y tomó un buen sorbo del pico. Puso cara de asco.

—No seas maricón. Tomá un poco más.

Le hizo caso y si no lo escupió fue porque en ese momento Dientes le apoyó el repasador sobre la pierna mordida y el Peque tuvo que tragar el vino para poder gritar mejor.

—Ay, soplame que me arde.

Dientes volvió a pasarle el repasador hasta dejar la herida limpia y ahí sí, le sopló para que se calmara y dejara de gritar. Del bolsillo sacó unas curitas y le puso dos tratando de cubrir las marcas de los colmillos del perro.

—¿Y si el perro estaba rabioso? Mirá el moretón que me dejé.

—Qué va a estar rabioso.

El Peque le tomó con fuerza un brazo como si fuera un moribundo a punto de pronunciar sus últimas palabras:

—Dientes, prométeme algo: ese perro, es perro muerto.

—Te lo prometo. Pero primero el cobre.

Pasaron el resto de la semana, cada uno con un cuchillo, pelando los cables para dejar al aire el cobre. Era un trabajo que había que hacer con cuidado porque a las primeras de cambio uno podía cortarse un dedo. A medida que pelaban los cables iban ganando en habilidad, y los últimos los dejaron listos en pocos minutos.

—Pan comido.

Tenían toda la terracita llena de cables pelados. El cobre resultante tenía un volumen muy inferior a lo que habían traído del garaje. El sábado no fueron a lavar el auto. Ni siquiera se animaron a pasar por delante de la casa del ferretero,

por temor a que el perro estuviera suelto y se les tirara encima. No pensaban que el dueño pudiera relacionar su ausencia con la falta de la caja con cables ni con que el perro terminara encerrado en el garaje. Ese día, en cambio, fueron a ver al Pardo, el chatarrero que compraba todo tipo de metales. El Pardo no preguntó sobre el origen del cobre, eso no formaba parte de su trabajo. Se limitó a revisarlo y a pesarlo en su balanza: un kilo ochocientos.

—Dieciocho pesos —dictaminó.

—Nosotros pensábamos sacar como cien —le dijo el Peque.

—Y yo pensaba casarme con Moria Casán.

—Pero ¿no compra el kilo a quince pesos? —insistió Dientes que era bueno en matemáticas—. Debería darnos por lo menos veintisiete pesos.

—Ese es el precio si me traen más de diez kilos y si el cobre es de primera, no de rezago. Dieciocho o se lo llevan de vuelta.

Los chicos tomaron el dinero. El Pardo les pagó con dos billetes de cinco y cuatro de dos para que se pudieran repartir la plata. Lo primero que hicieron fue ir hasta el kiosco y se compraron una Coca-Cola de litro y medio. Después fueron hasta la plaza para meterse en algún partido. Al Peque ya no le dolía la pierna mordida.

Del perro se ocuparon la semana siguiente. Dientes había conseguido unas albóndigas a las que les había agregado cantidades temerarias de veneno para ratas. Las albóndigas habían quedado un poco destruidas, pero no creían que eso fuera a molestar al animal.

—Así hizo mi vieja con la perra de Adriana.

Dientes y el Peque fueron hasta la casa del ferretero. Ahí estaba echado el perro, como la vez anterior. Los miró como si no recordara lo que había ocurrido. Dientes sacó las albóndigas y las tiró hacia el perro, que las olisqueó y se las comió una tras otra. Se quedaron a observar el final del perro, pero el animal seguía como si nada. Al terminar la última albóndiga se echó de nuevo sobre el felpudo y los miró con cara indiferente. Esperaron veinte minutos, media hora, y no hubo ningún cambio. Se fueron desilusionados. Pensaban verlo con un ataque epiléptico y luego morir con las cuatro patas duras apuntando hacia el cielo. Pero no ocurrió nada de eso. Al día siguiente pasaron por la casa del ferretero y el perro no estaba acostado en el felpudo. Repitieron la visita una semana más tarde y tampoco lo vieron. Nunca más volvieron a verlo. Para entonces, los dieciocho pesos que habían ganado con los cables eran solo un recuerdo. Ni siquiera les quedaba la posibilidad de ganar dos pesos lavando el auto del ferretero. Tirados en la terraza, sin ganas de jugar a nada, dejaban que pasara la tarde del domingo.

—Tenemos que conseguir más cable para vender —dijo Dientes.

—Lo que tenemos que conseguir es plata —dijo el Peque, sin saber que unos días más tarde él iba a conseguir una cifra que en ese momento ni se imaginaba.

**3**

**Hombre de hierro**

## I

La primera vez que Lucio vio a Verónica fue en el bar de la estación Plaza Once del ferrocarril Sarmiento. Lucio había llegado media hora antes, había pasado por las oficinas de la empresa TBA y junto con uno de los voceros del ferrocarril, un tal licenciado Ignacio Álvarez Carrizo, habían ido al bar. Unos días antes, Álvarez Carrizo le había dado una especie de curso acelerado de los planes de la empresa concesionaria, de su historia, de su labor social y de su desarrollo constante. El vocero le palmeó la espalda y le repitió que en sus manos —mejor dicho: en sus palabras— estaba el honor del viejo ferrocarril Sarmiento. Sonaba alegre y divertido, pero Lucio no dejó de notar cierta amenaza soterrada. Como ya le había dicho un compañero, lo habían elegido a él porque sabían que estaba muy preparado, que hablaba bien y que no iba a andar diciendo pavadas como otros. Además, era el único que conocía los trenes desde su nacimiento.

Verónica llegó a la hora de la cita. Fue fácil reconocerla apenas pisó el bar: no se parecía a ninguna de las mujeres que podían llegar a entrar a ese boliche. No se mostraba sorprendida ni intimidada. Lucio vio cómo Verónica recorría el lugar con la mirada buscándolos. Álvarez Carrizo le hizo un gesto amistoso y ella se acercó con paso firme y una media sonrisa. Llevaba anteojos, guantes de lana y un sobretodo negro que la hacía muy alta. Tenía el pelo castaño casi rubio, que usaba corto. Parecía una psicóloga o una arquitecta.

Verónica era periodista. Trabajaba en un semanario llamado *Nuestro Tiempo*, que Lucio alguna vez había visto en los kioscos, pero que nunca había comprado. La periodista quería hacer una nota sobre los trenes de Buenos Aires. Y qué mejor empleado para hablar de la empresa, le había dicho Álvarez Carrizo, que el propio Lucio: casi veinte años de antigüedad desde que había entrado como ayudante segundo. E hijo y nieto de ferroviarios.

Verónica se acercó a la mesa, a la vez que ellos se ponían de pie. Se dirigió a Álvarez Carrizo.

—¿Ignacio?

—Verónica. Te dije que no iba a ser difícil reconocernos. Te presento: él es Lucio Valrossa. Te aseguro que después de la entrevista vas a tener para un libro.

Lucio tendió torpemente la mano, pero ella lo saludó con un beso en la mejilla. Se sentaron. Álvarez Carrizo parecía tan nervioso o incómodo como él.

Ella no.

## II

Cuando Verónica se encontró con Lucio y Álvarez Carrizo en el bar de Plaza Miserere, había pasado una semana desde su cita con Carina, la hermana de Carranza. Su primera reacción había sido llamar a Lucio Valrossa, el amigo del suicida. Era lo más lógico. Él podía hablarle de Carranza, de los accidentes, de lo que ocurría en el ferrocarril. El número que le había pasado Carina no era de celular sino de línea. Marcó el número y la atendió una voz femenina. Verónica cortó inmediatamente, como si la hubieran encontrado en falta. No entendía por qué había reaccionado así. Tendría que haber preguntado por él. Tal vez estaba en el trabajo. Esa mujer le habría pasado su celular o le habría dicho en qué horario encontrarlo. Pero ella había cortado como cuando de adolescente llamaba a la casa de un chico.

Ya no era una adolescente y mucho menos estaba llamando a un chico, así que debía poner en orden sus ideas si quería seguir con el artículo. El amigo de Carranza podía ser una buena fuente, no la única. Tenía que buscar otras, intentar otros caminos. Prefería llegar al amigo de Carranza cuando tuviera algún dato más. No fuera cosa que el tipo tuviera algo que ver con las muertes, o se asustara y no quisiera pasarle información. Sí, a Valrossa debía dejarlo para más adelante.

Necesitaba estadísticas, datos concretos sobre las muertes. Aprovechó que Patricia no la necesitaba para el cierre de la sección para pasar todo el martes haciendo averiguaciones. Llamó a la Secretaría de Transporte de la Nación, al ente responsable de regular el transporte público, a la Dirección de Transporte de la Ciudad. Todos jugaban un extraño partido de ping pong. Carecían de estadísticas, pero tenían excelentes argumentos para convencerla de que llamara a algún otro organismo. Si algún funcionario se esforzaba en buscar datos oficiales, Verónica no necesitaba profundizar demasiado para darse cuenta de que los números estaban dibujados con más torpeza que imaginación. Solo uno le pasó un dato interesante: los trenes llevaban en la cabina del conductor una cámara con la que se registraba el viaje y, por lo tanto, los accidentes, pero no supo decirle cómo obtener una copia de las grabaciones. También recurrió a dos fundaciones dedicadas a accidentes de tránsito y le llamó la atención el desinterés por los trenes. Solo se preocupaban de accidentes ferroviarios si en los

mismos se hallaban implicados automóviles. Anotó en una libreta que en un futuro debía investigar qué se escondía detrás de esas fundaciones. Ni la Policía Federal ni la Metropolitana tenían idea de lo que les hablaba. ¿Gente que muere debajo de los trenes? Bueno, de alguna manera hay que morir. Si no había delito, ellos no intervenían.

Al final del día se dio cuenta de que necesitaba un contacto que le pasara información desde adentro de la empresa. Un empleado administrativo que no fuera muy fiel. O un expleado.

No quería hacerlo, pero no se le ocurría una solución más rápida. Llamar a Federico. Si ella tenía algo claro es que nunca había que mezclar la hacienda: por un lado, el trabajo, y, por otro, el sexo; y en lo posible, mantener aparte los afectos, y la familia bien lejos. Todo eso se le venía abajo cuando el que estaba en el medio era Federico. Con él se mezclaba cada uno de esos componentes para hacer una sustancia pegajosa. No había que mezclar. Era el consejo que se daba siempre a sí misma cuando comenzaba a tomar alcohol. Y siempre mezclaba. No debería haber tenido sexo con Federico por varias razones: se conocían desde hacía una década, cuando Federico había entrado a trabajar en el estudio de su padre; en esos años él se había convertido en una especie de hermano para ella y un hijo para su padre, que confiaba ciegamente en él, al punto de convertirlo en socio minoritario del estudio. Aarón Rosenthal hubiera dado un brazo para que alguna de sus hijas se casara con Federico. Y la única soltera de las tres hermanas Rosenthal era ella. No debía haber cogido con Fede, pero lo había hecho. Así que ahora evitaba cruzárselo: se reunía con su padre fuera del estudio, se mantenía lejos en las reuniones familiares (a las que Federico siempre estaba invitado, tanto por parte de su padre como de sus dos hermanas) y huía cada vez que él aparecía con alguna invitación. Sin embargo, en esta ocasión, Federico era la persona a la que debía recurrir. Su voz al otro lado del teléfono sonó con ese tono falsamente profesional que ella conocía y que le causaba gracia. Pero no tenía tiempo para hacerle algún comentario al respecto, así que fue directo al grano.

—Estoy con una nota y necesito ayuda.

—El Estudio Rosenthal está a tu disposición. ¿A qué juez querés meter en cana?

—A ninguno, por ahora. Estoy con una nota sobre el ferrocarril Sarmiento.

—Ex.

—¿Ex qué?

—Ex ferrocarril Sarmiento.

—Bueh..., sobre el exferrocarril Sarmiento. Necesito a alguien que me pase información de tipo administrativo. Estadísticas de la empresa, protocolos en caso de accidentes, cosas así. Y como no puedo ir a preguntar a las oficinas de TBA, pensé que lo ideal era un expleado.

—Un ex.

—Un expleado, un tipo que se haya ido mal. Y los que se van mal hacen juicio laboral. Debe haber un montón de causas.

—Cientos. Cerradas, abiertas, lo que quieras.

—Quiero un empleado que hable.

—Un ex.

—Sí, un ex. ¿Podés ver si encontrás algo?

—Los ex son mi especialidad. Me imagino que es urgente. Te llamo en unas horas.

Mientras Federico averiguaba por su lado, Verónica le pidió a un compañero de la sección de Política algún contacto con el sindicato de los trabajadores ferroviarios. El compañero le preguntó qué necesitaba averiguar y ella fue bastante ambigua. No le gustaba adelantar a sus colegas sus notas. Pero el interés de él se debía a que no era lo mismo el cuerpo sindical que los delegados de las líneas ferroviarias.

—¿Necesitás un gordo de la Fraternidad o un delegado de base?

—Creo que un delegado del Sarmiento me vendría bien.

Le pasó los datos de un militante trotskista que trabajaba en los talleres del Sarmiento y que estaba contra la línea política seguida por la Fraternidad. Verónica lo llamó y el delegado la citó para el día siguiente en un bar cercano de la estación de Moreno, el otro extremo de la línea ferroviaria, a cuarenta kilómetros de Buenos Aires.

Federico la llamó a media tarde. Tenía lo que necesitaba.

—Francisco López. Era asistente de contabilidad. Lo echaron aduciendo que se había robado un monitor, pero le ganó el juicio a TBA y le tuvieron que pagar indemnización.

Verónica llamó a López y quedaron en verse dos días más tarde en un bar de Almagro donde el hombre trabajaba como cajero. Le dijo que fuera entre las cuatro y las cinco de la tarde, que era cuando había menos movimiento en el bar.

Al día siguiente fue al encuentro del gremialista. En parte para no tener que pelear con los de administración de la revista por un taxi hasta Moreno, y en parte porque quería saber más del territorio en que ocurría lo que estaba investigando, decidió ir hasta allá en tren. Por suerte viajaba hacia el Gran Buenos Aires al mediodía, lo que le permitía ir sentada. En una hora pico no hubiera podido entrar siquiera. Verónica no estaba muy acostumbrada a viajar en tren y nunca había tomado el ferrocarril del Oeste. Sintió una inquietud parecida al miedo desde Plaza Miserere hasta la primera parada, en Caballito. El vagón se movía mucho más de lo esperable. Después se tranquilizó o se acostumbró y el resto del viaje podría haberse quedado dormida con el traqueteo del tren si no hubiera estado atenta a cada detalle que descubría alrededor: desde la madre que lidiaba con cuatro chicos que no debían de llegar a los seis años

hasta la infinidad de vendedores que pasaban ofreciendo golosinas, portadocumentos o billeteras con los colores de algún club de fútbol, CDs de recopilaciones de MP3, DVDs con los últimos estrenos y hasta un juego de peines y cepillos para el pelo que estuvo a punto de comprar.

El sindicalista habló casi una hora con ella. A Verónica le costó encauzar la conversación hacia lo que ella quería averiguar. El delegado estaba más interesado en denunciar los bajos salarios y las persecuciones gremiales por parte de la patronal que en cualquier otro tema. Estaba al tanto del suicidio de Carranza, pero resultaba complicado sacarlo de las declaraciones forjadas colectivamente como si fueran comunicados escritos. Lo más provechoso para Verónica fue cuando el delegado le habló de la falta de contención por parte de la empresa, que se limitaba a mandarlos al psicólogo de la obra social. Le confirmó que los maquinistas volvían a conducir trenes sin estar recuperados, le insistió en que era imposible conducir un tren y no cargar con más de un accidente fatal en el haber. Si lo que Verónica buscaba era una nota crítica sobre la situación de los ferrocarriles de Buenos Aires, tenía bastante información. Podía escribir ese artículo para el número siguiente de la revista. Pero Carranza y su muerte no podían significar solo un problema laboral o empresarial. Sin duda había más; sin embargo, el gremialista no estaba dispuesto a facilitarle ese camino. Cuando le preguntó por el chico al que había atropellado Carranza y de lo confusa que era su carta al respecto, notó un leve cambio gestual del delegado, como cuando un perro siente un ruido a lo lejos.

—No conozco el caso concreto. En los accidentes de trenes mueren desde chicos hasta ancianos. Y un suicida seguramente no se expresa de una manera clara.

No le fue mejor con el expleado. López estaba detrás de la caja del bar, un boliche de mala muerte que en cualquier momento sería arrasado por la modernidad y se convertiría en un bar histórico, falsamente rústico, con la pátina de antigüedad que exigían los nuevos tiempos. López pasó del otro lado de la barra y se sentó con Verónica en una mesita que daba a la calle. A esa hora no había ninguna otra mesa ocupada. Verónica sacó su bloc de notas. Muy rara vez grababa a los entrevistados, salvo que necesitara que el testimonio quedara registrado o cuando quería que realmente sintieran que les estaba haciendo una entrevista. Cuando recurría a una fuente, tomaba notas e, incluso, en ocasiones prefería confiar en su memoria, que por el momento era bastante confiable. El grabador intimidaba a los entrevistados, pero tomar nota la obligaba a perder el contacto visual con quien hablaba. Y eso no le gustaba.

—Se roban todo. Sobrefacturan, hay tráfico de piezas robadas a otros ferrocarriles. Y como yo no quería entrar en el jueguito de corrupción, me echaron diciendo que el que robaba era yo. Miserables.

López tenía datos de movimientos ilegales de dinero, de trenes reparados con

materiales que no garantizaban un buen funcionamiento, del tráfico de piezas robadas y de otros manejos turbios. Pero cuando Verónica intentó indagar más sobre los conductores y las personas muertas bajo los trenes, López respondió una frase de circunstancia por las vidas perdidas y siguió con más datos de mal manejo administrativo.

—Dígame, López, ¿todos los trenes llevan una camarita en la cabina del conductor?

—Sí, por supuesto. Es la cámara de seguridad.

—Entonces todos los accidentes están registrados, ¿no?

—Claro. Cuando hay un accidente lo primero que hace la empresa es tomar la cámara. Se la llevan por el tema del seguro, ¿vivo? La compañía de seguros la usa para probar que hubo negligencia por parte del tipo que fue atropellado y no pagarles nada. A mí tampoco me querían pagar nada, pero les gané el juicio.

—¿Y esas grabaciones se pueden conseguir?

—Están bajo siete llaves. O se las queda la aseguradora. Pero hay colegas suyos que compran grabaciones para pasarlas en sus programas de televisión. Si usted quiere comprar, va a tener que hablar con alguno de los delincuentes que trabajan en la parte de legales. O con alguien de la compañía de seguros.

### III

Ni tipos ni fuentes. No era el reclamo de algún diseñador gráfico sino un principio ético que Verónica respetaba a rajatabla: no pagar por sexo ni por conseguir material periodístico. Y si bien sospechaba que podía llegar el momento en el que, vieja, tuviera que pagar a algún gigoló que quisiera acostarse con ella, su intención era mantener firme su postura con respecto a las fuentes profesionales. Ni para conseguir un video que podía abrirle la investigación.

Pero ¿por qué daba tantas vueltas cuando lo que tenía que hacer era llamar a Lucio Valrossa? Algo la inhibía y trató de encontrarle una explicación lógica a sus sensaciones. Si Valrossa estaba sobreaviso de lo que ella investigaba, tal vez se pusiera a la defensiva y le ocultara información importante. Tenía que llegar a él de otra manera.

La tarde misma que se encontró con López, en vez de volver a la redacción se fue a la estación de Plaza Miserere. Tenía la muy vaga esperanza de verlo a Valrossa bajando del tren o antes de subirse a la cabina de mando. Había una posibilidad entre mil de que eso ocurriera, pero igualmente sintió que debía hacerlo. Y si llegaba a ocurrir, no tenía pensado cómo iba a reaccionar ella, con qué excusa acercarse.

A esa hora Once estaba colmado de gente. La estación terminal vibraba con las personas que iban con paso apurado hacia los andenes. El ruido constante de la gente le recordó a las abejas volando alrededor de un panal. Se acercó a los molinetes, miró en las oficinas de TBA, fue de las boleterías a los negocios de comida rápida, pero ni la sombra de Valrossa. ¿Y si lo que había ocurrido era que ella había olvidado su cara? Eso era imposible. Tenía grabado cada rasgo del tipo. Sabía que cuando lo volviera a ver, sentiría esa misma inquietud que la asaltó en el funeral y luego cuando vio la foto en la casa de Carina.

Después de pasearse dos horas inútilmente de una punta a otra de la terminal, decidió irse.

Una vez en su casa, frente a la computadora buscó el nombre de Lucio Valrossa en Google. Pensaba que tal vez tuviera Facebook. Ella tenía uno, pero solo lo usaba para chusmear lo que hacían los demás. Lo que encontró en Google fue algo mejor que un perfil de Facebook. En principio no apareció nada. Le quitó las comillas con muy poca esperanza de encontrar datos sobre el

maquinista. Y para su sorpresa, había algo. En un *blog* dedicado a los trenes del Sarmiento, que hacía un fanático de la línea (que hubiera fanáticos de un ferrocarril cualquiera que incluso funcionaba mal no la sorprendía, había visto otros casos extremos de insania), se encontraba una entrada titulada «Adiós a un grande». Era una necrológica dedicada a Carlos Valrossa. Se contaba que Carlos había trabajado cuarenta años en el Sarmiento, que era hijo de ferroviario y también padre, porque su hijo Lucio seguía la tradición conduciendo los trenes que unían Once con Moreno.

Verónica vislumbró lo que tenía que hacer. Primero consiguió los datos de los voceros de la empresa TBA. A la mañana siguiente, llamó a uno de ellos, un tal Ignacio Álvarez Carrizo, que por la voz se notaba que era un viejo baboso. Así que ella puso su tono de chica algo tonta, pero dispuesta a aprender, que —según su amiga Paula— le salía con sospechosa perfección.

—Mire, Álvarez Carrizo...

—Llamame Ignacio y tuteame, por favor.

—Mirá, Ignacio. Mi intención es contar la historia del viejo ferrocarril Sarmiento y la proyección a futuro de la empresa.

—Pero ¿no preferís hacerlo con el Mitre? Tiene un recorrido más interesante. Incluso la gente que viaja es más... cómo decirte... más vistosa para las fotos.

—Me interesa el Sarmiento porque es el viejo Ferrocarril del Oeste. Nuestro primer tren.

—Eso es verdad.

—Quisiera que me pases toda la información que tengas, tanto histórica como actual.

—Contá con eso.

—Además quisiera entrevistar a alguien que conozca bien los trenes.

—Puede ser uno de nuestros ingenieros.

—No. Lo que quiero es un maquinista. Buscando en Internet, me enteré de que hay un maquinista del Sarmiento que es hijo y nieto de ferroviarios.

—¿En serio? Sabés más que yo de mi empresa.

Se rieron los dos a la vez.

—Para nada, Ignacio. Es un dato que encontré de casualidad. Tal vez ese hombre ya no trabaja más con ustedes. Pero ¿no te parece muy pintoresco que tres generaciones de una familia hayan trabajado en la misma empresa?

—Por supuesto. ¿Tenés el nombre? Si es empleado nuestro, da por hecho que te lo consigo para tu nota.

#### IV

Lucio estaba nervioso, incómodo y molesto con Álvarez Carrizo. Sentía que lo exhibía como un animal amaestrado. Para peor, la periodista no parecía demasiado fascinada. Sonreía condescendiente ante cada comentario de Álvarez Carrizo, quien quería participar activamente en la entrevista. El vocero daba cifras, repetía las mismas frases de los folletos publicitarios, mentía descaradamente sobre el estado de los trenes y sobre los planes de inversión. Cada tanto, le cedía la palabra a Lucio. Verónica le preguntó por su familia ferroviaria.

—Mi abuelo y mi padre fueron maquinistas. Mi abuelo condujo el tren a vapor que cruzaba la Patagonia y mi padre también comenzó manejando máquinas a vapor. Fue el primero en conducir una locomotora diésel. Estuvo en el ferrocarril Sarmiento hasta que se jubiló en el 93.

—¿Siempre quisiste ser maquinista como tu papá y tu abuelo?

—No, yo no quería ser como ellos. Bah, de chico sí, pero después no. De chico, me gustaba acompañar a mi viejo y manejar los controles. Pero a medida que crecía, pensaba que podía ser otra cosa. Algo... no sé... algo más profesional.

Álvarez Castillo parecía sentirse en la obligación de aportar algún comentario.

—Igualmente, la sangre tira.

—¿Qué querías ser?

—Ingeniero civil. Entré a la facultad el mismo año que comencé a trabajar en los talleres del Sarmiento.

—Trabajabas y estudiabas.

—Sí, pero dejé en segundo año. Y acá hice los cursos para maquinista que no necesitaba porque ya sabía conducir. Me fui quedando.

La charla, que Verónica grababa en un aparato del tamaño de la mitad de un teléfono celular, duró cincuenta minutos. Álvarez Carrizo, como un chico con un juguete, iba perdiendo interés en las historias sobre trenes y tamborileaba con los dedos sobre la mesa o perdía la mirada en la lejanía para volver con una sonrisa de compromiso.

—Te agradezco mucho, Lucio —le dijo Verónica apagando el grabador.

Álvarez Carrizo volvió a encenderse y a mostrar la atención del comienzo.

—Te dije que con Lucio ibas a tener para un libro.

—Igualmente, si vos o la empresa no tienen problema, me gustaría acompañar a Lucio en un viaje.

—¿Ir con él en la cabina del conductor? —preguntó Álvarez Carrizo y ella asintió—. No, eso es imposible. Hay una reglamentación que lo prohíbe.

—Pero ¿Lucio no aprendió a manejar acompañando al padre?

—Eran otros tiempos. El tren era del Estado, no había controles.

Verónica le sonrió a Álvarez Carrizo. Lucio sintió que ella nunca le dedicaría una sonrisa así a un tipo como él.

—Ignacio, vos sos la voz y los ojos de la empresa. De vos depende que yo pueda subirme a la cabina. ¿O me vas a decir que tengo que hablar con alguno de esos directores viejos y formales que debe tener TBA?

O la sonrisa, o lo que ella le dijo, fueron argumentos suficientes para que Álvarez Carrizo finalmente autorizara el viaje de ella en la cabina del conductor.

## V

Hacía un frío que cortaba los labios y que la energía de la muchedumbre apurada no llegaba a disminuir. Ese segundo encuentro se produjo en el hall central de la estación y, una vez más, él estuvo antes. Verónica llegó con su sobretodo y con el rostro semioculto en una bufanda de colores chillones. Se la bajó para saludar con más comodidad y Lucio pudo comprobar que el abrigo cumplía perfectamente porque ella tenía la mejilla cálida. Una mejilla que apenas rozó su rostro de hielo.

Pasaron por los molinetes, los controladores de pasaje los miraron irónicamente. Todos sabían que él iba a llevar a una periodista a viajar en la cabina de comandos. Ya le venían haciendo bromas desde hacía días, sobre todo cuando él dijo que la periodista estaba muy buena. Un dato que él inventó porque los nervios del primer encuentro no le permitieron concentrarse en el físico de ella. Aunque era cierto que le había parecido muy linda. Una belleza fría y distante.

Llegaron al primer vagón y entraron a la cabina. En una caja metálica donde guardaban herramientas, algún gracioso le había dejado un preservativo. Lucio cerró la caja antes de que ella llegara a ver algo. Verónica se acomodó a un costado y se apoyó en la ventanilla, una posición que permitía observarlo mientras él maniobraba. A Lucio no le gustaba eso, hubiera preferido que fuera él quien estuviera mirándola. Para colmo, todavía quedaban unos minutos para que autorizaran la partida.

—Hace unos años —le contó— yo trabajaba con trenes de carga. Eso me gustaba más. Los trenes de carga tienen locomotoras auténticas. No estos cuartitos.

—Esas locomotoras que se ven en las películas. Negras, echando humo.

—Bueno, no tan antiguas. Cuando era chico me gustaba ver las unidades que conducía mi viejo. Le decían «chanchas». Eran unos coches con motor Fiat que asustaban un poco. Tenían aspecto de una máscara gigante como la que aparece en *La guerra de las galaxias*. Una especie de guerrero galáctico con unas ventanas enrejadas que parecían ojos y una mandíbula de metal.

La voz del altoparlante avisó que el tren de la plataforma 2 estaba despachado. Unos segundos después el tren comenzó a moverse rumbo al oeste.

Lucio sintió la mirada de ella en sus manos. Justo ese día que estaba tan torpe.

Así y todo, prefería charlar con ella en ese lugar que en el bar de la estación; sin la presencia molesta de Álvarez Carrizo y haciendo, al fin y al cabo, lo que mejor sabía hacer: manejar trenes. Al rato le confesó que no quería que sus hijos fueran ferroviarios.

—El mayor tiene siete años. Nunca lo traje a la cabina ni lo pienso traer, a ninguno de los dos. No quiero que cuando sean grandes trabajen acá.

—Preferís que estudien.

—Por supuesto.

—Que sean ingenieros.

—Lo que quieran, no quiero que manejen trenes.

Le estaba contando a Verónica algo que no solía conversar con sus conocidos. Tal vez porque ellos daban por hecho que los hijos de Lucio iban a estudiar una carrera, se iban a labrar un futuro mucho más prometedor que un empleo en una empresa ferroviaria. Y si alguna vez dijera que no quería que sus hijos fueran ferroviarios, todos asentirían y no harían la pregunta que ahora le estaba haciendo Verónica.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Ajá, sospecho que esa es la respuesta breve. Ahora dame la respuesta detallada.

Se tomó unos segundos antes de responderle.

—¿Me prometés que no lo ponés en la nota? Mirá que Álvarez me raja.

—Te lo prometo.

—Porque es un trabajo de mierda.

Habían llegado a Villa Luro. El sol daba de lleno en la cabina y ya no se sentía el frío de esa mañana. Verónica se había desabrochado el sobretodo y a Lucio le hubiera gustado mirarla para ver si estaba o no tan buena como les había dicho a sus compañeros. Pero no se animaba, como cuando era chico y descubría el escote de una mujer en el colectivo: los ojos le pesaban, no los podía mover hacia allí con naturalidad. Él ahora seguía concentrado en los durmientes de las vías y en los controles.

—Ganás poca plata, tenés turnos rotativos y además pasan cosas terribles que no se pagan con nada.

—¿Qué cosas? —preguntó ella y Lucio sintió más intensa su mirada sobre él.

De la misma manera que él se daba cuenta cuando un mecanismo del tren fallaba por signos que nadie notaba, la periodista seguramente había descubierto en su última frase lo más sustancioso para su nota. No tendría que haber dicho nada.

—Cosas. Prefiero no hablar de eso.

Ella aflojó la mirada y observó el paisaje. La ciudad desaparecía por unos

segundos, no había edificios ni casas y daba la falsa sensación de haber llegado al campo. Solo se veían terrenos con vagones abandonados, como si ese espacio entre Haedo y Morón fuera un cementerio de trenes.

—¿Ves? —le dijo Lucio señalándole las unidades que descansaban herrumbradas y rotas a los costados de las vías—. Esas son las chanchas de las que te hablé hace un rato. Cuando era chico había gente que les decía langostas. Yo llegué a manejar algunas en los noventa. Después vinieron los camellos y ahora hasta tenemos pumas. A este coche no le pusieron nombre de animal. Es una Toyota viejita, pero rendidora.

La miró buscando la aprobación de la periodista a su descripción de los vagones del Sarmiento, pero ella tenía la vista perdida en la ciudad que de a poco volvía a aparecer delante de ellos. Verónica le hizo una pregunta que lo sorprendió:

—¿Sabías que tenemos el mismo apellido?

Ahora la miró incrédulo.

—¿En serio?

—Vos te llamás Valrossa y yo Rosenthal. El mío es un apellido judío y el tuyo italiano, pero significan lo mismo: valle de rosas.

—Valle de rosas.

—La vida no es un valle de rosas.

—No.

—Dale, Lucio.

Por fin se animó a mirarla. Pero no le miró el cuerpo sino la cara, ese rostro claro resaltado por el cabello castaño, unos labios finos y unos ojos verdes que no estaban dispuestos a abandonar a su presa. ¿Cuántos años tendría? ¿Veintiocho, veintinueve? ¿Por qué no le sonreía como había hecho todo el tiempo en el encuentro del bar?

—¿« Dale Lucio» qué?

—Hablame de los suicidas. De la gente que se tira bajo los trenes. Esos suicidios son las cosas terribles que pasan, ¿no?

## VI

Morón había quedado atrás. El tren se vaciaba a medida que iban acercándose a Moreno. Dentro de la cabina, Lucio y Verónica habían comenzado una pelea sórdida y subterránea, pero no menos dura que las peleas sobre los vagones de los trenes que se veían en las películas de vaqueros. Verónica quería escuchar lo que él no hablaba con nadie, ni con su esposa, ni con sus amigos, ni con sus compañeros de trabajo. Nadie le hacía preguntas cuando ocurría un hecho así. Un silencio piadoso lo cubría siempre y ahora Verónica quería meter sus brazos ya no en las heridas, porque no había heridas, sino en su cerebro. A duras penas no se había vuelto loco y ahora ella revolvía en su cabeza y él volvía a sentir el miedo a la locura.

—También los robos, y los accidentes con autos.

—Pero lo peor son los suicidios.

—A veces no son suicidios.

—¿Asesinatos?

—No, no digo eso. Accidentes, la gente pasa, no se da cuenta de que viene el tren, caminan por la vía, cruzan sin mirar. Y no hay tiempo de nada.

—Imposible frenar o avisarles.

—Algunos no se dan cuenta nunca. Otros, medio segundo antes. Quieren salir de la vía, saltar, adelantan la mano como para detener el tren.

—¿Tuviste muchos accidentes?

—¿Yo? Cinco accidentes y seis muertos. Tengo un compañero que tuvo quince.

—Debe ser difícil volver a manejar un tren después de haber pisado a alguien.

—No es difícil, es imposible.

—Pero vos volvés, tu compañero que tuvo quince también.

—Muchos de los que están en control de pasajes son maquinistas que no soportaron volver a subir a un tren. Yo vuelvo porque es lo único que sé hacer y tengo una esposa y dos hijos que mantener.

—Podrías pasar a control de pasajes vos también.

—También podría pegarme un tiro. Las posibilidades de elección son muchas.

—¿Creés que se podrían evitar las muertes?

—¿Y qué querés que te diga? Que no cruces con la barrera baja, que no camines por las vías, que si vas a suicidarte elijas tomar pastillas o tirarte de un décimo piso. Qué sé yo. Disculpame la expresión, pero la prevención me chupa un huevo. Nadie me va a quitar que maté a seis personas.

—No las mataste vos. Se tiraron bajo el tren.

—¿Sabés cómo se siente? Primero un golpe seco, como un disparo, y después, pegado a ese disparo, sentís cómo se revienta el cuerpo, los gritos de terror que no los cubrís con la bocina y que siguen oyéndose después de que el cuerpo se destrozó. Sentís cómo los huesos se quiebran debajo de tus pies.

—Pero no es tu responsabilidad.

—A veces los ves bastante antes, o te das cuenta de que el tipo al costado del andén va a tirarse cuando pases. Le tocás bocina, usás el freno de emergencia aunque sabés que se viene el disparo, el ruido de huesos bajo tu asiento. ¿Qué tiene que ver la responsabilidad o si hiciste lo que debías? Hace dos años un flaco que tendría unos veinte años estaba parado en el medio de la vía en una parte en la que el tren va a su máxima velocidad. Lo vi y atiné a frenar, le toqué bocina, pero no se movió. Yo no me di cuenta de que en ese momento me había puesto a gritar, le decía « correte, pelotudo » . Durante un segundo vi su mirada. Era como si me pidiese perdón por lo que estaba haciendo. No tenía miedo. Él sí vio mi cara de terror, lo último que vio fue a mí gritándole desesperado.

—¿Qué hacés cuando hay un accidente así?

—Nada. Se sienten algunos gritos del primer vagón. Se acerca gente, policías, empleados del ferrocarril, alguna ambulancia. Esa vez bajé del tren y antes de que me llevaran en una ambulancia pude ver la ropa del pibe destrozada, con pedazos del cuerpo asomándose por todos lados.

—Ese muchacho se quería morir. Era un suicida. Como decís vos, pudo haber tomado pastillas o tirarse del décimo piso. El tren es un instrumento.

—Nada personal.

—Exacto.

—Igual sentís que mataste a alguien. Después vivís pensando que en cada nuevo viaje puede haber otro. Y a veces se cumple.

Faltaba poco para llegar a Moreno cuando se hizo el silencio. Verónica pareció decidirse a poner las cartas sobre la mesa.

—Eso es lo que le pasó a Carranza, ¿no?

Lucio dejó los controles y giró el torso para volver a mirarla de frente. Pero no la miraba solo con los ojos sino con todo el cuerpo. Como un macho de cualquier especie unos segundos antes de enfrentarse a un enemigo. Había una violencia desafiante en sus ojos. Verónica le sostuvo la mirada; parecía tranquila, pero fría.

—¿Y vos qué sabés de Carranza?

—Que se mató porque no soportaba más vivir con las muertes de las vías.

Que era tu amigo. Que él sentía que vos era su único amigo.

—¿Quién te dijo eso?

—Carina, la hermana.

Lucio se volvió hacia los comandos de la cabina y miró a la lejanía.

—¿Qué sabés de los accidentes de Carranza? —le preguntó Verónica.

—No me interesa hablar de eso.

—Quise conseguir el video de esos accidentes pero no pude.

—¿Para qué querés los videos? Las muertes son todas iguales.

—Quería ver qué pasó con el chico que Carranza arrolló.

Lucio no dijo nada. Estaba concentrado en las vías que parecían oscilar delante del tren.

—¿Había alguien más en la vía?

Habían llegado a la última estación. Lucio frenó suavemente el tren. Verónica vio a la gente bajar. Los vagones se vaciaban.

—No todos son suicidas, ni todos son accidentes. Algunos juegan —le dijo Lucio mientras salían de la cabina, rompiendo el mutismo de esos minutos.

—¿Qué querés decir?

—¿Cuándo tenés que publicar la nota?

—No tengo fecha de entrega. Puedo manejar los tiempos.

—Si esperás una semana, te puedo mostrar algo que te puede interesar.

## VII

¿Por qué lo había hecho? Durante el último año, cada vez que le tocaba conducir un tren nocturno los primeros jueves de cada mes, sabía que iba a vivir un momento de mierda. No quería que llegara ese día, aunque tampoco podía — ni él ni nadie al que le tocara la noche— pedir el cambio de turno o faltar porque todos sabían lo que ocurría y lo vivían como un destino inmodificable. Por eso ese mes se había alegrado cuando supo que debía trabajar en el turno matutino. Y cuando le pidió a un compañero cambiar sus horarios para conducir el tren de la noche, nadie se animó a preguntar la razón. Invitar a Verónica le permitía esperar ese instante fatal con la esperanza de volver a verla, una expectativa que nunca había sentido antes. Porque eso era en definitiva lo que quería: estar de nuevo con ella. Resultaba absurdo, pero tenía que reconocerlo. En esa semana no fueron las pesadillas con sonidos de huesos rotos lo que había vuelto, sino el insomnio. Pensaba en Verónica todo el tiempo. La había visto dos veces solamente, era una periodista haciendo una nota y, sin embargo, se había metido en su vida.

Era obvio que a ella le interesaba escribir un artículo, quería que él le contara todo lo que él ya no se contaba. Lo que lo asaltaba en la cama mientras dormía, o en el tren nocturno cuando imaginaba que lo peor estaba por ocurrir. Seis muertos: cuatro varones y dos mujeres. Un linyera que ni siquiera lo vio, como si hubiera estado tendido en la vía. Dos chicas que caminaban por la vía un mediodía de diciembre. A esas sí las vio de lejos, les tocó bocina, apretó los frenos de emergencia. Un tipo que saltó desde un paso a nivel como quien se arroja a nadar a un río. Otro que dio un paso adelante, lento, interminable, como si quisiera retrasar eternamente el contacto con el tren, pero absolutamente decidido a que ese contacto se produjera. Y el flaco que lo miraba como pidiéndole perdón por obligarlo a que fuera él el que terminara con su vida. Seis muertos, seis asesinatos. ¿Acaso la policía no los trataba como si ellos fueran los culpables? En tres ocasiones lo habían llevado a una comisaría y lo habían dejado demorado toda la noche. Incluso el abogado de la empresa había tenido que ir a sacarlo. Aunque tal vez era mejor eso que terminar en un hospital en estado de *shock*. O tener que soportar al psicólogo de la empresa, que quiere calmar con una aspirina un cáncer que corroe las entrañas. El cáncer de haber visto, de

recordar imágenes, sonidos y también el silencio, la escena que desaparece tras un manto blanco, como el que dicen que ven los ciegos.

Cuarenta y ocho horas. Ese era el tiempo que el psicólogo le daba de reposo y después lo volvía a observar. Alguna vez le prolongaba dos días más el descanso, pero él hacía todo lo posible para que lo reincorporaran al trabajo. No soportaba quedarse solo en su casa, mientras su mujer y sus hijos estaban en la escuela (ella dando clases, el mayor en la primaria y el más chico en el jardín de infantes). No había televisión o radio que tapara los ruidos de su cabeza. Entonces se iba a hacer tiempo a un bar. Tomaba un vaso de vino a media mañana, leía las páginas de deportes de algún diario. Con desconocidos ya casi borrachos hablaba de política o fútbol. Cualquier excusa le permitía alejar su mente de las vías.

En más de una ocasión le habían ofrecido cambiarse de sección. Pasar a los depósitos, a controlar pasajes, a mantenimiento, como habían hecho muchos de sus compañeros desde que él conducía trenes. Alguna vez alguien de administración le dijo que si tuviera diez años más podría pedir una jubilación anticipada. Al fin y al cabo, los trabajadores de los ferrocarriles se jubilaban a los cincuenta y cinco. Era un trabajo insalubre, como estar en una mina a quinientos metros de profundidad.

Lo insalubre eran las muertes que cargaba cada uno de ellos. Que cargaba él. Los muertos y las posibles muertes. El miedo a que ese mismo día alguien decidiera tirarse bajo el tren, o ser tan idiota como para no darse cuenta de que ocho toneladas de metal están por pasarle por encima. Seis era el número que le enturbiaba el corazón, pero siete era el que despertaba sus peores miedos.

Y, sin embargo, siempre volvía a conducir los trenes. Más que una vocación, era un destino, o una maldición. Su mejor manera de sobrellevarlo había sido el silencio, el intento consciente de olvidar todo. Y Verónica había aparecido para enfrentarlo con lo que llevaba encerrado en su interior. ¿Qué otras cosas que él mismo desconocía estaba ella dispuesta a sacar afuera?

## VIII

Una semana. Ese era el tiempo que Verónica debía esperar. ¿Qué era lo que Lucio iba a mostrarle? ¿En qué se estaba metiendo? La expectativa de esa semana que se le hacía larga: esos días insustanciales por el simple hecho de ser anteriores a ese encuentro, ¿eran solo por la sensación de acercarse a un punto crucial de su investigación? No era tan tonta como para engañarse. Lucio le despertaba esa calentura que no era puramente sexual sino que tenía que ver también con la intriga. La calentura que debió de sentir Edipo frente a la esfinge, al saber que si no descubría la respuesta moriría. Cuando ella le preguntó por Carranza y Lucio la miró de frente, pudo ver en los ojos de él una indocilidad que la había hecho temblar por dentro. Una violencia que él despedía y que a ella le resultaba tan perturbadora como atractiva. Le había costado mostrarse tranquila.

¿Qué era lo que la atraía de Lucio? ¿Las sombras que lo cubrían como un velo? ¿La posibilidad de manipularlo, de sacarle la información que necesitaba?

¿A qué estaba dispuesta? O mejor: ¿a qué no estaba dispuesta? ¿Qué puerta no se animaría a atravesar con Lucio?

Una semana dando vueltas alrededor de preguntas y de un deseo que se alimentaba más de la falta de certezas que de lo que había ocurrido hasta ese momento. Al fin y al cabo, él no era más que una fuente. Una fuente confiable, que parecía honesta, algo remisa a la hora de darle información pero que ella sentía que podía manejar; sacaría de él lo que ella necesitaba. Sin embargo, cuando llegaba a ese punto, cuando imaginaba que Lucio simplemente le pasaría datos para un artículo, no podía evitar pensar que escribir esa nota no era tan importante como correr el velo de Lucio, observar qué escondían esos ojos cargados de violencia. Develar la verdad, o morir en el intento.

En esos días había recibido *emails* y llamados telefónicos del tipo que sus amigas llamaban el Marinero Bengali. Verónica ni lo atendió ni le respondió las llamadas. Ahora le resultaba tan insustancial como el recuerdo de una partida de truco un domingo por la tarde. Eso que uno hace para no aburrirse y que se diluye apenas terminado.

Por otra parte, Verónica no habló en todos esos días con Patricia Beltrán de su investigación sobre los trenes. Concurrió cada tarde a la redacción de *Nuestro Tiempo*, resolvió alguna nota para el cierre de esa semana, pero mantuvo en

silencio lo que estaba haciendo. No quería que Patricia se metiera. Que su editora fuera más inteligente y le demostrara que estaba equivocándose. Que no se estaba comportando como la periodista profesional que debía ser.

## IX

Ella lo iba a esperar directamente en el primer vagón del tren de las 21:50 en el «chapa 6», como denominaban a la unidad que salía a esa hora desde el andén 3. Cuanta menos gente lo viera con ella, mejor. Los últimos trenes no estaban vigilados por supervisores y tampoco había compañeros merodeando por los andenes.

Esta vez fue ella la que llegó primera. Se había sentado en el asiento más cercano a la cabina. Tenía una campera inflable negra, jean y zapatillas. Se había vestido como si en cualquier momento tuviera que salir corriendo. Con esa ropa parecía más joven, alguien de veintiséis o veintisiete años.

—¿Me vas a decir lo que va a pasar? —le preguntó Verónica cuando puso en marcha el tren que comenzó a vibrear alejándose de la estación Plaza Once.

—Vos me preguntabas por las cosas terribles de este trabajo. Vas a ver una.

—¿Cuándo?

—Eso no lo sé. Puede ser en cualquier momento de acá a Castelar, o a la vuelta.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a Flores. Habían pasado todo el camino vigilando las vías iluminadas por la luz del tren, que rompía la densa oscuridad de la noche como si avanzara por un túnel o bajo tierra.

En Flores, le preguntó si hacía rato que era periodista. Verónica le contó que había empezado hacía más de diez años. Que era redactora de *Nuestro Tiempo* desde hacía tres. Lucio quiso saber cuántos años tenía. Treinta. Se sentía cómodo preguntándole. Ella parecía intimidada. Lucio ya no la veía como una periodista que conducía la charla, sino como una chica que se dejaba llevar en un tren hacia algo que ella debía de suponer tenebroso, mucho más inquietante por ser desconocido. Le preguntó si estaba casada. Ella le dijo que no. Si estaba de novia. Tampoco. Verónica recuperó el lugar de interrogadora y quiso saber qué se sentía tener dos hijos. Obligaciones, respondió. Obligaciones y un gran amor, distinto a lo que se podía sentir por una pareja o por los padres, una sensación de no estar nunca solo. Hacía cuánto que estaba casado. Ocho años, se había casado a la edad de ella. Vos por ahí también te casás este año, le dijo él. No creo, dijo Verónica.

Llegaron a Castelar sin que nada ocurriera. Comenzaron a hacer el viaje el

regreso a Plaza Once con dos actitudes distintas. Lucio se había puesto más tenso porque sabía que cada vez estaba más cerca de ocurrir. Verónica dejaba traslucir cierto fastidio, como si hubiera sido engañada y llevada hasta ahí solo para ser interrogada sobre su vida íntima, algo a lo que no estaba acostumbrada y que debía de resultarle molesto. Un silencio absoluto los cubrió por más de media hora. Hasta que Lucio recordó algo que habían hablado la vez anterior, el fragmento de una respuesta que no había terminado de dar y que ahora quería completar.

—Cuando ves a un tipo que se pone en la vía no podés sacarle los ojos. Siempre me digo que la próxima vez voy a cerrarlos, no quiero volver a ver el estallido pero no puedo. El suicida te agarra de los ojos y no te suelta.

Después volvió el silencio, hasta que, cuando faltaba poco para llegar a Caballito, Lucio dijo, más para él que para avisarle a ella:

—Ahí están.

## X

Con un rápido movimiento Lucio apretó el freno de emergencia y tocó bocina continuamente. Al principio, ella no vio nada. La luz del tren no llegaba todavía a donde Lucio estaba viendo o imaginando que veía. Pero de pronto, como surgiendo de la nada, aparecieron dos chicos de unos diez o doce años parados sobre la vía y mirando de frente al tren. Todo ocurrió en un par de segundos, quizá menos. Verónica se dio cuenta de que iban a atropellar a esos dos chiquitos, que iban a pasarles por encima por más que el freno ya se hubiera accionado. El tren seguía hacia ellos sin detenerse. Quiso cerrar los ojos y el terror no se lo permitió. La imagen de esos dos chicos crecía hasta cubrir toda la noche. Uno de los pibes pareció no aguantar más y se tiró al costado de la vía. Inmediatamente el otro hizo lo mismo hacia el otro lado. El tren frenó unos metros más adelante.

—Hijos de puta —dijo Lucio, y en su voz se oía un odio visceral. En los vagones se sintieron algunos gritos con la frenada de emergencia. Lucio tardó poco más de un minuto en volver a arrancar el tren.

—¿Qué pasó? —preguntó Verónica con una voz que no era la de ella.

—Lo mismo que todos los primeros jueves de cada mes. Son chicos de la villa, de alguna villa o no sé de dónde mierda. Un compañero atropelló a un pendejo hace un año.

Verónica no dijo nada más. Estaba quieta. Lo que había visto la había convertido en una estatua de sal. Lucio —que en todo ese tiempo no había dejado de mirar las vías— la observó y le preguntó si se sentía bien. Ella dijo que sí, pero había empezado a temblar y no podía contener el llanto.

—Yo tampoco pude sacar los ojos de ellos —le dijo con voz apenas audible.

Él le tomó la mano y ella se la estrujó. Sentía sus propias uñas hundiéndose en la palma de la mano de Lucio. El tren se detuvo en la estación Caballito y antes de volver a arrancar, con las puertas abiertas de los vagones, Lucio dejó los controles, se puso frente a Verónica y la besó. Fue un beso torpe que tuvo como primera respuesta de ella una mordida en los labios y una búsqueda desesperada de la boca de Lucio. Como si quisiera meterse dentro de él, guarecerse en su boca. Verónica era un animal asustado en busca de refugio. Se sintió frágil ante el cuerpo rocoso de él, que la apretó contra la pared de la cabina. Las manos de

Lucio por debajo del pulóver no la acariciaban, la apretaban. Se besaron hasta sentir un regusto a sangre. Después, Lucio la soltó y volvió a poner el tren en marcha.

**El Peque *versus* Cholito**

## I

Cuando fueron por primera vez al club Brisas de Primavera al Peque ya no le quedaba ni una marca del ataque del perro. Para llegar tuvieron que caminar unas quince cuadras. Dientes había dicho que sabía ir, pero más de una vez se perdieron y tuvieron que preguntar para llegar hasta el club.

Brisas de Primavera era un club de barrio como cualquier otro. El nombre en la fachada descascarada, un salón con mesas donde unos jubilados jugaban al dominó, una cancha de baby fútbol, la entrada a una oficina, los vestuarios y no mucho más.

En la cancha había unos chicos peloteando. También estaba Rivero. Vestía un equipo de gimnasia Adidas azul. Cuando vio al Peque, le hizo un gesto para que se acercara. Dientes fue junto al Peque.

—¿Viniste con tus padres?

—Mi viejo no vive con nosotros y mi vieja trabaja hasta tarde.

El Peque había decidido decirle la verdad. En el peor de los casos, iba a tener que convencer a su madre para que fuera un día a hablar con Rivero, como cuando tenía que reunirse con la maestra.

—¿Y vos quién sos? —le preguntó Rivero a Dientes.

—Yo lo cuido.

—Ah, muy bien. Vos estabas el otro día jugando en el parque, ¿no?

Rivero era pelado, o casi. Tenía algunos pelos con los que intentaba tapar la calvicie cruzándolos de un lado al otro de la cabeza. Las manos eran velludas, como de mono. Un mono pelado. No era gordo, pero tampoco flaco. Era el gordo más flaco del mundo o viceversa. Los ojos brillaban como si estuvieran húmedos. Su mirada, sin embargo, era opaca, seca como una caja de cartón al sol.

—Me acuerdo, jugabas por la derecha.

Hablaba en voz bien alta, como cualquiera se imagina que habla un técnico de fútbol. Hablaba como si diera órdenes. Podía ser técnico, o policía, o un padre al que se trata de usted.

—¿Qué edad tenés?

Dientes desconfiaba de los varones adultos. Habían matado a su padre. Cualquier adulto podría ser el asesino. A todos los miraba y pensaba que podían

ser el culpable de que él fuera huérfano.

—En esa categoría ya estamos completos, pero si querés quedarte...

Dientes no dijo ni sí ni no. Fue hacia un costado y se sentó ahí, viendo cómo el Peque se ponía a las órdenes del técnico.

Rivero le dijo al Peque que la primera vez los chicos tenían que venir con sus padres, pero que con él iba a hacer una excepción. Lo mandó a la oficina, donde una vieja le hizo llenar una planilla con sus datos. Cuando regresó a la cancha, el técnico lo puso a pelotear con los otros chicos. Hicieron algunos ejercicios que al Peque le resultaron aburridos y al final jugaron un partido de veinte minutos. Quedaron en verse el jueves.

—El jueves tengo que volver —le dijo el Peque a Dientes.

—Entonces aprendete el camino de memoria porque yo no vuelvo.

## II

Si el Peque había imaginado un club donde le iban a dar camisetas, pantalones y botines estaba equivocado. Brisas de Primavera era un club como el barrio donde estaba. Los chicos jugaban con la ropa que llevaban. Como mucho se ponían de acuerdo para tratar de llevar todos una remera roja, o blanca. Después se enteró de que estaban haciendo una rifa para juntar plata y comprar un juego de camisetas. Que los pibes más grandes lo habían hecho y ya tenían la camiseta del club para las categorías mayores: violeta con una franja naranja que cruzaba en diagonal de derecha a izquierda. Por lo menos había una pelota de cuero que estaba en mejor estado que la que usaban habitualmente en la plaza o en la calle.

Entrenaban dos veces por semana y jugaban entre ellos. Brisas no estaba anotado en ningún campeonato ni liga, por lo que no disputaba partidos oficiales con otros equipos. Cada tanto se organizaba algún encuentro con clubes de la zona. Iban en un micro escolar destartalado que conducía un viejo que estaba o había estado o parecía borracho.

Rivero no era un técnico amable, ni siquiera simpático. Daba pocas indicaciones, levantaba la voz cuando algo se hacía mal, pero no se apasionaba con nada. Parecía más bien distraído, o cansado, o desinteresado. Era difícil imaginarlo diciendo que lo más importante del mundo eran «sus chicos», por el simple hecho de que no parecía sentir que ese grupo de pequeños futbolistas voluntariosos fueran sus muchachos. En cambio, con el Peque se mostraba distinto, o al menos no lo puteaba como a los otros y cada tanto había un «bien, Peque, así». Y eso que el Peque estaba lejos de ser el mejor. No era muy habilidoso, pero se comportaba como un defensor aguerrido. Peleaba todas las pelotas y no le tenía miedo a las patadas. A recibirlas o a tener que darlas.

Cuando terminaban la actividad del día, compraban entre todos una Pepsi de litro y medio en el bar del club. Al Peque le costaba conseguir las monedas, por lo que muchas veces no ponía ni una para la compra comunitaria. Y eso que Rafael, el tipo que atendía el bar, les cobraba la mitad de lo que decía la lista de precios.

Rafael era un muchacho de barba, escuálido, con la mirada siempre perdida, pero amable con los pibes. Una vez les dijo al Peque y a otro de los chicos:

—Estos sándwiches ya no los voy a poder vender y tener que tirarlos es una lástima. ¿Por qué no se los llevan?

Así fue como les dio tres pebetes de salame y queso. Y siempre tenía algo para regalarles, al Peque o a los otros chicos. Un sándwich, un plato con palitos salados o maníes, unas papas fritas, tal vez un poco húmedas, pero papas fritas al fin.

Al Peque lo sorprendió que una tarde, cuando no había nadie más, le dijera:

—Yo a vos te conozco. Vos vivís en la casa de Cañada de Gómez y Salvador.

—Sí —dijo el Peque con cierta desconfianza.

—Me pareció verte. Bah, te vi cuando era más chico. Yo viví ahí.

—No me acuerdo.

—Los chicos no registran a los grandes.

—Ahora viven dos mujeres con una chica y en la otra pieza, un tipo solo, además de nosotros y de la dueña.

A su casa el Peque llegaba cerca de las ocho, cuando su madre ya estaba de regreso preparando la cena. A ella no le molestaba que fuera al club, siempre y cuando hiciera la tarea de la escuela. El Peque le mentía seguido y le decía que ya tenía los deberes hechos, pero por lo general los hacía a las apuradas a la mañana siguiente.

Rivero, a su vez, le preguntó por su madre, por su padre, si tenía contacto con él. Al Peque no le gustaba hablar mucho de esas cosas. Sin embargo, le contó que de su padre había visto fotos, en realidad había visto una sola, que la madre guardaba en un cajón de la cómoda, debajo de las sábanas. En la foto estaban ella, el padre y él de bebé en una plaza de Corrientes.

Al poco tiempo, Rivero sabía de qué trabajaba su madre, sabía del lugar donde vivían, de sus hermanos más chicos, de sus vecinos, de la foto del padre. Y el Peque, de Rivero solo sabía que era el director técnico de los chicos de Brisas, que lo saludaban con respeto en el club y que a veces se sentaba a la mesa de unos jugadores de cartas que tomaban vino y fumaban.

Un día habían terminado un poco más tarde de lo habitual. Rivero le dijo que se quedara, que quería hablar con él. Los demás chicos se fueron rápido, espantados por la hora y el frío. El Peque se puso la campera y esperó sentado en la grada de cemento que oficiaba como humilde tribuna de Brisas. Rivero se acercó fumando. Se quedó de pie frente a él.

—Peque, sos un pibe valiente. Vas bien al frente, como me gustan a mí los jugadores. No esos mariquitas que se tiran a la primera patada o que se sienten Maradona porque tiran una pared.

A pesar de las palabras, el Peque no podía dejar de pensar que lo iban a echar del club. No por malo, sino porque no podía pagar la cuota para ser socio o porque muy rara vez aportaba para la gaseosa.

—Sé que tenés problemas de guita, ¿no?

—Mi mamá trabaja en muchas casas para que mis hermanitos y yo vayamos a la escuela y comamos.

—Pero te gustaría tener un peso en el bolsillo, ¿no? A todos los pibes les gustar tener unos mangos. Y cuanto más grandes, más guita quieren.

El Peque no le contestó. Rivero daba por hecho que estaban de acuerdo en todo lo que él decía.

—Así que tengo una propuesta para hacerte. Mirá, esto que te voy a ofrecer no se lo digo a cualquiera. Es solo para elegidos. Desde que te vi en el parque pensé que vos podías ser uno. Por eso te voy a proponer un negocio en el que vas a ganar platita. Antes que nada, para que no te asustes te digo que no es ninguna mariconada. No soy el Bambino<sup>[2]</sup> ni tengo amigos trolos. Esto que te voy a ofrecer es para pibes bien machos. No es para cualquiera.

El Peque ponía toda su atención para entender cada palabra de lo que le decía, pero hasta el momento no le quedaba nada claro.

—Lo que te propongo es formar parte de una competencia. Una competencia de valientes. Hay juegos que no aparecen en la tele y que a la gente le gusta ver, hacer apuestas, qué sé yo. Como las riñas de gallo. ¿Alguna vez viste a los gallos peleándose en la tele? Bueno, el tema es así. Tengo unos amigos que les gusta apostar y ver qué pendejo es más valiente. Es fácil. Dos pibes se paran en la vía de ferrocarril y esperan a que se acerque el tren. Cuando creen que está cerca, saltan para un costado y listo. Nadie los obliga a nada. Ves venir el tren a tres cuabras y si ya te parece que no querés quedarte en la vía saltás y listo el pollo. No me digas que no es fácil. Una boludez, sobre todo para un pibe como vos.

—¿Usted quiere que yo vaya a una vía y espere que venga un tren?

—Digamos que sí. Obviamente, yo te llevo hasta el lugar donde es la competencia. Vamos en auto y te traigo hasta tu casa. Sos vos contra otro pibe. Lo conocés seguro. Es el Cholito.

Lo había visto alguna vez. Jugaba con los pibes de doce años en Brisas.

—Yo los llevo a los dos. Esperamos que venga el puto tren. Cuando vos tenés ganas, saltás a un costado y te llevás tu platita. Eso es lo más importante. Por ir, nada más que por ir, te ganás veinte pesos. Veinte. Es más, te pago antes de que estés en la vía. Y si aguantás más que el Cholito te llevás, escuchame bien, cien pesos. Cien mangos para vos solo para que te compres lo que quieras, te lo gastes en todo lo que te guste. ¿Alguna vez viste un billete de cien mangos? Te podés llevar uno en menos de diez minutos. ¿Qué opinás?

Veinte pesos. Cien pesos. ¿Cuándo en su vida iba a poder ganar una cantidad así?

—¿Te animás?

—Sí, sí.

—¿Sabés qué? Siempre supe que ibas a decir que sí. Sos un pendejo de hierro. Vas a llegar lejos con el fútbol. Es más, si seguís así el año que viene te llevo para

que te pruebes en Boca o en River.

Veinte pesos. Cien pesos.

—Una cosa más. La gente es muy boluda. Así que te voy a pedir, casi te diría que te voy a exigir, que no le cuentes a nadie. Porque lo más probable es que si se enteran no te van a dejar participar y chau plata. No ganás nunca más un mango.

Cuando salía, el Peque se lo cruzó a Rafael, que lo miró con ojos interrogantes. El Peque lo saludó al pasar y corrió hacia el barrio con la cabeza girándole a mil por hora. No podía contárselo a nadie. Ni siquiera a Dientes.

### III

No tenía mucho para elegir. Se puso las zapatillas más nuevas, que no se diferenciaban en nada de las más viejas. Le hubiera gustado tener una campera acolchada. Pensaba que una prenda así podía ser útil en caso de que el tren se le viniera demasiado encima. Con una campera bien acolchada podía esperar a que el tren lo tocara y salir disparado como la bala de un cañón. Una especie de pelota que rebota contra la máquina del tren y luego cae en el asfalto o en la copa de un árbol o en los cables de la luz. Pero se tenía que conformar con la campera de siempre, abrigada pero delgada como la piel de un perro flaco. Debajo se puso un pulóver bien gordo, que guardaba para ocasiones especiales. Esa noche era una ocasión especial.

Mentiras y promesas. A su madre le dijo que iban con el equipo de Brisas a jugar a la cancha de River y que lo llevaban y lo traían. Su madre no estaba tan segura de dejarlo ir. Iba a volver muy tarde. No le gustaba que anduviera por ahí en plena noche. Él le dijo que los técnicos del club eran muy buenos y que lo iban a llevar a las divisiones infantiles de Boca si jugaba ese partido. Le prometió hacer temprano los deberes y que no se quedaría en la calle cuando lo trajeran a la noche.

Rivero lo pasó a buscar en auto por la esquina de Zelarrayán y Gordillo. De hecho, lo estaban esperando a media cuadra. Se subió en el asiento de atrás, donde ya estaba Cholito, que lo miró sobrador y ni lo saludó. Rivero manejaba y del lado del acompañante iba un tipo que no se presentó pero que le dijo « acá llega nuestro campeón» . Ese hombre —que tenía puesta una campera de cuero negra como la que usan los motoqueros— se pasó todo el viaje hablando por teléfono. Por lo poco que entendió el Peque, el tipo les avisaba a todos con los que hablaba que estaban en camino.

Después de dar mil vueltas por calles y avenidas que el Peque nunca había recorrido, llegaron a un paso a nivel. Estacionaron unos metros después de pasar las vías del ferrocarril. Bajaron del auto y en la vereda descubrió que Cholito llevaba una campera inflable. Rivero les dio veinte pesos a cada uno. El Peque se los guardó en el bolsillo sano del pantalón.

Había varios autos detenidos con personas dentro. Algunos tipos bajaron y se acercaron a las barreras que permanecían en alto. Del otro lado de las vías, se

ubicaron otros. No eran menos de cinco, no eran más de diez. El tipo del auto seguía hablando por teléfono. «Cinco minutos», dijo en voz alta, como anunciando el comienzo del espectáculo.

—Él es Peque, y a Cholito ya lo conocen —dijo Rivero dirigiéndose al resto de los hombres, y luego, mirando a los chicos, agregó—: Bueno, muchachos, esperamos lo mejor de ustedes.

El otro tipo se cruzó al otro lado de las vías. Tenía una libreta en la que tomaba nota de lo que le iban diciendo los otros. Peque escuchó que cada uno de los hombres decía sus nombres: «Peque» o «Cholito».

Rivero seguía en su papel de director técnico y daba las indicaciones de último momento.

—Chicos, se tienen que parar uno al lado del otro. No vale retroceder. Cuando lo crean conveniente, saltan para fuera de la vía del lado en que están. Pónganse en sus lugares. Peque, retrocedé medio paso. Así. Ahí se quedan. Suerte. Que gane el más valiente.

Por más que mirase, el Peque no veía nada delante. Tampoco se oía un tren a la distancia ni nada parecido. Con el rabillo del ojo notó que los que estaban al costado habían retrocedido y él ya no podía distinguirlos.

—Te conviene saltar rápido —le dijo Cholito.

—A vos también.

—¿Lo conocés al Negro Mauro?

—No.

—Tardó un montón y cuando saltó le pegó justo la máquina. Perdió un brazo el boludo.

—Qué boludo.

—Saltá rápido.

Lo quería asustar. No había dudas de que lo quería asustar. Vio una luz que se acercaba pero que todavía estaba muy lejos. ¿Y si tenía que saltar ya?

La luz comenzaba a crecer. Muy lentamente, crecía.

Veinte pesos. Tenía veinte pesos en el bolsillo. Eso estaba buenísimo. Tenía que saltar.

La luz venía hacia ellos. No debía de estar tan lejos. A su lado, Cholito era una estatua.

Cien pesos.

Una campera inflable, unas zapatillas nuevas. ¿Qué se puede comprar con cien pesos?

No era una luz: era una bola luminosa cada vez más grande. Una pelota gigante que rodaba hacia ellos haciendo un ruido estremecedor.

—Saltá, pelotudo, ¿qué esperás?

Cien pesos. Esperaba cien pesos.

Era como cuando te viene el turro del equipo contrario con la pierna

levantada. Había que calcular el momento justo para levantar las piernas y no ligar el patadón del hijo de puta.

Sintió que el tren aullaba. Un bocinazo horrible que lo asustó como no lo había asustado la luz.

—La puta que te parió —gritó Cholito y fue lo último que el Peque le escuchó decir. Porque Cholito se tiró hacia su costado mientras él estaba todavía ahí.

Y saltó.

La pierna de la patada del turro del equipo contrario que no llega a tiempo y uno se escapaba con la pelota hacia el gol.

Era como hacer un gol.

El tren seguía bramando como un dinosaurio herido.

Cien pesos.

Vio a Rivero en la oscuridad haciéndole un gesto para que corriera hacia las sombras. Corrió. Lo subieron al auto. Dentro, Rivero estaba exultante. Manejaba y se daba vuelta para mirarlo y gritarle «ganaste, campeón, ganaste».

Dieron unas vueltas hasta llegar a una esquina en la que los estaban esperando Cholito y el otro tipo. Subieron. Cholito se sentó atrás y, como en el viaje de ida, no dijo nada. El tipo le dio un billete de cien y le pidió el de veinte.

Lo dejaron a tres cuadras de su casa. No había guardado la plata en el bolsillo, sino que llevaba el billete apretado en la mano. Mientras corría esas cuadras pensaba en cómo se iba a sorprender Dientes. Estaba tan feliz que tenía ganas de llorar.

5

**Los otros**

## I

Los dos habían llegado al edificio el mismo día. Marcelo comenzó a trabajar el 1° de marzo y Verónica se mudó en esa jornada de calor asfixiante. Marcelo, en realidad, se había mudado el día anterior con su mujer al pequeño departamento del último piso, el noveno, que correspondía al portero. A las siete de la mañana salió a baldear la vereda y una hora más tarde llegó Verónica con una camioneta de mudanzas de la que unos hombres comenzaron a bajar muebles y cajas. Verónica se presentó y él le comentó que era su primer día. Ella le sonrió.

—Hoy es el primer día de nuestras nuevas vidas —dijo Verónica sin dejar de sonreír.

Esto había ocurrido hacía ya más de cinco años y desde entonces, en cada aniversario de la mudanza, Verónica le regalaba una botella de vino Rutini que él había esa misma noche con su esposa. Él no le regalaba nada porque no se espera que un portero le haga regalos a un vecino del edificio en el que trabaja, pero estaba siempre a disposición para cualquiera arreglo que hubiera que hacer en el departamento de Verónica.

Tal vez las casualidades no existan, tal vez haya un mundo de encuentros secretamente mágicos. Si así fuera, la llegada el mismo día al edificio de la calle Lerma había unido las vidas de Marcelo y Verónica de manera especial. Al menos así prefería pensar él, que la trataba distinto que al resto de los vecinos. Obviamente, ella le gustaba y mucho. Verónica era una chica linda, alta, con un pelo castaño corto que le recordaba a una actriz norteamericana, un buen culo que compensaba las tetas pequeñas, una voz dulce y una sonrisa cautivante. Vivía sola y él todavía mantenía la ilusión de llevársela a la cama. Aunque no pensaba dar ningún paso en falso. No estaba dispuesto a perder ese trabajo que tanto le había costado conseguir. Sobre todo porque de su anterior empleo como encargado de edificio lo habían echado por haberse quedado más tiempo de lo debido con plata de las expensas y por otras pavadadas semejantes. Lo habían echado incluso sin indemnización, y no habría vuelto a trabajar nunca más dentro del gremio si no hubiera sido por sus contactos en el sindicato de encargados de edificio, que le habían limpiado los antecedentes y hasta le habían conseguido ese trabajo. Además, cuando llegó, solo eran su mujer y él, pero hacía dos años

había nacido su primer hijo y ya no estaba para hacerse el héroe romántico con las vecinas, como había hecho alguna vez en trabajos anteriores. Tenía treinta y cinco años y una familia a la que cuidar. Así y todo, todavía tenía fantasías cuando Verónica lo llamaba para algún trabajo de electricidad o de plomería en su departamento.

En esos años, Verónica se había convertido en parte de su vida. Él había sido lo suficientemente inteligente como para no comentarlo con su esposa, aunque en el repaso de actividades de los vecinos, cada tanto hablaban de la chica del segundo A. Y si bien Marcelo conocía intimidades de todos los habitantes del edificio, ninguna le interesaba tanto como la vida de Verónica. En cinco años se había enterado de muchísimas cosas sobre ella. Verónica era la menor de tres hermanas mujeres. La única soltera y sin hijos. Las otras dos visitaban cada tanto el departamento con sus crios. El que venía más raramente era su padre, que le había regalado el departamento. En realidad, lo había recibido como herencia de su madre, que había fallecido unos meses antes de que se mudara. El padre solo la había ayudado a completar el pago.

A diferencia de los demás vecinos, que tenían una vida bastante estructurada de horarios y visitas, Verónica cambiaba de rutina todo el tiempo. La había visto salir muy temprano para ir al gimnasio, la había visto trabajar desde su casa durante varios años, o irse de viaje a Europa por tres meses. A veces llenaba su departamento de amigos, pero podían pasar semanas, meses, sin que nadie la visitara, ni siquiera sus hermanas y sobrinos. Siempre llegaba a distintas horas, cuando llegaba, ya que podía pasarse varios días sin aparecer por su departamento. Aunque esto último no era tan común y, cuando ocurría, Marcelo se sentía especialmente nervioso, tentado de llamarla al celular, que alguna vez ella le había dado.

Tal vez por eso, la mejor temporada que recordaba fue cuando Verónica se puso formalmente de novia. Estuvo un año saliendo con un muchacho, que se quedaba en el departamento algunos días, pero que nunca se llegó a mudar del todo. Ni siquiera en ese tiempo, Verónica dejó de llamarlo para solucionar los desarreglos de su hogar. El tipo era un inútil. Se dedicaba a editar libros o algo así, según le contó la propia Verónica. Marcelo no sentía celos (o al menos, no los sentía especialmente). Lo que él pretendía era un momento de sexo y eso lo podía conseguir o no, estuviera ella de novia, casada, o soltera, como estaba gran parte del tiempo. Antes y después de ese novio, los hombres se habían sucedido con cierta regularidad. Ninguno duraba demasiado. Y a diferencia de su ausencia de rutina, los hombres de Verónica se parecían entre sí a un grado asombroso. Tipos de entre treinta y cuarenta años, vestidos como se visten los hombres que están entre el público de los desfiles de moda que alguna vez había visto en la tele, educados y caballeros. Tal vez algo tímidos, o algo pedantes. O las dos cosas. La mayoría usaba anteojos. Si eran feos o lindos, era algo que a Marcelo se le

escapaba.

Desde que trabajaba en la revista, Verónica había incorporado algunas rutinas. Los días de semana salía generalmente cerca del mediodía y no volvía nunca antes de las nueve. Ese mediodía tenía puestas unas botas largas y un tapado que apenas dejaba imaginar un jean ajustado o las formas de su cuerpo. Una razón más para odiar el frío del invierno. Verónica estaba vestida y maquillada un poco más formal que lo habitual. Marcelo estaba en la puerta cuando la vio salir y le preguntó:

—¿Alguna reunión importante?

—Almuerzo con mi padre. No es el mejor plan del mundo, tampoco el peor.

Marcelo le pasó un sobre con la factura del teléfono, que había llegado unos minutos antes, y ella salió a paso rápido.

Yo soy tu mejor plan, pensó mientras la miraba irse. Después siguió ordenando las facturas de los demás departamentos.

## II

Desde que su esposa había muerto, Aarón sentía que algo se había cortado con sus hijas. No era que las quisiera menos, o que no le interesara su destino, o que desestimara su compañía, pero difícilmente podría haber dicho que la muerte los había unido, sino todo lo contrario. Su esposa fue siempre la catalizadora de la familia, la que resolvía los conflictos, la que recibía las noticias de cualquier tipo, la que transmitía, curaba, protegía, alertaba, limitaba, influía. La enfermedad de ella había sido larga y agotadora para todos. Durante esos meses se produjeron algunos pequeños desencuentros con sus hijas, pero ya no podía contar con su esposa para resolverlos. Cuando murió, él, más allá del dolor, sintió cierta liberación, no solo de vivir alrededor de la enfermedad, sino también del vínculo que lo unía a sus hijas. Desde entonces se veían, compartían algunos momentos, no faltaban a ningún cumpleaños o a *Rosh Hashaná*, pero algo se había perdido para siempre y ya parecía difícil volver a recuperarlo.

Tal vez porque era la soltera, la que no tenía hijos y por lo tanto no podían disolver los silencios hablando de las travesuras de los chicos, lo cierto es que a Aarón le costaba mantener una relación fluida con Verónica. Ella lo visitaba una o dos veces al mes, o iban a almorzar a un restaurante que elegía él. No había demasiados temas personales para compartir y evitaban las cuestiones políticas para no pelearse.

No le disgustaba que su hija fuera periodista, pero hubiera preferido que se dedicara a la abogacía, como él mismo y su padre. Ninguna de sus tres hijas había continuado la tradición familiar. La mayor era médica clínica, la del medio psicopedagoga y Verónica era licenciada en comunicación. Soltera y con esos estudios, no iba a llegar muy lejos, salvo que trabajara en televisión. Pero ella decía que lo suyo era el periodismo escrito. Él respetaba esa decisión y se sentía orgulloso cada vez que algún colega le decía que había visto la firma de su hija en un diario o en una revista. Sin embargo, siempre había creído que, de las tres hijas, ella era la que más posibilidades tenía de seguir Derecho. Siempre había sido buena argumentando y le gustaba defender a todos los débiles con los que se había cruzado en la vida, desde una mascota a una amiga. Odiaba la injusticia y no se callaba nunca. Hubiera sido una excelente abogada. Como él, como su abuelo. Si hubiera sido varón, no dudaba de que su tercer hijo habría sido el

continuator del estudio jurídico que de tan buena y atemorizadora fama gozaba en Tribunales.

—¿Sabías que acá venía a comer Alfonsín? —le dijo cuando su hija (siempre diez minutos tarde) se acomodó frente a él y se disponía a poner la servilleta sobre su falda.

—Sí, pa, me lo contaste las otras veces que vinimos.

—Me gusta hablar con gente informada. Así que te lo voy a contar de nuevo.

Pero fue solo un chiste. No continuó con la historia que ella conocía. Que en ese restaurante, Pedemonte, en Avenida de Mayo, su padre había almorzado muchas veces con el presidente de la República, Raúl Alfonsín. En los años ochenta, el estudio jurídico de su padre había estado cerca del gobierno, y aún mantenía sus contactos políticos con el radicalismo y con otros partidos, aunque él nunca había militado, salvo en el Colegio de Abogados de la Capital, desde hacía ya varias décadas.

Aarón se pidió un bife de chorizo mariposa a punto con ensalada de tomate y zanahoria, una botella chica de *Chateau Vieux* y un agua con gas. Verónica prefirió una merluza negra a la plancha con ensalada de hojas verdes y un agua sin gas. Ninguno de los dos comió postre. Él bebió un té digestivo Cachamai y ella un café negro sin endulzar.

—¿Qué estás haciendo en la revista?

—Estoy en el comienzo de una investigación que creo va a estar muy buena. Es un trabajo sobre el lado oscuro de los ferrocarriles.

—¿Sobre la privatización de los ramales? En el estudio llevamos un caso de Metrovías.

—No, no tiene que ver con contratos. Es sobre suicidios, la gente que se tira debajo de un tren.

—Ah, muy tético.

—Sí, pero tiene algunas vueltas de tuerca interesantes.

—No sé cómo no te deprimís con esos temas.

—Me deprimó, pero lo disimulo.

—¿Te llevás bien con tu jefe?

—Jefa. Tengo una editora de jefa.

—Pero el director es un hombre.

—Sí, pero yo no trato con él. Por suerte. En su oficina, que es bastante grande, caben solo él y su ego.

Salieron apurados del restaurante, no porque se quisieran ir sino porque ya no se aguantaban las ganas de fumar. Los dos encendieron un cigarrillo en la puerta del restaurante.

—No me gusta que fumes, hija, no es bueno.

—En cambio a mí me encanta que lo hagas. Te hace parecido a Charles Boyer en alguna película. Chau, pa, me voy a la revista.

Le dio un sonoro beso y se fue en sentido contrario al que iba él.

### III

No era que Patricia odiase su profesión, pero estaba harta del periodismo. Lo disimulaba mostrándose descreída del oficio que había elegido hacía más de veinte años. Tal vez su error había sido casarse con su trabajo y no haberse separado. Ella, que se había divorciado dos veces, que había sabido tener hijos con dos esposos, que supo decir adiós a tantos vínculos, no había podido alejarse nunca del periodismo. Ya no sentía la misma emoción que años atrás cuando veía impreso su nombre en algún artículo: Patricia Beltrán. «La Beltraneja» le decían sus compañeros del Pellegrini. Ella, que no sabía de infidelidades pero que había sabido cortar relaciones un día antes de que comenzaran los desastres, vivía una especie de doble vida. Todos la veían como una periodista brillante, que había realizado trabajos recordados por sus colegas (el público general suele ser menos memorioso). En realidad, ya no era una periodista. Se refugiaba en la edición de sus redactores y casi no escribía artículos propios. Ponia títulos, planificaba notas, calculaba caracteres y rearmaba notas mal escritas. Era como un sacerdote que ha perdido la fe en Dios y se dedica solo a dar misa, a repetir lo aprendido en tantos años de oficio. Eso era ella: una atea del periodismo. Su misa semanal era la edición de la sección de Sociedad en la revista *Nuestro Tiempo*. La revista había nacido a mediados de los noventa y se llamaba *Última Década*. Al llegar al año 2000 habían renovado el nombre.

Su experiencia le alcanzaba para llevar adelante su trabajo con cierta dignidad profesional. Nadie le había reprochado su descreimiento o su cansancio, por lo que su máscara debía de ser convincente. Había sabido armar un buen equipo. Tenía cuatro redactores destacados, un pasante inteligente y colaboradores elegidos con su buen ojo para detectar colegas sólidos. Sociedad era una de las secciones más extensas e importantes de la revista. Se llevaba bien con la mesa chica, que manejaba la publicación y, como no tenía ningún interés en integrarla, la trataban con respeto y agradecimiento.

Si había algo que la seguía conmoviendo era la pasión ajena. Cuando veía a un periodista que todavía guardaba en su interior el fuego del oficio, no podía dejar de sentir una emoción especial y ganas de protegerlo. Eso le ocurría sobre todo con Verónica. Si no fuera porque a la edad de su redactora ella estaba en pareja y embarazada de su primer hijo, se podría decir que era igual a ella

cuando tenía treinta años. A Verónica la había visto crecer como periodista, desde que empezó como pasante en la revista en la que Patricia ya era editora. Había notado algo distinto en la joven y unos años más tarde no dudó en llevarla a su nuevo trabajo. De sus redactores, era la mejor y la única que no soñaba con ser editora o secretaria de redacción. Como Patricia varios lustros atrás, Verónica quería estar en la calle, investigando, en contacto con la gente, encontrando explicaciones a los problemas y mandando al frente a los responsables. Era minuciosa, obsesiva, lúcida y escribía muy bien. Patricia confiaba en ella y eso siempre es lo mejor que un editor puede decir de uno de sus periodistas. Además tenía olfato. Encontraba agua en las piedras. Donde alguien veía un hecho ordinario, Verónica era capaz de descubrir una serie de sucesos espeluznantes. Cuando le dijo que quería escribir sobre un ferroviario suicida, pensó que iba a traerle una linda nota policial, con algún relato pintoresco. No se imaginaba que podía haber algo más. Sin embargo, esa madrugada había recibido un *email* de Verónica que decía: «Pato querida, de chica solía asustarme con el tren fantasma del Ital Park. Ahora estoy viendo que las verdaderas historias de terror están en los trenes comunes y corrientes. Tengo algunas puntas y creo que si logro tirar bien de las cuerdas podemos sacar un buen conejo de la galera. Un conejo terrorífico. Mañana te cuento todo».

Esa tarde Patricia vio pasar por recepción a Verónica y entrar en la redacción. Saludó a los compañeros que ya estaban y se acercó a ella sonriendo.

—La sonrisa del gato que se comió el pescado.

—El gato de Cheshire, prefiero. Estoy muerta. Vengo de almorzar con mi estimado padre y comí de más. Necesito una siesta urgente.

—¿Te llevó de nuevo a Hermann?

—No. Fuimos a Pedemonte.

Colgó su tapado y apoyó su ajustado culo en el escritorio. Patricia no pudo evitar mirarla y pensar que daría cualquier cosa por tener de nuevo treinta años. Aunque ella nunca había tenido un cuerpo como el de Verónica. O tal vez sí. ¿Quién no es hermoso cuando es joven? Y seguro que Verónica ni lo sabía. Si a los veinticinco (ni qué decir a los veinte) le hubieran dicho a Patricia que alguien de treinta era joven, se hubiera reído a carcajadas. Es más: si alguien le hubiera dicho a los treinta que ella era joven, no hubiera parado de reírse.

—Pato, andá pidiendo la tapa porque te tengo una notaza.

—¿Da para tanto el ferroviario suicida con veleidades criminales?

—Da, te aseguro que da.

¿Cómo la vería Verónica a ella? Una mujer mayor a pesar de tener solo veinte años más. Una colega que había recorrido las principales redacciones de Buenos Aires y que había elegido dónde trabajar y con quién hacerlo. Que había cumplido con los ciclos de la vida: casarse, tener hijos, separarse, todo duplicado por dos. La vería como un monumento histórico.

—Hay dos notas. O mejor dicho, dos temas que pienso meter en el artículo. El tema es la muerte.

—Los trenes y la muerte. Empiezo a comprar.

—Digamos que el suicidio del ferroviario es el disparador. Fui por ese lado, pero lo que hay ahí es un tipo acosado por los fantasmas de la gente que atropelló con su tren. No sabés la cantidad de suicidios que hay en las vías. Bah, no importa tanto cuántos. Las cifras nunca sirven demasiado.

—¿Cómo que no sirven? Las cifras son necesarias. Hacemos periodismo.

—Sí, pero lo que queda en el lector son las historias. Y hay relatos terribles. Los tipos que atropellan gente se sienten culpables. Algunos enloquecen. La empresa los saca de la conducción de las unidades, en algunos casos, pero por lo general siguen conduciendo trenes. Todos están o deberían estar bajo tratamiento psiquiátrico el resto de sus días.

—Un trabajo insalubre, digamos.

—¿Conocés algún otro trabajo por el que termines en un psiquiátrico?

—Corazón, trabajé en Política Nacional en varios diarios.

—Esta gente queda con los patitos bailando un malambo por mucho mucho tiempo.

—Sangre y locura. Me gusta. Pero no veo la tapa. Veo un título de tapa, pero no más.

Patricia reconocía que disfrutaba desarmando las propuestas que le traían los redactores. Al fin y al cabo, podía decir, le pagaban por conseguir buenos sumarios y no para hacer caridad con periodistas poco hábiles para ingeniarse propuestas de nota. Pero con Verónica, a quien admiraba, sentía especial placer cuando podía bajarle sus propuestas. Es cierto, también se regocijaba cuando la veía remontar un tema, salir airoso de sus dudas, de su oficio de abogada del diablo. Hasta ahora, Verónica le había traído una buena idea de nota, pero sin duda había algo más. Su periodista no podía conformarse solo con una buena propuesta.

—Niños. No exactamente niños suicidas, pero casi. Chicos que se ponen en la vía y compiten por quién aguanta más tiempo sin saltar a un costado. Imaginate. Se les viene el tren encima y ellos quietitos, aguantando lo más posible.

—¿Eso pasa de verdad?

—Lo vi anoche con mis propios ojos. Entre Caballito y Flores. Ferrocarril Sarmiento. Dos nenes de unos diez años. Yo estaba en la cabina del tren.

—¿Qué hacías ahí?

—Una fuente me había dicho que eso podía ocurrir y me llevó. Y ocurrió.

—Es un juego macabro.

—¿Sabés lo que creo? Que esos chicos no estaban haciendo una travesura, que alguien los obliga. Si pudiera encontrar algo por este lado, estamos ante un caso policial. Y vos sabés cómo es esto. Si hay apuestas, hay poderosos

implicados, impunidad. Lo de siempre, con el agravante de que pueden llevar a la muerte a chicos.

Verónica conseguía estimularla, la convertía en una atea que dudaba. ¿Y si Dios, al fin y al cabo, existiera? ¿Y si valiera la pena el trabajo periodístico?

—A ver, ordenémonos. Hay dos artículos. Por un lado, uno de inseguridad laboral con alto contenido dramático: los suicidas y los conductores de trenes que quedan dados vuelta. Fin de la nota. Título en tapa. Lindas fotos de cuerpos descuartizados, o una ilustración horrible del Sapo González. Y por otro lado, una nota de abuso de menores que bordea el crimen. No va a ser fácil encontrar algo más que lo que ya viste, pero hay que buscar. Empezá con los suicidas y para la otra nota tomate el tiempo que necesites. Sin abusar, por supuesto, de mi generosidad.

—Okey. Ya me pongo. Igual para este cierre no llego con nada.

—Me lo imaginé.

—Hoy no me quedo hasta tarde.

—Déjenme sola, como siempre.

—Me encuentro a las ocho con Paula a tomar unas copas.

—Decile que me prometió los *Cuentos completos* de Katherine Mansfield y nunca me llegaron.

—Se lo digo, antes de que nos emborrachemos.

#### IV

« Necesito hablar urgente con vos. Y emborracharme. ¿Podés? » . El mensaje de texto Paula lo recibió a las once de la mañana, cuatro horas y media después de que hubiera empezado su día: primero llevó a su hijo a la escuela, más tarde fue a pelearse a una oficina de Movistar porque no le permitían ampliar su crédito de llamadas, pasó por el banco a depositar un cheque con el que le habían pagado un trabajo *free-lance* y finalmente había ido a las oficinas de la editorial en la que trabajaba como responsable de prensa, acompañante contrafóbica del director general, asistente general de todos los que necesitaban una mano y cuidadora *part time* de *Luz*, la perra mascota de la editorial. El mensaje tenía el nombre de Verónica, pero le hubiera bastado leerlo para saber que era de ella. La única persona que ponía todas las palabras completas en los *sms*, que usaba puntos y tildes, y que como única rebeldía gramatical se permitía no poner el signo de interrogación al principio. Paula revisó su agenda nocturna: los comprometidos estaban con sus parejas, los solteros estaban fóbicos y el único divorciado potable estaba en otro país. Su ex pasaría a buscar a su hijo por la escuela. Tenía la noche libre. « Ok 8 pm en Martataka » , le contestó, y no volvió a pensar en su amiga hasta que se dirigió al bar que quedaba en Palermo Hollywood.

Se tomó desde Congreso un taxi que sabía le iba a salir carísimo, pero no tenía ganas de subirse a un colectivo y mucho menos de caminar hasta el subte. Si Verónica tenía tantas ganas de verla debía de ser porque se había metido, o se estaba por meter, en problemas con algún tipo. No era la primera vez que iban a ponerse el disfraz de entomólogas para diseccionar el cerebro y el sexo de un bicho macho. A veces el bicho lo aportaba ella, a veces su amiga, y en otras ocasiones algunas de las otras chicas con las que se juntaban en Martataka o se cruzaban en *vernissages* y otros eventos del mundo intelectual. Eran periodistas, editoras, encargadas de prensa, alguna psicóloga que se había colado en el grupo. Pero cuando las papas quemaban, los diálogos solían ser de a dos y las reuniones grupales quedaban más para el chisme y la diversión.

A Verónica la conocía desde que esta escribía reseñas y comentarios de libros en una revista del Colegio de Abogados. Después se enteró de que ese trabajo se lo había conseguido su padre para que pudiera hacer sus primeras armas como

periodista mientras estudiaba comunicación. El director de la publicación — gracias a su padre, y Verónica no se cansaba de repetir que fue la única que vez que la ayudó en su carrera— había inventado para ella una página con comentarios de libros. La por entonces estudiante no podía creer que las editoriales dieran los libros gratis. Por aquellos días, Paula ya trabajaba en prensa y le había pasado algunos ejemplares a esa casi adolescente. Y en esos diez u once años habían pasado muchas cosas. Ella se casó, tuvo un hijo, se separó. Entre tanto, su amiga se había convertido finalmente en una periodista con bastante reconocimiento y durante ese tiempo la había visto entusiasmarse, sufrir y putear por los tipos con los que se había cruzado. La había visto cortar una relación de seis años con un compañero de la secundaria, había sido testigo de la época más promiscua de Verónica, cuando podía estar con dos tipos distintos en un fin de semana (o tres si el fin de semana era largo). Esa etapa, que la propia Verónica denominaba « los tiempos en los que me dedicaba a la cata de vivos » , no había resultado tan divertida como la recordaba su amiga periodista. La había visto angustiarse, tener ataques de pánico e ir a terapia cuatro veces por semana. La enfermedad de su madre produjo en Verónica un cambio en su relación con los hombres y también con el resto de su vida. Un cambio que se profundizó con la muerte materna. Simplemente había dejado de ser una adolescente. Y al margen de las relaciones circunstanciales, que aparecían en el medio de la noche, o en un viaje, o en el lugar más inesperado, Verónica había estado de novia durante más de un año con Anibal, el editor de Exlibris. Fue su momento de mayor tranquilidad. Desde que habían cortado, hacía casi dos años, ella había boyado aquí y allá. « El tipo equivocado, en el momento equivocado » , habría sentenciado cualquiera de las otras amigas. Cuando Verónica tenía un problema sentimental, acudía a ella como consejera. Verónica, como las otras chicas del grupo, la tomaba de guía espiritual, tal vez porque ser madre y haber pasado por el registro civil le daban un aura de sabiduría.

Paula la vio desde el taxi. Verónica estaba en la puerta de Martataka, como muchos otros que habían salido a fumar a pesar del frío. Tenía el brazo izquierdo cruzado y el cigarrillo en la mano derecha. Miraba a sus costados como buscando a alguien. Por cómo entrecerraba los ojos, Paula sospechaba que su amiga era bastante miope, que esos anteojos que usaba eran parte de su look, pero no cumplían con la función de compensar su miopía. Verónica tiró el cigarrillo al verla.

—Entremos. Me estoy cagando de frío acá parada.

Se sentaron a una mesa del fondo, que todavía tenía los restos de sus anteriores ocupantes. Paula la despejó tirando las cáscaras de maní al piso. La moza tardaba en aparecer. Desde la barra se acercó un hombre joven. Era el dueño de una librería, que solía organizar eventos literarios y que las conocía a las dos. Un poco más a ella que a Verónica. Se saludaron, pero ninguna hizo un

gesto para invitarlo a sentarse, así que después de un par de comentarios, volvió a la barra. La moza casi tuvo que pasar por encima de ellas para limpiar la mesa y tomarles el pedido, debido a la cantidad de gente. Ordenaron una margarita y una caipiroska. Los tragos llegaron más rápido que lo que había tardado la moza en aparecer la primera vez. En todo ese tiempo hablaron de nimiedades. Como ocurría habitualmente, recién después del primer trago de tequila y de vodka, comenzaba la charla verdadera.

—Estoy con un artículo para la revista que me está complicando la vida. Iba a ser una nota policial sobre un ferroviario suicida, derivó en una nota sobre otros suicidas que se tiran debajo de los trenes y también me abrió la punta de una investigación sobre un tema jodido de chicos que juegan en las vías.

—Una nota de color oscuro.

—No te llamé para que me edites el artículo. Para eso la tengo a Pato, que está cada vez más densa. Se cree Oriana Fallaci.

—Te lo dije hace mucho. La conozco desde que estaba casada con el incapaz de Salvador Lutz.

—Bueh, pero ese no es el tema. Una de las fuentes de mi nota es un maquinista del Sarmiento. Lucio Valrossa se llama. Valrossa, Rosenthal: Valle de Rosas, ¿entendés?

—Hasta ahora nada. ¿Edad del chofer?

—Se dice maquinista, o conductor de trenes. Treinta y siete.

—¿Estado físico?

—Bueno tirando a muy.

—¿Estado civil?

—Casado.

—Ahora entiendo el problema.

—¿Ves?

—Nena, no aprendés más.

—Es mi *target*. Los tipos casados con hijos.

—¿Te lo cogiste?

—Todavía no.

—Todavía.

—Anoche me llevó en la cabina, mientras conducía el tren. En un momento me hizo ver algo atroz.

—¿Se bajó los pantalones?

—No, boluda. Algo que tiene que ver con esto de los chicos, la investigación en la que me metí. Yo quedé como tonta y Lucio me besó.

—Se llama Lucio. ¿Un beso?

—Un beso, metió mano. Por poco me coge ahí mismo. Pero tenía que seguir conduciendo el tren.

—Un irresponsable. Así ocurren los accidentes. Los tipos van con minitas en

la cabina. Y cuando llegaron a la estación ¿se despidieron?, ¿se dieron los mails?  
¿Qué hicieron?

—Me quiso llevar a un telo.

—Ah, rápido el hombre casado. Y vos no quisiste. Nunca en una primera cita.

—No sé, un poco me asusté. Al tipo no lo conozco, salvo por la entrevista que le hice. Además, no me había depilado.

—Como si fuera la primera vez que te transás un tipo sin depilarte.

—Fui a hacer una nota, no a levantarme un tipo.

—Un maquinista mano larga, una periodista facilonga, los dos en una historia de terror. Más allá de lo bizarro de la escena, no entiendo todavía por qué tiene que ser un problema.

—El tipo me gusta y mucho. Es tan distinto de todos estos tarados que están dando vueltas. No hay ninguno en este bar que se le parezca. Sé que me voy a meter en problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—No sé. Es como si estuviera cubierto por un velo.

—Como si ocultara algo.

—No, como si no pudiera sacar algo afuera.

—Estás poniendo excusas. Te gustó porque tiene onda camionero y eso garpa en chicas como vos.

—No, o en todo caso, en parte. Hay algo violento en él. Pará, no me malinterpretes. No digo que parezca violento, sino que está inmerso en un universo de dolor. Y eso siempre es violento. Para el que lo sufre y para el que lo observa sin poder hacer nada.

—Demasiado poético, poco realista. O estás viendo visiones o no estás viendo la realidad.

—Me gusta mal.

—¿Quedaron en verse?

—El lunes a la noche.

—Entiendo. Y van a ir a un telo. ¿Y si el tipo es un perverso o algo peor, un auténtico violento que mata chicas en hoteles baratos?

—Es una posibilidad. Aunque más allá de ese halo oscuro que según vos yo imagino, tiene una onda medio protectora, combinada con algo medio hosco. No es un troglodita.

—Ay, Vero, el lunes no voy a poder estar tranquila pensando que tal vez estás narcotizada en la bañera de un hotel por horas. Te voy a llamar a la noche por las dudas.

—Mejor llamá ahora a la moza y pedile otra caipiroska.

## V

Su seudónimo era *Beija-Flor*, como en la canción de Cazusa. Verónica era *Beija-Flor*: un picaflor, un colibrí, un besador de flores, aunque ella prefería la traducción errónea de «bella flor».

Nadie lo sabía y tal vez nadie sabría nunca que era *Beija-Flor*. Formaba parte de esa vida que ella jamás permitiría que alguien calificara de secreta. Simplemente era algo de su intimidad, de esas zonas que uno mantiene en las sombras. Había comenzado como una curiosidad. Ese espíritu inquisidor que la llevaba a ver aquello que se suponía que no le estaba permitido mirar. Internet había resultado un aleph de conocimientos bizarros: había visto decapitar gente, mugir a una vaca de dos cabezas, gemir a una rubia penetrada por tres negros a la vez. Había entrado en sitios que escupían racismo, en los que se excitaban con la menstruación, o que incitaban a la anorexia. Cada tanto hacía un turismo decadente por esos lugares que le despertaban tanta curiosidad como mayor o menor repulsión.

Visitaba el sitio, se sorprendía y se iba. Muy rara vez volvía. Las únicas páginas de Internet que habían conseguido mantener su atención con una curiosidad que se convertía en excitación eran las que contenían testimonios de tipo sexual. Relatos eróticos, más bien pornográficos. No le importaba que fueran confesiones o meros ejercicios narrativos (por lo general mediocres) de literatura erótica. Ella los leía, algunos los releía. La ponían a mil.

Cuando se registró en la página de *Todorelatos.com*, lo hizo para poder votar los cuentos que más le gustaban, pero poco a poco comenzó a crecer en ella otra necesidad: la de escribir ella también historias. En su caso serían ejercicios puramente literarios. Mientras sus colegas soñaban con publicar novelas o libros de crónicas, ella se conformaba con escribir bajo seudónimo para una página de relatos pornográficos. No sabía si lo que mantenía más en la intimidad era la parte pornográfica o que de noche se convertía en escritora de ficción.

No trataba de analizar lo que escribía, ni calificaba sus historias de fantasías sexuales, ni de relatos autobiográficos cuando usaba alguna escena que la había perturbado en la vida real. Al fin y al cabo, hacía literatura y todo le estaba permitido.

Ella creía que la culpa en gran parte la había tenido Sade. Cuando tenía

quince años había descubierto en la biblioteca familiar un ejemplar de *Justine o Los infortunios de la virtud*. Muy pocas veces ante el cuerpo desnudo de un hombre había sentido el grado de perturbación y calentura que le había despertado la lectura secreta de ese libro. Desde entonces había leído gran parte de la obra del Marqués, pero nunca había vuelto esa sensación primigenia de placer, miedo, asco, desazón (por no ser Justine) y felicidad (por la misma razón).

Sade le había abierto un canal en su cerebro por donde viajaban sus deseos y sus inquietudes. En la web buscaba pornografía vinculada a prácticas sadomasoquistas. Y sus relatos apuntaban en esa dirección. Hombres y mujeres unidos no solo por el deseo sino también por el dolor. O mejor, por el deseo de dolor. Solamente se había animado a publicar dos relatos. Lo de animarse, una vez más, no tenía que ver con lo que contaba sino cómo lo hacía. La cuestión del estilo.

La noche previa a la primera cita que tenía con Lucio, cuando llegó borracha de Martataka, puso el nombre de él en un documento de *word*, pero no pudo o no se animó a escribir nada más. Se rindió ante la evidencia. Prefería no imaginar nada, no presuponer ninguna historia. Dejarse arrastrar como una bella flor por la corriente de un río peligroso.

**6**

**En el laberinto**

## I

«Viva los Toshiba del Sarmiento» había escrito un compañero en una foto que pegó en la cabina de la formación 8, un tren Toshiba importado de Japón hacía décadas. Era una imagen del atardecer visto desde la cabina a la altura de Haedo. Los distintos rojos del horizonte cubrían gran parte del paisaje y daban la idea de un espectáculo bucólico.

Apenas un kilómetro atrás estaba el lugar donde se concentraba el mayor porcentaje de suicidas. Las explicaciones de su popularidad eran varias: los trenes iban a una gran velocidad (casi setenta kilómetros por hora) y ahí cerca estaba el Hospital Interzonal de Agudos. Se suponía que muchos de esos suicidas eran familiares de gente gravemente enferma. No era difícil imaginarse a alguien desesperado, saliendo de ese gigante blanco que se veía a mano norte, caminar los metros que lo separaban de las vías y alejarse definitivamente de sus problemas dejando que una masa de miles de kilos lo destrozara.

Sin embargo, esa tarde, también a Lucio le pareció que había una belleza tranquilizadora en el horizonte rojizo que se podía ver en Haedo. Tenía que llegar a Moreno y volver a Plaza Once para que su jornada laboral se terminara. Se daría una ducha ahí mismo y luego se encontraría con Verónica.

Había noches en las que Lucio iba a comer a pizza con los compañeros. Esas cenas podían extenderse hasta muy tarde. Cuando llegaba a su casa, su esposa ya estaba dormida. Como ella madrugaba para llevar a los chicos a la escuela, prácticamente no se veían hasta la noche siguiente. Lucio le había dicho que esa noche iría a la pizzería con sus amigos. Una excusa simple, creíble y que le permitía tener un margen bastante amplio antes de volver a ver a su esposa.

—¿Cómo se llama tu mujer?

Eso fue lo primero que le preguntó Verónica cuando se encontraron en La Perla del Once. Lucio había llegado antes que ella y todavía tenía el cabello mojado por la ducha que se había dado en el trabajo. La periodista lo hizo cambiar de mesa: fueron hasta el sector fumador, un cuarto pequeño a la entrada del bar que apestaba a cigarrillo. No se había terminado de acomodar en su silla cuando Verónica le preguntó el nombre de su esposa. Tardó unos segundos en responder.

—Mariana.

—¿Y tus chicos?

—Patricio y Fabián. ¿Vas a seguir con la entrevista del otro día?

—No. Es que me gusta que la gente tenga nombre. Es como si tomaran forma.

—¿Te teñís?

Ella se rio.

—No. Es mi color. En una época me lo aclaraba, pero ahora uso el color con el que nací. ¿Qué más querés saber de mí?

—Lo que quiero saber no me lo podés decir acá.

Lucio nunca le había sido infiel a Mariana. Al menos, desde que estaban casados. Cuando eran novios, él había tenido una historia con una vecina del barrio. En esa época Lucio vivía con sus padres en Liniers, sobre la calle Fonrouge. A la vuelta se había mudado una pareja. Ella tenía como quince años más que Lucio. Los fondos de sus casas colindaban y, la primera vez que se vieron, él estaba cortando los bordes de la enredadera que llegaban a la terraza. Ella lo saludó con la mano y al poco tiempo él terminó en su cama. Fueron tan solo un par de veces. Ninguno de los dos mostró ganas de continuar con esa relación. Él nunca lo había tomado como una auténtica infidelidad, porque recién comenzaba a salir con Mariana. Una vez casado, no había deseado tener una aventura amorosa, nunca seriamente. Lucio no conocía los códigos de una relación de infidelidad. Ni siquiera sabía si había algo parecido a normas de comportamiento. Tal vez por eso, para evitar cualquier confusión al respecto, a los pocos minutos le propuso ir a un albergue transitorio. Esta vez Verónica aceptó.

Había un hotel enfrente y otro en la esquina de Mitre y Jean Jaurès. Le preguntó si no le molestaba caminar y ella dijo que no. El hotel de enfrente le parecía que estaba demasiado expuesto y no quería que lo viera nadie, ni siquiera sus compañeros de trabajo, a pesar de que si llegaban a enterarse lo iban a admirar por el resto de sus días. Así que fueron hacia el otro hotel. Cruzaron en diagonal la Plaza Miserere casi sin hablar. Pasaron delante del altar de las víctimas de Cromañón y de los restos de lo que alguna vez, antes de la tragedia, había sido un lugar para recitales de rock. En esa esquina estaba el hotel.

En el brevísimo viaje en ascensor —apenas un piso— se besaron. Buscaron la habitación sin prestar atención a los gemidos que se oían desde los otros cuartos. Si el primer beso en la cabina del tren había sido como una mordida mutua, ahora también se buscaban con la misma actitud desafiante. Cayeron sobre la cama con la mitad de la ropa todavía puesta. Libraron una guerra silenciosa en la que Lucio le tomaba las muñecas con fuerza y ella buscaba con sus dientes el cuerpo de él. Cuando Verónica se puso encima de Lucio, las tetas libres, el pantalón abierto, tomó las muñecas de la misma manera que él lo había hecho. Ella acercó una teta a su boca y Lucio la chupó con avidez. El silencio dejó paso

a unos gemidos de Verónica, que se dejó caer sobre la cama. Lucio le quitó el pantalón y se terminó de desnudar. Tomó un preservativo que había sobre la mesa de noche y se lo puso. Ella lo miraba con una sonrisa, había quedado solo con la bombacha blanca. Él no se la quitó, simplemente la corrió, la penetró y cayó con todo su peso sobre ella, que se aferró a su espalda. Le clavó las uñas mientras llegaba al orgasmo. Recién ahí ella aflojó su cuerpo y Lucio entonces golpeó más fuertemente sus caderas contra la pelvis de Verónica, hasta acabar. Se quedaron en silencio, como habían estado desde que habían salido del bar La Perla.

## II

Llevaban casi tres horas en esa habitación decorada como si fuera una cabaña de troncos. Un espejo en el techo les devolvía la imagen de sus cuerpos. No habían encendido las luces; solo estaban prendidas unas lamparitas amarillas que bañaban de dorado el ambiente. El silencio fue roto por el celular de Verónica, que sonó insistentemente. No atendió. A los pocos minutos, el teléfono le avisó de que tenía un mensaje de texto. Se levantó a leerlo y Lucio pudo observar en perspectiva el cuerpo desnudo de Verónica: las piernas y la espalda largas, el culo redondo y firme de una chica que debía de hacer deporte, el pelo corto que apenas le llegaba a los hombros. Verónica escribió un mensajito y volvió a acostarse a su lado.

—Una amiga que parece que está aburrida.

Verónica recorrió con una de sus manos el cuerpo de Lucio. En cambio, él estaba quieto mirando el espejo. Se sentía el protagonista de una película, o de un sueño. Lo que ocurría en ese espejo le resultaba ajeno. Esa chica atractiva, él mismo acostado a su lado, su cuerpo más oscuro que el de ella.

Poco antes de salir, Verónica le hizo una pequeña escena. Se había puesto firme en que quería pagar la mitad de lo que costaba el hotel. Que era una mujer independiente y que nadie le pagaba su placer. Lucio no estaba dispuesto a someterse a la humillación de compartir el pago. Era ferroviario, tal vez ganaba menos que una periodista, pero el hotel lo pagaba él. Ella lo acusó de machista berreta. Intentó ponerle unos billetes en el bolsillo y solo se detuvo cuando vio que él se sentía molesto en serio. Verónica tuvo que resignarse y dejar que él pagase.

En el hotel había demasiada calefacción. Se dieron cuenta al salir, cuando un viento helado les pegó en la cara. Caminaron a paso apurado por Jean Jaurès hacia Rivadavia. Ella había decidido tomar un taxi en la avenida. A esa hora pasaban pocos autos. Lucio miraba hacia lo lejos buscando un taxi libre y ella lo miraba a él.

—Lucio, ¿qué voy a hacer con vos?

Él la miró a los ojos y le acarició una mejilla.

—Vas a ser una buena chica y me vas a extrañar.

—No dije ser, dije hacer. No hay que meterse con tipos casados.

—¿Cuándo te veo de nuevo?

—No sé. ¿Te puedo llamar a alguna hora, o mandarte mensajes de texto?

—Mandame un mensajito y yo te llamo.

### III

El momento más difícil fue al día siguiente, cuando llegó del trabajo. La noche anterior había arribado a su casa tan tarde que su esposa no lo sintió acostarse y él no la oyó cuando se fue a la mañana. Por eso recién se vieron en la cena del día después. Patricio insistía en mostrarle el cuaderno y Fabián quería llevarlo a la pieza para que viera lo que había armado con los Playmobil. A él, que siempre se sentía cansado para atender los requerimientos de sus hijos, esa noche le parecía que ellos lo protegían y se sentía agradecido por eso. Mariana los llamó insistentemente para que fueran a la mesa. Estaba sirviendo el pastel de papas y le pidió a Lucio que pusiera las bebidas y el pan.

Lucio temía que se le notara en la cara lo que había hecho la víspera. Era absurdo, pero se había quedado mirando en el espejo las huellas de su infidelidad. Cuando era adolescente observaba a las amigas de su hermana mayor. Sabía cuáles eran vírgenes y cuáles ya no. Trataba de descubrir en los rasgos del rostro, en su forma de hablar o de moverse los rastros de la pérdida de la virginidad. De la misma manera se buscaba ahora él marcas ocultas en su cara, o en lo que podía llegar a decir esa noche.

Mariana no descubrió nada, demasiado preocupada por un eczema que le había aparecido a Fabián. Mientras Lucio lavaba los platos, Mariana acostó a los chicos y preparó un café que tomaron en la cocina, como hacían habitualmente. Hablaron de los hijos y Mariana le contó de los problemas de una maestra que había pedido licencia. Muy rara vez hablaban del trabajo de Lucio. Desde que eran novios, Mariana sabía que a Lucio no le gustaba sacar el tema y ella lo respetaba. Como respetaba sus silencios después de cada accidente. Se conformaba con estar cerca, no dejarle demasiado tiempo a solas para que Lucio pensara. Siempre estaba dispuesta a recibir a familiares, a amigos, a quien sea que entretuviera a su esposo y no lo hiciera pensar en los accidentes. Y cuando alguna madrugada él se despertaba en medio de una pesadilla, ella se levantaba para traerle un vaso de agua. Eran las únicas veces en las que él hablaba, le contaba detalles de ese rostro que lo miraba con horror, del ruido de un cuerpo que se quebraba en mil pedazos, del olor a sangre que quedaba impregnado en la cabina.

Ya en la habitación, iluminada por la luz del televisor, se desnudaron. Estaba

por comenzar la telenovela que miraban juntos, aunque él solía quedarse dormido, por lo que al día siguiente trataba de adivinar qué había pasado en la emisión anterior. Vio a su mujer en bombacha poniéndose un camisón y pensó que le gustaba, que era una mujer que le resultaba atractiva. Esa noche la habría acariciado, la hubiera hecho acabar encima de él. Pero no se animaba. Se acomodaron en la cama y esta vez él no se durmió hasta sentir la respiración lenta y reposada de su esposa.

#### IV

A los dos días recibió un mensajito que decía: «Nos podemos ver?». Había guardado el número del celular de Verónica bajo el nombre de «Victor R.» por si a su mujer se le daba por revisar sus contactos. «Pdo de manna l vierns», le contestó él. «Me llamás?», fue el siguiente mensaje de ella. Lucio estaba manejando la formación 5 a la altura de Villa Luro. Hablaron unos pocos minutos, hasta más allá de Floresta y antes de llegar a Flores. Lo suficiente como para que quedaran en verse el viernes a las diez y media de la mañana. A Lucio no le gustaba la idea de salir de un albergue transitorio a la luz del mediodía. Para su tranquilidad, ella lo invitó a su departamento. Como no tenía para anotar, ella le mandó más tarde un mensajito con los datos.

El viernes salió temprano de su casa. Caminó por Zuviria hasta Avenida La Plata. Buscó la parada del colectivo 15, una línea que no solía tomar y que lo llevaba hasta el departamento de Verónica. Tuvo suerte y consiguió rápidamente asiento. Se acomodó frente a la ventanilla para mirar el paisaje. Se sentía como en una excursión o de vacaciones, cuando uno tiene más tiempo para observar lo que ocurre a su alrededor. Veía el Parque Centenario y sentía que lo estaba mirando por primera vez a pesar de que en varias ocasiones había llevado a sus hijos a ese parque. Sintió que retrocedía a veinte años atrás. En ese entonces había hecho a unas cuerdas de ahí un curso de manejo. Cuando se subió al auto de la escuela y le dijeron que tomara por la calle que daba al Hospital Naval para rodear el parque, le pareció que estaba descubriendo una ciudad nueva. ¿Por qué se sentía así esa mañana? ¿Se sentía inexperto, o en el comienzo de una nueva vida? ¿O era simplemente la alegría de lo distinto?

Como llegó más temprano de lo que habían quedado con Verónica, siguió una parada más y se bajó en Córdoba y Scalabrini Ortiz. Buscó un bar y entró a tomar un café. Caía ese sol luminoso y apenas tibio de los días de invierno. Dentro del bar había unos pocos parroquianos que leían el diario o tomaban lentamente un café. El tiempo parecía detenido ahí adentro, y eso a Lucio le gustó. Tenías ganas de ver a Verónica, pero esa espera en el bar le resultaba tan placentera como la idea del encuentro. Dejó pasar unos minutos de la hora de la cita y fue hacia la dirección que ella le había dado. El portero estaba en la entrada del edificio. Lucio tocó el timbre del departamento. El portero le

preguntó adónde iba, a la vez que Verónica preguntaba quién era. Lucio le respondió a ella; al portero le dijo el departamento. El portero le tocó timbre dos veces a Verónica y le avisó de que él le abría. Se escuchó la voz de ella diciendo «gracias» y el encargado lo hizo pasar. Lucio tomó el ascensor. En la puerta del departamento lo esperaba Verónica con una sonrisa. Tenía puesto un jean con varios remiendos que debían de ser artificiales, un pulóver negro que le quedaba grande y estaba descalza.

—Bienvenido a la mansión Rosenthal.

Atravesaron un breve pasillo en el que colgaban un cuadro y un par de afiches. Enseguida, a la izquierda, había una puerta que daba a la cocina. Hacia allí fue Verónica.

—¿Qué tomás? ¿Café, té, mate?

Lucio fue tras ella y la vio encender una hornalla. La abrazó desde atrás, le besó el cuello y ella se dio vuelta. Se besaron y él le acarició el culo apretándola hacia él.

—Hago un delicioso café expreso o algo parecido. O también puedo ser tu chinita y cebarte unos ricos mates.

Él volvió a besarla. Después ella lo tomó de la mano y lo llevó al living. Una de las paredes estaba cubierta totalmente con una biblioteca. En las otras convivían fotos y un póster de Marlon Brando en *Nido de ratas*.

—Te presento al hombre de mi vida —le dijo señalándole a Brando.

Cayeron sobre un sofá en el que había revistas y diarios, que fueron a parar al piso, como el pulóver de Verónica. Debajo tenía una musculosa blanca y, debajo de la musculosa, un corpiño negro. Ella le desabrochó la camisa y se la quitó, tirándola lejos.

—Me gusta que tengas pelos en el pecho. Te hace muy viril.

Ella lo tironó del vello y Lucio sintió un leve dolor. Se besaron en la boca y Verónica le mordió el labio. Él corrió la cara.

—¿Te lastimé?

—No.

—Es que quiero comerte.

—Sos una caníbal.

—Ya vas a ver.

Lo empujó hacia atrás, se puso de rodillas, le desabrochó el cinturón y el pantalón, le bajó el cierre y puso una de sus manos dentro del *boxer*. Sacó la pija erecta y repitió lo que él quería hacer en sus pezones: besos, lamidas y chupadas cada vez más fuertes. Lucio, recostado contra la cabecera del sofá, la miraba hacer. Ella también buscaba los ojos de él. Siguió chupándolo y pajeándolo hasta que lo hizo acabar. Ella aguantó todo el orgasmo en la boca. Cuando sintió que Lucio ya había terminado de eyacular, apartó la boca, le dio unos besitos cortos alrededor del pubis y subió para darle un pico en la boca. Él la abrazó y se

quedaron en esa posición unos cuantos minutos. Verónica se separó para buscar los cigarrillos y el encendedor que estaban sobre la mesa ratona.

—Ahora sí. ¿Mate o café?

—Café.

Tomó el pulóver del piso y se lo puso.

—No me pongo el pulóver de pudorosa. Es que tengo frío.

Lucio se quedó mirando ese living que parecía desordenado; en realidad, lo único que había por todos lados eran libros y revistas. Por lo demás, reinaba un orden admirable. Tenía un plasma, un equipo de DVD y una *notebook* sobre un escritorio de madera oscura. Se imaginó a Verónica sentada frente a la pantalla de la computadora escribiendo sus notas, o sentada en el sillón leyendo algunos de esos libros.

—Decime, ¿leiste todos los libros que tenés en la biblioteca?

Verónica salió de la cocina y contempló su propia biblioteca con orgullo.

—No todos, pero sí muchos. —Se acercó y acomodó algunos ejemplares que estaban sueltos—. Gran parte de mi vida la puedo reconstruir por los libros que leí.

—Aunque no lo creas, y o fui un gran lector.

—¿En serio?

—Los ferroviarios no leen, ¿no?

—No dije eso.

Lucio le contó que de chico pasaba todas las vacaciones de verano en Santa Teresita, donde sus padres tenían una casa a dos cuadras del mar. Sus tíos también tenían una casa ahí. Lucio estaba todo el día con su primo Claudio, que era dos años mayor que él. El resto del año apenas se veían, pero esos quince días de enero eran inseparables. Y Claudio era un lector de los buenos. Leía todos los libros de la colección Robin Hood. Lucio, que lo imitaba en todo, también se puso a leerlos. Y descubrió que le gustaba. No solo en las vacaciones, sino que todo el año iba acumulando libros leídos, que después comentaba con Claudio. Su mayor orgullo era leer alguno que su primo no hubiera leído todavía, cosa difícil porque le llevaba dos años de ventaja.

—¿Y cuáles eran tus libros favoritos?

—Los de Salgari. Me encantaba toda la serie de Sandokán y su fiel compañero Yáñez. Qué loco, ahora que lo pienso el amor de Sandokán se llamaba Mariana.

—Qué interesante. ¿Y no hay ninguna Verónica en tus lecturas? No sé, algún libro de Poldy Bird, por ejemplo.

—No, no recuerdo. Sí, en cambio, me acuerdo de *El prisionero de Zenda*, *Tom Sawyer*, un libro de Verne que se llamaba *Narraciones extraordinarias* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

Verónica fue hasta la cocina y volvió a los pocos segundos con las tazas de

café.

—¿Azúcar, edulcorante?

—Amargo.

—Yo también lo tomo amargo. Creo que leiste más libros que yo. De chica leía la Colección Roja de *Billiken*.

—Nada que ver. Esos libros eran versiones cortadas. Una vez me regalaron *Las mil y una noches* en la versión de *Billiken* y tenía tres o cuatro noches nada más.

—¿Y cuándo abandonaste la lectura, si es que la abandonaste?

—Cuando tenía doce años, mis padres vendieron la casa de Santa Teresita. A mi primo lo dejé de ver en las vacaciones. Y después ya no me interesó más leer. Fui perdiendo el hábito.

Lucio se puso la camisa sin abrocharse. No tenía frío, pero le daba cierto pudor ir hasta el balcón en cueros, y quería saber qué se veía desde ahí. Se acercó al balcón con su taza de café. Enfrente había un par de casas, por lo que tenía una vista bastante despejada de esa parte de la ciudad. Techos y terrazas grises.

—¿Siempre viviste en Villa Crespo?

—No. En realidad, viví gran parte de mi vida en la casa de mis viejos que está en Callao y Juncal. Así que técnicamente soy una chica de Recoleta. Cuando pude elegir me vine a Villa Crespo, que era el barrio de mi *zeide*. Y de mi viejo cuando era chico. Aunque la casa de mi abuelo estaba del otro lado de Corrientes, en Malabia y Camargo. Y a mí me gusta decir que vivo en Villa Crespo. Hasta soy hincha de Atlanta. ¿Vos de qué cuadro sos?

—A mí me gusta ver fútbol y jugar a la pelota, pero no hincho para ningún club. Hincho por la selección.

—Ah, sos un pechofrío. Seguro que en el fondo sos de Argentinos Juniors o de Vélez.

Tomaron el café y después ella lo llevó a la habitación. Le volvió a quitar la camisa y se tiraron sobre la cama. Ella se levantó y sacó del placard un preservativo que dejó encima de la mesa de luz. Se sacó el pantalón y las medias, se quitó el pulóver y quedó solo en bombacha. Lucio la observó mientras ella se acostaba sobre él, y sintió cómo hundía la cara en su cuello. Él le acarició la espalda.

## V

Los sábados por la mañana, Lucio jugaba al fútbol en el Parque Sarmiento. Maquinistas y señaleros contra depósito y administración. Mientras se cambiaban para el partido, un compañero lo cargó por la periodista a la que había llevado en el tren.

—¿Ya te la cogiste?—le preguntó otro.

—Qué se va a coger este.

—Lo agarra la señora y lo cuelga de las bolas en el Obelisco.

—Mirá que esas minas son retrolas. Las apurás un poquito y las tenés comiendo de la mano.

—Comiendo de la verga.

—Mirá si le va a dar bola, por más trola que sea, a un grasa como este. A esas minas, como mucho, les olés el perfume. No son para nosotros.

Lo cierto era que a Lucio le hubiera gustado participar de la charla. Decirles que sí, que había cogido con ella y que el perfume olía muy bien, pero que todavía era mejor el olor de su cuerpo transpirado después de tener sexo. Pero no podía. La garganta se le cerraba y solo sonreía, tal vez haciéndose el misterioso, tal vez el humilde, según quién fuera el compañero que lo mirara. Lucio tampoco podía creer que esa chica se acostara con él. Era como un premio, merecido seguramente, o quizá formaba parte de esa vida irreal que llevaba arriba del tren. Porque si algo tenían en común las muertes en las vías y su relación con Verónica era que no las podía compartir con nadie. Participaban de una dimensión paralela a la vida de su familia, de sus compañeros de trabajo, de la rutina en la que se había instalado desde hacía dos décadas y que solo se rompía ante un accidente de su tren y ahora con la presencia de Verónica.

El sábado por la tarde fue con Mariana y los chicos a la casa de su hermana en Liniers. A la noche, de vuelta en casa, pidieron pizza y con su mujer vieron una película en la tele, que ya habían visto, con Hugh Grant y Sarah Jessica Parker. Hacía más de una hora que los chicos se habían dormido. Mariana lo abrazó y lo besó. Se desnudaron, y mientras la acariciaba se dio cuenta de que el cuerpo de su esposa le recordaba al de Verónica. No porque se parecieran especialmente, sino porque algo en la piel o en la forma de moverse las volvía semejantes.

El domingo se levantó temprano, cuando lo despertó Fabián. Como cada domingo, fueron juntos a comprar el pan y los churros rellenos con dulce de leche. Cuando volvieron, Patricio ya se había despertado. Mariana seguía durmiendo. Les sirvió la leche a los chicos y preparó el mate. Se tomó un par y después le llevó uno dulce a Mariana a la cama. Ella se levantó sin estar del todo despierta. Siguieron tomando mate en la cocina mientras comían los churros. Más tarde, Mariana llevó a los chicos a andar en triciclo y bicicleta a la vereda.

Lucio fue a la terraza a encender el fuego para el asado. Ese mediodía venía a almorzar un matrimonio amigo, que tenía un hijo de la edad de Patricio. Una vez que el carbón prendió, bajó a la cocina para salar la carne. Al rato llegaron los invitados. Las mujeres se pusieron a preparar las ensaladas. Lucio cortó un queso fontina, un salamín y puso unas papas fritas en un plato grande. Los chicos corrían en busca de pan y salamín y se llevaban las papas fritas a manos llenas. Los adultos se prepararon unos Gancia con soda y los chicos tomaron jugo Tang de naranja. El asado se fue haciendo con el ritmo habitual que le daba Lucio. Primero las achuras: chorizos, una morcilla, chinchulines bien crocantes y riñoncitos. Después la carne: vacío y tira de asado. Los adultos cambiaron el aperitivo por el vino tinto, un López que habían traído los invitados. De postre comieron flan casero, que había hecho la mujer del matrimonio amigo.

Luego de tomar el café, fueron los siete hasta el Carrefour de Avenida La Plata. La otra pareja quería comprar un colchón para la cama del hijo y ellos aprovecharon para hacer las compras de la semana. Los amigos no regresaron con ellos a la casa, sino que se despidieron a la salida del hipermercado. Mariana preparó café para ellos dos y la merienda para Fabián y Patricio. Muy pronto se hizo la noche. Como había comido demasiado en el almuerzo, Lucio prefirió no cenar. Vio algo de televisión mientras Mariana bañaba a los chicos. Se acostaron temprano y él se durmió enseguida.

En ningún momento del fin de semana Lucio pudo dejar de pensar en Verónica. El lunes, apenas se levantó y se encontró solo en su hogar, le escribió un mensaje de texto en el que le decía que quería volver a verla pronto. Ella le respondió que justamente estaba pensando en él. Ese fue el comienzo. Verónica y Lucio dejaron de ser amantes ocasionales, el encuentro casual de dos deseos, y pasaron a constituir una pareja, con las limitaciones de un hombre casado. En ese instante, Lucio vislumbró que Verónica modificaría de manera irreversible su vida. Ahora tenía que mentirle a su esposa, armarse de excusas, de coartadas. Buscar el momento para encontrarse con Verónica, de mañana, de tarde, de noche. Ella estaba a su disposición como nadie había estado para él. Disponían de poco tiempo en cada encuentro. Una hora y media o dos, nunca más de tres. Se encerraban en el departamento de ella, tomaban café, una botella de vino o tragos, que ella preparaba, y tenían sexo. Después, él se vestía y volvía a su rutina, a los rieles del Sarmiento o a la vida familiar.

El primer beso se lo habían dado todavía bajo los efectos del terror en la cabina del tren, pero los besos siguientes no habían sido muy distintos. Cargaban sus labios con una violencia inusitada: se mordían, se lastimaban. Lucio llevaba moretones, que le hubiera costado justificar si su esposa se hubiera detenido en ellos.

## VI

« Leé la revista. Salió la nota », le textó Verónica. En ese momento, él estaba terminando su jornada de trabajo y se preparaba para regresar a casa. Fue hasta un kiosco de la estación de trenes y compró el número recién salido de *Nuestro Tiempo*. En un título pequeño de tapa se anunciaba: « El lado oscuro de los ferrocarriles: muertes evitables y problemas psiquiátricos. Lo que ocultan las empresas de transportes ». El resto lo leyó mientras viajaba en colectivo a su casa.

En el interior había seis páginas dedicadas al tema bajo el título general de « LOS TRENES DE LOCURA Y DE MUERTE ». Había recuadros con opiniones de psicólogos, usuarios del ferrocarril y hasta de los bomberos. La nota comenzaba diciendo:

« Los que creyeron que el Tren Fantasma del Ital Park era un tren terrorífico, nunca viajaron en los ferrocarriles suburbanos de Buenos Aires. Una auténtica pesadilla para cientos de miles de usuarios, que cada día deben desplazarse hacia la Capital. Pero las incomodidades, la falta de mantenimiento de los trenes y la poca frecuencia son solo el lado negativo más conocido. Hay otras circunstancias que convierten al viejo Tren Fantasma en lo que era: un juego de niños. Los trenes suburbanos esconden historias de suicidios y accidentes que se podrían evitar si hubiera una política empresarial al respecto. Además de ocultar estadísticas o dibujarlas, también disfrazan otra realidad: los problemas psiquiátricos que atraviesan los conductores de trenes que atropellaron a alguna persona ».

A Lucio lo presentaba como « uno de los más experimentados conductores de trenes de la Argentina, un conocedor de un oficio que puede ser fascinante y maldito a la vez ». Citaba algunas frases que él había dicho. Había elegido sus opiniones más positivas. Todo lo que él le había contado sobre los suicidas y sobre lo que les ocurría a los conductores de trenes aparecía como parte de la información de la nota o puesto en labios de « una fuente que prefiere mantenerse en el anonimato ». El artículo nada decía de su abuelo y su padre maquinistas, tampoco de los planes de desarrollo que tenía programados TBA. Esto no le va a gustar nada a Álvarez Carrizo, pensó Lucio. Sin embargo, no le importaba lo que podía pensar el vocero de la empresa. Sabía que no lo iban a

echar de ninguna manera. Pero lo que más le llamó la atención era que no decía nada de los chicos que saltaban en las vías. Creía que eso era lo que más le interesaba a Verónica, pero ni siquiera aparecía mencionado. Verónica le resultaba imprevisible.

Pensó en llevar la revista a su casa, mostrársela a Mariana, a los amigos, que seguramente iban a preguntarle sobre su experiencia como entrevistado. Pero al bajar del colectivo, buscó un cesto de basura y arrojó en él la revista que había comprado unos minutos antes.

**Los ojos bien abiertos**

## I

Parecen un cuadro. O una foto. Son tres personas y nadie las observa. Están quietas, en la vereda que rodea una plaza. Hay árboles, chicos que corren y perros que se husmean al fondo de la imagen, y, en primer plano, autos que cruzan la calle. Pero todo lo que no sea ellos tres está fuera de foco o dibujado con trazos gruesos. Y ninguna de esas tres personas registra la plaza, ni la gente, ni los perros. Él tiene alrededor de treinta y cinco años. Hay algo de *hippie* a destiempo. Un abandono en su ropa y en su barba que no despertaría la confianza de nadie. Está abrazando a la nena, que tiene diez u once años. La niña está tensa, como si quisiera manifestar su desacuerdo con algo y lleva un guardapolvo blanco. A su lado, una mujer de unos sesenta años tiene en su mano la mochila con rueditas de la escuela. El joven acaricia la cabeza de la nena y sonríe tratando de parecer alegre, pero si alguien lo mirase (uno de los transeúntes que pasan a su lado, algún automovilista aburrido del tránsito cada vez más lento) se daría cuenta de que hay una gran tristeza en sus ojos. La nena mantiene la vista fija en un botón o en la ausencia de botón de la camisa de él. La mujer mayor mira al muchacho con ternura, y también con miedo a que algo salga mal, a que alguno de esos dos a los que ella observa en silencio sufra.

El joven se llama Rafael y está limpio. No hay ni cocaína ni alcohol en su cuerpo. Fue difícil. Años en el infierno y unos cuantos meses en el purgatorio del grupo de autoayuda. Pero hubo un día en que se despertó sin sed y sin ansiedad. Una mañana en que sintió que ese sí, finalmente, era el primer día de lo que venía buscando. Un cuerpo que pudiera manejar.

La mujer es su madre. Se había hecho cargo de su nieta cuando Rafael y su pareja entraron en la peor etapa de sus vidas. No quiso dejar a la nena librada a la suerte de la destrucción. La mujer de Rafael, Andrea, había recuperado su vida normal cuando él se alejó. La separación había sido la salvación de Andrea y la continuación de la caída de Rafael. La madre decidió quedarse con su nuera y su nieta para ayudarlas. La mujer tenía otros dos hijos, pero estos no le provocaban la preocupación ni la angustia que le despertaba Rafael. Ella cuidaba a su nieta como si fuera una parte más del cuerpo de su hijo.

Martina es el nombre de la nena. Es probable que se haya sentido aterrizada al ver a su padre borracho o pasado de merca, pero no se acuerda, o

ha decidido no acordarse. En cambio, siente que su padre no la quiere. Solo así entiende que haya pasado tanto tiempo sin visitarla y que ahora solo se encuentren en esa plaza durante unos minutos. ¿Por qué no volvía a vivir con ellas? Si su mamá se negaba, ella misma iba a convencerla para que lo dejara volver. Él le acaricia la cabeza, le dice que no falta mucho para que puedan estar más tiempo juntos. Que hay que tener paciencia. Le cuenta que tiene un trabajo. Atiende un bar en un club, donde los chicos juegan al fútbol. Que apenas tenga un lugar lindo donde vivir, le va a hacer una habitación para ella.

Rafael había intentado con anterioridad volver a ver a Martina, pero Andrea no lo había permitido. Ella le había dejado en claro que, ahora que estaba limpia, no iba a dejar que él, mientras siguiera destruido por el alcohol y la cocaína, tuviera algo que ver con su hija.

Tenían poco tiempo. Él le propuso comprar algo. Que eligiera ella: un helado, garrapiñada, una Coca-Cola. Ella lo abrazó y le dijo que no quería nada, que quería estar con él. Rafael entonces eligió por ella una gaseosa y unos caramelos Sugus.

## II

Le quemaba el bolsillo, las manos, los ojos. El Peque durmió con el billete de cien pesos debajo de la almohada. Pensaba despertarse a cada hora para controlar que el billete no se fuera, pero cuando despertó era la hora de siempre. Buscó el billete y ahí estaba, tan violeta como la noche anterior. Se vistió y lo guardó de nuevo en el pantalón.

Dientes no estaba en el patio, así que fue al fondo a buscarlo. La madre lo hizo pasar y le sirvió un vaso de leche, que era lo que estaba tomando su amigo. El Peque comió algunas galletitas y no dijo nada. No necesitaba hablar ni explicar qué hacía ahí, porque no era raro que desayunara con Dientes. Salieron juntos a la calle y recién ahí el Peque le dijo que tenía algo para mostrarle. Metió una mano en el bolsillo y extrajo el billete arrugado.

—¿De dónde lo sacaste?

—No te puedo decir.

—Se lo robaste a tu vieja.

—No. No se lo robé a nadie.

—¿Quién te lo dio?

—Me lo gané. Pero no te puedo contar.

—No seas forro, decime.

—Te lo digo, pero si se lo contás a otro te reviento.

—¿A quién le voy a contar? ¿A la conchuda de mi hermana?

—Me lo gané en un juego. Rivero me lo dio —y le contó la propuesta de su director técnico, le describió la noche, las vías, la gente, Cholito, el salto, la corrida y el billete que se había ganado.

—¿Y si te pisaba el tren?

—¿Cómo me va a pisar, boludo, si yo salto antes de que llegue? Es lo más fácil del mundo. Cholito se asustó, el muy forro.

—Es un forro Cholito.

El Peque ya había decidido lo que iba a hacer con la plata. Quería unos botines para jugar al fútbol, como tenían algunos de sus compañeros de Brisas. Fueron a una casa de deportes que había en avenida Castañares. Los atendió un vendedor de mala gana, que les dijo que los botines más baratos salían a doscientos veinte pesos. Ni siquiera se los mostró. Dientes y el Peque salieron

mirando para el suelo.

—Si gano dos veces más, voy a tener trescientos.

—Y si ganás cinco, tenés quinientos, ¿y?

Pero el Peque no quería ahorrar. Un billete no era más que una promesa de un futuro con botines relucientes, unos botines que le permitirían jugar mejor. Y él no quería una promesa. Quería ver y sentir esos cien pesos convertidos en cosas. Como si fuera un mago. Tengo un billete en la mano y de pronto, paf, tengo una pelota, o una Coca de dos litros, o lo que sea.

—Que se metan los botines en el culo. Me voy a comprar unas papas fritas.

—¿Unas papas nada más?

—Y lo que se me cante. Vamos al chino.

—Mejor vamos al Coto.

Se fueron hasta el hipermercado que estaba sobre Larrazábal. Tomaron un carrito pero ese día no hicieron como otras veces, en que se colgaban o corrían carreras entre las góndolas. Mucho menos probaron los productos con disimulo. Hoy tenían cien pesos, más que la mayoría de las personas que estaban alrededor de ellos.

Cargaron dos cajas de Oreo bañadas en chocolate, un blíster de seis alfajores de dulce de leche, dos paquetes de bizcochitos, dos caramelos grandes Lengüetazo, un paquete de pastillitas de goma, unas papas fritas grandes clásicas, unas papas fritas chicas con sabor a jamón crudo (para probar) y un *pack* de seis latas de gaseosa.

—Noventa y cuatro con sesenta —dijo la cajera después de pasar por el escáner todos los productos—. ¿Quieren donar cuarenta centavos a la Fundación Favalaro?

—Sí —dijo el Peque.

—No —dijo más alto Dientes.

—¿Quieren o no quieren?

—No, no queremos.

Metieron todo en cuatro bolsas y salieron del Coto cargados como nunca lo habían hecho.

### III

La terraza no era muy grande y parte de la misma estaba ocupada con escombros y maderas que habían quedado de alguna reforma de la propiedad. Nadie usaba esa terraza, ni siquiera para colgar la ropa, salvo los chicos. Dientes y el Peque se acomodaron en un costado y pusieron las bolsas del Coto sobre las baldosas. En el camino habían abierto el paquete de papas fritas, por lo que ahora tenían sed. Cada uno tomó una latita de Coca y la vaciaron casi de un trago. Eructaron y revolearon la latita hacia abajo. Alguien desde abajo (la mamá de Martina) les gritó que dejaran de tirar cosas. Abrieron una caja de Oreo y se repartieron los paquetitos individuales de dos galletitas. No hablaban, degustaban las golosinas.

Ya habían probado gran parte de la mercadería cuando oyeron unos pasos que subían por la escalera: era Martina. De más chicos, los tres habían compartido juegos y habían subido y bajado a esa terraza juntos miles de veces, pero en los últimos años habían comenzado a ignorarse y ni se saludaban cuando se cruzaban en el patio de la casa.

—¿Qué están haciendo?

—Cosas de hombres.

—Nos estamos drogando.

—Sí, claro, les creo y todo.

—Nada que te interese.

Martina se encogió de hombros y se dispuso a volver por donde había venido. El Peque la llamó por el sobrenombre que usaban para burlarse de ella: «Martota». Martina se dio vuelta y el Peque le dijo «agarrá» y le revoleó un alfajor, que Martina tomó al vuelo. Lo miró, miró a los chicos y lo abrió. Dejó el envoltorio en la terraza y bajó comiéndolo.

—¿Cómo se dice?

—Se dice gracias, burra.

—Gracias.

Dientes y el Peque decidieron llevarse los Lengüetazos para la escuela. Guardaron lo que les quedaba en un escondite que prepararon especialmente y bajaron cerca del mediodía. El Peque llevaba también tres alfajores. Fue a su pieza y ahí estaban sus hermanos y la hermana de Dientes, que los cuidaba. Les

repartió los alfajores. Al rato salieron todos rumbo a la escuela. El Peque iba hablando con Dientes.

—Che, está bueno este juego. A partir de ahora voy a empezar a juntar para los botines.

—Sí, está bueno —dijo Dientes con cierto tono sombrío, que no se sabía si era de preocupación, desconfianza o envidia.

#### IV

Rafael sabía que una de sus virtudes —poco reconocida por los demás, como todas sus virtudes— era la observación. Se daba cuenta de muchas cosas mirando alrededor. Veía donde los demás —seguros de sí mismos— permanecían ciegos. Lo que más le gustaba de eso es que nadie veía lo que él veía. Mucho menos cuando estaba detrás del mostrador del bar del club Brisas, un ser casi invisible para todos, salvo para los chicos, a los que intentaba alegrarles el día regalándoles un sándwich o algún *snack*. De los adultos que se juntaban para jugar a las cartas reconocía a cada uno a la perfección: al fracasado, al resentido, al violento, al putañero, al que se escapaba de su casa porque no soportaba a su familia, al que estaba solo y encontraba en esas mesas un remedo de algo parecido a una familia. No le gustaba esa gente, no le gustaba lo que veía. Pero no estaba para sutilezas: lo suyo era atender. Era una suerte que hubiera encontrado ese trabajo después de haber pasado tanto tiempo sin poder hacerse cargo de su propia vida. Ahora sabía que desde ahí, desde ese lugar invisible del bar de Brisas, podía comenzar a andar un camino que lo llevara a Martina, tal vez a Andrea.

—Rafa, ¿me das una Coca grande?

Los chicos se vinieron todos sobre el mostrador. El que le pedía la gaseosa era el Peque, el chico que vivía en la misma casa que su madre y su hija. Sacó de su bolsillo un billete de cinco pesos y los demás pusieron sus monedas para llegar a los nueve pesos que valía la botella. Era la primera vez que lo veía a Peque con un billete. Les pasó la botella y les sirvió en un plato grande una generosa porción de palitos salados, que devoraron como termitas en un par de segundos.

El Peque estaba de buena racha: además del billete, Rafael había notado cómo lo trataba Rivero. Ese tipo desagradable, que maltrataba a los chicos siempre que podía, se comportaba distinto con el Peque. No lo insultaba, no lo retaba y en cambio usaba palabras elogiosas cada vez que tocaba la pelota. Rafael no era un especialista en fútbol, pero podía darse cuenta de que el Peque no era un *crack* en potencia. Entonces, ¿qué era lo que llevaba a Rivero a alabarlo tanto? Porque se notaba —al menos Rafael lo notaba— que en ese aliento había algo servil, como si se viera obligado a ser generoso en sus dichos. Rivero no tenía pinta de abusador de pibes, pero igual lo vigilaría sin que nadie se diera cuenta. Las ventajas de ser invisible.

## V

El Peque quería que ese mes pasara volando. Acababa de hablar con Rivero, quien le había dicho que dentro de un mes iban a tener una competencia de valentía. Así la llamó el técnico: competencia de valentía.

Rivero había esperado que los demás chicos se alejaran y se le acercó. Primero le dio algunas indicaciones de cómo marcar mejor a los delanteros que van a buscar el cabezazo y después pasó a hablarle de la competencia. Que se preparase, que en unas semanas iba a haber una nueva. Que ya sabía la fe que le tenía.

—Fe no, suena demasiado religioso. Lo que tengo es confianza. Porque sos el pibe más macho de esta ciudad.

El Peque le dijo que él no tenía problemas de competir más seguido. Todas las semanas si fuera necesario. Rivero le aclaró que siempre era una sola vez por mes. El Peque pensó que iba a tener que esperar como tres meses para comprarse los botines. Le preguntó si de nuevo iba a competir contra el Cholito.

—El Cholito ya perdió. Cocodrilo que se duerme es billetera. Cholito ya no puede competir más. Solo los que ganan continúan. Así que ya sabés... Ganá y seguís todo el año. —Y agregó—: Ojo que esta no va a ser fácil. Vas a jugar contra uno que ya ganó dos veces el año pasado.

En menos de una semana, en menos de tres días, se terminó todo lo que habían comprado con Dientes en el hipermercado. Ya no le quedaba ni un peso, así que empezó a soñar con la próxima competencia de valentía. Se vio saltando después del otro, ganando una vez más, llevándose los cien pesos. Tomó una decisión: no juntaría para los botines. Volvería a comprarse un montón de cosas. Cada noche contaba los días que faltaban. La última semana estaba tan ansioso como si fuera a jugar la final de un campeonato de fútbol. Mucho más, en realidad, porque aquí dependía todo de él. Y si bien tardó, finalmente la noche de la competencia llegó.

## VI

No le dijo nada a Dientes y le volvió a mentir a su madre. Esa noche llegó a la esquina por donde lo pasaría a buscar Rivero. Era extraño, pero pensaba más en lo que haría al día siguiente, yendo a comprar con Dientes, que en lo que estaba por pasar en unos minutos. Rivero y el tipo de la campera de motoquero llegaron enseguida. El Peque subió atrás. Todavía no estaba su contrincante, así que se limitó a apoyar la cara contra el vidrio y mirar la ciudad de noche. Se alejaron de su barrio por una avenida donde el intenso tráfico volvía lento el andar de los autos. Al rato llegaron a unas calles oscuras. Detuvieron el auto, el hombre de la campera de cuero se bajó, miró para todos lados, y volvió a entrar.

—Esperemos unos minutos. Ya va a venir.

Rivero llevaba la radio a un volumen muy bajo. Lo subió un poco y el Peque pudo escuchar a unos comentaristas deportivos que hablaban de un partido de fútbol. La oscuridad del lugar era tan densa que ninguno de los tres se dio cuenta de que el otro chico estaba a unos pocos metros. Rivero volvió a encender el motor, le hizo luces al pibe, que se acercó corriendo y se subió en el asiento trasero libre. El Peque lo conocía. Se llamaba Vicen y jugaba en una categoría más grande que él. Alguna vez habían compartido una gaseosa después de un partido. Era de los pibes que al Peque le caían bien. No sabía por qué, tal vez porque nunca se burlaba de los demás, o porque hablaba poco.

En el auto tampoco habló mucho, más bien estuvo todo el tiempo en silencio, mirando por su ventanilla, como el Peque. Retomaron por la avenida y llegaron a una autopista. Era la primera vez que el Peque se subía a una autopista de noche y al instante quedó fascinado con las luces de los autos que circulaban por debajo, como si estuvieran en un cruce de rutas y ellos fueran por la más alta. Los autos parecían animales extraños, o naves espaciales, algo fuera de lo común. Silenciosos, veloces, los que iban por su lado, pero lentos los que se movían debajo de ellos. Hubiera querido que el coche se detuviera para ver durante horas esas luces blancas y rojas que se movían a su alrededor.

Vicen no parecía tan fascinado por el espectáculo de los autos, porque sacó algo del bolsillo y se puso a mirarlo.

—¿Qué son? —le preguntó el Peque.

—Figus, ¿juntás?

—¿Cuáles?

—Las figus de los jugadores.

—Ah, no.

Dejaron la autopista. Tras dar varias vueltas llegaron a una calle oscura que cruzaba unas vías, similar a la que habían ido la vez anterior. Había unos galpones sin luz alguna en cada una de las cuatro esquinas, y si no fuera por los autos estacionados, en cuyo interior se veían las siluetas de sus ocupantes, cualquiera habría dicho que estaban en un rincón abandonado de la ciudad.

—¿Vos ya hiciste esto? —le preguntó Vicen al Peque cuando bajaron del auto.

—Ajá. Soy el ganador.

—Yo gané dos veces —le dijo Vicen como quitándole importancia a sus éxitos.

Rivero les dio veinte pesos a cada uno.

Como la vez anterior, algunos de los que estaban en los autos salieron para ver a los pibes de cerca. Algunos saludaron al Peque con un « qué tal, campeón» o con un « vamos, nene». El Peque respondía a los saludos con una sonrisa. Le gustaba que lo reconocieran.

Después de que Rivero y el hombre de la campera tomaran las apuestas de los que estaban fuera y dentro de los autos y hablaran con otras personas por teléfono, los chicos se ubicaron en las vías. Segundos después, el hombre de la campera los hizo volver. Un auto venía por esa calle y cruzó las vías antes de que bajaran las barreras. No hubo tiempo para que los chicos se colocaran antes de que pasara el tren y tuvieron que esperar al siguiente. Durante esos minutos regresaron al auto de Rivero y se quedaron en silencio, incluso el hombre de la campera, que ya no hablaba por teléfono y había encendido un cigarrillo. El humo llenó el interior del coche. No se oía ningún ruido, nadie volvió a pasar por la calle. Rivero miró su reloj y los hizo bajar. Se ubicaron en los mismos lugares en las vías y esperaron. Recién entonces Vicen rompió el silencio, como retomando la conversación que habían tenido al llegar.

—¿Cuántas veces ganaste vos?

—Una.

—¿Contra quién?

—Contra el Cholito.

—Ese juega a la pelota conmigo.

—Me quiso asustar contándome boludeces.

—Qué forro.

—Yo no me asusto con nada.

—Yo tampoco. ¿Si empatamos nos dan la mitad de la plata a cada uno?

—Ni idea.

—Igual voy a ganar yo.

—Ja. Sí, claro.

A lo lejos apareció la luz amarilla del tren, primero débil, pero siempre firme y cada vez más visible, arrastrando una masa de sombras.

—Peque.

—¿Qué?

—¿Y si saltamos los dos ahora?

—Ni en pedo.

El tren venía precedido de la luz y por delante de la luz venía el viento que les pegaba en la cara a los dos chicos que miraban fijo hacia delante, los ojos bien abiertos. El cuerpo del Peque se tensó como un gato asustado.

Se acercaba.

En ese momento no pensaba en los cien pesos. Solo miraba al tren y de reojo a Vicen.

Tenía que ganar. Pero Vicen no saltaba.

Demasiado cerca.

¿Hasta cuándo esperar?

Un poco más.

—Dale, boludo, saltá —le gritó el Peque.

Sintió la respuesta de Vicen.

—No.

Y el Peque, sin quererlo y sin pensarlo, saltó hacia fuera de la vía. El sonido del tren lo cubrió como si cayera sobre él la pierna de un monstruo. Pero solo eran ruidos, gritos, que lo mantenían tirado en la tierra, al lado de la vía. Su ojo o su cuerpo había registrado algo que duraba una milésima de segundo, y era a Vicen quieto en la vía. Quietamente cuando él saltaba y el tren pasaba entre rechinos y una bocina aterradora. El Peque miró hacia el tren, que se había detenido; el último vagón había quedado a su lado. Miró hacia abajo pero no vio nada. Era todo negro. Y por encima de su cabeza, gritos. Más gritos.

El Peque se puso de pie y comenzó a correr en paralelo a las vías, alejándose del tren. Corrió en la oscuridad dejando los gritos atrás. Corrió sin ver porque estaba oscuro y porque estaba llorando o aullando él también. Vio una calle al costado y dobló por allí para salir de las vías. Frenó al llegar a la cuadra siguiente y se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba. Saber que estaba perdido lo asustó más, y se sentó en el cordón de la vereda a llorar. Le faltaba el aire, se ahogaba, pero no podía parar. Sentía que nunca más iba a volver a ver a su mamá, a sus hermanitos. Se limpió los mocos y las lágrimas con la manga de la campera. Un auto frenó a su lado. Era el de Rivero. El otro tipo le ordenó que se subiera.

—¿Y Vicen? —preguntó con ganas de sentir que había saltado y él no se había dado cuenta. No le importaba haber perdido. Quedarse sin los cien pesos.

—Vicen te ganó.

—¿Saltó?

No le contestaron. El auto iba más rápido de lo normal. Rivero le dijo:

—Escuchame, Peque, ni una palabra a nadie de lo que pasó.

—Si hablás vas a ir preso.

—¿Preso?

—Vicen no saltó a tiempo porque vos esperaste demasiado para saltar. Si hubieras saltado antes, él estaría vivo.

—Te pueden acusar de asesinato. Así que no le digas nada a nadie por más que te pregunte cualquiera.

—Ni a tu madre, ni a la policía, ni a tus amigos. A nadie. Vas preso toda tu vida. ¿Me entendés?

—Pero yo le dije que saltara.

—No importa. Vas preso igual.

—Te callás y no te pasa nada de nada.

Lo dejaron en el mismo lugar de la otra vez. Volvió a correr, pero en esta ocasión no llevaba un billete apretado en la mano. Sentía que un puño le cerraba el pecho y la garganta.

**La investigación**

## I

La investigación periodística exige tiempo, paciencia y fuentes confiables. El periodista no debe apresurarse aunque corra contrarreloj para llegar con una primicia. Tal vez por eso las mejores investigaciones siempre se dan en el ámbito de temas que no están en la agenda de los medios. Cuando un periodista sabe que es el único que investiga determinada cuestión, puede armarse de la paciencia de un pescador a la espera de descubrir los datos que necesita para su trabajo.

Mucho más difícil de conseguir que el tiempo y la paciencia, sin embargo, son las buenas fuentes. Aquellos que pueden pasar información, abrir caminos, corroborar hechos o fechas, siempre en off y siempre protegidos por el secreto profesional.

Verónica se había cuidado de no mencionar a los chicos en las vías en su nota sobre los ferrocarriles suburbanos. No quería avivar giles, colegas que vieran una punta de investigación como vio ella. Ser la única que estaba atrás del tema le permitiría dedicarse con mayor tranquilidad a conseguir los datos que necesitaba.

Lucio había sido una fuente en su nota y, de no ser por él, jamás habría llegado a ver a los chicos en las vías del Sarmiento. Ahora no era mucho lo que podía aportar. No sabía más que lo que ya le había dicho. Verónica descartó la idea de volver a subir a un tren. No era por ese lado que debía orientar su trabajo. Fumando, tirada en el sillón de su departamento, se sentía perdida, sin saber muy bien por dónde encarar la pesquisa.

Contaba con el visto bueno de su editora para tomarse el tiempo que quisiera, siempre y cuando le redactara las pavadadas habituales que solían resolver en un par de horas los martes y los miércoles. El resto del tiempo era para ella y su investigación. Esa era una de las virtudes indudables de Patricia: sabía darles tiempo a sus periodistas para que preparasen sus notas. Era exigente, minuciosa, capaz de enojarse por un uso excesivo del gerundio o por la falta de precisión en la información, pero daba todo el tiempo necesario.

Ese día Verónica decidió no ir a la revista. Trabajaba más tranquila en su departamento y no necesitaba salir a la puerta para poder fumar. Tenía que empezar por el comienzo: hacer archivo. La expectativa de encontrar algo interesante por ese lado era baja, pero le bastaba si podía hallar una punta de hilo de la que tirar para que la llevase al final del laberinto.

Cuando cursaba sus estudios de comunicación social, consiguió —gracias a un profesor que la había recomendado— una pasantía en la editorial Atlántida, que publicaba alrededor de una decena de revistas. Ella se imaginó que iba a estar seis meses en el corazón del mundo periodístico, con la adrenalina a mil. Apenas llegó, la mandaron al archivo a recopilar información para unas notas que necesitaban los redactores de *Gente*. Pensó que tenerla encerrada entre sobres marrones que contenían recortes de diarios y revistas era el famoso derecho de piso. A la semana volvieron a mandarla al archivo para catalogar negativos fotográficos. El lugar era muy agradable: una habitación antigua que olía a la madera noble de los armarios. Sin embargo, ella quería estar en la redacción, entre las computadoras, las impresoras y el humo de los cigarrillos que todavía se podía respirar en esos ambientes. La tercera semana se la pasó entre catálogos de ilustraciones infantiles para *Billiken*, y cada vez vio más lejano el día en que iba a estar en la auténtica redacción.

—Prefiero el derecho de pernada al derecho de piso —le dijo a su profesor cuando le explicó por qué había renunciado a la pasantía al mes de comenzada. Si el profesor entendió que la frase llevaba una doble intención, no lo hizo notar, ya que se comportó correctamente y solo lamentó que su alumna preferida no hiciera carrera en una editorial importante.

Desde entonces odiaba cualquier actividad vinculada a archivos. Si por ella fuera, contrataría a otros (¡a pasantes!) para que hicieran la búsqueda por ella. Pero por suerte Internet había facilitado el trabajo y ya no había que pasar días revisando recortes sacados de sobres manila. Por ejemplo, para su investigación contaba con los archivos completos de al menos tres diarios nacionales (*Clarín*, *La Nación*, *Página/12*) con más de diez años de antigüedad.

Fue a la cocina, preparó el mate, puso agua caliente en el termo y se dirigió hacia su escritorio. La esperaban muchas horas frente a la computadora.

## II

Buscó por secciones: sociedad, policiales, ciudad. Buscó por palabras clave: accidente, tren, niños, chicos, vías, mutilado, muerto, ferrocarril Sarmiento, denuncia, delito. Buscó por períodos: comenzó con los diarios de hacía diez años y dividió los casos año por año hasta llegar a la actualidad. Comprobó con sorpresa que había episodios que eran registrados por un diario y que no existían para otro. O una noticia aparecía en una publicación un día y recién a los dos o tres días tenía un lugar en otro medio. En esos diez años revisados le llamó mucho la atención una mención a unos adolescentes o preadolescentes que se desafiaban en las vías del ferrocarril Roca. La nota, en realidad, había aparecido en la sección de Psicología y reflexionaba sobre cómo los menores se enfrentan a la muerte. Había referencias a los niños-bomba de Medio Oriente, a los adictos infantiles y a los que jugaban en las vías de los ferrocarriles. Decía que eran chicos de una villa y que alrededor de ellos había adultos que apostaban. La nota agregaba que estos últimos eran tan pobres y marginados como los chicos que saltaban. Terminaba diciendo que ya se habían producido varios muertos por ese juego siniestro.

Verónica, que tenía buen ojo para reconocer cómo se había armado una nota, se dio cuenta de que su colega (o tal vez era un psicólogo, o un sociólogo) no contaba con información muy firme y se movía con presupuestos y rumores. No aclaraba en qué zona del ferrocarril Roca, entre Constitución y la ciudad de La Plata, se llevaba a cabo el juego (lo que daba un margen de cincuenta kilómetros), o si había más de un lugar. Tampoco aportaba el nombre de la villa de donde provenían los chicos ni hablaba del número de víctimas. La falta de información, más que enojarla o frustrarla, la alegró.

No le gustaba utilizar las planillas de *excel*, pero en este caso le iba a ser útil para organizarlo todo por fechas, casos, lugares. Armó también una carpeta en el disco rígido donde guardó todas las notas que hacían referencia a lo que estaba buscando.

Buscó más información y desechó los casos de chicos que estaban con un familiar en el momento del accidente y que habían declarado en la justicia. También los que habían sido claramente accidentes (pibes que querían cruzar las vías corriendo y no veían que el tren estaba sobre ellos). Los casos fácilmente

descartables eran aquellos en los que el chico accidentado o muerto había sido visto por testigos que contaban cómo había ocurrido la tragedia: un chico que venía de la escuela y no miró al cruzar con las vías bajas, otro que saltó del andén a las vías para rescatar unas monedas que se le habían caído, pibes que cruzaban corriendo y no llegaban a tiempo al otro lado. Esos casos no le servían.

En total encontró 48 casos de menores (adolescentes y niños) muertos o accidentados (generalmente, mutilados) en las vías de los trenes por razones confusas, definidas como « accidente » o « acto imprudente », sin que se aclarase cómo había ocurrido el hecho. Si bien la mayoría había ocurrido en Buenos Aires (ciudad y provincia), había también cuatro casos en el interior del país. Uno en Entre Ríos, otro en Rosario, un tercero en Salta y el más reciente en Mendoza, hacía ya dos años. Claro que el interior casi no contaba con ferrocarriles y que los diarios solían reflejar lo que ocurría en el ámbito de la Capital y sus alrededores. En los demás casos a nadie se le había ocurrido armar un patrón a pesar de que había importantes puntos en común: las víctimas eran chicos pobres, la mayoría provenientes de barrios carenciados o villas. Muy rara vez constaban los datos de los que estaban en las vías con los accidentados. Por lo general, no había testigos. En el mejor de los casos, el testimonio del conductor del tren.

Ordenó los casos por líneas ferroviarias y por año. Calificó los casos de « descartable », « sospechoso », « muy sospechoso » y « acá hay algo muy raro ». Se basaba en información periodística, que ella sabía que no siempre era muy fiable. Bastaba con que hubiera que llenar líneas para que el cronista inventara cualquier dato y también lo contrario. La falta de detalles estaba alimentada por el poco espacio que el editor había decidido darle a la noticia. « Siempre se puede hacer algo con lo que hicieron los otros », se dijo parafraseando muy libremente a Jean-Paul Sartre.

Descubrió con cierta satisfacción que, si hacía cruces espaciotemporales, donde se encontraban los casos más sospechosos era en el ferrocarril Sarmiento en los últimos cinco años. Releyó sus apuntes e intentó otros cruces. El ferrocarril Roca y un ramal del ferrocarril Mitre daban resultados que despertaban desconfianza, pero no en los últimos tres años. Pensó que estos episodios estarían mejor documentados en medios locales, diarios barriales, publicaciones pequeñas para los vecinos preocupados por los accidentes en su zona, pero la idea de tener que recurrir a los archivos de papel de esos medios (porque no tenían archivos en Internet) le quitaba las ganas de meterse con eso. Si fuera necesario, le pediría a Patricia que le encontrara un estudiante de periodismo para mandarlo a esos lugares.

El ferrocarril Sarmiento aparecía con una recurrencia que la invitaba a sospechar que ahí estaba la clave. Tenía siete casos documentados en los últimos cinco años. Dos mortales (de los cuales uno debía de ser el que atropelló Carranza, aunque en ninguno de los dos casos se dejaba constancia del nombre

del maquinista), cuatro con lesiones graves (mutilaciones, según las crónicas) y uno solo que se había salvado milagrosamente, pero que había generado un accidentado grave en un vagón debido a la abrupta frenada del tren. Los siete casos habían ocurrido en barrios que iban desde Caballito a Paso del Rey. No se repetían los lugares: Floresta, Villa Luro, Morón, Ituzaingó, San Antonio de Padua. El orden cronológico no coincidía con el ordenamiento de las estaciones, aunque esto a Verónica le pareció un dato sin importancia.

En cambio, le resultó frustrante ver que no había una lógica en cuanto a los días y a las semanas. Dos casos habían ocurrido los martes, tres los miércoles, uno el lunes y otro el jueves. Las semanas tampoco eran las mismas. Lucio se había mostrado tan seguro de que ocurrían los jueves que ella había dado por hecho que los chicos siempre aparecían en las vías ese día. Imposible armar por ese lado un patrón de conducta, salvo el hecho de que no ocurrían en el fin de semana. Pero si le daba una vuelta de tuerca más al asunto le podía encontrar una lógica que aumentaba las posibilidades de que hubiera una organización delictiva detrás de todo eso: los organizadores de ese juego quizá cambiaban la rutina después de cada accidente para no ser hallados.

Tenía los siete casos. Ahora debía hacer algo con eso. ¿Y si no había nada? ¿Y si eran hechos aislados o ni siquiera podía llegar a establecer cómo ocurrió cada episodio para poder avanzar en la investigación? Sentía que estaba tirándole piedras al mar para pegarle a un delfín. Ese día había pasado demasiadas horas metida en los casos. Mejor era cortar ahí. No pensar más, al menos por unas horas. Encendió un porro y puso a llenar la bañera. Pensó en abrir una botella de vino, pero necesitaba algo más fuerte. Se sirvió una buena medida de Jack Daniels, a falta de Jim Beam. El primer trago de *bourbon* o de *whisky* de Tennessee siempre le parecía horrible, mucho más horrible que cualquier *whisky*, pero tenía la virtud de mejorar a medida que se tomaba, y le producía un efecto relajante, como un masaje por el interior de su cuerpo. Mañana será otro día, se dijo.

### III

A los veinte años le habían ofrecido dos opciones: entrar como meritorio en un juzgado penal o comenzar a trabajar en un estudio jurídico, en ambos casos recomendado por su tío, que por entonces era juez de una cámara federal. Federico se decidió por el estudio de abogados y con eso marcó su destino. Trabajar con el doctor Aarón Rosenthal le valió algo más que ganar un puesto laboral. Se labró una vida. El doctor Rosenthal muy pronto descubrió que su joven empleado era brillante y responsable. Más lo segundo que lo primero, según algún otro integrante de la firma que veía cómo el doctor Rosenthal lo adoptaba, ya que ninguna de sus tres hijas había seguido la carrera judicial. Lo cierto es que Federico se recibió de abogado a los veintitrés, casi tres años después de ingresar al estudio, y creció dentro de la firma hasta convertirse, casi una década después de su llegada, en socio minoritario.

Al poco tiempo de comenzar a trabajar, conoció a Verónica. La hija del doctor Rosenthal iba cada tanto a visitar a su padre y era apenas unos meses más chica que él. Federico se enamoró inmediatamente de ella, pero pasaron unos dos años hasta que se animó a invitarla a salir, cuando se enteró de que ella había cortado con su novio. Aquella cita no fue muy exitosa y pasó mucho tiempo, meses, hasta que Verónica volvió a aceptar una invitación de él una noche pegajosa de verano. Sin muchas esperanzas de que ocurriera algo entre ellos, Federico se mostró agradable pero no especialmente seductor. No imaginaba que esa misma noche iban a terminar en la habitación de un albergue transitorio. Su mayor sorpresa fue cuando, al día siguiente, ella no le atendió sus llamados y lo mismo hizo los demás días. Federico repasaba las horas de pasión y no encontraba ni un signo de que eso iba a durar una sola noche.

Tres meses después ella apareció por el estudio. Por entonces Federico había pasado del desconcierto al enojo, pero al verla volvió a sentirse enamorado. La convenció para encontrarse ese fin de semana. Esta vez ella no desapareció después de la noche de sexo, aunque Federico no consiguió lo que en el fondo quería: mantener una relación estable y duradera a la que él y todo el mundo pudieran llamar noviazgo. Cuando decidió presionarla para que mantuviera un vínculo más formal, ella fue clara: había otros hombres y los iba a haber.

Ella estuvo presente en la colación de grado de Federico y él no se movió de

su lado cuando falleció la señora Rosenthal. Él le conoció un novio (un pedante insoportable que se dedicaba a escribir libros, o a corregirlos, o a copiarlos, nunca le quedó claro qué hacía realmente) y ella se había mostrado contenta cuando él aparecía con alguna novia. No habían vuelto a tener sexo, pero mantenían un vínculo que se podría calificar de fraterno, si a la fraternidad le agregamos un toque de deseo incestuoso. Al fin y al cabo, para el doctor Rosenthal, Federico era como el hijo varón que no había tenido.

Por eso no le resultaba extraño que ella lo hubiera citado en un bar cercano al estudio, que quedaba en Uruguay y Viamonte.

Como solía ocurrir, él estuvo antes. No le disgustaba esa situación porque era un placer extra verla llegar, moverse entre las mesas y avanzar hasta él. Verónica parecía siempre la personificación del viento, un pequeño huracán que la envolvía y la trasladaba con su andar de modelo. Ese huracán lo cubrió con su perfume antes de sentarse frente a él.

—Necesito tu ayuda —le dijo con su habitual estilo de ir directo al grano. En eso, era idéntica a su padre.

—Nací para ayudarte.

—Sigo con el exferrocarril Sarmiento.

—¿Te sirvió el tipo que te pasé?

—En parte.

Verónica le alargó una carpeta que él hojeó. Dentro había una hoja impresa y varios recortes de diarios.

—En la primera hoja están todos los datos. Igualmente reproduje de dónde está tomado todo, por si necesitás algo más.

Federico miró con más detenimiento la primera página: había fechas, referencias al tren Sarmiento y a chicos que estaban simplemente numerados, sin nombre. Verónica le explicó:

—Estoy haciendo un artículo sobre chicos que murieron o se accidentaron en las vías del Sarmiento. Creo que puede haber alguna organización delictiva detrás de estos supuestos accidentes. Lo único que tengo son estas notas aparecidas en diarios.

—Y querés que te averigüe más.

—Fijate qué podés conseguir. Direcciones, causas judiciales, lo que sea.

—No sé si voy a encontrar datos muy fidedignos. Quiero decir, nadie investiga un accidente salvo que haya aseguradoras detrás tratando de no pagar. Si tenés la suerte de que haya algo así, vas a tener hasta el grupo sanguíneo del tipo que baja la barrera. Pero si no, agradeceré que no diga «un N. N. masculino de diez años de edad aproximadamente».

—Estoy tan en bolas que cualquier dato me va a servir y mucho.

—Lástima, pero no te veo en bolas.

—Vamos, Fede, no me tirés los galgos que ya sé que estás de novio con la

mosquita muerta de recepción.

—Es cierto. Pero no es una mosquita muerta.

—Es. Huelo a las mosquitas muertas.

#### IV

Algún día iba a escribir una nota sobre la susceptibilidad masculina. No había que ser psicóloga para darse cuenta de que Lucio estaba molesto por su escaso protagonismo en la nota sobre los trenes. Ella le explicó que en los artículos polémicos convenía mantener protegida a la fuente.

—¿Yo soy una fuente?

—A veces sí, a veces no. En el caso de la nota fuiste una fuente y muy provechosa.

También le explicó que había dejado de lado la historia de su familia muy a su pesar porque no iba con el tono de la nota. Que esa historia le encantaba para una novela que atravesara distintas generaciones. También le dijo que no había ninguna mención de los chicos que desafiaban al tren porque pensaba guardarlo para otro artículo. Él no parecía del todo convencido. Pero Verónica decidió no insistir: Lucio ya se iba a dar cuenta de que ella no le mentía cuando lo volviera a consultar. Y así ocurrió a los pocos días.

«Necesito verte por nota trenes y chicos. Te puedo llamar?», le textó Verónica. Quedaron en verse esa tarde en La Perla, donde habían tomado el primer café juntos.

Verónica llevó una copia de sus papeles con los siete casos que había seleccionado. Se los mostró.

—Estoy trabajando en lo que vimos aquella noche. Recopilé estos episodios que ocurrieron en el ferrocarril Sarmiento en los últimos cinco años. ¿Vos presenciaste alguno?

Lucio revisó la carpeta con cuidado. Movió negativamente la cabeza.

—En ninguno, pero me acuerdo de cada uno de ellos.

—Me gustaría hablar con los conductores de los trenes que estuvieron ahí.

Lucio se quedó pensando un largo rato y finalmente le dijo:

—No. No quiero ponerte en contacto con mis compañeros. Quiero que lo nuestro se mantenga alejado del resto de mi vida.

—Lucio, no te estoy pidiendo que me presentes a los tipos con los que jugás al fútbol el sábado. Simplemente necesito información para mi artículo, que es probable que tus compañeros tengan.

—Conozco perfectamente todos los casos. Nadie sabe más: atropellaron a un

chico, ese chico siempre estaba con otro. Algunos murieron destrozados, otros sufrieron mutilaciones. ¿Qué querés? ¿Una descripción de cómo se siente matar a un pendejo?

¿Qué sabía ella lo que estaba buscando? Tal vez era cierto que los conductores no podían aportarle nada para su investigación. Le quitó la carpeta de las manos.

—Como te parezca, Lucio, pero no lo tomes como que me meto en tu vida.

Lucio se quedó callado. Ella encendió un nuevo cigarrillo. Se la veía molesta cuando tiraba el humo y lo miraba a los ojos. Lucio, al final, le dijo:

—El chico que salió ileso.

Verónica abrió la carpeta y le mostró el caso.

—Hay algo que contó Carlos, el que conducía el tren. Ahora trabaja en mantenimiento y me lo dijo una vez que estábamos en los talleres. Me dijo que el tren llegó a tocar al chico. Lo golpeó, pero con tan buena suerte que el golpe lo tiró fuera de la vía. Carlos recién pudo detener el tren unos segundos más tarde. Dentro de los vagones había gente gritando porque se habían lastimado y muchos habían entrado en pánico. Carlos se bajó del tren sin saber qué hacer. Fue hacia el final de la formación, donde se suponía que debía estar tirado el chico, pero cuando llegó el pibe ya no estaba. Un pasajero del tren que también había bajado gritó: « Encima estos pendejos de mierda se van en auto» . Al parecer el chico salió corriendo, se subió a un coche que lo estaba esperando.

—¿Tomaron el número de patente?

—No. Y Carlos ni siquiera lo llegó a ver. Fue lo que escuchó de un pasajero.

## V

Maldita casualidad. Mientras, tirada en el sillón, pensaba en la charla que había tenido esa noche con Lucio en La Perla, desde el equipo de música sonaba *The Other Woman* interpretada por Nina Simone. La hacía sentirse una estúpida.

Ella no iba a llorar hasta quedarse dormida como la protagonista de la canción. Había sido un error arreglar ese encuentro en el bar. ¿Qué quería conseguir? O mejor: ¿por qué se engañaba de ese modo? Hacía rato que Lucio había dejado de ser una fuente a la que sacarle información. Querer volver a ponerlo en su lugar era una forma adolescente de negar lo que le estaba pasando: cada vez se sentía más unida a él. Necesitaba verlo, compartir el tiempo con él. Odiaba profundamente el momento en que él se iba y la dejaba sola. Ella conocía las reglas del juego. Tampoco iba a ser tan infantil de querer cambiarlas, pero no podía evitar sentirse molesta, angustiada, implorante. Aunque su forma de implorar fuera tan estúpida como para citarlo para una charla profesional. «Estás derrapando mal, Vero», se dijo en voz alta, y le sonó más como un acto de autoconmiseración que una crítica a su actitud.

Para colmo, esa noche en la que le pidió datos, contactos, recuerdos, nada de lo que él estaba dispuesto a ofrecer (¿y qué estaba dispuesto a ofrecer, eh?, ¿su cuerpo?, ¿sus gestos de hombre casado y padre de dos hijos?), terminaron abruptamente la charla, salieron a la calle, se saludaron con un beso rápido en la mejilla, como hacían siempre en la calle, y cada uno se fue por su lado. Él a comer la pasta casera de su mujercita (porque las esposas siempre cocinan comida casera) y ella a la soledad de su departamento. Y ella quería que la hubiera acompañado a su departamento, habrían cogido o no, habrían tomado una cerveza o un vino, habrían charlado o mirado el cuerpo del otro en silencio. Es cierto, después se habría ido con su esposa, pero al menos... ¿Al menos qué?

## VI

Esa mañana tenía un *email* de Paula recordándole que a la noche siguiente se reunirían en su casa con las chicas « para comer un asado» . No le aclaraba nada más, no era necesario. Sería solo una reunión de mujeres y por eso habían elegido el asado como comida, último bastión de la masculinidad, dispuestas a conquistarlo en la parrillita del patio de Paula. Ellas prenderían el fuego y echarían la carne y las achuras sobre el asador. No necesitaban a los varones. Al menos, no para comerse un asado.

Patricia apareció en el chat y le preguntó cómo iba la investigación. Ella le contestó que habían encontrado algunas puntas.

- Le conté a Rodolfo Corso sobre tu nota.
- ✓Por qué hiciste eso?
- Porque trabajamos juntos en varios medios, es buen amigo y se le podía ocurrir algo.
- ✓No necesito ideas. Necesito datos.
- Los datos hay que saber buscarlos.
- ✓Gracias. Lo voy a tener en cuenta.
- Rodolfo no te va a robar la nota. Quedate tranquila. Le conté tu investigación y me dijo que tenía información que te puede servir.
- ✓No será un fruto de su imaginación?
- Por sus frutos los conoceréis. Lo dice la Biblia. Escríbele. ¿Tenés su *mail*?
- ✓Lo tengo en algún lado.

Inmediatamente le escribió el *email* a Corso:

« Querido Rodolfo: Cómo andás? La última vez que nos vimos fue en la conferencia de prensa de Edgar Morin, no? Me dijo Pato que te contó

en qué ando y que podías tener alguna punta. Ya tengo bastante armadito todo, pero cualquier ayuda extra siempre es bienvenida. Desde ya, mil gracias. Besitos, Vero» .

Una hora más tarde tenía un *email* en la bandeja de entrada que decía:

« Estimada Vero: Dichosos los ojos que puedan verte. Sos olvidadiza. Nos vimos por última vez en el cumpleaños de Patricia, justamente. Es cierto que estabas un poco bebida y tal vez no me recuerdes. Yo era el que también estaba borracho y bailaba muy sensualmente arriba de la mesa del living. Leí la nota que escribiste sobre los suicidas en los trenes. Me gustó, aunque tal vez era demasiado dramática. Eso le dije a tu jefa mientras almorzábamos ayer y le conté una historia que tal vez te sirva.

» Hace muchos años, cuando vos debías estar en la secundaria, yo hice una investigación para *Coloquial* sobre la trata en Misiones. Más precisamente en un pueblito llamado Capitán Pavone. Descubrí que en la organización de la trata estaba involucrado el intendente de entonces, Juan García, menemista para más datos. Este buen señor era algo así como un mayorista en el mundo del delito. Tenía la ilegalidad que quisieras: trata de mujeres, tráfico de bebés, mano de obra esclava para los latifundistas. También manejaba el mercado de las apuestas y seguro que andaba con la droga, pero esto último no lo pude corroborar.

» En esos días también había ocurrido un accidente muy grave con el único tren que pasaba en todo el día. A vos te debe sorprender porque sos joven, pero hubo un tiempo en que en la Argentina había trenes en todo el país. Justamente, fue en esos días que dejaron de funcionar. ¿Te acordás del “ramal que para, ramal que cierra” de nuestro benemérito presidente? La cuestión es que el tren atropelló a un chiquito de unos ocho o nueve años. No recuerdo la edad. Alguien me dijo que no había sido un accidente común y corriente, sino que se trataba de una competencia en la que apostaban como si los chicos fueran caballos. Me dijeron que el que estaba detrás de eso era, una vez más, el intendente García. Yo no lo chequeé porque tenía tanto material en contra que alcanzaba para mandarlo a la cárcel durante tres vidas.

» Lo de la trata llegó a los medios nacionales (gracias a un servidor) y el tipo tuvo que renunciar a la intendencia e irse del pueblo. Obviamente, la justicia misionera lo absolvió de todos los cargos, pero en Misiones se convirtió en un muerto político.

» Este no es el final de la historia. Hace un par de años alguien me contó que García estaba viviendo en Buenos Aires y que seguía con su costumbre de andar en política. El que me contó que lo vio me dijo que

está “trabajando” con punteros de la Comuna 8, allá en el sur de la Capital. Mantiene el perfil bajo, pero no me extrañaría que estuviera en negociaciones con narcos o proxenetas. En qué partido político milita lo dejo para que lo investigues vos.

» Espero que algún día me invites a tomar unas copas a algunos de esos boliches modernos que vas con tus amigas (estoy al tanto de todo)» .

Verónica le respondió el *email* apenas lo leyó:

« Rodo querido: mil gracias por tu historia que me puede servir como un lindo antecedente de lo que vengo investigando. Es cierto lo del cumple de Pato. No deberíamos tomar tanto. Así que mejor encontrémonos algún día para tomar un rico té inglés, como corresponde a gente como nosotros. Un beso, Vero» .

Verónica abrió un archivo *word* y lo llamó « Juan García» . Copió el texto que le había mandado Corso. Su instinto de periodista le decía que iba a llenarlo con muchos más datos que los que le había pasado su colega.

## VII

Esta vez, Federico y Verónica se encontraron en el Petit Colón, el bar donde algunos abogados citaban a sus clientes. A Verónica no le gustaba porque le recordaba la adolescencia, cuando su madre o su padre la esperaban ahí a la salida de la escuela, que quedaba a pocos metros del bar. Cuando llegó, Federico estaba comiendo un tostado, lo que reforzó el recuerdo de ella misma comiéndose ese mismo tipo de sándwich con sus padres.

—Disculpá, pero no tuve tiempo de almorzar.

—Si a eso le llamás almuerzo, con razón estás tan flaco.

—Te noto nerviosa.

—Odio los bares que no tienen un espacio para fumadores.

Federico abrió su portafolio y de su interior sacó la carpeta que le había dado en su momento Verónica.

—No fue fácil conseguir información, pero algo te tengo.

—No esperaba menos de vos.

—De los siete casos que me pasaste, había algún dato de seis. Justamente falta documentación del incidente en el que el chico salió ileso; encontré datos de los tipos lastimados en el interior del tren, pero evidentemente no tenían nada que ver con el chico que desencadenó el accidente.

—Me lo imaginé. El chico huyó de la escena en un auto.

—Mirá vos. Eso no consta en la causa abierta por un damnificado contra la empresa de ferrocarriles. En los otros casos ahí están los datos de filiación correctos y las direcciones. Uno de los chicos muertos permanece como N. N. Nadie reclamó sus restos ni pudieron identificarlo. En este caso, lo más interesante es el testimonio del maquinista, que dice haber visto gente al costado de las vías en el momento de atropellar al chico, pero esa declaración se pierde en la nada de la causa. No se hicieron demasiadas pruebas periciales al respecto. La justicia no solo es lenta, también es distraída y superficial.

—Quiero saber los nombres de los jueces que actuaron en las causas.

—Acá está todo en la carpeta que me diste y que te devuelvo ampliada y mejorada. Hay testimonios de padres, madres o tutores de cinco casos. Todos declararon no saber qué hacían sus hijos en esos lugares. Los chicos dijeron que estaban jugando. Fin de las causas.

—Algo es algo.

—Corazón, no te citaría para darte solo estos datos. Te los hubiera mandado por *email*. Quería mostrarte una cosa más.

—Ah, pensé que el encuentro era una excusa para charlar cara a cara.

—Mi novia no me lo permitiría. —Buscó en su portafolio y sacó un mapa de Buenos Aires—. Hay algo muy raro en los cinco casos en los que hay datos. Si te fijás, los supuestos accidentes tienen lugar a lo largo de treinta kilómetros, entre el más cercano a Once y el más próximo a Moreno en la otra punta.

—Para ser más precisos, ocurrieron en Caballito y en Paso del Rey.

—Exacto, esos son los extremos. Pero fijate en el domicilio declarado por los responsables de esos chicos. Todos viven en Capital Federal. Así que me tomé la libertad de apuntar en un mapa dónde viven o vivían los chicos y para mi sorpresa (y calculo que para la tuya también) sus hogares están en un radio no muy grande. Si juntamos y cruzamos con líneas esas direcciones, tal como hice yo en este mapa, verás que están en un radio no mayor de tres kilómetros. No están todos sobre la misma línea, pero sí hay una especie de patrón zonal, que podríamos definir como los barrios de Lugano, Ciudad Oculta y Soldati.

Verónica sintió un rayo que le ponía todos los sentidos de punta. Tenía que confirmar su intuición.

—Pará, decime: esos barrios, ¿tenés idea de a qué comuna pertenecen?

—Comunas... nuestros viejos y queridos Centros de Gestión y Participación. Los CGP al que por una absurda decisión de marketing decidieron llamar comunas.

—¿Sabés cuál es?

—La 8, por supuesto. La más pobre de Buenos Aires, la que tiene la tasa más alta de mortandad infantil, de desocupación y de analfabetismo. Estuve hace poco por ahí para renovar el registro de conducir.

—Fede, no solo estás más flaco y más lindo. Estás más lúcido que nunca. Casi que la envidio a la recepcionista.

## VIII

García García García García. Su cabeza repetía el nombre que le había pasado Corso. No debía de ser una casualidad. ¿Qué hacía un chico de la Villa 15 jugando en Morón? ¿Por qué se había accidentado un chico de Soldati en Caballito? ¿Cómo llegó a Ituzaingó un pibe de Lugano? Alguien los llevaba, evidentemente. García, te voy a agarrar del cuello y no te voy a soltar, se dijo Verónica mientras entraba en su departamento.

Necesitaba pensar, armar una estrategia. Le llegó un mensaje de texto de Paula: «trae vino bueno». Esa noche tenía la cena con las chicas. El asado feminista. Le textó: «no voy, mucho trabajo». Al rato le llegó un mensaje incomprensible de Paula que decía: «Pura». Y al rato llegó otro con el texto corregido: «Putá».

Para pensar necesitaba un Jack Daniel's doble y un par de atados de cigarrillos. No creía que pudiera tener una idea decente antes de que se terminara el primer atado. Se sentó en el medio del sofá y extendió sobre la mesa ratona el mapa que tan prolijamente había armado Federico para ella. Las líneas se cruzaban formando un trapezoide un poco cóncavo. El centro, no muy simétrico ni circular pero evidente, era el cruce de la calle Larrazábal y la autopista Dellepiane.

Por el momento decidió olvidarse de García. El tipo no debía andar secuestrando menores por la calle. Esos chicos seguramente tenían algo en común: la escuela, el club del que eran hinchas, el hospital en el que se atendían. Eran demasiado pequeños para que se reunieran en un boliche. Tal vez eran pibes de la calle, de los que piden en los cruces de las avenidas. O de los que lavan el parabrisas por una moneda. Debía ver el lugar. Una vez allí, podría imaginar mejor qué tenían en común esos chicos. Si localizara a algunos de los que habían sobrevivido, tal vez podía conseguir que le dijeran algo. Pero ¿cómo hablar con ellos sin despertar sospechas? Si se daban cuenta de que andaba merodeando, corría peligro su investigación.

El primer atado de cigarrillos estaba llegando al final. Ya se había servido un segundo *bourbon* cuando comenzó a sonar su celular. Pensó que era Paula o alguna de las chicas para burlarse de ella. Pero no, no eran las chicas. Era Lucio.

—Me acaban de avisar que hubo un accidente. La formación 7 arrolló a un

pibe en Ciudadela.

—¿Cómo está el chico?

—No, no sobrevivió. Me cago en la puta madre.

—¿Y el que conducía está bien?

—Está sacado, hecho mierda. Lo llevaron a un hospital. —El tono de voz de Lucio era lúgubre.

Apenas cortaron, llamó a Federico. No se fijó en que ya era casi medianoche y que podía estar con su novia, lo que sería un problema para él.

—Acaban de atropellar a un chico a la altura de Ciudadela. El chico está muerto. Por favor, necesito que averigües sobre el juez que lleve la causa y que el tipo mueva el culo para averiguar los datos del nene. Si es necesario que mi viejo toque a alguien para que el puto juez trabaje, decime y lo llamo.

Se tomó lo que le quedaba del Jack Daniel's y miró el mapa: estaba segura de que el chico era de la Comuna 8. Se tiró para atrás en el sofá y cerró los ojos. Se sentía cansada, pero igualmente esa noche le iba a costar dormirse.

## IX

Y durmió mal. Dio miles de vueltas en la cama, se insultó por no tener algún ansiolítico, se levantó en mitad de la noche para hacer pis, fumar un cigarrillo y tomar agua.

Federico la llamó a las once de la mañana y le pasó los datos que todavía no habían sido reproducidos por la prensa. El chico arrollado por el tren del ferrocarril Sarmiento se llamaba Vicente Garamona, le decían Vicen y vivía en Ciudad Oculta con su madre, Carmen Garamona, una empleada doméstica que trabajaba por horas en un par de casas, una en San Telmo y la otra en Belgrano. Federico le aclaró que no fue mérito de la justicia el descubrimiento de la identidad del pibe. La madre había notado la desaparición de su hijo esa misma noche, en la que supuestamente se había ido a ver un partido de Vélez, club del que el chico era hincha. Bien visto, la cancha de Vélez y Ciudadela no quedaban tan lejos.

—Están en la misma línea de ferrocarril, a una estación de distancia —le dijo Federico—. Pero hay un detalle que no está en la causa, tal vez porque les parece superfluo. Anoche Vélez no jugaba al fútbol. ¿Se equivocó de día Vicen y decidió seguir por las vías hasta Ciudadela? No suena muy creíble.

Como todo el mundo, la madre se enteró del accidente por la televisión. El instinto materno la llevó a creer que el chico muerto podía ser su hijo. Ese día justamente trabajaba en la casa de una arquitecta, que fue la que la acompañó hasta el juzgado. La madre identificó la ropa del chiquito, lo único reconocible a pesar de las abundantes manchas de sangre.

La declaración en Tribunales no decía mucho más de Vicen. No había datos sobre la escuela, ni sobre sus amigos. Tampoco decía nada de la arquitecta que había acompañado a la madre hasta el despacho del juez. Ese detalle lo había conseguido Federico hablando con la secretaria del juzgado.

Sintió que era el primer avance desde que Fede le había mostrado el mapa de Buenos Aires con los lugares donde habían vivido los chicos. Y esto también se lo debía a él.

**Acariciando las llagas**

## I

Una semana antes de que Lucio llamara a Verónica para avisarle del último accidente, estuvieron juntos en el departamento de la calle Lerma. A él le gustaba ir a un lugar tan distinto de su casa. Le resultaba fascinante que hubiera tantos libros, CDs y revistas repartidos por todas partes y que sin embargo todo guardara una especie de orden. Como si fuera un escenario especialmente preparado. Le faltaba el desorden interminable que generaban sus hijos en la casa. Le faltaban los muñecos tirados en el piso, los pedazos de comida que cada tanto aparecían en los lugares más inesperados, las medias solitarias en cualquier rincón.

Lo que hacía disfrutable la relación de amantes era lo mismo que hacía llevadero un matrimonio de muchos años: la rutina. Verónica y Lucio habían construido sus propios hábitos que repetían con placer. El mensaje de texto de ella, el llamado de él, la llegada de Lucio al departamento, la música que sonaba bajito como una banda de sonido para sus vidas, los primeros besos en el ascensor reanudados en la cocina mientras descorchaban una botella de vino, o las caricias mientras ella preparaba la cafetera italiana, desnudarse a medias si tenían sexo en el sofá, desnudarse completamente en la habitación, las excursiones de Verónica para cambiar la música, o para buscar unos chocolates, o unas galletitas importadas; la ropa que siempre se perdía entre las sábanas, o debajo de la cama, o quedaba en el living; los últimos besos en el ascensor, el saludo formal en la puerta. No había tiempo para mucho más en esas dos o tres horas que compartían como mínimo una vez por semana, nunca más de tres.

A veces algo rompía esa rutina. Una frase dicha que no se volvía a repetir.

—Me gusta tu espalda —le decía ella mientras la recorría con una uña larga pintada de rojo—. Parece un animal vivo. Me gusta imaginar tu espalda mientras me cogés, cómo se mueve encima de mí. Si te descubriera cogiendo con otra mina, no podría reaccionar, me quedaría mirando tu espalda. Pero si estuvieras abajo, con la espalda contra la cama, entonces sí te mataría.

O aquella noche en que llovía torrencialmente. Verónica insistió en abrir la ventana de la habitación que daba a la calle y él buscaba su cuerpo mientras ella miraba por la ventana, entregada más a la lluvia que a él.

Y esa vez en que se quedaron sin preservativos. Ella se ofreció a chupársela

hasta acabar.

—¿Y el culo?—preguntó Lucio en tono casual.

Ella le pidió que cerrara los ojos y se fue hasta el baño. Al rato volvió y empezó a acariciarle los muslos, la verga, el vientre con una sustancia oleosa. Un perfume de jazmines invadió la habitación. Las manos de Verónica se movían sabiamente.

—¿Te gusta?—le preguntó y él apenas movió la cabeza, sin abrir los ojos.

Verónica se acostó a su lado boca abajo. Lucio abrió los ojos. Ella le ofreció el frasquito que contenía la esencia con la que lo había acariciado. Él se untó las manos y acarició la espalda de ella, bajó hasta su culo y lo acarició profundamente. Dejó el frasquito sobre la mesa de noche y la penetró mientras ella gemía con la boca entreabierta y mantenía los ojos entrecerrados. Él acercó su mano a la boca de ella, que primero la lamó y después la mordió. Una mordida que crecía a medida que él la embestía. El dolor se extendía de su mano al brazo, pero no atinó a sacar la mano de la boca. Al contrario, se apretó más fuertemente contra ella y, recién cuando acabó, Verónica atinó a abrir la boca y a cerrar fuertemente los ojos. Del dedo que le había mordido corría un hilo de sangre. Se limpió contra su propia pierna y se volteó sobre un costado de la cama. Quedaron así, él boca arriba, ella boca abajo, varios minutos en silencio, escuchando el ritmo agitado de la respiración de Lucio.

## II

Desde que habían comenzado a encontrarse en el departamento de ella, no habían vuelto a quedar en un bar. La cita en un lugar público era una señal muy clara de que Verónica quería separar ese encuentro de los momentos que pasaban juntos en el departamento. Eligieron La Perla, porque a Lucio le quedaba cerca de su trabajo.

Esta vez el maquinista se ubicó en el sector de fumadores. Ella llegó casi al mismo tiempo que él. Se saludaron con un beso en la mejilla, como hacían cuando se despedían en la puerta del edificio de Verónica. Ella sacó una carpeta azul y se la pasó. Dentro había artículos periodísticos. Ella quería que los viera, que le dijera si había estado en alguno de esos casos. Él no podía concentrarse en las notas, ni siquiera podía leer los títulos. Y, sin embargo, cada página le recordaba lo que había ocurrido. Las muertes, los compañeros que habían dejado de conducir trenes. El Gringo Sosa, que pasó un mes internado en un psiquiátrico después de matar a uno de los pibes; Marquitos Leme, que había renunciado y nadie supo más nada de él. No. Él no se había visto involucrado directamente en ninguno de esos accidentes, pero formaban parte de su propia historia.

Verónica le pedía algo absurdo. Había puertas que estaban cerradas y que Lucio no estaba dispuesto a abrir. Si Verónica entrevistaba a sus compañeros de trabajo, algo se rompería entre ellos. El silencio que día a día ellos conquistaban se derrumbaría por la nimia razón de una nota periodística. Era absurda, casi idiota la insistencia de Verónica. ¿Cómo podía ser que no entendiera nada, que siguiera sin entender?

Porque si lo que ella pretendía era saber qué se sentía al aplastar el cuerpo de una persona con el peso de un tren, él podría contarle cada uno de sus muertos. Los rostros, los ruidos, los gritos. Estaban ahí los seis, con él. Sus seis muertos. En ese bar, entre el humo de los cigarrillos, en la pátina sucia de los pisos, en cada una de esas sillas que parecían vacías.

### III

¿Por qué el muchacho le pedía perdón con la mirada? Se llamaba Pablo Muñoz, tenía veintidós años, era soltero y estudiaba economía en la Universidad de Morón. Todo eso lo supo después, cuando lo leyó en *Diario Popular*. Había salido una nota más larga de lo habitual porque el chico resultó ser el hijo de un diputado provincial. Lucio había guardado la página del diario donde había salido la nota. Pablo Muñoz había entrado en su vida. Lo había agarrado por los ojos y no lo había soltado hasta que la imagen del muchacho se convirtió en ruido bajo sus pies.

Unos días después de que el chico se dejara arrollar por el tren, Lucio fue hasta la Universidad de Morón. Se quedó en la puerta, mirando a los jóvenes que entraban y salían. Se imaginaba que Pablo Muñoz había hecho lo mismo muchas veces. Si no se hubiera puesto delante del tren o si él hubiera llegado a detenerlo a tiempo, allí estaría, con una mochila llena de cuadernos y apuntes.

¿Era perdón lo que el muchacho le pedía con esa última mirada? Lo había pensado cada día, cada hora desde que se lo había llevado por delante. Una mañana —tres semanas más tarde— creyó que había encontrado la respuesta, que sabía lo que quería decirle con esa mirada.

Esa misma mañana había ido hasta la ciudad de La Plata. Preguntó por el Palacio Legislativo hasta que lo encontró. Una vez ahí, trató de ubicar al diputado Muñoz. Le preguntaron de qué partido era el diputado porque había tres con ese apellido. Lucio no lo sabía, así que le dijo a la recepcionista:

—El diputado al que se le murió un hijo debajo de un tren.

Lo hicieron esperar en el hall de entrada, donde convivían personas muy disímiles unidas por el aspecto de estar esperando un favor. A los diez minutos apareció una mujer de unos cincuenta años preguntando quién era Lucio Valrossa. La mujer le dijo que era una asistente del diputado, y le preguntó cuál era la razón de su visita.

—Yo manejaba el tren que atropelló a su hijo.

La mujer le dijo que esperase y se fue por donde había venido. Unos minutos más tarde regresó acompañada de un señor calvo, petiso y gordo, que tenía aspecto desprolijo a pesar de su saco y su corbata. La mujer señaló a Lucio, pero no se acercó a él. Solo el diputado fue hacia donde estaba el maquinista.

—Quería decirle que siento lo que pasó con su hijo.

El diputado Muñoz movió afirmativamente la cabeza. No tenía nada para responderle. Podía tal vez preguntar si el muchacho había sufrido cuando el tren lo arrolló, o si pensaba que había sido un accidente. Pero el diputado parecía no querer hablar de esas cosas. No quería que viniera nadie a contarle lo que no estaba dispuesto a escuchar.

—Hay algo más. Cuando apareció su hijo, ya no se podía detener la formación antes de que lo atropellara. Vi bien a su hijo. Tenía una mirada triste. Estoy seguro de que con esa mirada me quiso decir algo: él no quiso matarse. Ya no quería matarse.

El diputado lo escuchaba mirándose los cordones de sus mocasines. Cuando Lucio terminó de hablar, Muñoz le dijo:

—Le agradezco que haya venido hasta acá para decirme esto.

Le extendió la mano y dio media vuelta. Lucio se quedó unos segundos más en el hall. Pensó en la mirada de Pablo Muñoz, en ese pedido de perdón. No le pedía disculpas por haber saltado. Le rogaba que dijera que no había querido matarse. Ahora también lo sabía el padre, y sintió que había una piedra menos colgada de su alma.

#### IV

—¿Te duele?

—No.

—Estás enojado.

Lucio la miró por el espejo. Verónica estaba parada detrás, los dos en el baño.

—Tampoco.

Lucio se miró nuevamente el labio. Había dejado de sangrar, pero se le había inflamado. Se puso agua fría. Verónica se sentó sobre la tapa del inodoro, desnuda, las piernas entreabiertas. Lo observaba como si fuera un objeto de estudio. Él también estaba desnudo, el pelo revuelto, las mejillas coloradas. Se lavó la cara. Le hubiera gustado darse una ducha, pero le pareció que ella lo iba a tomar a mal. ¿Cuándo había empezado a notar que había cosas que él hacía que a ella la ponían de mal humor? ¿Cuándo había empezado a cuidarse de no molestarla? Tal vez fue aquella vez en que estaban los dos acostados desnudos en la cama. Él le acariciaba el vientre. Le gustaba su ombligo, el comienzo del monte de Venus, la piel tersa y pálida. Le había dicho:

—Me imagino tu panza embarazada. Me gustaría hacerte un bebé para ver tu pancita.

Verónica se había puesto tensa. Le apartó la mano que tenía sobre ella.

—No digas boludeces. No digas aquello que no estás dispuesto a bancarte.

—Yo me banco lo que sea —dijo sin darse cuenta todavía de cómo se había enojado Verónica.

—No. No digas que me querés ver con panza de embarazada porque no es verdad. No me digas que querés estar conmigo en pareja porque tampoco es verdad. No digas nada que no quieras o no puedas cumplir.

Ahora ella se había puesto de pie y se había parado detrás de él para abrazarlo. A Lucio le gustaba que ella fuera tan alta como él. Las manos de Verónica le acariciaban el pecho.

—Tu mujer se va a dar cuenta de que alguien te mordió la boca.

Lucio no dijo nada. Fue a la habitación y comenzó a vestirse. No encontraba el *boxer* por ningún lado. Al final apareció detrás de la cama, debajo de la almohada que se había caído al piso.

Verónica se tiró sobre las sábanas boca abajo. Lucio contempló ese cuerpo

que había estado hacía unos minutos entre sus manos y sintió cierto vértigo, la sensación de que tarde o temprano todo aquello se iba a terminar. Se puso los pantalones y se arrodilló sobre la cama. Quería acariciarla una vez más, tocarla, sentirla, poseerla, todo aquello que le hiciera descubrir que estaban vivos y estaban juntos y tenían una cuota de la felicidad del mundo para ellos.

Pasó una mano por su espalda, bajó al culo y de ahí a las piernas. Verónica tenía moretones en los muslos, en las nalgas, en el costado izquierdo por debajo del pecho. Esos moretones se los había hecho él. Algunos eran de un color violáceo, otros más rojos o amarillos. Ahora él ya había acabado, estaba vistiéndose, se despedía, y por eso podía acariciarla con esa suavidad. Pero cuando se encontraban con el deseo a flor de piel no podían evitar amarse con dureza. Se mordían, se empujaban, se apretaban hasta que les dolían las manos. Él tenía varios cortes, la espalda rasguñada. El cuerpo de ella se había poblado de cardenales. Y, sin embargo, no había quejas. Ninguno de los dos había pedido ser más suave. Lucio no sabía qué pasaba por la cabeza de ella, pero él se sentía sorprendido de sus propios deseos. Nunca había tenido sexo con su esposa de esa manera.

Verónica no lo miraba. Mantenía los ojos cerrados mientras él bajaba la mano hasta su sexo y lo tocaba. Luego él apartó los dedos. Lucio deseaba en ese momento que la vida permaneciera así. Que algo de ella se quedase en él, aunque fuera en sus manos: la humedad, el olor de su cuerpo. Todo se perdería en los siguientes minutos.

Se recostó a su lado y le besó el cuello. Ella se dio vuelta y lo miró a los ojos.

—Vos sabes que te quiero, ¿no?

Lucio no atinó a decir nada. La besó y, cuando se separaron, ella le dijo:

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por tu silencio.

## V

Ese jueves llegó a su casa temprano. Los chicos estaban jugando con una pelota inflable en la habitación y él se unió a ellos tirándose al piso y haciéndose el payaso durante un rato. Hasta que Mariana le dijo que había preparado mate. Fueron a la cocina y ahí se quedaron poco más de media hora, mateando y comiendo un bizcochuelo horneado por la madre de Mariana. Como quedaban un par de horas antes de la cena, Lucio decidió arreglar finalmente la cortina de la habitación de los chicos, que se había roto hacía una semana. Debía cambiar varias tiras que estaban podridas y se habían quebrado. Tenía algunas de repuesto que le habían quedado de una cortina vieja que se había negado a tirar. Estaba contento, porque ahora le eran útiles, como siempre sospechó que iba a ocurrir. El trabajo le llevó más de una hora. Después se puso a llenar la bañera y cuando tenía agua suficiente fue en busca de Fabián y Patricio. Fabián se había dormido en el piso. Lo despertó suavemente y cuando le dijo que tenía que bañarse el chiquito se puso a llorar. Hubo que prometerle que después de cenar le iban a dar un chocolate. Metió a los dos chicos en la bañera y se dedicó a lavarlos durante un buen rato. Mariana ya le había separado toallones y ropa limpia para los dos. El baño quedó empapado y con la ropa sucia tirada en el piso. Cuando estuvieron listos fueron al living. La cena ya estaba servida: espaguetis con estofado de pollo.

Mientras Mariana los llevaba a acostarse, Lucio levantó la mesa y lavó los platos y las ollas. Cuando Mariana volvió, él todavía no había terminado con la limpieza. Ella aprovechó y fue a la computadora, porque necesitaba bajarse unos ejercicios prácticos para la clase de 5° grado. Lucio nunca usaba Internet. Lo aburría. Tenía una dirección de *email* que le había sacado Mariana, que nunca chequeaba. Ella sí pasaba bastante tiempo en la computadora. Él prefería ver televisión o escuchar la radio mientras hacía algún trabajito en casa.

Estaba justamente mirando la tele cuando sonó su celular. Por un momento temió que fuera Verónica. Un temor absurdo, porque ella no lo llamaba nunca; se limitaba a mandarle mensajitos de texto. Era un compañero de trabajo.

- El chapa 7 embistió a un pendejo. En el coche comando estaba Malvino.
- Pendejos de mierda.
- Una garcha.

—¿Dónde está ahora?

—Lo llevaron al Central de Haedo, porque estaba con un ataque de nervios. Fueron Pierini y Saúl para allá.

—¿Y el chico?

—No llegó a saltar. Lo agarró bien en el medio.

Cortó puteando. Mariana lo miraba, pero no necesitaba que le explicara nada. Tampoco necesitó que le dijera nada cuando Lucio salió a la calle: quería estar solo. Caminó por la vereda, dio vuelta a la esquina y decidió llamar a Verónica. Era absurdo. No la llamaba porque quisiera pasarle información para su nota, sino porque necesitaba oír su voz, compartir con ella ese momento. Si hubiera podido, se habría tomado un colectivo y habría ido hasta el departamento de ella. Pero no se animaba a hacer eso.

Cuando cortaron no se sintió mejor. Había esperado que la voz de ella actuara como un bálsamo para su angustia, pero no había funcionado. Estaba ahí, en medio de la noche, en una calle solitaria y, sin embargo, se sentía en el medio de una vía de tren. Podía oír los gritos, ver el rostro del chico, la sensación de reducir a polvo un cuerpo.

## VI

Pasó cuatro días sin tener noticias de Verónica. Él tampoco le había mandado ningún mensaje de texto ni la llamó. Aunque cada vez que recibía un *sms* pensaba que era ella. Y finalmente fue ella el lunes por la mañana. Verónica le textó: « Necesito pedirte un favor» .

—Necesito pedirte un favor —repitió ella cuando la llamó por teléfono—. ¿Podrías acompañarme a un lugar?

—¿Acompañarte?

—Uf, es difícil de explicar. Bah, en realidad es sencillo.

—¿Difícil o sencillo?

—Necesito que me acompañes a Lugano. Iría sola, pero me parece que es mejor si voy con alguien. Y pensé en vos.

Quedaron en encontrarse a la mañana siguiente en Rivadavia y Avenida La Plata. Ella iba a pasar con un auto, un Volkswagen Gol blanco, e irían hacia Villa Lugano. No le aclaró más.

Esta vez ella llegó puntual: a las once de la mañana. A Lucio le sorprendió que en el asiento de atrás hubiera una silla de bebés.

—El auto es de una de mis hermanas —se apuró a explicar Verónica—. Hasta se huele el olor de la papilla.

—Yo no huelo nada —y mirando la silla de bebé dijo—: Marca Chicco, mis hijos tenían la silla de comer de la misma marca.

Tomaron por la autopista que va a Ezeiza y descendieron a los pocos minutos en el acceso a la calle Larrazábal. Fueron por unas calles que Lucio no conocía y que Verónica llevaba marcadas en un plano.

—Para el cumpleaños a mi hermana le voy a regalar un GPS.

—¿Dónde estamos yendo?

—A visitar algunas casas.

—¿Tu familia?

—No, no te asustes. La esquina de Larrazábal y Zelarrayán es, para llamarlo de alguna manera, el centro geográfico de donde provienen los chicos que fueron atropellados por el Sarmiento en los últimos cinco años. Tengo datos de las direcciones de seis casos. Incluso tengo la dirección del pibe que se murió la semana pasada.

Verónica detuvo el auto en un cruce y se quedó mirando.

—Por acá anduvieron seguramente estos chicos. ¿Qué harían? ¿Limpiarían parabrisas? Mirá esos pibes con guardapolvos. ¿No tendrían que estar en la escuela? Cualquiera de ellos podría ser el próximo, pero ¿cómo puedo averiguarlo?

Volvió a poner el auto en marcha y siguió internándose por esas calles.

—¿Son todos de acá? —preguntó Lucio—. ¿Esto qué es? ¿Mataderos?

—Me parece que Mataderos es más hacia la izquierda. Esto es Lugano, Villa Soldati a mi derecha y también hacia mi izquierda la Villa 15, más conocida como Ciudad Oculta. De ahí son dos casos, el último y uno más. Pero hoy quiero recorrer los otros cuatro. Llegamos, acá tenemos nuestra primera parada.

Verónica estacionó el auto y le pidió a Lucio que esperara dentro. Bajó y fue hacia una casa de revoque grueso y vidrios rotos en la parte superior de la medianera como protección. Golpeó la puerta de chapa. Al rato salió una mujer de unos setenta años. Hablaron un par de minutos y se saludaron. Verónica volvió al auto.

—Empezamos mal. La familia se mudó al poco tiempo del accidente. Sigamos.

Verónica tomó por las mismas calles que ya había recorrido, atravesó un barrio de monoblocks a muy baja velocidad, como si pudiera descubrir lo que le interesaba con solo dar vueltas por la zona. Buscó la dirección y después de muchos intentos infructuosos dio con el edificio. Se bajó y regresó a los pocos minutos. Se metió en el auto golpeando la puerta. Se le notaba que volvía fastidiada.

—Los del departamento no saben nada. Según una vecina, los padres y el chico vivían ahí, pero se mudaron cuando el nene era casi un bebé. Obviamente, nunca hicieron el cambio de domicilio y los muy pelotudos del juzgado no comprobaron la dirección.

Revisó los datos del tercero. Llegaron en diez minutos. El lugar era una cuadra de casas bajas en cuyas veredas se acumulaba la basura. Verónica buscó el número que tenía anotado y fue hacia allí. La puerta estaba abierta. Dijo «hola» en voz bien alta. Apareció una chica con un bebé en brazos. Lucio veía desde el auto cómo Verónica hablaba y la chica movía la cabeza negativamente.

—Vamos. Acá no saben nada.

La cuarta dirección era una casa de departamentos que se venía abajo. Había un gordo morocho sentado en la puerta con aspecto de pocos amigos. Lucio se ofreció a bajar en lugar de ella. Verónica dudó y al final aceptó que bajaran los dos.

—Buenas —dijo Verónica.

El hombre debía de tener unos cuarenta años, sudaba a pesar del fresco. O tal vez era una capa de grasa que lo cubría. Los miró serio.

—¿Acá vive la familia Palmieri?

El hombre la miró como si no hablara castellano. Verónica insistió:

—La familia Palmieri. Carlos y Elvira Palmieri. Uno de los hijos se llama Luis y perdió un brazo en un accidente de trenes. ¿Se acuerda?

—Me acuerdo. —Dejó pasar unos segundos y agregó—: Esa familia no vive más acá. Creo que se volvieron a Paraguay.

—¿No sabe si puedo ubicarlos de alguna manera?, ¿hay algún familiar de ellos?

—¿No le dije que se fueron? No conozco a nadie de su familia.

Verónica estaba por volverse al auto cuando Lucio le preguntó:

—Y del chiquito que perdió el brazo, ¿se acuerda?

—Claro, cómo no me voy a acordar.

—¿Sabe cómo fue que se accidentó?

—Ese chico andaba todo el día en la calle. También... con los padres que tenía.

—¿Nunca le dijeron cómo fue el accidente?

—La madre andaba como loca después. Pero si ni lo cuidaba.

—¿Y el chico qué hacía todo el día, iba a la escuela?

—No iba nunca, qué va a ir.

—¿Pedía monedas, cartoneaba?

—No servía para ganarse el peso ese chico. Vivía todo el día jugando a la pelota.

—¿Era bueno jugando al fútbol?

—Así decían. Hasta que perdió el brazo el pobrecito.

—¿Jugaba acá en la calle?

—Acá, en todos lados. Jugaba en un club, creo.

—¿En el Deportivo Español? ¿En Yupanqui?

—No, creo que era de este lado de la autopista. Un club de papy fútbol, no de cancha grande.

—¿Sabe qué club?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Volvieron al auto. Verónica se sentó y lo miró con los ojos muy abiertos. Después lo besó en la boca. El gordo miraría sin entender.

## VII

El sábado habían jugado contra los de mantenimiento de Moreno. Uno de esos partidos a los que mejor hubiera sido faltar. Los tipos debían de creer que estaban jugando la final del mundo por cómo ponían. Para colmo, había varios con botines. Uno de esos le clavó a Lucio los taponés en la pantorrilla. No lo quebró porque dios es bueno, pero esos cortes tardarían en cicatrizar.

Verónica descubrió su pierna lastimada después de haber tenido sexo. Se acercó a las heridas y las miró fascinada, como si estuviera frente a pequeñas piedras preciosas. Apoyó su dedo en una. Lucio movió hacia atrás la pierna.

—No seas maricón —le dijo buscándole los ojos.

Lucio no dijo nada. Puso la pierna en el mismo lugar que antes. Ella la acarició rodeando cada una de las heridas. Tenían forma de rubíes. Volvió a poner la yema de un dedo sobre la que estaba todavía en carne viva. Apenas la tocó. Una caricia tan leve que podría creerse que no tenía contacto con la pierna de Lucio. Hizo presión levemente. Lucio sintió que le quemaba.

—No me digas que te duele.

Lucio le sonrió y ella debió de tomarlo como una invitación a que apretara más fuerte. Hundió su dedo en la llaga hasta que sintió que Lucio temblaba. Él no aguantó más y se retiró un poco. Ella ahora contemplaba su dedo, que tenía sangre de él. Se lo lamió y después chupó el hilito de sangre que había comenzado a correr por la pantorrilla de Lucio. Verónica le hundió sus largas uñas cerca de la rodilla. Lucio quiso tomarle un pezón y ella le dio un cachetazo corto y rápido en la mano mientras seguía chupándole la pierna. El chirlo lo sorprendió. Debía cuidarse de ella. La tomó de los cabellos tan rápido y fuerte como pudo. Verónica gritó. Lucio aprovechó para ponerse a su lado e intentó acostarse sobre su espalda, pero ella se dio vuelta ágilmente y quedó boca arriba. Lucio la tomó de las muñecas con una sola mano. Una mano fuerte y grande. Las de ella parecían dos gorriones atrapados. Era evidente que a ella le dolía, pero no se quejó. Lucio golpeaba sus caderas contra la pelvis de ella, que seguía sin quejarse. La golpeaba cada vez más duro, con toda la rudeza que podía darle a su cuerpo entrando y saliendo del cuerpo de ella.

Verónica lo miraba a los ojos y le sonreía.

—Dale, asesino, cogeme así.

Él golpeó todavía con más fuerza mientras la palabra asesino lo cubría como una saliva pegajosa. Acabó y no se desplomó sobre ella, sino que se acostó a su lado. Verónica lo miró con una sonrisa indescifrable.

**10**

**Limpio**

## I

Era una duda menor, pero no se la podía quitar de la cabeza: ¿quién debía ponerle el nombre a un peluche? ¿El que lo regala o quien lo recibe? Porque una cosa es regalar un peluche cualquiera, impersonal, un muñeco más, y otra muy distinta es darle a alguien un peluche con personalidad. Decidió bautizarlo. Era un perrito peludo y con la lengua afuera. *Plumero* le pareció un buen nombre.

Esa mañana Rafael iba a encontrarse con Martina en la plaza. Su hija iría con su abuela y pasarían juntos un rato. Rafael estaba contento porque había cobrado en el club. Pudo pagar la habitación que alquilaba, comprarle un regalo a Martina y hasta se consiguió un celular con tarjeta para él. Le cargó veinte pesos y anotó el número en un papel que le daría a su madre. Para que lo tuviera ella, pero también que se lo pasara a Andrea. Quería hablar con su exmujer.

Después de mucho tiempo, se afeitó. Se sacó la barba que lo había acompañado todos esos años. Ahora que se miraba en el espejo con el rostro limpio, se vio a sí mismo diez años atrás, cuando era poco más que un adolescente que había terminado la secundaria en la escuela nocturna y soñaba con estudiar arte. En esa época, se imaginaba que con el tiempo se convertiría en un escultor como Henry Moore, famoso y premiado. Una década más tarde era un sobreviviente. Podría haber sido peor.

Tenía el cabello largo. Se lo ató con una colita y su cara quedó todavía más despejada, la frente amplia, más visibles los ojos marrones pequeños, temerosos a pesar suyo. Siempre había tenido esa mirada de tipo tímido, pero no lo era. La gente se confundía con él. No era timidez, sino indiferencia, rechazo, incomprensión. Cualquier cosa menos timidez. Se acarició la mejilla. Su piel estaba suave. Le gustaba verse como aquel adolescente que se había perdido hacía tantos años. Como si se saltara todo ese tiempo de mierda para reaparecer ahora.

Caminó las cuadras que separaban la plaza de la pensión con paso tranquilo. Era temprano y quería disfrutar cada momento de ese sábado. Cuando llegó al lugar de encuentro, su hija y su madre todavía no estaban. Se sentó en un banco libre y contempló esa mañana fría y primaveral. El mes siguiente ya haría más calor. Si estuvieran todavía en invierno, se tendría que haber conseguido una campera más gruesa que la que tenía y que servía solo para días como ese.

Vio a su madre y a su hija antes de que ellas lo descubrieran. Venían de la mano, distraídas con los chicos que corrían o jugaban a la pelota. Martina tenía una campera inflable rosa con capucha imitación piel. Pensó en todos los esfuerzos que habría hecho Andrea para que su hija estuviera bien alimentada, fuera a la escuela y llevara ropa de buena calidad. Cuatro años en los que él había estado ausente, armando quilombo, molestando a su propia familia. También pensó en su madre, que había sacrificado su vida para ayudar a Andrea y a Martina, es decir, a él, en detrimento de sus hermanos. Esos hermanos que a Rafael lo trataban con desprecio o indiferencia, su manera de manifestar los celos por el amor que le ofrecía su madre. Rafael se puso de pie y las saludó cuando finalmente ellas lo vieron.

—Papá, parecés otro, un tipo mucho menos viejo.

—No soy viejo.

Su madre le acarició la cara, como buscando los restos de la barba perdida. Después se alejó y se puso a caminar por la plaza. Prefería dejarlos solos. Darles ese breve tiempo para que pudieran relacionarse. Martina debía de recordar perfectamente a su padre en el hogar. Había vivido el descontrol que él generaba y sufrido como nadie con su partida del hogar. Había reclamado por él y lo seguía haciendo. Volver a verlo era una exigencia más que un ruego. Se lo había pedido a su madre y había fracasado. Lo había intentado con la abuela, que le prometió que, cuando el padre estuviera bien, ella la iba a llevar a verlo, aunque su madre no quisiera. Y la abuela cumplió la promesa. Allí estaba Martina, con su perro *Plumero* en una mano y la otra tomada de su padre rumbo al puesto de gaseosas.

Martina le contaba todo, quería que su padre pudiera reconstruir su vida segundo a segundo en cada encuentro que tuvieran. Cómo estaba la casa en la que vivía, cómo era la escuela. Le habló de su maestra, de sus compañeros, de su mejor amiga. Le explicó con detalle qué era un máximo común múltiplo y un mínimo común divisor. Le repitió de memoria una lección sobre San Martín y lo desafió a que le preguntara la capital de todas las provincias argentinas. Solo dudó en Chubut. Le dijo que no le gustaba jugar con los varones de la escuela porque eran todos unos brutos, aunque a ella le gustaba jugar a la pelota. Que en la casa tenía dos amigos, el Peque y Dientes. Rafael le dijo que se acordaba de los dos chicos. Que a Dientes no lo veía desde hacía mucho tiempo, pero que al Peque lo veía seguido en el club donde él trabajaba porque jugaba ahí al fútbol.

—Pobre Peque —dijo Martina—. Hace más de una semana que no sale de su pieza. La mamá dice que está enfermo.

Rafael cayó en la cuenta de que hacía días que el Peque no iba al club. No le había prestado atención a su ausencia, por cómo habían quedado todos consternados cuando supieron que Vicen había muerto atropellado por un tren en Ciudadela. En el club se habían enterado igual que todo el mundo: primero

apareció la noticia en la televisión sin decir quién era la víctima, a los pocos días alguien trajo el *Tiempo Argentino*, donde informaban que el chico atropellado por el tren era Vicente Garamona, Vicen, el pibe que venía desde Ciudad Oculta para jugar al fútbol en el club. Rafael no podía creer que una vida quedara trunca por algo tan idiota y peligroso como jugar en las vías del tren. Alguien, un parroquiano de los que pasaban las tardes entre naipes y vasos de vino moscato, recordó que otro chico que iba al club había perdido un brazo por jugar a lo mismo. Todos se preguntaban qué podía estar haciendo Vicen en Ciudadela, tan lejos de donde vivía. Alguien dijo que los pibes de la villa recorrían toda la ciudad buscando cartones o robando estéreos de los autos. Rafael no decía nada mientras servía los vasos de vino, pero para él era obvio que si estaba saltando en las vías no había ido a robar a Ciudadela. Sin embargo, no podía entender qué hacía tan lejos, haciendo qué. El recuerdo de Vicen lo había alejado momentáneamente de su hija. Por un momento tuvo miedo de que le pasara algo a ella, tan pequeña y frágil como era ese chico. Escuchar la voz de Martina lo tranquilizaba.

—Pero la mamá no sabe la verdad.

—¿Qué es lo que no sabe?

—Que no está enfermo.

—¿Se hace el enfermo para no ir a la escuela?

—No, está loco. Se volvió loco.

—Bueno, no será para tanto.

—Me lo dijo Dientes. Me dijo que el Peque había visto algo que lo había vuelto loco.

—¿Algo?

—Vio morir a alguien. Dientes dice que el Peque le dijo que no le dijera a nadie que vio morir a otro pibe.

—¿Y cómo lo vio?

—No sé. Pero Dientes dice que el pibe estalló en mil pedazos, como en las películas de terror.

—Dientes te dijo eso para asustarte. Debe ser todo un invento.

—Si yo no me asusto con nada.

## II

En los últimos meses, Rafael se había hecho amigo de Julián, casi podría decirse que era su único amigo, si no contaba a los compañeros del programa de recuperación. Julián no se llamaba Julián sino que tenía un nombre levemente similar: Xian. Julián era chino y tenía un local de autoservicio a unos metros de la pensión donde vivía Rafael. Xian había decidido llamarse Julián, su mujer china se llamaba Elsa y a la hija de ambos, que había nacido en Argentina, le pusieron Juliana.

Había empezado como una simple relación comercial. Rafael iba habitualmente al minimercado de Julián a comprar lo que necesitaba para el día: fiambre, pan, fideos, arroz, sobrecitos de jugo Tang, hamburguesas, papel higiénico, jabón, bizcochitos de grasa, yerba mate. No mucho más. De a poco, Julián comenzó a mostrarse como una persona curiosa. No tanto de la vida de Rafael como de las costumbres argentinas. Podía preguntarle qué debía hacer en caso de chocar con su camioneta, o adónde ir para vacunarse contra el sarampión, o por qué no se debía hervir el agua cuando se cebaba mate. Rafael al comienzo le contestaba apurado, pero después descubrió que Julián no solo estaba dispuesto a aprender sobre la forma de vida nacional, sino que estaba dispuesto a hablar de él mismo. Fue Rafael, entonces, el que empezó a preguntar. Así se enteró de que Julián había llegado al país cinco años atrás, que antes había vivido dos años en Londres. Que había nacido en Beijing y que Elsa, su mujer, era de un pueblito a quinientos kilómetros de la capital china.

—Yo, hombre de ciudad. Ella, mujer de campo.

Julián era profesor de artes marciales y escritor. Había publicado un libro sobre técnicas de *lung-fú*.

—Vendí muchos miles de ejemplares. Yo no gané nada. Todo para el Estado. Por eso me fui.

En Londres había dado clases y había intentado traducir el libro, pero no se acostumbró a esa ciudad. Le ofrecieron venir a Buenos Aires, donde ya estaban viviendo muchos familiares. No era difícil poner un negocio, si se contaba con el apoyo de sus conciudadanos.

—Yo pagué todo. No tengo deudas ni enemigos. Todos contentos —dijo y se rio porque así se llamaba su minimercado: Todos Contentos.

No hubiera pasado de ser una amistad entre cliente y comerciante (como las que recordaba en su infancia en Bernal, cuando su padre se pasaba las tardes hablando con el almacenero del barrio mientras picaban unos pedacitos de queso provolone), si no hubiera sido porque un día Julián le dijo que quería ser hincha de algún club de fútbol. Si le recomendaba alguno. Rafael le dijo que él era de Independiente.

—Rojo recuerda bandera de mi país. Otro equipo.

—Qué sé yo. Podés ser de Boca, River, Huracán, Chacarita. Cualquiera menos Racing.

—Chacarita. Me gusta el nombre: Chacarita.

—Mirá que se está por ir al descenso.

—No importa. El amor por la camiseta es más fuerte. Yo, a partir de ahora hincha de Chacarita.

Unas semanas más tarde Chacarita jugaba contra Independiente en San Martín y Julián lo invitó a ir a la cancha. Fueron juntos a la tribuna popular de Chacarita. Julián no pudo festejar mucho porque el Rojo ganó 2 a 0, pero se sabía la formación de su equipo y hasta insultó al técnico con una precisión ofensiva envidiable. Mientras volvían en el 114 (Julián sin ganas de hablar ni de preguntar, deprimido por la derrota), Rafael le contó de sus adicciones pasadas, de su hija, de Andrea. Cuando bajaron del colectivo, Julián le dijo:

—Vos tenés fuerza. Me gusta la gente con fuerza. En kung-fú enseñaba a usar el espíritu. Vos sos un luchador y ya ganaste varias batallas. Eso es muy bueno.

Tal vez por esas palabras, Rafael fue a contarle a Julián cuando Andrea, finalmente, lo llamó por teléfono. Julián escuchó la noticia moviendo afirmativamente la cabeza, dio un par de indicaciones en chino a su esposa y a sus empleados y le dijo:

—Vamos al café.

Esa fue la primera vez que se ubicaron en una de las mesas del viejo bar Por La Vuelta, que quedaba en Zambroni y Obligado. La moza, una chica que no llegaba a los veinte años, les trajo dos expresos bien cargados.

—Estaba muy seria. Le dije que quería que nos viéramos, que habláramos. No parecía muy convencida de que nos encontraríamos, pero al final aceptó.

—Tiene miedo de imaginar que estás bien y verte mal. Pero te va a ver bien. Vos andá tranquilo.

Como entraba a trabajar después del mediodía, esa mañana para Rafael las horas pasaban tranquilas. Quería quedarse ahí, en ese bar, delante de una taza de café, escuchando la voz levemente aguda de Julián. Ir a Brisas de Primavera le resultaba incómodo. No podía hacerse el ciego. Invisible para los demás, sí. Ciego para sí mismo, no.

### III

Porque Rafael sabía que pasaba algo y que Rivero era responsable. Eso lo notaba con solo observar al técnico, que se movía por el club como si fuera el dueño. De hecho, era el que tomaba decisiones que le hubieran correspondido al presidente del club, un viejo que fumaba toscanos y que se la pasaba jugando a las cartas con otros jubilados.

Pero si había algo que no esperaba, era que el propio Rivero se le acercara y le abriera las puertas hacia un lugar que no sabía si estaba dispuesto a llegar. Fue una tarde en la que todavía estaba muy fresca la conversación que había tenido con Martina sobre el Peque y cuando todavía no se apagaba entre los habituales parroquianos del club el recuerdo del chico muerto en las vías.

Rivero se había acomodado en una de las mesas del bar. Se había pedido un fernet con cola y cuando Rafael se lo llevó le pidió que se quedara, que se sentara, que quería hablar con él. Rafael no había comentado con nadie sus dudas. Rivero no podía saber nada, a no ser que leyera la mente. O fuera más bicho, más observador que él.

—Me dijeron que tenés una hija. ¿Qué edad tiene?

—Diez años.

—Uh, esa es una linda época. Todavía no joden con los novios.

Rafael no pensaba ofrecerle nada de él, ni siquiera una sonrisa de compromiso. Así que solo asintió levemente con la cabeza y se quedó esperando a que Rivero retomara su discurso.

—Me imagino que con lo que ganás acá no te alcanza para una mierda, ¿no? Más si estás separado, porque estás separado, ¿no? Que pasarle guita a la bruja, que la piba necesita cuadernos y lápices, que alguna novia que hay que invitar a salir. ¿Tenés novia?

—No por ahora.

—Ni que hablar si vas a cabarutes. Las minas están cada vez más caras. Bueh, así es la vida. Escuchame, che, ¿te interesa ganarte unos pesos extras?

—Sí, todo lo que sea trabajo.

—Bien, te cuento. Antes, una pregunta: ¿te interesa el fútbol, ves partidos?

—Sí, bastante.

Un león, eso era lo que parecía Rivero. Un león bien alimentado, poderoso,

que nada lo asusta. Que puede ser generoso incluso con la presa que está por comer.

—Mirá, ando necesitando alguien de confianza. Alguien que esté atento, que sepa observar. Este club es un semillero. Los pibes llegan acá y los pulimos. Convertimos en finos jugadores a los rústicos que traemos de la calle. Y de acá se van a Argentinos Juniors, a Vélez, a River. Tenemos el prestigio de contar con pibes de primera calidad. Si no fuera porque el club está hecho mierda, podríamos jugar en las mejores ligas infantiles, pero qué se le va a hacer. El presidente prefiere tener a estos viejos de mierda jugando a las cartas. ¿No te parece que habría que rajar a todos estos viejos?

—No lo había pensado.

O tal vez uno de esos leones de circo. Que parecen tranquilos pero capaces de dar un zarpazo, una mordida mortal cuando uno menos se lo espera.

—Yo lo que quiero es seguir alimentando las canteras de los grandes clubes con buenos jugadores. Y para eso necesito gente. Porque a la mayoría de los pibes que juegan acá los encontramos jugando en la calle, en las plazas. Tengo gente buscando en esos lugares, yo mismo salgo todos los fines de semana a mirar pibes. Parezco un viejo bufarrón buscando pendejos. Pero la verdad es que así es como después sacamos a los buenos. —Rivero tomó un largo trago de su fernet con cola. Se limpió la boca con la mano y continuó—: No te la hago larga. Necesito a alguien que vaya a buscar pibes a los campitos que hay del otro lado de la autopista Dellepiane. ¿Ubicás el lugar?

—Sí, conozco.

—Mejor, entonces. Hay que ir, mirar a los pibes que juegan al fútbol, charlar con ellos y traer para el club a los que valen la pena. Ojo, viste que dije los que valen la pena y no los mejores. Porque no siempre una cosa coincide con otra. A mí no me interesa el pendejito habilidoso que quiere ser estrella. Ojo, que si hay un Tévez lo agarramos y lo traemos. Pero lo que quiero es al pibe con garra, valiente, que va al frente. Y ahí necesito que sepas tanto de fútbol como de psicología. Hablá con los pibes. Si ves que son muy delicados, que enseguida están detrás los padres hinchando las bolas, a esos no me los traigas. Los mejores son los que se arreglan solos. ¿Me seguís?

—Creo que sí. Pibes con espíritu de hombres.

—Exacto. Vos lo dijiste. Veo que me entendés. El laburo lo tendrías que hacer el fin de semana o cuando puedas. No te voy a estar vigilando si cumplís horario. Hay cien mangos por el laburito semanal, pero por cada pibe que traigas y que valga la pena, hay quinientos mangos. Linda cifra, ¿no? Y te lo pago tiquitiqui, al momento que el pibe firma la ficha del club. Los cien mangos los cobrás si o sí todos los lunes. ¿Estás de acuerdo?

Rafael sentía que estaba poniendo la cabeza en la boca del león. Un león que en ese momento le mostraba los dientes en una sonrisa aparentemente paternal,

cariñosa, pero que no era más que la entrada a las fauces de una bestia.

—Sí, claro que sí. Este sábado voy a ver a los chicos jugar.

—Excelente. Lo mejor son los pibes de más o menos diez años. Qué lástima que no tenés un hijo varón. Si no, me lo traías y te lo sacaba un Maradona.

## IV

Dos años atrás también había estado limpio. Fue cuando entró en otro grupo de adictos en recuperación. Era de una iglesia pentecostal en Aldo Bonzi, atendida por una familia norteamericana. Había sido mucho más fácil de lo que él había creído. No había abandonado a sus amistades de entonces, y cuando lo vieron limpio le ofrecieron un trabajito sencillo y rápido: debía ir hasta Bolivia y traer un paquete de un kilo de cocaína. Lo más engorroso eran las veintidós horas en ómnibus para ir y para volver. Al llegar a Buenos Aires con su cargamento cobró el dinero estipulado y decidió llamar a Andrea para mostrarle lo bien que estaba. Ella aceptó a regañadientes verse con él en un bar de la avenida Eva Perón. Él pensaba proponerle volver a estar juntos.

Nada salió como Rafael esperaba. Andrea llegó y habló sin dejarle demasiado espacio para mostrarse como un hombre recuperado y dispuesto a empezar una nueva vida. Ella le dijo que hacía unos meses que estaba saliendo con alguien, que ellos ya no podían volver a ser una pareja. Que se alegraba de que estuviera bien, recuperado, con trabajo, pero que dejara de lado cualquier idea de regresar junto a ella. Solo estaban unidos por Martina y nada más.

Rafael salió de ese encuentro con la cabeza confundida y el corazón deshecho. Caminó durante horas sin rumbo hasta que la sed empezó a crecer en su garganta y le copó todo el cuerpo. Entró a un bar de mala muerte cerca de la estación Liniers. Pidió un *whisky* y le trajeron un Criadores áspero que corroía las paredes del estómago. Lo que ocurrió después nunca le quedó claro, uno de los tantos momentos de amnesia que había tenido en esos años. Solo podía recordar que apareció días más tarde tomando cerveza y merca en un tugurio de Dock Sud, que alguien tenía un revólver sobre la mesa y que no le quedaba un peso de la plata que había ganado con el viaje a Bolivia.

Desde entonces todo había sido una caída cada vez más profunda, cada vez más lejos de Andrea. Por eso, ahora que habían vuelto a quedar, sabía que caminaba por una cuerda floja a veinte metros de altura y sin red que lo protegiera.

Esta vez se citaron en un bar de Zelarrayán, al que habían ido en más de una ocasión cuando estaban juntos y volvían de un recital. Llegó antes que Andrea. La vio cruzar la calle y venir hacia él con una sonrisa medida. Estaba como

siempre: el pelo largo atado en una colita; la campera inflable, similar a la que usaba Martina, y debajo una polera negra. Rafael la veía igual que hacía años, pero seguramente ella se veía más gorda porque se había vestido de negro. Y eso fue casi lo primero que ella le dijo:

—Estamos los dos más gordos.

Estuvieron juntos una media hora. Rafael trataba de no apabullarla con detalles de su nueva vida. Solo le dijo que estaba viviendo en una pensión de Soldati, que estaba trabajando en un club de fútbol, que estaba limpio y que pensaba seguir así. No preguntó, no quiso saber si ella seguía de novia. Solo supo que estaba trabajando de cajera en un hipermercado. El resto fue hablar de Martina, de la escuela, de las materias, de sus compañeras. Temas que Rafael manejaba de primera mano, porque su propia hija ya le había contado los detalles. Andrea se mostró preocupada por la delgadez de Martina; le comentó que la había llevado al médico, pero que no le había encontrado nada.

—Es flaca como era yo de chico.

No había mucha gente en el bar: en otra mesa, una pareja, aunque bastante mayor que ellos. ¿Dónde se encontrarían Andrea y él veinte años más tarde? ¿Tomarían juntos un café como esa mañana? ¿Habrían de su hija treintañera? ¿Estarían otra vez juntos? Mejor no hacerse preguntas, apurar el trago final y frío del café, llamar al mozo, pagar, insistir en pagar y hacerlo. Que Andrea viera que le iban bien las cosas, que no le obsesionaba saber si estaba en pareja o no. Que ni siquiera le iba a plantear la idea de estar juntos. Se conformaba con poder verla a ella sin pelear y compartir con su hija cada vez más tiempo.

—Y no pienses que no sabía nada de tus encuentros con Martina. Tu madre terminó diciéndomelo una noche.

Se despidieron en el interior del bar. Él le dijo que prefería quedarse unos minutos sentado. La vio irse, cruzar la calle por la que había venido. Sin pensarlo demasiado, se puso de pie y salió detrás de ella. Andrea caminaba a paso firme y Rafael iba detrás, a unos veinte metros. Ella no miró en ningún momento hacia atrás; si no, hubiera descubierto fácilmente a Rafael, que no se escondía y que se limitaba a ajustar su marcha a los ritmos del andar de ella. No abrigaba ninguna intención. Tampoco pensaba que estuviera bien o mal. Simplemente se había puesto a caminar detrás de ella; solo quería acompañarla a la distancia mientras se dirigía a su casa, tal vez pensando en el encuentro que habían tenido unos minutos antes. Rafael la miraba y veía a una Andrea distinta, a una Andrea sola. Su cuerpo desprendía la soledad del que no tiene que dar cuentas de nada a su alrededor. Andrea se movía en un mundo de desconocidos, gentes que estaban ahí pero que podían no existir. Que, de hecho, no existían para ella. No era la Andrea del bar, que lo observaba, que especulaba con lo que decía, que estaba a la defensiva. Tampoco era la Andrea que debían de conocer su hija, o su madre, o sus compañeros de trabajo o de cama. Esa Andrea que caminaba delante de él

era una Andrea cubierta de soledad. La vio frágil, indefensa. Y Rafael, que había acumulado diversos sentimientos alrededor de su exmujer, agregó uno más: la compasión.

Andrea llegó al inquilinato. Rafael la vio perderse en su interior. Él dio media vuelta y comenzó a desandar el camino.

## V

Dientes pasó gran parte de esa mañana en la terraza, solo. Se había sentado contra la pared y torturaba con indiferencia a unas hormigas que arrastraban pedacitos de hojas. Le comenzaba a molestar el sol. El aburrimiento le subía de los pies y las manos a la cabeza. Se estaba por levantar y bajar al patio cuando vio aparecer al Peque. Era la primera vez que lo veía en una semana, desde que le había contado lo de Vicen.

—¿Qué hacés acá?

—Vos qué hacés acá.

Ninguno de los dos respondió. El Peque se sentó a su lado y se quedó callado. Dientes tenía calor de estar tanto tiempo bajo el sol. Sentía que estaba transpirando a pesar de que era un día bastante frío. Aplastó varias hormigas de un manotazo.

El Peque buscó algo en el bolsillo del pantalón. Sacó un bollito de papel. En realidad era un billete de veinte pesos que extendió sobre sus piernas.

—¿Vamos a comprar una Coca?

Fueron al kiosco de la otra cuadra en silencio. Además de la Coca de litro y medio, el Peque pagó un paquete grande de bizcochitos de grasa Don Satur. Caminaron hasta la Plaza España y se sentaron debajo de un árbol. El Peque abrió el paquete mientras Dientes destapaba la gaseosa. Le dio un trago largo y se la pasó al Peque, que se tomó como medio litro sin descansar. Dejó la botella y eructó. Dientes se llenó la boca de bizcochitos.

—Hoy voy a la escuela —dijo el Peque mientras metía su mano en el paquete Don Satur.

—¿Y al club?

—Al club no voy más.

## VI

Rivero tenía la costumbre de dejarse el celular en la mesa del bar, a veces en la barra. Si se ponía a sonar, Rafael dejaba lo que estuviera haciendo y se apuraba para acercárselo a la cancha donde entrenaba a los pibes. No era la primera vez que ocurría, pero sí fue la primera vez en que Rafael intentó recordar quién era el que llamaba. Ahí estaba el celular sonando frente a sus ojos sobre la barra del bar. Vio que en la pantalla decía simplemente «García». Seis letras que para él, todavía, no tenían ningún significado.

Tomó el celular y fue a donde estaba Rivero. Acababa el entrenamiento y el técnico venía justamente hacia el bar. Le agradeció con un gesto y atendió. Como ahora los dos caminaban en el mismo sentido, Rafael podía escuchar lo que Rivero decía. «Complicado... no conseguí nada todavía... vamos a llegar... la vieja y los pibes no se quieren rajar de ahí... no, está muy quemado... está bien, como vos digas...».

Rivero fue hacia una mesa del bar y se acomodó. Rafael se alejó y ya no pudo escuchar más. Se apuró a prepararle un fernet con cola y se lo llevó a la mesa justo cuando cortaba. A Rivero el enojo se le notaba en el rostro.

—Che, ¿vos empezaste a buscar pibes?

—Este sábado voy a la Plaza Calabria.

—No te duermas.

—Vamos a ver qué hay.

—Mejor que traigas algo. Estamos tapados de mierda. Y si la mierda nos tapa, nos ahogamos todos. Vos también.

## VII

Impulsados por la felicidad de irse, expulsados por el sistema educativo que no los quería ni un minuto más ahí, los chicos salieron de la escuela como una plaga de hormigas blancas. Arrastraban los pies hasta que se ponían a correr, iban callados hasta que comenzaban a insultar, parecían tiernos hasta que le pegaban entre cuatro a un compañerito. En medio de esa multitud iban Dientes y el Peque. Se retrasaron porque en la fila hubo promesa de pelea entre otros dos compañeros, pero al llegar a la puerta cada uno se fue por su lado. Así que Dientes y el Peque partieron hacia la casa.

Como de la nada, apareció Rivero. Dientes notó que el Peque retrocedió un pequeño paso. Un gesto imperceptible que solo él podía notar en su amigo.

—Peque, mi viejo, me abandonaste el equipo.

Rivero sonreía, detenido a un metro de ellos, que también estaban quietos. Alrededor, los demás chicos caminaban empujándose unos a otros, ajenos a la escena. Dientes pensó en el perro al que habían envenenado, cuando los descubrió robando los cables y se quedó mirándolos en la entrada del garaje.

—Vení que tengo que hablar con vos.

El Peque avanzó y Dientes se quedó quieto. Estaba claro que Rivero no quería que Dientes participara de la charla. Rivero y el Peque comenzaron a caminar. Dientes los siguió varios metros atrás. No avanzaron mucho. Al llegar a la esquina, se detuvieron. Rivero era el que más hablaba. El Peque parecía apabullado y cada tanto movía suavemente la cabeza de un lado a otro. El técnico lo palmeó en el hombro y se fue. Dientes se acercó al Peque.

—¿Qué quería?

—Que vuelva al juego de los trenes.

—¿Qué le dijiste?

—Que no.

—¿Se enojó?

—No sé. Le dije que mi vieja no me dejaba más salir de noche solo. Ahí se fue.

Dientes se volvió y corrió hacia donde se había ido el técnico. Le gritó:

—¡Rivero, Rivero!

Rivero se dio vuelta y lo miró con extrañeza, como si no reconociera al chico

que estaba al lado del Peque unos minutos antes, o al que lo acompañó cuando su amigo fue por primera vez al Brisas. Dientes se presentó.

—Yo soy amigo del Peque. Fuimos juntos al club, ¿se acuerda?

—Creo que sí.

—El Peque me dijo que usted hace un juego de aguante en las vías.

—El Peque habla demasiado.

—A mí me gustaría jugar.

Rivero se quedó callado unos segundos, mirándolo, como si con los ojos pudiera entrarle al cerebro y leer todo lo que pensaba.

—¿Cuántos años tenés?

—Doce.

—¿Y tus padres te dejan salir de noche?

—Vivo con mi mamá nada más. Ella me deja hacer lo que quiera —exageró

Dientes.

Hubo otro silencio de Rivero. Al final le dijo:

—Jugás a la pelota también, ¿no?

—Sí, casi todos los días.

—Bueno, venite al club el martes. No te prometo nada. Pero no hagas como el boludo de tu amigo. No andes boqueando por ahí ni lo del Peque ni lo que me dijiste a mí. Los hombres hablamos poco y hacemos mucho.

Dientes dio media vuelta y fue corriendo a donde lo esperaba el Peque. Mientras corría esquivando a algunos compañeros de la escuela, pensó que él también se iba a ganar cien pesos. Él tenía más aguante que nadie.



## I

Verónica se había ido al « cuarto de fumar », una habitación con una ventana que daba a un pulmón de manzana y donde se tiraba todo lo que no servía de la redacción de *Nuestro Tiempo*: CPUs que no funcionaban, monitores viejos, publicaciones de la competencia, sillas rotas, afiches que habían sobrado de una campaña publicitaria de la revista. A pesar del frío, la ventana estaba abierta, por lo que no había mucha diferencia entre estar en la calle o ahí, salvo por la proximidad con el resto de la redacción. Verónica fumaba mientras trataba de encajar las piezas de su investigación, pero a cada instante se le cruzaba el viaje a Villa Lugano que había hecho con Lucio el día anterior.

Previo a llamarlo y pedirle que la acompañara, ella había organizado los datos con los que contaba hasta ese momento: el mapa preparado por Federico y los datos de Vicente Garamona. Cuatro chicos eran de los barrios sur de la ciudad y dos de la villa llamada Ciudad Oculta. Decidió empezar por lo más fácil, los chicos de Lugano y Soldati. Había un problema: Verónica no recordaba haber estado nunca por esa parte de Buenos Aires. Sabía que existía, que allí había un parque de diversiones abandonado, y solo había concurrido a ver un partido de Copa Davis en el estadio Parque Roca. Lo cierto era que no prestaba demasiada atención a los lugares por los que pasaba. De hecho, se le confundía toda esa zona de la ciudad: Mataderos con Lugano, Soldati con Pompeya, Ciudad Oculta con la Villa 1-1421. Por un momento, se había sentido superada nada más que por ese contratiempo. Al fin y al cabo había descubierto muchos lugares mientras elaboraba sus artículos. Eso era justamente ser periodista. Tener la capacidad de pasar de la ignorancia al conocimiento detallado. Ese fin de semana estuvo horas mirando el mapa mientras se juraba aprender todas esas calles de nombres raros de memoria.

El domingo llegó a la conclusión de que saberse las calles no era suficiente: necesitaba ir con alguien hasta allá. Pensó en pedirle a Patricia un fotógrafo, con la excusa de registrar algunos lugares de los barrios, pero le pareció que eso sería contraproducente para la investigación. Federico seguramente estaba dispuesto a acompañarla. Pero Fede —abogado que había estudiado en la UCA y que tenía menos calle que Venecia— le iba a resultar un incordio.

¿Por qué le daba tantas vueltas si lo que ella quería era que la acompañara

Lucio? ¿Realmente era porque se sentía inseguro o temerosa, o simplemente quería compartir con él los detalles de la investigación? No había que tomar este tipo de decisiones un domingo por la tarde. Se contuvo. Esperó hasta el lunes a la mañana y recién entonces le escribió un mensaje de texto.

Si lo que esperaba era vivir la fantasía de ser una pareja, él se había apurado a marcar la cancha: apenas subió al auto, hizo una referencia idiota a sus hijos. No fuera cosa que ella se olvidara de que estaba con un tipo casado. Lucio podía ser el colmo de lo obvio y eso la descolocaba y la partía al medio.

Juntos habían recorrido Lugano y Soldati desde la bajada de la autopista Dellepiane hasta la avenida Eva Perón. Borearon Ciudad Oculta por el oeste y fueron hasta Villa Soldati por el este. La recorrida podría calificarse de fracaso. Verónica no pretendía cruzarse con todas las familias de las víctimas, pero nunca había imaginado que el porcentaje de encuentros podía descender a cero. Si algo había aprendido trabajando con otros periodistas mayores que ella era que las casualidades no existían. Tantas ausencias solo podían entenderse como una huida, una desaparición motivada por alguna razón que ella apenas podía articular como hipótesis de investigación.

Ese día solo pudo sacar en limpio el dato de que uno de los chicos jugaba en un club de papy fútbol de la zona. Y esa información la había conseguido Lucio. Por un lado, se sintió orgullosa de haberlo elegido como compañero para el viaje. Por el otro, enojo y angustia se le mezclaron al pensar que, de la misma manera que ella estaba dejando pasar ese detalle importante, había muchos otros que se estarían escapando ante sus narices.

Todavía le quedaban los dos chicos muertos que eran de Ciudad Oculta. Al menos en el último caso, debía apurarse, porque si se repetía lo que había ocurrido con las otras víctimas, no era descabellado imaginar que la familia se mudaría pronto. ¿Cómo podía suceder que familias completas desaparecieran de manera sistemática sin dejar rastro?

Pero entrar en la villa no iba a ser fácil. Salvo la avenida que la cruzaba de este a oeste, no había calles, y las casas tenían números caóticos que solo los vecinos del lugar podrían reconocer en su lógica interna. De nada le serviría la compañía de Lucio en este caso.

Le explicó su problema a Patricia mientras tomaban un café frente a la máquina expendedora de bebidas calientes. Su jefa le recomendó hablar con Álex Vilna, el secretario de redacción de la revista y responsable de la sección de Política Nacional. A Verónica no le causaba mucha gracia hablar con Álex. Tenía un cargo mucho más importante que el de ella y era dos años menor. Más de una vez él le había tirado onda, pero ella se había hecho la boluda y temía que cualquier pedido de ayuda se convirtiera en una deuda a pagar a futuro. Le resultaba desagradable: demasiado arregladito, perfumado con alguna colonia comprada en el *free shop*, simpático profesional, creído, con una actitud que

oscilaba entre la pedantería y el servilismo según quien fuera el interlocutor. Además, la última vez que él la había avanzado (en un *vernissage* auspiciado por la Unión Industrial), ella le había pegado en donde más le dolía. En el orgullo de ser un egresado del Nacional Buenos Aires.

—No salgo con tipos que fueron a escuelas públicas —le dijo.

Pero si Patricia le decía que hablara con él, debía de tener sus razones, así que hizo de tripas corazón y fue a su escritorio. Se sentía una cabaretera a punto de hacer un baile exótico agarrada a un caño.

—Álex, ¿te puedo quitar un minuto?

—Todos los que quieras. Cierro el editorial en dos horas, pero para vos siempre hay tiempo.

—Estoy haciendo una nota sobre chicos accidentados y tengo dos casos en Ciudad Oculta.

—¿Solo dos chicos accidentados en la villa? Te debe estar faltando información.

—Son casos especiales. No viene a cuento. El tema es que debería entrar a Ciudad Oculta y la verdad es que no sé cómo hacerlo.

—Sobre todo si vas con tu cartera Gucci.

—No uso cartera Gucci.

Álex la miró con una sonrisa. El cliente estaba satisfecho con el *striptease*. Había que acercarse para que le pusiera el billetito entre las tetas.

—¿Ves por qué prefiero a las periodistas católicas sobre las judías?

—¿Porque son más putas?

—No, porque ante un problema así, una periodista católica no duda qué hacer. Qué tipo forro, pensó Verónica, pero trató de imitarle la sonrisa.

—Bien, mi formación en la Torá y los kilos de *knishes* que me comí no me dejan ver la luz. Iluminame.

—El cura, mi amor, siempre hay un cura en una villa que te puede hacer de nexo. Ellos son los que mantienen contacto estrecho con toda la comunidad. La famosa opción por los pobres. Mientras, los rabinos andan cortando pitos.

—Los rabinos no circuncidan, *goy* resentido.

—Mirá, en Ciudad Oculta hay justamente una iglesia con bastante historia. Es la Parroquia Nuestra Señora del Carmen. Durante la dictadura desaparecieron a varios militantes sociales. Hace unos años cubrí una misa que dio Bergoglio en la calle de esa parroquia.

—No me digas que el arzobispo de Buenos Aires da misa en Ciudad Oculta.

—No, obvio. Fue para una fiesta de la comunidad peruana, que es bastante importante en la Oculta, aunque no tanto como en la Villa 1-11-14. Esa vez entrevisté al cura de la parroquia. Tienen un comedor para madres solas y sus hijos.

—Justo estoy buscando madres solas con hijos.

Álex se fijó en su celular.

—Anotá. El curita se llama Pedro, como el primer Papa. Llamalo de mi parte. Ojo, hasta donde sé hizo votos de pobreza y obediencia. No sé si hizo votos de castidad.

## II

Era cierto que no tenía carteras Gucci, pero tampoco sabía bien cómo convenía ir vestida a la villa. Había hablado con el cura y Pedro la había invitado a ir esa misma tarde, a pesar de que no le había aclarado para qué quería charlar con él.

Se decidió por un pantalón negro bastante discreto, unos zapatos bajos que le parecían horribles y un pulóver de lana granate, que no usaba desde una época en la que le gustaba flagelarse poniéndose ropa que la hacía sentirse ridícula. Le pidió nuevamente el auto a su hermana Leticia, que ya estaba acostumbrada y ni siquiera preguntaba adónde iba.

Esta segunda vez, el viaje a los barrios de la zona sur le resultó más amigable, aunque eligió otro camino. No fue por la autopista, sino que tomó la avenida Eva Perón y rodeó Ciudad Oculta hasta doblar por la avenida Piedrabuena. Miró buscando un estacionamiento pago, pero al final decidió dejarlo en la calle.

El cura la esperaba en la entrada de la villa, en el cruce de Piedrabuena y avenida Argentina. Fue muy fácil reconocerlo por su atuendo: la camisa azul grisáceo con cuello mao que culminaba en esa especie de tira blanca que suelen usar los sacerdotes. Llevaba también un jean azul petróleo ajustado como un *rockabilly* de los años sesenta. El cinturón, con una hebilla rectangular, parecía puesto para hacer juego con la tira del cuello. Encima llevaba un sobretodo negro abierto, lo que le daba cierto aire *alla Neo*, el personaje de Keanu Reeves en *Matrix*, pero diez años después. Hubo algo que le llamó la atención: el cura era pelado. O mejor dicho, se pelaba. Se notaba que esa calvicie era fruto de pasar bastante tiempo con la afeitadora frente al espejo. En algún punto, sin saber por qué (al fin y al cabo era judía y los preceptos de Roma la tenían sin cuidado), ese gesto narcisista le pareció un escándalo.

Él también pareció reconocerla. ¿Estaría vestida con un uniforme que él podía descifrar? ¿Uniforme de periodista? ¿De chica de clase media que está por meterse en una villa miseria?

—Usted es el padre Pedro, ¿no? —preguntó a modo de saludo. Como periodista sagaz estaba dejando mucho que desear.

—Vos sos Verónica —le dio un beso mientras ella estiraba torpemente la mano para saludarlo—. Te voy a pedir que me tutees y que me llames Pedro,

como todos aquí. —Señaló la villa como si ese lugar fuera suyo—. Si te parece, vamos a la parroquia y ahí hablamos tranquilos de lo que necesitás.

Al menos esa parte de la villa estaba lejos de ser un lugar que despertara temor. Verónica veía pasar gente, madres con chicos, adolescentes con guardapolvos, como en cualquier barrio de Buenos Aires. Es cierto que las casas eran más precarias, pero nada parecía indicar que ella necesitara hacer ese viaje hasta la parroquia en compañía del cura. Si hubiera ido sola, podría haber llegado sin problema.

—Debo parecer una mala periodista si a alguien vestido de sacerdote le pregunto si es el cura que me está esperando.

—Pensé que preguntabas porque creías que podía ser otro sacerdote. Tampoco somos tan pocos.

El juego de palabras, bastante tonto, la envalentonó para decirle:

—Siempre me llamó la atención esa tira blanca que llevan ustedes en el cuello. ¿Cómo se llama?

Habían llegado a la parroquia, una iglesia humilde de ladrillo que emergía sólida entre las casas de alrededor. El cura abrió una puerta que estaba cerrada con llave y la hizo pasar a una especie de oficina.

—Esto —dijo sacándose el— es el clergyman.

Lo puso sobre una biblioteca que había a un costado. Colgó el sobretodo en un perchero y le hizo un gesto para que ella se sentara en una silla mientras él se acomodaba del otro lado del escritorio. Se desabrochó dos botones de la camisa y se arremangó mientras le explicaba.

—El clergyman es lo que reemplazó a las sotanas. La verdad es que no lo usamos mucho. Yo ando por acá sin nada. No es necesario para mostrarse como un sacerdote.

—¿No te obligan a usar el cuello?

—Los salesianos tenemos una visión muy amplia de la vida. ¿Sos católica? Generalmente no pregunto a nadie que venga aquí de qué religión es, pero te veo interesada en estas cuestiones de etiqueta sacerdotal.

—Debe ser porque soy judía. Todo lo cristiano me llama la atención.

—Justamente los rabinos no ortodoxos suelen vestir mucho más de civil que nosotros los católicos. Te puedo ofrecer café o agua.

La oferta parecía más bien una forma de terminar la conversación religiosa. Verónica no quiso nada y le contó lo que había ido a buscar a Ciudad Oculta. Le dijo que estaba haciendo una investigación periodística sobre chicos que habían sido atropellados por trenes. Que dos de los chicos muertos eran de esa villa y ella quería hablar con sus familias.

—Conozco los dos casos —dijo el padre Pedro.

Había perdido el tono despreocupado del principio. La miraba a los ojos como si estuviera tratando de leerle la mente. Lo mejor era no ocultarle la

verdad.

—Algunos datos que tengo y algunas conclusiones que saqué me hacen pensar que no fueron meros accidentes, que hay algo detrás. Algo y alguien, por supuesto.

—Y pensás que la familia puede saberlo.

—La verdad, Pedro, es que estoy bastante perdida con todo esto. Tengo algunos indicios, muy pocos datos concretos y demasiadas líneas de fuga de la investigación. No. No creo que la familia lo sepa, pero tal vez puedan ayudarme a encontrar pistas más firmes.

El cura tamborileaba los dedos sobre el escritorio. Parecía medirla.

—El primer caso ocurrió hace tres años.

—Agustín Ramírez, hijo de Luciana Ramírez, tenía once años —recitó de memoria Verónica.

—Los conocía bien a los dos. —Pedro había dejado quieta su mano, su rostro era menos desconfiado—. Venían a nuestro comedor. Luciana se marchó al poco tiempo de la muerte de Agustín. Se fue a Santiago del Estero. Ahí tenía familia. No sé cómo podrías ubicarla.

—¿Y a Vicen? ¿Lo conocías?

El sacerdote movió afirmativamente la cabeza.

—Carmen y sus otros hijos viven acá cerca.

—¿Vicen tenía hermanos?

—Cuatro. Él era el segundo. El más chico es un bebé de pocos meses. Carmen siempre se ha preocupado mucho por sus hijos. No solo los trae a comer, sino que se preocupa por que tengan sus vacunas, los lleva al dispensario que hay acá y hace todo lo posible para que los más grandes vayan a la escuela. Vicen era de andar solo y a veces haciendo lío, pero todos los pibes de por acá son así. Era un buen chico.

—Me gustaría hablar con ella.

—Por lo general, a la mañana ella trabaja. Podemos ver si por casualidad está.

Caminaron unos trescientos metros por la avenida que cruzaba la villa y después doblaron hacia la derecha. Las casas parecían más abigarradas en esa parte, como si las hubieran metido a presión y se hubieran aplastado una al lado de la otra. Pedro se detuvo frente a una puerta de metal oxidado que apenas parecía encajar en la pared sin revoque.

Abrió la puerta una mujer de edad indefinida, menuda, el pelo corto muy negro, vestida con un batón descolorido y, encima, un saquito de lana negra. A pesar del frío iba arremangada. Pedro las presentó, y le explicó que Verónica era periodista y estaba interesada en saber de Vicen.

—No quiero hablar de eso.

Verónica se había mantenido un par de pasos detrás del cura. Se adelantó un

poco y miró hacia dentro de la casa por el espacio que dejaba la mujer en el vano de la puerta. Se sorprendió cuando descubrió que desde el interior alguien la miraba a ella. Era una joven y tenía un bebé en brazos. Verónica volvió a retroceder.

Pedro le insistió, le dijo que siempre era bueno tratar de aclarar cómo habían ocurrido los hechos. La madre de Vicen se mantuvo firme. Por detrás de ella se asomó la joven que tenía el bebé en brazos. En realidad, era una adolescente. Serían dos de los hermanos de Vicen.

—Andá para dentro vos —la retó la mujer.

La adolescente se encogió de hombros y dio media vuelta.

Verónica pensó en decir algo, pero se dio cuenta de que era inútil. Si no la convenía el sacerdote, difícilmente ella podría argumentar con algo más decisivo. Verónica se sintió vacía y desubicada. Quería irse, alejarse de esa mujer que la miraba con desconfianza. Se veía a sí misma como una movilera de televisión buscando el dolor de las víctimas para mostrarlo al aire. Pero no, ella no quería eso. No quería el dolor para convertirlo en una nota. Ella buscaba datos, pistas. Sacar a la luz lo que había de turbio en la muerte de ese chico.

La mujer cerró la puerta y los dejó a ellos dos ahí parados. Fue Verónica la que dijo «vamos». El cura parecía más confundido y frustrado que ella. Caminaron en silencio hacia la parroquia. Ella creía que se diluía la única pista con la que contaba y que todo lo que sospechaba alrededor de las muertes de los chicos se borraba. Por un momento pensó que no tenía nada, que debía abandonar esa historia.

—No hay que darse por vencido, Verónica —le dijo el cura como si le leyera la mente—. Voy a volver a hablar con Carmen. Tal vez a solas, ella pueda reflexionar y nos cuente algo que te sirva.

Se habían detenido en la puerta de la parroquia. Las palabras de Pedro la habían conmovido y tenía ganas de llorar. Se sentía una estúpida por emocionarse por lo que decía un cura. Lo mejor era irse rápido de ahí. Le pidió que, si se enteraba de algo, la llamase. Él quiso acompañarla hasta la salida de la villa, pero Verónica se negó. El sacerdote insistió y ella no sabía si lo hacía porque realmente era peligroso que ella anduviera sola o si simplemente quería ser amable. El caso es que llegaron a la avenida Argentina sin que volvieran a hablar.

Se despidió de Pedro, cruzó la avenida y se dirigió a su auto. Estaba buscando las llaves en su cartera cuando escuchó:

—Ey, señora.

Del otro lado del vehículo, sobre la vereda y a la altura del baúl, estaba parada la hermana de Vicen. Sola, sin el bebé en brazos con el que la había visto unos minutos atrás.

—A mi hermano lo mataron, ¿no?

Lo dijo casi en un susurro que a Verónica le costó oír. Tal vez ni siquiera había

dicho eso exactamente. Verónica rodeó el auto y se acercó a la adolescente. Miró hacia el lado de la villa. Se le cruzó la idea de que en cualquier momento podía aparecer la madre para hacerla volver a la casa. Pensó en subirla al auto y llevarla lejos para charlar.

—Cuando se fue con el cura y la seguí. Quería hablar con usted.

—¿Cómo te llamás?

—Milagros. Me dicen Mili.

En la otra cuadra se veía el cartel de un bar. La tomó levemente del hombro y le dijo:

—Vení.

Mili la siguió y fueron al bar. Pidió una Coca-Cola para la chica y un café para ella. Mili estaba seria, pero no parecía incómoda. Tenía un buzo azul y, encima, una campera de jean que no se quitó.

—A tu hermano lo atropelló un tren, pero lo que pienso es que él estaba en las vías porque alguien lo había llevado ahí.

—Vicen siempre se metía en quilombos.

Debía de tener quince o dieciséis años. A Verónica le pareció una chica hermosa. Ejercía ese tipo de atracción que resultaba agresiva para las otras mujeres y que acobardaba a los hombres. A Verónica le hubiera gustado ser así a esa edad.

—¿Vicen iba a la escuela?

—Iba. Había repetido cuarto grado. Mi vieja casi lo mata.

—¿A qué escuela iba?

—A la 24, como yo.

—¿Vos estudiás?

—Dejé en segundo año.

Verónica no se animó a preguntarle qué hacía. No quería ponerse en el papel de un adulto dando consejos a una adolescente que tal vez se drogaba o se prostituía, o esperaba que algo ocurriera en su vida que la sacara de la villa. No estaba para eso. En pocos años esa chica iba a parecer de treinta y cuando llegara a los treinta iba a parecer de cincuenta. Se llenaría de hijos en el mejor de los casos, si es que no moría joven por culpa del paco, o en manos de un marido borracho y golpeador.

—Además de la escuela, ¿con quién se juntaba tu hermano?

—Con los pibes del barrio.

—¿Pibes de su edad?

Mili se encogió de hombros como había hecho cuando su madre la había mandado a que se metiera en la casilla.

—De su edad, más grandes, más chicos. —Mili tomó un sorbo corto de su Coca-Cola y agregó—: Le gustaba jugar a la pelota. Quería ser futbolista.

—¿Iba a algún club?

—Sí, jugaba en Brisas de Primavera. Una vez lo escuché decir que su técnico lo iba a llevar a River o a Vélez para que jugara ahí.

—¿Te acordás cómo se llamaba el técnico?

—No.

Tomó otro sorbo y se quedó callada.

Verónica le iba a hacer otra pregunta, pero algo la detuvo. Hacía muchos años, un fotógrafo le había dado una clase de periodismo. Ella tenía veinte años y escribía sus primeras notas para una revista de información general. Entrevistaba a una mujer que había sido víctima de una mala praxis médica. Le habían diagnosticado erróneamente una enfermedad y la medicación que le habían dado la había dejado estéril. Las preguntas de Verónica, prolijamente escritas en un anotador, eran sobre el papel de los médicos, sobre el hospital, las características del tratamiento, cómo habían descubierto el error. En cierto momento la mujer hablaba de que su marido la había convencido de denunciar a la clínica y a los médicos y se quedó callada. Verónica iba a aprovechar ese silencio para preguntar algo de tipo legal. En ese instante, el fotógrafo (un tipo de unos cuarenta años, malhumorado y cínico, al que ella seguía recordando como uno de sus maestros en el oficio) apoyó su mano en la rodilla de ella. Él se había agachado para tomar una foto y desde esa posición había tocado su pierna. Verónica lo miró confundida. Le pareció una desubicación del tipo, pero él hizo un gesto con la boca, un gesto leve que indicaba que se quedara callada. Cuando volvió la vista a la paciente, la mujer empezó a hablar de lo frustrante que había sido su vida desde entonces, saber que nunca iba a tener hijos, que su matrimonio había comenzado a destruirse desde ese momento, que se habían separado. Cuando salieron de la entrevista, el fotógrafo encendió el enésimo cigarrillo del día y, como quien dice algo al pasar, le comentó: « A veces, nena, callarse es la mejor pregunta que podés hacer ». « Si me quedo muda, no hay entrevista », le había contestado ella, que creía saberlo todo. « Mirá, nena, es como una canción, una música, tenés que sentir en tu interior ese llamado al silencio para que el otro diga lo que uno quiere escuchar desde que empezás el reportaje. Si fueras varón, te lo explicaría con una metáfora futbolística que no vas a entender. Tenés que saber hacer la pausa. Y dejá de anotar preguntas, que parecés una estudiante de periodismo » .

Y ese momento de silencio había llegado con Mili. La chica volvió a tomar de su Coca-Cola y trayendo de la mente algo que luchaba por salir desde hacía mucho tiempo recordó:

—Hace unos meses el técnico lo llevó a un partido de noche. Vicen apareció como a la una de la mañana. Me lo crucé en la avenida. Él me dijo un montón de pavadas. Bueh, con Vicen nos puteábamos mucho. Nos peleábamos seguido. Yo le dije que no era hora para que un pendejo como él ande en la calle. Y él me dijo algo parecido. Para burlarme saqué un billete de cien pesos que tenía

guardado y él sacó de su pantalón otro billete de cien. Me asusté. Pensé que lo había agarrado uno de esos tipos degenerados. Me puse como loca. Lo tomé del cuello y le di un par de cachetazos preguntándole de dónde había sacado la guita. En otra ocasión él me hubiera devuelto las cachetadas a las patadas, pero se ve que se asustó y me dijo: « Me los gané jugando contra otro pibe» . Yo no le creí, pero tampoco me animé a decirle nada a mi vieja. El día que lo pisó el tren él había dicho que iba a la cancha, pero yo pienso que fue al mismo lugar donde ganó la plata.

—¿Te dijo qué tipo de juego era?

—Sí, pero no entendí. Sonaba todo a un invento para que le dejara de pegar cachetazos. Era contra otro pibe. Es lo único que me acuerdo.

**12**

**Años luz**

## I

—¿Sabés qué hora es?

—No.

—Las cinco y media.

Verónica le hablaba desde la cama. Él se había levantado unos minutos antes con la boca reseca. Había ido silenciosamente hasta la cocina y se había servido un vaso de agua de la canilla. Volvió a la habitación evitando llevarse por delante algún mueble. Trataba de recordar dónde estaba cada cosa: el escritorio, los sillones, la mesa ratona, la puerta del cuarto, el placard. En la habitación se oía la respiración acompasada de Verónica. Por los intersticios de la persiana baja entraba la luz de la calle. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. No se veían autos ni transeúntes. Fue en ese momento que Verónica se despertó y le habló.

No, no sabía la hora, salvo que todavía faltaba para el amanecer. Fue hacia la cama y se acostó, no tanto porque tuviera ganas de seguir durmiendo como porque se sentía un poco ridículo de pie, en calzoncillos. Tampoco quería que Verónica encendiera la luz.

Habían pasado la noche juntos por primera vez. Mariana y los chicos se habían ido a pasar el fin de semana a la casa de una tía de su esposa en San Pedro. Él los hubiera acompañado, pero ese sábado le tocaba trabajar. Dudó en decirle a Verónica que tenía la noche disponible para un encuentro que iba más allá de las pocas horas que se veían semanalmente. Pensó que tal vez era mejor ir del trabajo a su casa y pasar esa noche solo, viendo un partido de fútbol o alguna película en el cable mientras tomaba una cerveza bien fría y comía una hamburguesa. Pasó todo un día dudando. Le gustaba la idea de estar con Verónica una noche entera, aunque no sabía si además de ser una idea atractiva podía ser algo bueno. Harto de sus propias dudas y sabiendo que si no le decía iba a estar todo el tiempo pensando en ella, le mandó un mensaje de texto para contarle la novedad.

Fue al departamento cuando terminó el último recorrido que le tocaba ese día en el ferrocarril. Verónica había pedido sushi para la cena. Lucio lo comió con cierta aversión. No le gustaba el pescado en general y mucho menos la idea de que estaba crudo. Tampoco le pareció rica la mezcla de queso blanco con palta y arroz. En cambio, le resultó divertido agarrar esos arrollados con los palitos. Le

resultaba fácil manejarlos. Así que tomaba con destreza las porciones de sushi, las sumergía en una saladísima salsa de soja que al menos mataba el gusto del pescado. El vino blanco que tomaron compensaba los sufrimientos gustativos que estaba soportando en esa cena.

—Hoy soy tu geisha —dijo ella en algún momento de la noche (qué lejano le resultaba ahora, unas seis horas después).

Luego de desnudarse, Verónica lo había hecho acostar a lo largo de la cama. Él quería acariciarla, pero ella no lo dejó. Le empujó las manos hacia los costados, como si fuera un crucificado o como si le hubiera atado los brazos a los bordes de la cama. Ella le puso un forro y se montó sobre él. Se movía despacio, subía y bajaba con la espalda recta, sin que ninguna otra parte de sus cuerpos, salvo los sexos, entraran en contacto. A Lucio le gustaba mirarla desnuda, le gustaban las formas redondeadas de sus caderas, la piel blanca salpicada de lunares, las tetas firmes que se movían en cada subida y bajada de ella sobre su verga. Le hubiera gustado morderle la cintura, acariciarle pesadamente los pezones, pero ella había respondido con brusquedad a los intentos de él de levantar los brazos.

Verónica acabó sin cambiar el ritmo de sus subidas y bajadas, solo las volvió más marcadamente intensas.

—Dicen que las geishas hacen acabar a los shogunes sin mover el cuerpo, solo contrayendo los músculos vaginales. Pero yo soy una falsa geisha. No sé hacerlo.

Inclinó su cuerpo hasta besarlo, después tomó las manos de Lucio y las apoyó en sus tetas. Comenzó a moverse cada vez más rápido mientras las manos de Lucio le apretaban el cuerpo con rudeza.

Seis horas después, Lucio intentaba dormirse en esa cama ajena. No se sentía incómodo. Tampoco sabía si le gustaba o no estar en ese momento ahí. Lo cierto es que se hallaba en la habitación de Verónica, acostado al lado de ella, esperando que amaneciera el domingo. ¿Desayunarían como un matrimonio? ¿Leerían el diario en silencio? ¿Jugarían a los esposos que no eran, a la rutina que no compartían, al amor sosegado que no los embargaba?

Pasó una hora más pensando en todo eso y, cada minuto que transcurría, algo en su interior le decía que era un error continuar en ese lugar. Se volvió a levantar y comenzó a vestirse. Verónica se sentó en la cama.

—Veo que sos madrugador, incluso el domingo.

—Es que me acordé que...

—No, Lucio, por favor. No pongas excusas. Solo para martirizarte un poco te digo que no sos original. A los tipos les agarra el síndrome de Cenicienta pero con unas horas de retraso.

Verónica buscó el corpiño, que estaba tirado al costado de la cama. Como si ponerse el corpiño hubiera consumido las fuerzas que le quedaban, se desplomó

en la cama. Lucio se acercó y se sentó a su lado. Le acarició la cara y el cuello.

—No soy Cenicienta —dijo él.

—Pero ¿serías Cenicienta si yo te lo pidiera? ¿Serías lo que yo te pidiera que fueras?

—Por supuesto.

—¿Te pondrías una máscara por mí?

—¿Una máscara?

—No el rostro de un amante, sino otra forma de amor. Una máscara, no más que eso.

Lucio no entendió exactamente qué le pedía, pero se imaginó que había un reclamo, un pedido que él no podía satisfacer ni en ese momento ni nunca. Así y todo repitió:

—Por supuesto. Por vos lo haría.

## II

Sus amigas la acribillaban con sus *emails* y mensajes de texto. Eran chicas razonables. A diferencia de los varones (que priorizan sus encuentros masculinos de fútbol y comidas en bodegones antes que el encuentro con una amante), las mujeres entienden perfectamente que una amiga las abandone temporariamente por unos pantalones varoniles. Pero había límites y Verónica estaba sobrepasándolos. La relación con el que había sido calificado por ellas como el «Maquinista Degenerado» (derivación lógica del apodo original más culto de «El Maquinista de la General») la estaba absorbiendo. En realidad, sin embargo, sabían que lo que le quitaba tiempo a Verónica para verlas no era eso sino el trabajo. Ninguna sabía en qué andaba realmente, pero lo que fuera les estaba haciendo perder encuentros, salidas, borracheras y chismes. Lo peor era que esa noche había una despedida de soltera y no habían conseguido sacarla de su departamento, por más gestiones, amenazas y ruegos que hicieron. Verónica contestó los primeros mensajes de texto prometiendo recuperar el tiempo perdido apenas pudiera cerrar el artículo en el que andaba. Cuando le escribió a Paula que no iba, pero que necesitaba verla para que le diera consejos sobre el hombre casado, la amiga le contestó con una sarta de insultos para terminar diciendo que se fuera a confesar a la iglesia, al templo, o donde fuera que se confesaran los judíos.

Como seguían llegando mensajitos, Verónica decidió apagar el celular hasta que las chicas se calmaran. Así se podría concentrar mejor en lo suyo. En su escritorio tenía páginas impresas de diarios y fichas por todos lados. Sabía que en esas hojas estaba sin duda la clave de muchas cosas que todavía no llegaba a reconstruir. Gracias a la hermana de Vicen, ahora tenía el nombre del club de fútbol y la sospecha firme de que desde ahí se organizaba alguna clase de juego macabro. Si pudiera establecer que a ese club iba alguno de los otros chicos muertos, contaría con un indicio más firme. ¿Sería Juan García un integrante del club? No lo creía posible. Si en Misiones manejaba la trata de mujeres y la droga, parecía poco probable que aquí se limitara a esta actividad. ¿Cómo era posible que un supuesto dirigente político pudiera borrar tan bien sus huellas? En los archivos de los diarios encontró la misma información que le había pasado Rodolfo Corso. Después, su imagen desaparecía por completo.

La única pista que tenía era un artículo aparecido hacía menos de un año en *Página/12*. Ahí se contaba que se había celebrado una reunión en la Comuna 8 con dirigentes de todos los partidos y que el oficialismo había boicoteado que se aprobara el estatuto de funcionamiento. La crónica añadía que un dirigente opositor salió gritando « nos vienen a prepotear los matones de González, se cree que acá estamos en su feudo de Misiones ». Lamentablemente, la nota no consignaba quién decía eso ni a qué partido pertenecía (más allá de que fuera de la oposición). A Verónica le llamaba la atención la referencia clara a Misiones. El error de decir González en lugar de García tal vez no había sido del político sino del cronista, al que le habría sonado lo mismo. Verónica detestaba a los periodistas poco precisos.

Llamó a Federico a pesar de que ya eran las once y tal vez estuviera con su novia. No era algo que a Verónica le preocupara. Por cómo la trató, el muchacho estaba solo y con ganas de hablar. Así que primero Verónica le dio charla. Después fue a lo que le interesaba.

—Fede, querido, tengo una nueva pista en mi trabajo de los chicos y los trenes.

—Me imaginé.

—¿Que tengo una nueva pista?

—Que me llamabas por algo del laburo.

—No seas tonto.

—Soy susceptible.

—Bueno, señor susceptible, necesito tu ayuda. No vas a encontrar muchas mujeres que te digan esto.

—Es cierto.

—Tengo un tipo llamado Juan García que es muy difícil de hallar.

—Con ese nombre. García el de la guía.

—Exacto. Hay millones de Juan García en el mundo. Incluso encontré a un bombón que es modelo o Mr. América o algo así. Pero ahora no me interesa.

—Me alegra que no te interese.

—Este García fue intendente de Capitán Pavone en Misiones hasta 1998. Tuvo que renunciar porque se vio envuelto en un escándalo que incluía trata de mujeres. Lo denunció un periodista de Buenos Aires. El tipo salió airoso de la causa que le siguió la justicia misionera.

—Sobre la que no tenemos la mejor opinión.

—Exacto. No tenemos la mejor opinión. Pero la causa existió, por lo que imagino que vos la podés rastrear. Lo que me interesa es algo muy simple. Que rescates su número de documento y me averigües todo lo que puedas del Juan García que nos ocupa.

—Un Veraz completito.

—Más que un Veraz, más que un Nosis, más de lo que puedas encontrar en

cualquiera de esas bases de datos. Quiero saber todo de ese tipo. Si tiene propiedades, causas pendientes con la justicia, infracciones automovilísticas, tarjetas de crédito, padrón electoral, entrada en hospitales. Lo que sea.

—¿Y a cambio?

—Lo de siempre: mi amor eterno y el de mi papá.

### III

Había días en que a Lucio le hubiera gustado tener un amigo con quien charlar de Verónica. Más de una vez se sintió tentado (al final de un partido, o en el vestuario del trabajo) de decirle al Gordo Denegri o a Lombardo de ir a tomar un vino al bar y hablar de ella. No era para vanagloriarse de tener un amante (aunque no dejaba de agradaarle la idea de que sus compañeros de trabajo lo admirasen por su conquista), sino para tener más claro lo que estaba ocurriendo. Él no era muy ducho en estas cuestiones. No era como el Gordo, que se había acostado con medio plantel femenino de vendedoras de boletos de la estación Plaza Once, y seguía casado, hablando de la patrona y los pibes como si esas amantes circunstanciales no existieran más que en el momento de acostarse con ellas. Seguramente, Denegri o el propio Lombardo, soltero con novia distinta todos los meses, tendrían alguna palabra iluminadora sobre su relación con Verónica.

Pero no se había animado a decirles nada. Se iba del laburo o del partido de los sábados caminando solo, rumiando los últimos encuentros con su amante, o fantaseando con volver a verla. Había algo que no se atrevía a pensar y era en cortar. Esa idea le parecía una traición mayor que la infidelidad a su esposa. Como si con Verónica hubieran comenzado algo que no podía acabarse de manera simple y clara. Terminar con ella no entraba ni siquiera en el campo de las conjeturas.

Sin embargo, sabía que tarde o temprano iba a ocurrir. Un malestar se había instalado entre ellos. Primero de manera silenciosa y sutil, luego de forma más directa, Verónica necesitaba algo que él no llegaba a definir ni mucho menos satisfacer. Los días que Lucio se iba del departamento de ella a su casa eran los peores. Mientras él se vestía, Verónica entraba en un mutismo del que no volvía a salir hasta el siguiente encuentro o cuando hablaban por teléfono.

Ninguno de los dos aludía al tema. Lucio creía sospechar que Verónica simplemente se estaba hartando de tener un amante, un tipo casado que se volvía con su esposa. Podría haber hablado con ella, explicarle que había dos universos distintos. Y que en uno de esos universos, marcado por lo increíble, por lo misterioso y el horror de los trenes, estaba ella. Que de la misma manera que quería arrancarse de la cabeza los cuerpos aplastados por su tren, también quería

quedarse eternamente entre las piernas de Verónica, o simplemente quedarse mirándola mientras ella ponía un CD en su computadora y entrecerraba los ojos para seguir mejor la canción. Canciones que, por otra parte, él desconocía hasta ese momento y que desde entonces formaban parte también de ese universo donde la felicidad y la locura lo subían y lo bajaban como en una montaña rusa salvaje. Podría haberle explicado todo esto, haberle dicho cuánto la necesitaba y la deseaba, pero en esos instantes también recordaba cómo ella misma se había ocupado de traer a la cama, la muerte y el dolor. Cómo disfrutaba hundiendo sus dedos en las heridas. Se le presentaba el rostro agitado de Verónica diciéndole asesino mientras tenían sexo, se acordaba de esa sonrisa ambigua y satisfecha. A los moretones que Verónica le dejaba, él había respondido con otros cardenales que quedaban en la piel de ella. Y si Verónica alcanzaba el placer a costa de arañarle el cerebro, él reaccionaba a su manera: ser indiferente a la angustia de ella era su respuesta.

Para colmo, a Lucio comenzaron a atacarlo calambres en las piernas mientras cogían. No un calambre circunstancial, sino algo sistemático. Bastaba que tensara su cuerpo para que sintiera que sus piernas eran aplastadas por una roca y luego atravesadas por un cuchillo. Disminuía sus movimientos, congelaba sus piernas para que el dolor pasara. La fuerte molestia permanecía hasta que se separaban en la cama y el cuerpo volvía lentamente a su estado natural. Tampoco de esto dijo nada, pero a Verónica seguramente su comportamiento le resultaba extraño. Él, con las piernas doloridas, y ella, cayendo en un silencio autista, estaban a años luz de aquel beso en ese viaje en tren fantasmagórico, a pesar de que había ocurrido hacía solo unos meses.

#### IV

No lo comentó con sus compañeros, pero el Gordo Denegri le habló a él. Le preguntó si lo acompañaba a visitar a Carlos Malvino. Desde que había atropellado al chiquito en Ciudadela, Malvino no había vuelto a trabajar. Seguía con licencia médica. El Gordo Denegri era el más amigo de Malvino y hasta se conocían las familias porque cada tanto se juntaban para comer. Precisamente, por medio de la esposa se había enterado de que Malvino seguía mal. Todos los días Malvino iba a un hospital psiquiátrico de día. Pasaba ahí la mañana y la tarde y después se volvía a su casa. La esposa también había contado que la psiquiatra le había recomendado que Malvino se encontrara con sus compañeros de trabajo, que necesitaba enfrentarse con la realidad de su oficio ferroviario. El Gordo Denegri no se animaba a ir solo y le pidió a Lucio que lo acompañara. La clínica psiquiátrica quedaba en Ramos Mejía, en un lugar absurdo por varias razones. Estaba en un piso 17, lo que parecía un despropósito para un lugar que trataba a gente con problemas mentales. ¿Y si alguien se arrojaba desde un balcón? ¿O si a algún paciente se le daba por ir a otro piso? ¿Qué pensarían los vecinos del edificio al saber que a la vuelta de la escalera podía estar esperando un psicótico con tendencias asesinas? Además, la clínica tenía su entrada por la avenida Rivadavia. Desde el piso 17 debía de verse perfectamente el trazado del ferrocarril Sarmiento que pasaba a menos de cincuenta metros de la entrada. No parecía la mejor idea tratar en ese lugar a alguien que había tenido una situación perturbadora en esas mismas vías a unos kilómetros de ahí.

Sobre todo esto iban reflexionando en el tren que los llevó desde Plaza Miserere. El Gordo y Lucio se habían ubicado en un vagón del medio para estar alejados de los conductores. Resultaba extraño recorrer esos caminos como pasajeros, sentados en un lugar que no era para ellos. Tal vez por eso no pararon de hablar de la clínica, y hasta se rieron cuando el Gordo dijo que la ubicación de la clínica en un piso 17 le resultaba muy loco.

En el ascensor, cuando tocaron el botón del 17, sintieron que los demás los miraban raro. Pensarían que ellos dos estaban yendo a atenderse. Desde afuera, la clínica podría haber sido un departamento común y corriente, o un consultorio médico. Nada hacía sospechar que del otro lado de la puerta había pacientes psiquiátricos. Tocarón el timbre y la puerta se abrió.

La recepcionista los hizo esperar unos minutos hasta que apareció una doctora. Debía de tener unos cincuenta años y llevaba un guardapolvos abierto. Era la única que tenía algún tipo de uniforme, así que resultaba difícil saber si las personas que cruzaban la sala de espera eran pacientes o doctores. La psiquiatra les hizo un par de preguntas, pero no parecía demasiado interesada en charlar con ellos. Como si esas visitas formaran parte de una rutina que ella había repetido incontables veces. Insistió en que era importante que su amigo tomara contacto con la realidad cotidiana de su vida anterior al accidente. La doctora llamó a alguien (¿un enfermero?, ¿otro paciente?) para que los acompañara a donde estaba Carlos Malvino. El departamento ocupaba todo el piso 17. Cruzaron unos salones en los que había gente charlando o escribiendo. Parecía una escuela para adultos, con hombres y mujeres de edades muy diversas, que se movían silenciosamente. Malvino estaba sentado a una mesa junto a otros tres. Cuando vio al Gordo y a Lucio, se acercó a ellos con el rostro serio que era habitual en él. Les dio un abrazo y se ubicaron en una especie de pequeño living que estaba en el mismo cuarto. Los pacientes primero miraron hacia ellos y después volvieron a sus actividades sin darles importancia.

—Qué buena vida que te das, ¿eh? —dijo el Gordo mientras se repantigaba en el sillón.

—Me hacen dibujar, me hacen escribir boludeces. Ya estoy harto de esta manga de tarados.

Estaba mal afeitado, tenía una camisa que no parecía muy limpia. Por lo demás, no resultaba muy distinto al Malvino huraño que conocían desde hacía casi una década. Hablaron de fútbol, de la selección, que tenía un encuentro esa semana. Lucio contó algo del partido que jugaron los conductores contra mantenimiento el sábado anterior. El Gordo no había ido porque tenía más hernias que costillas. Uno de los conductores, el Negro Pernía, se había jodido los ligamentos y no iba a poder volver al trabajo hasta después de la operación. La empresa iba a tener que tomar nuevos conductores porque estaba faltando gente para las horas pico. El Gordo le preguntó a Malvino si tenía para mucho y Malvino se encogió de hombros. Luego agregó que los médicos no entendían nada y los dos compañeros asintieron. Le decían que tenía un trastorno por estrés postraumático. Los médicos hablaban raro y no resolvían nada.

Después de un silencio que les permitió oír el cuchichear de los tipos que estaban en la mesa, Malvino les confesó que no pensaba volver a conducir un tren. El Gordo amagó con decir algo, pero solo repitió alguna palabra sin sentido. Lucio sentía que le costaba concentrarse en lo que decían sus amigos, porque el murmullo del entorno le taladraba la cabeza. Sin pensar, le dijo a Malvino que hacía bien. «Qué mierda», se quejó el Gordo sin necesidad de aclarar a qué hacía referencia. Malvino dijo que iba a pedir que lo pasaran como control de estación. El Gordo recordó que, cuando él se llevó puesto un auto, había pasado

meses con el temor de que en cada cruce se adelantara un vehículo cuando él pasaba. Malvino dijo que no sentía miedo, sino odio.

—Odio al pendejo hijo de puta que estaba en la vía. Si me cruzo al otro, te juro que le reviento la cabeza contra la pared como si fuera un gato.

—Qué mierda —repite el Gordo como una letanía.

—Cuando me acuerdo de cómo reventé a ese pibe me alegro. Porque se lo merecía. Son unos hijos de puta. Te cagan la vida esos soretes. Todos los que se tiran son unos soretes. Y los pelotudos que se caen, que no se dan cuenta de que viene el tren por la vía... ¿qué carajo hacen en la vía esos pelotudos? No quiero volver a manejar un tren nunca más, pero si lo hiciera los pisaría a todos. No tocaría bocina ni clavaría el freno por esas basuras. Hay que pisarlos. No queda otra.

Estuvieron con Malvino menos de una hora. En el ascensor, el Gordo Denegri dijo:

—Está hecho bolsa.

Lucio no contestó. Se sentía demasiado azorado con sus propios pensamientos. Malvino le había descubierto lo que él desconocía: el odio. Porque Lucio también odiaba a esos a los que había atropellado. Ni siquiera se salvaba ese adolescente que lo había mirado como pidiendo perdón. Todos eran basura. Tenía razón Malvino. Los odiaba y odiaba ese trabajo y a los pibes que jugaban a ver quién era más macho. Y odiaba al pendejo idiota que no saltaba a tiempo y se reventaba debajo de los vagones. Ese odio le quemaba el pecho, le tapaba los oídos como el murmullo de los otros locos en ese lugar de mierda donde no pensaba ir nunca más.

## V

Había conseguido convencer a Paula para que se encontrara con ella para charlar. Necesitaba hablar con alguien sobre lo que venía sucediendo con Lucio. La única condición de Paula fue no ir a Martataka, sino a algún bar más tranquilo y que el único alcohol fuera un vino blanco. Estaba con resaca de una fiesta a la que había ido la noche anterior.

Quedaron en verse en Barman y Robin, un boliche pequeño de Las Cañitas que todavía no contaba con mucho público. Paula hizo un somero *racconto* de la fiesta en la que había estado. Ninguna de las dos estaba demasiado interesada en los detalles, así que el resumen terminó pronto, antes de que vaciaran la primera copa de vino.

Más tiempo le llevó a Verónica contar los vericuetos de su relación con Lucio.

—Son los gajes, ya lo sé. Pero, bueno, había muy buena onda entre los dos, y sí, yo quería con él. Nos buscamos, nos encontramos. Después su silencio, su histeria de hombre casado con niños. Todo esto yo debería saberlo de sobra, pero no. No te imaginás mi sorpresa, en realidad la furia que me da cuando se queda en silencio.

—Vero, si te escucharas a vos misma encontrarías todas las respuestas.

—No te pongas en Dalai Lama y no me hables con aforismos.

—A ver si me explico. ¿Leíste a Lorrie Moore?

—Algo.

—Bien. Tiene un cuento que tenés que leer. Se llama «Cómo ser una otra mujer» y está en el libro *Autoayuda*. Es la historia de una chica como vos que se mete con un tipo como él. Mejor dicho, el tipo tuyo parece más interesante.

—Gracias.

—No hay margen con los tipos casados. Son como un libro de la biblioteca pública. Por mucho que te guste, tarde o temprano tenés que devolverlo.

—Es que tampoco me quiero quedar con el libro. Solo quiero que tenga la letra clara.

—En el fondo te lo querés quedar.

—Ah, bueh, ahora te ponés freudiana.

—El tipo casado siempre es un histérico. Exige que estés atenta todo el tiempo de su vida, de su mujer, de sus hijos. Si el menor tiene fiebre, no te puede ver. Si

la mujer cumple años tampoco. Terminás sabiendo hasta qué día cumple años la suegra.

—El 8 de octubre.

—¿En serio?

—No, boluda, es un chiste.

—Pero el juego del hombre casado es tan perverso que si bien sabés el cumpleaños de su suegra, los parásitos del perro y que le faltó la muchacha de la limpieza, en realidad no sabés nada de su vida. Nada esencial.

—Entiendo que yo no estoy al tanto de su vida, en nuestra relación hay ciertos filtros clave que me impiden saber o dimensionar lo complicado que puede estar él, o probable y simplemente que no tiene ganas de estar conmigo. Estas cosas no las sé a menos que él me las diga.

—Y no te las dice.

—Se queda ahí, callado.

—¿Ves? Al menos espero que tengas buen sexo con él, porque un tipo casado solo puede servir para coger, si no se tiene nada mejor a mano. Cualquier otra expectativa es un delirio.

—Pau, creo que te odio.

—Lo mío no es un consejo, es un diagnóstico: dejalo antes de que sientas que perdiste una parte importante de tu vida.

Esa misma noche, Verónica escribió una larga carta dirigida a Lucio. Un *email*, si Lucio usara correo electrónico. La guardó en la carpeta de borradores y se sintió aliviada a pesar de que sabía que nunca se la enviaría. Se durmió imaginando el cuerpo de Lucio ilustrado por ella con una aguja de hacer tatuajes. Se vio escribiendo en el cuerpo de él una carta de amor, mientras la piel de su hombre comenzaba a afiebrarse y sangrar con el dolor.

## VI

Federico era rápido y eficiente. La llamó el lunes al mediodía para decirle que había investigado a Juan García, que había conseguido la causa de Misiones y que tenía su número de documento. Y que ahí comenzaban los problemas. Ese Juan García desaparecía de la faz de la Tierra.

—Vendió unas propiedades que tenía a su nombre y no se quedó con nada. A partir de ese momento no compró ni autos, ni propiedades, ni sacó tarjetas de crédito, ni abrió una cuenta en una caja de ahorro, ni hizo depósitos previsionales, ni pagó impuestos. No tiene registro de conducir, ni seguros de ningún tipo. Cualquiera diría que se murió.

—Pero no está muerto.

—A no ser que los muertos voten. Lo que tampoco sería de extrañar. En el único lugar que aparece es en el padrón electoral. La dirección con la que figura es avenida Julio Roca 3874.

—Sos un genio, Fede.

—Lamentablemente, soy más que un genio, un hombre práctico. Como el cadete está al pedo todo el día, lo mandé a esa dirección para tener una idea clara de cómo vivía. El cadete acaba de volver y dice que esa dirección no existe. Que a esa altura queda el Parque Roca. Y salvo que viva dentro del parque como guardabosques, pareciera que es una dirección trucha.

—No hay guardabosques en el Parque Roca. Es trucha. La dirección es de la Comuna 8, ¿no?

—Como los chicos que murieron debajo de los trenes.

Cuando cortó la comunicación, Verónica estaba furiosa. Sentía que Juan García se estaba burlando de ella. Al hijo de puta ese había que hacerlo saltar. Verónica no sabía todavía cómo, pero ya se le iba a ocurrir. Por lo pronto, debía meterse en terreno enemigo. Debía ir al club Brisas de Primavera.

**¿Quién no conoce a Juan García?**

## I

Los varones amantes del fútbol sienten un placer extra cuando ven un buen picado y es probable que no miren todo el encuentro porque solo diez o veinte minutos son suficientes para descubrir que esos partidos de fútbol, armados informalmente, que no respetan algunas reglas básicas del fútbol, como la ley del *off side*, que no cuentan con la presencia de un árbitro y deben basar su desarrollo en un pacto de caballeros para reconocer las infracciones, los laterales, la legalidad de los goles, algo que no siempre se cumple, esos partidos pueden resultar mucho más fascinantes que un encuentro de fútbol profesional en un estadio y ni qué hablar de verlo por televisión, esa adulteración absoluta del fútbol deporte convertido en mero juego para multitudes que en la mayoría de los casos jamás sabrán del gusto de tirar una rabona, de ensayar una gambeta, o de recibir un hachazo por animarse a avanzar con la pelota dominada entre dos roperos con autorización para matar, como suele ocurrir en los picados.

Había no más de diez personas viendo jugar a esos chicos en la Plaza Calabria. Algunos debían de ser padres o amigos, porque los alentaban llamándolos por su nombre o les hacían indicaciones. Ese pequeño grupo esparcido a lo largo de la improvisada cancha se renovaba con cierto ritmo. Los chicos —enfrentados en equipos de seis o siete jugadores— tenían entre diez y quince años. Era notable la diferencia de textura física entre los más grandotes y los pequeños, como si las distintas edades o el tamaño de los cuerpos no tuvieran alguna importancia a la hora de armar a los equipos.

Entre los que permanecían más tiempo de lo habitual mirando el picado se encontraba Rafael. Había pasado gran parte de la mañana viendo distintos partidos armados en los terrenos del viejo barrio Parque Almirante Brown y había llegado hasta la Plaza Calabria. Buscaba chicos que parecieran de la edad que le había pedido Rivero. Miraba unos minutos y, cuando llegaba a la conclusión de que ahí no se escondía ningún talento especial, seguía recorriendo el parque con el aspecto de un amante del fútbol con todo el tiempo del mundo en esa mañana de sábado de espíritu primaveral.

Los últimos minutos los había pasado observando a esos chicos de la plaza que se movían con rapidez, sin ninguna disciplina táctica, pero con una claridad asombrosa a la hora de saber dónde pararse y adónde ir a buscar la pelota. Como

siempre, las defensas eran rústicas, revoleadoras de pelota, atemorizarían a cualquiera que se les cruzara, sobre todo porque eran los que le sacaban por lo menos una cabeza al resto de los pibes. En uno de los equipos había un morochito no muy alto, flaco, puro nervio, que jugaba con la seriedad de un adulto. En realidad, todos jugaban así, como si fuera la final de un campeonato. El chico morocho corría rápido, tenía dominio de pelota y una zurda que disparaba fuerte. Además, no le tenía miedo a las piernas que raspaban lindo y sabía poner el cuerpo para disminuir el efecto del golpe y a la vez, de paso, golpear al contrario. Ese chico sabía jugar a la pelota y era valiente.

Rafael había llegado con el partido empezado, así que no sabía bien cómo estaba el marcador, pero mientras estuvo ahí el equipo del chico encarador hizo cuatro goles contra dos que hicieron los otros. Cuando terminaron de jugar casi no hubo festejos, como si el resultado fuera lo de menos. Los chicos se reunían en pequeños grupos y el habilidoso estaba con otros tres que empezaron a caminar rumbo a la avenida España. Rafael se les acercó. Los felicitó por cómo jugaban y los pibes, acostumbrados seguramente a que les dijeran eso, no le prestaron mayor atención. Al habilidoso le dijo que él era del club Brisas de Primavera y que estaban buscando futbolistas. Le preguntó la edad. Tenía once. Parecía más chico por la altura. Se llamaba Jonathan. Los otros quisieron saber en qué división jugaba Brisas. Les explicó que era un club de papy fútbol, pero que a muchos los llevaba el propio club a probarse a Vélez o a River, tal como a Rafael le había dicho Rivero. Eso les gustó a los cuatro chicos. Uno preguntó si podían ir a probarse todos y Rafael le dijo que ahora estaban buscando solo para algunos puestos, pero que en el futuro por qué no. Jonathan preguntó qué colores tenía el club y si le daban una camiseta y un pantaloncito para jugar. Violeta y naranja. Sí, le daban el equipo para los partidos oficiales y lo pagaba el club. Eso pareció convencer a Jonathan, que dijo que sí, que iba a ir. Rafael le explicó cómo llegar al club desde el parque. El chico conocía bien las calles, así que entendió perfectamente. Rafael les dio diez pesos para que se compraran una Coca. Los pibes se fueron felices.

Rafael sospechaba que Rivero no buscaba chicos solo para armar un buen equipo de fútbol. Y si él tenía esa sospecha, no debía acercarse a ningún pibe al club. Pero también había pensado que, si no llevaba a nadie, Rivero le iba a hacer la vida imposible. Lo mejor era acercarse a algún pibe y tratar de descubrir los misterios de Rivero.

## II

«¿Y, viejo?». La voz de García sonaba imperante. Y él, acostumbrado a ordenar, a decir lo que se podía hacer y lo que no, se veía obligado a agachar la cabeza (aunque no lo estuviera viendo, aunque todo fuera telefónicamente) y usar un tono de voz que a García le resultara sumiso. Rivero no necesitaba forzarse para que le saliera así. Eran años de trabajar para él, de obedecerle sin chistar. Al fin y al cabo, eran unos pocos minutos al día. El resto del tiempo podía hablar como quisiera, putear al que le viniera en gana. Pero le hubiera gustado ser como García, el tipo que no tenía que medir nunca su voz. Eso era poder: no tener que medirse a la hora de hablar.

—¿Y, viejo?

—Ya está, jefe, ya está arreglado.

—Me están boludeando.

—No es fácil, jefe.

—¿Qué me decís?

—Hay que andar con cuidado con los pendejos.

—Pierdo plata, viejo. ¿Sabés cómo se llama esto? Lucro cesante.

—El pibe nuevo que tengo buscando...

—¿Qué pibe nuevo?

—El que me atiende el bar. Encontró uno que puede andar.

—¿Puede o anda?

—Anda.

—No me boludeen más.

—Y tengo otro.

—Ojo con la familia.

—Por eso le digo, jefe, hay que andar con cuidado.

—¿Y el pendejito ese que anduvo bien?

—No quiere saber nada. Lo fui a ver. No quise apretarlo mucho. Tiene madre.

—Ahora va a ser los martes.

—Sí, jefe.

—Dentro de dos martes.

—Es muy poco tiempo.

—¿Me estás boludeando?

—No, no. Vio que a los pibes hay que vendérsela dulce.

—Vendésela como quieras, pero ya tengo un montón de tipos interesados. Es el martes 27.

—Sí, claro. No va a haber problema.

—A ver si se avivan.

—Sí. Una pregunta, jefe.

—...

—¿Ya está arreglado lo de la familia del chico Vicen?

—La vieja se hizo la difícil. Iriarte la convenció y se van en un par de días.

Cuando cortó, a Rivero le quedó un sabor amargo. Estaba acostumbrado a las órdenes de García, pero no le gustaba mentirle. El pibe que le había traído Rafael estaba todavía verde. No había tenido tiempo suficiente para estudiarlo. En cualquier otra circunstancia se hubiera tomado un par de semanas más para averiguar si ese pendejo podía andar. Además, estaba el otro chico, al que llamaban Dientes. No le gustaba nada que el chico se hubiera propuesto para las vías. Era la primera vez que le ocurría y lo consideraba un mal presagio. Que Dientes se hubiera enterado y lo fuera a buscar demostraba que cualquiera podía saberlo. No le gustaba que el Peque hablara ni dejar esas cosas al azar.

Se sentó a la mesa del bar y Rafael apareció con el fernet. Le sirvió una medida generosa, como a él le gustaba.

—Che, el pibe que trajiste...

—Jonathan.

—¿Estás seguro de que en el parque estaba solo?

—Estaba con unos amigos.

—Sin familia, quiero decir.

—Sí, estaba solo.

—Y esos pibes, ¿ninguno era el hermano o el tío?

—Eran más o menos de la misma edad de Jonathan. No creo que fueran parientes.

¿Podía confiar en Rafael? No parecía muy avisado. Eso podía ser bueno o malo, según el momento. Tomó un sorbo largo de su vaso. No tenía mucho margen de acción. Apenas dos semanas. Iría con ese Jonathan y Dientes. Habría que estar un poco más atento que lo habitual.

### III

Tenía un billete de dos pesos, una moneda de cincuenta centavos, otra de veinticinco, tres de diez y una de cinco centavos. En total, tres pesos con diez. Observó la plata extendida en un escalón como si el dinero fuera un oráculo que le diría el futuro. El Peque no sabía qué era un oráculo, pero tenía una tía que miraba la borra del café y le podía decir a la persona que lo había tomado si iba a morirse o si iba a ganar la lotería. Sin poder adivinar qué sería de él, dobló prolijamente el billete y lo guardó en el bolsillo del pantalón junto con las monedas. En el otro bolsillo tenía un chicle. No faltaba mucho para que su mamá lo llamara para cenar, pero igual se puso el chicle en la boca. Si su madre se enteraba, se lo iba a hacer escupir de un golpe en la nuca.

El Peque estaba sentado en la escalera que llevaba a la terraza. Desde ahí podía observar el patio y la puerta de entrada. No tenía ganas de subir a la terraza ni de ir hasta la plaza. Dientes debía de estar haciendo los deberes o bañándose. Mascó el chicle con indiferencia y aburrimiento.

A pesar de que ya era casi de noche, lo reconoció. Había entrado Rafael, el hombre que atendía el bar del club. Traía unas bolsas de supermercado en las manos y, al traspasar el umbral, se había quedado detenido por unos segundos, como si no supiera qué hacer. Seguramente lo había mandado Rivero para convencerlo de que volviera a jugar al club, o para que volviera a competir en las vías del tren. O tal vez había venido para matarlo, porque por su culpa Vicen ya no estaba. No tenía tiempo de esconderse en la terraza ni de salir corriendo hasta la pieza donde estaba su madre. Sólo quedaba hacerse chiquito y que Rafael no lo viera. Permaneció sin respirar, pero no sirvió de nada. Rafael lo había visto y venía hacia él.

—Hola, Peque, ¿qué hacés acá solo?

El Peque se encogió de hombros. Si su madre se asomara en ese momento, podría zafar e irse para adentro. Pero no había nadie en el patio.

—Hace mucho que no venís por el club.

—Mi mamá no me deja. Quiere que estudie más porque me va mal en la escuela.

—Me parece bien. Primero la escuela, después la diversión. Es lo que siempre le digo a Martina.

—¿A Martina?

—Sí, a tu amiga Martina. Es mi hija.

—¿En serio?

—¿Te acordás que te dije que yo había vivido acá? Antes vivía con Martina y su mamá. A vos te conozco desde que eras chiquitito.

—¿Ah, sí?

¿Entonces no venía a buscarlo? ¿Venía a visitar a Martina?

—En el club te extrañan. Bueno, no todos. A los que les pegabas patadas no.

—Todos pegan patadas en Brisas.

—Es verdad. Bueh, voy a ver si están Martina, su mamá y mi madre, la abuela de Martina.

—¿Doña Esther es tu mamá?

—Ajá.

Rafael comenzó a alejarse hacia la casa de Martina. Como si se hubiera olvidado de decirle algo, volvió a la escalera. Buscó en una de sus bolsas y sacó un paquete de galletitas Rumba. Se lo ofreció.

—Tomá.

¿No le iba a decir de volver al club? ¿De volver a competir en las vías?

—Gracias.

Ahora sí, Rafael fue hacia la casa de Martina. Golpeó la puerta y apareció Andrea. Le dio un beso en la mejilla y lo hizo pasar. El Peque aprovechó para ir casi corriendo con su mamá. Entró agitado a la cocina, donde su madre cocinaba una salsa de tomates para los fideos.

—Eh, ¿quién te corre? ¿Y esas galletas?

—Me las regaló el papá de Martina, que vino a visitarla.

—¿El papá de Martina? ¿Rafael?

El Peque movió afirmativamente la cabeza y su madre hizo el gesto contrario.

#### IV

Lavó los vasos, los platitos de las picadas, los recipientes del triolet que acompañaba a la cerveza y los aperitivos. Repuso bebidas gaseosas en la heladera. Anotó que había que comprar aceitunas y papas fritas. El trabajo que Rafael hacía a diario. Cada tanto echaba una mirada hacia la cancha donde practicaban los chicos, entre ellos Jonathan, el nuevo jugador que él había acercado y que le había permitido ganarse unos pesos extras. Gracias a ese dinero había podido hacer una buena compra en el supermercado para su madre y su hija; no había elegido artículos básicos sino aquellos que ellas podían tomar como un lujo. Había conseguido sorprender a Andrea y estaba orgulloso. De eso y de haberse retirado después del café sin ni siquiera sugerirle quedarse. Le hubiera gustado acariciarla, pasar la noche con ella, sentir la respiración de Andrea cerca de él como cuando eran jóvenes. Pero no era el momento. Debía pasar por varias pruebas si quería recuperar a su mujer.

La felicidad del dinero no le impedía ver que algo raro estaba pasando en ese club y que el responsable era seguramente Rivero. Había muerto un chico. Había visto el rostro asustado del Peque cuando se lo cruzó en el patio de la casa. Por un momento pensó que iba a salir corriendo. Él siempre había tenido la mejor onda con el Peque y este hasta venía siempre a saludarlo. Le gustaba convidarle con unas papas fritas o unos pedacitos de jamón. En circunstancias normales, el Peque debería haberse alegrado de verlo. Y eso confirmaba que no había circunstancias normales alrededor de la ausencia del Peque en el club.

Hubiera seguido inmerso en sus cavilaciones si no lo hubieran interrumpido. No la vio llegar, porque sus ojos estaban concentrados en los chicos que jugaban a la pelota. Así que se sobresaltó cuando ella le habló. La mujer se había apoyado con los codos en la barra, como hacen los chicos a los que no les da la altura y se cuelgan para que los vean. Pero ella no tenía problemas de talla. Era una mujer alta y bastante joven, lo suficiente como para no ser la madre de ninguno de los chicos que estaban jugando.

—¿Puedo hablar con vos?

Cuando en los días siguientes Rafael pensara en Verónica, se le presentaría esa imagen de la periodista con ese gesto entre infantil y seductor, el tono de voz bajo, apenas un poco más alto que un susurro, la mirada que invitaba a la

confianza, la sensación de que esa chica que lo interrogaba no tenía nada que ver con todo lo que lo rodeaba, con ese bar de club, pero tampoco con la vida.

—Me llamo Verónica Rosenthal, soy periodista de la revista *Nuestro Tiempo*.

¿Te puedo molestar unos segundos?

Podía, todo el tiempo que quisiera.

—Estoy haciendo un artículo sobre el fútbol infantil en los clubes de barrios.

¿Hace mucho que trabajás en Brisas?

—Hace unos pocos meses.

—¿Siempre en el bar?

Siempre atendiendo el bar del club. ¿Cómo decirle que ahora también buscaba chicos para llevarlos a Brisas? ¿Cómo explicarle que sospechaba que en ese club pasaba algo raro? ¿Qué le podía interesar a una periodista que buscaba descubrir un Messi de diez años?

—Esta es una zona rodeada de barrios muy pobres. ¿Vienen chicos de esos barrios a jugar acá?

—Sí, bastante.

—Me imagino que se deben encontrar con muchos problemas, ¿no?

—¿Problemas?

—Sí, chicos abandonados de la mano de Dios, que tal vez no van a la escuela o no tienen padres que les den una alimentación adecuada, por ejemplo.

—Algo de eso hay. Igualmente, el que sabe bien todo es Rivero, que maneja los equipos de fútbol infantil.

Le señaló la cancha, donde el técnico daba indicaciones. Verónica le preguntó en cuánto tiempo terminaba el partido. Rafael le explicó que el entrenamiento acabaría en veinte minutos. Ella dijo entonces que iba a esperar. Le pidió un café y se sentó a una de las mesas. Los pocos parroquianos que había en el local la miraron como se observa a un pájaro exótico en un zoológico. Verónica sacó los cigarrillos, pero se dio cuenta de que no podía fumar dentro del bar, así que dejó sus cosas y se fue hacia la puerta. Desde ahí vigilaba su cartera y la llegada del café. No había terminado el cigarrillo cuando Rafael llevó el pedido a su mesa. Verónica tiró el pucho y fue a sentarse.

—Me imagino que conocés las historias de todos los chicos que pasan por acá.

—Los chicos son muy transparentes. Uno se da cuenta enseguida si tienen problemas.

—¿Y qué problemas pudiste observar?

—Muchos chicos necesitados de que un adulto se preocupe por ellos.

—Y el club se ocupa de ellos.

—En parte sí.

—El técnico es como un padre, ¿no?

—El técnico es muy importante para ellos. Por eso lo mejor es que hables con Rivero.

Verónica abrió su cartera y buscó algo. Sacó una tarjeta personal y se la dio a Rafael.

—Ahí están mis datos. Quiero hacer una nota con muchas historias de vida. Si recordás alguna y querés contarme, llamame o escribime.

Rafael apenas miró la tarjeta y la guardó en el bolsillo del pantalón. No estaba tan loco como para contarle sus preocupaciones a una periodista que quería escribir una loa a los clubes de barrio.

## V

Si algo había aprendido en esos veinte años que llevaba trabajando para García, era a resolver problemas. Desde que su hermano lo había llevado a trabajar con él a Misiones, Rivero se había dedicado a arreglar lo que le pidieran sin dudar. Y pensar que había dudado antes de irse a Misiones. Tenía treinta años y jugaba para Tiro Federal, que por entonces estaba en la segunda división, y él ni siquiera era titular. Con lo que ganaba no podía ni llegar a fin de mes. Ya había pasado su cuarto de gloria unos años antes, cuando había jugado en la primera de Platense y le había hecho un gol a Independiente sobre la hora. Podría haber seguido jugando unos años más en el interior, en algún club que disputara el Argentino A. No era la vida de futbolista que había soñado. Así que colgó los botines y se fue con su hermano a Misiones, donde García había ganado la intendencia de Capitán Pavone y el dinero parecía fácil de obtener. Y fue lo que sucedió.

No se hizo millonario ni mucho menos. La plata que se gana fácil, también fácil se va. Y a Rivero le gustaba meterse en todo lo que García manejaba: juego, drogas, putas. Apostaba fuerte, consumía mucho, pagaba mujeres caras. Necesitaba compensar la adrenalina que le despertaba el trabajo, la emoción de tener poder, de hacer cumplir lo que García quería. En un mundo sin corrupción, Rivero hubiera sido un perfecto policía. Le gustaba hacer cumplir la ley. Salvo que él se movía con las leyes de García. Y entre los mandatos de su jefe, no faltaba la sangre, el engaño, el secuestro y la muerte. Cuando García vio que se estaba desmadrando, que obedecía demasiado, lo puso en un lugar más tranquilo, pero no por eso menos importante. Era el responsable de trasladar a las mujeres a los prostíbulos del resto del país. Chicas misioneras, chaqueñas, algunas paraguayas, que iban a parar a lugares lejanos de la Patagonia, de Mendoza; algunas incluso seguían rumbo a Chile o Brasil. Estaba bueno ese trabajo. Había menos juego, poca droga y se cogía a las minas gratis.

Después llegó el desbande. El laburo disminuyó notablemente, cada uno hizo lo que pudo y quedó la promesa de García de que no se iba a olvidar de los que le habían sido leales. Y Rivero podía ser cualquier cosa, pero antes que nada era un perro fiel de García. Así que, cuando su jefe se instaló en Buenos Aires, lo volvió a llamar. Ya no había mujeres con las que divertirse impunemente, pero García

le había conseguido una ocupación que lo conectaba con su pasión juvenil: el fútbol. Sin embargo, no había vuelto a sentir la emoción que lo atrapaba cuando era futbolista. Apenas si la sensación de que su vida seguía conectada a la pelota. Al fin y al cabo, no estaba ahí para sacar a ningún equipo campeón. Estaba para otra cosa y eso lo hacía muy bien.

Por ejemplo, ese día había terminado de convencer al nuevo, a Jonathan, para que participara con Dientes en la competencia de las vías. Dientes no había ido en esos días, pero sabía que con él no iba a tener problema, que su participación en el equipo de fútbol era una formalidad. Quería estar en la vía. Tenía que seguir buscando chicos como Dientes o Jonathan. Pibes valientes y no esos pelotudos que sueñan con ser Maradona y que nunca van a llegar a nada.

Fue hacia el salón para tomar su fernet. Rafael se le acercó con la bebida y le dijo que había una persona esperándolo para hacerle una entrevista. Recién entonces Rivero miró hacia la mesa donde estaba la mujer. Era una chica que miraba hacia donde él estaba. Rivero le hizo un gesto invitándola a acercarse a la vez que Rafael se iba. Ella se puso de pie, tomó la cartera y el saco y fue hacia su mesa. La minita estaba muy bien. Rivero sintió que por su cuerpo le corría un cosquilleo. Lo que siente un predador al descubrir a una presa.

La mujer en cuestión se llamaba Verónica no-sé-cuánto y estaba haciendo una nota sobre los chicos que practican fútbol en los clubes de barrio. Era de la revista *Nuestro Tiempo*. Rivero tenía un vago conocimiento de esa revista. No le sonaba bien. Era una revista de denuncia o algo así, de esas que defienden los derechos humanos y les encanta ensuciar a la policía. Pero a una dama tan hermosa (y esas fueron las palabras que usó) no podía decirle que no. Que lo entrevistara y lo grabara nomás.

Ella le preguntó por la importancia de formar a los jugadores desde pequeños, de cómo los clubes de barrio son la cantera de los clubes grandes. Hacía preguntas con una seguridad que a Rivero le resultaba molesta. Él contestaba exagerando sus méritos, los logros al frente de los equipos infantiles de Brisas de Primavera. Esa periodista tenía que verlo como un entrenador exitoso. Mientras la oía hablar tan segura, pensaba que estaría bueno cruzarse con una mina así en un boliche, *whisky* de por medio. Le hubiera dicho al oído lo que esa clase de mujeres esperan que un hombre les diga.

—Me imagino que para usted, como técnico del equipo en que jugaba, tuvo que ser muy terrible que Vicente Garamona muriese.

Era como frenar de golpe, chocar contra algo y que el airbag te diera en la cara. Por un segundo, o más, no pudo respirar.

—No entiendo.

—Vicen, el chiquito de once años que murió arrollado por un tren hace unos diez días.

—Sí, fue muy duro para todos.

—¿Cómo se enteró?

—¿Cómo me enteré de qué?

—De su muerte. ¿Le avisó alguien, lo vio por la tele?

—Ya no recuerdo. Fue muy duro. Creo que me avisó uno de los chicos que era amigo de él.

—Tuvo que haber sido difícil hablar con su mamá. ¿Habló con ella?

—Sí. Fue una desgracia. Mire, señora...

—Verónica, llámeme Verónica.

—Mire, Verónica, todavía es todo demasiado terrible. No veo que esto tenga un interés especial para su nota sobre los clubes de fútbol.

—Es cierto. Tiene razón. Pero, como dijo usted, es tan duro que no pude evitar sacar el tema. Si le parece, dejamos a Vicen y seguimos hablando de cosas más lindas.

La periodista le hizo un par de preguntas y él contestó sin pensar. Su mente estaba en otra parte. Trataba de descifrar quién era esa mujer, qué buscaba, cómo sabía que Vicen jugaba en ese club si esa información no había salido en ninguna nota, y ni siquiera estaba en la causa. Algo iba muy mal. Fue un alivio que ella, con una sonrisa, le dijera que tenía material suficiente para su artículo. Guardó el grabador y sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor. Le dio la mano y cuando se estaba yendo, como recordando una pregunta menor que había quedado en el tintero, le dijo:

—Ah, perdón que le siga haciendo perder tiempo. ¿Usted conoce a Juan García?

—No conozco a ningún Juan García.

La periodista se rio como si hubiera hecho un buen chiste.

—Vamos, Rivero, todos conocemos a un Juan García. Es como Juan Pérez.

—Yo no conozco a ninguno.

—No se preocupe. Es el técnico de otro equipo. Pensé que tal vez habían trabajado o jugado juntos.

Se dio media vuelta y se fue. Rivero se quedó mirándole el culo, pero fue algo instintivo, porque no pensaba en ese culo que se alejaba hacia la salida. De hecho, no pensaba en nada. Simplemente se repetía: esta mina está loca. Al final pudo agregar algo más a su letanía: y es peligrosa.

## VI

Fue cuatro días más tarde de que estuviera la periodista por el club, cuando apareció Dientes a entrenar en el equipo. Rafael se sorprendió al verlo pasar hacia la cancha y ponerse a las órdenes de Rivero. ¿Qué hacía el amigo del Peque en el club? O, en todo caso, ¿por qué no había ido cuando el Peque era jugador de Brisas? Le hubiera gustado acercarse, hablar con él, pero temía que ese gesto fuera mal visto por Rivero. Sobre todo porque era evidente que los ánimos estaban caldeados. Rivero le había preguntado por la periodista y él le contestó que casi no había hablado con ella. Si Rivero le creyó o no, era lo de menos. El clima en el club se había alterado y Rafael no quería llamar la atención.

Esa tarde lo vio a Dientes corriendo a la par de los otros futbolistas. Dientes se acercó al bar con sus compañeros para tomar una Coca, pero Rafael no dijo nada. Decidió ir a la mañana siguiente a la casa de los chicos.

Le resultaba raro ir hasta ahí sin pensar que iba a visitar a Martina. Se acercó a la puerta de la casa y se quedó unos minutos esperando ver aparecer a Dientes o al Peque. Tomó valor y abrió la puerta de calle que siempre estaba sin llave. Pasó al patio y tampoco vio a nadie. Fue hacia la escalera y subió a la terraza. Ahí estaba el Peque. Esta vez el chico no lo miró con la cara de terror de la última vez. Era algo a favor.

—Peque, ¿me acompañás al chino que quiero comprar unos postrecitos para Martina y no tengo idea de qué llevar?

Salieron juntos sin cruzarse con nadie. Caminaron hasta el negocio de Julián, que estaba atendiendo la caja y lo saludó con un gesto ampuloso. El Peque eligió postres, gelatinas, flanes, madalenas, galletitas rellenas. De cada producto, Rafael separó uno para el Peque y lo puso en una bolsa aparte. El Peque saltaba de contento con su bolsa. Recién cuando estuvieron de nuevo en la calle, Rafael sacó el tema de Brisas.

—Tus amigos del club te extrañan.

—Yo ya le dije a Rivero que no iba a volver. ¿Él te mandó a buscarme?

—Él no me mandó. Nada que ver.

—Yo no quiero jugar más.

—Dientes está yendo.

El Peque no respondió. Caminaba concentrado en las baldosas de la vereda como si le fuera la vida en contarlas o en no pisar las líneas. Rafael decidió ser más directo.

—Peque, yo no sé por qué dejaste de ir al club. Tampoco sé por qué tenés tanto miedo. Dejaste de venir justo cuando murió Vicen y la verdad es que no sé si una cosa tiene que ver con la otra. Pero lo que me preocupa es que ahora vaya Dientes y termine aterrado como vos. O que a cualquier chico del club le pase algo malo.

—Yo no tengo nada que ver.

Era tan chico, tan débil ante el mundo de los adultos, tan necesitado de protección. Rafael pensó en abrazarlo. Hacerle sentir que estaba seguro. No había razón para que viviera con ese miedo.

—Peque, vos sos chico para entender algunas cosas, pero cada día que pasa me siento más responsable de que Martina esté bien. Y tampoco quiero que a ustedes dos les pase algo. Confiá en mí como si fuera también tu papá.

Sin sacar la vista de las baldosas, el Peque le dijo:

—Es que si le cuento a alguien, me van a matar o voy a ir preso.

Rafael se puso en cuclillas para quedar a la altura del Peque. Le tomó suavemente la cara para que lo mirase a los ojos.

—Peque, nadie te va a hacer nada malo. Te lo prometo. Lo mejor es que me cuentes a mí.

—Yo solo quería ganarme cien pesos.

## VII

Se sentía mareado, como aquellos primeros días en los que había dejado de consumir merca y el mundo le parecía como algo ajeno, que no lo contenía. Acompañó al Peque hasta la casa. Le dio un abrazo y le prometió que nadie le iba a hacer daño ni a él, ni a Dientes, ni a nadie. Llamó a la puerta del departamento de su mujer y apareció Martina. Le dijo que pasaba por ahí y que le había comprado algunas cosas. La abuela de Martina, su propia madre, lo invitó a pasar, pero él no quiso. Salió de la casa y seguía perdido como unos minutos antes, cuando todas sus sospechas se habían convertido en certezas.

Rivero usaba a los chicos para un juego criminal.

Rivero era un asesino.

Rivero tenía cómplices.

Dientes estaba en peligro, como cada chico que jugaba en Brisas.

A esa hora Rafael tenía que entrar a trabajar, pero no fue al club. Ya no podía volver y seguir atendiendo el bar. Su último día ahí había sido el anterior. Ya no iba a regresar a Brisas.

En cambio se dirigió hacia el supermercado de su amigo Julián. A pesar de que había mucha gente, le dijo que necesitaba hablar con él. Debía de notársele en la cara que algo terrible ocurría, porque Julián no dudó en dejar la caja en manos de su esposa e ir con él al bar de la esquina.

—¿Pasó algo con Martina o con tu exmujer? —preguntó Julián apenas cruzaron el umbral del súper.

Cuando llegaron al bar, Rafael ya le había contado casi todo: sus sospechas, lo que le había dicho el Peque. La muerte de Vicen, el terror del Peque, el peligro que corría Dientes y tal vez el chico que él mismo había acercado al club.

—¿Y qué vas hacer? —le preguntó Julián mientras se acomodaban en una mesa del café alejada del resto de los parroquianos.

Rafael le contestó inmediatamente, como si ya hubiera tomado una decisión definitiva e inmodificable.

—Denunciarlos. Ese tipo y sus socios tienen que estar presos.

—No conozco todas las costumbres argentinas, pero ¿no es peligroso hacer eso?

—Alguien tiene que hacerlo.

Y ese alguien era él.

Fue caminando hasta la comisaría. Había varias personas delante. Cuando le tocó el turno de ser atendido, dijo que iba a poner una denuncia. El policía del mostrador le preguntó si era por robo, desaparición de persona o amenazas de un tercero. Rafael le dijo que quería denunciar a una persona que era la responsable de la muerte de un chico o de varios. El policía lo miró unos segundos y movió afirmativamente la cabeza como si estuviera pensando qué decirle. Le pidió (o le ordenó) que esperase, que ya lo iban a llamar. Después de media hora, en la que atendieron a algunos que llegaron después de él, un oficial lo hizo pasar a un escritorio. Tuvo que darle el documento y los datos de donde vivía, oficio y estado civil para que el policía llenara una ficha. Con la misma indiferencia que le había preguntado la dirección de residencia, lo interrogó por la razón de su denuncia. Rafael le dijo que trabajaba en el club Brisas y que había descubierto que el entrenador usaba a los chicos para una competencia en las vías del tren Sarmiento, y que eso había provocado por lo menos la muerte de un chico hacía unos pocos días. El policía volvió a mover la cabeza como si estuviera pensando y con amabilidad le dijo que esperase unos segundos. Regresó en unos pocos minutos y le pidió que lo acompañara. Cruzó la comisaría hasta llegar a una oficina. El policía le pasó los papeles de su ficha a una persona de civil que estaba sentada detrás del escritorio y que se puso de pie para darle la mano a Rafael.

—Soy el comisario Carabel, tome asiento por favor.

Rafael volvió a repetir lo que le había dicho al oficial. Agregó todo lo que sabía sobre Rivero y la próxima competencia. Después calló. Ya no tenía más nada para decir. Ahora el comisario conocía todo sobre la actividad criminal de Rivero.

—¿Usted se da cuenta de que está denunciando a una asociación delictiva que parece muy peligrosa?

—Me imagino que sí, que son peligrosos.

—Le agradezco muchísimo la valentía que usted ha mostrado. La mayoría de la gente prefiere mirar para otro lado, hacerse la boluda. El famoso no te metás.

Se hizo un silencio como para remarcar más las palabras admirativas del comisario. Luego continuó:

—Lo que tampoco me gustaría es que su vida corriera peligro. Mire, usted me dio muy buenos datos como para que avancemos con esto. Yo prefiero por seguridad que la denuncia sea anónima. Así que si le parece rompo esta ficha con sus datos y actuamos de oficio. Los efectos sobre este grupo delictivo van a ser los mismos.

Rafael estuvo de acuerdo y el comisario rompió la ficha. Tiró los restos en la papelería y le dio la mano a la vez que le volvió a agradecer su actitud comprometida con la sociedad. Esas fueron sus palabras.

Rafael salió de la comisaría con la sensación de que había hecho algo

importante. Ahora debía volver a la casa para hablar con la madre de Dientes.

## VIII

Llegó a la casa unas tres horas después de la charla con el Peque. Fue directamente al departamento donde vivía la familia de Dientes. Golpeó un buen rato, pero nadie apareció. Del departamento en el que había vivido hacía ya tanto tiempo se asomó su madre. Rafael se acercó tratando de parecer natural y para nada alterado, pero no debía de conseguirlo porque ella lo miraba con preocupación. Le dijo que buscaba a la mamá de Dientes porque tenía que contarle algo del club donde el chico jugaba.

—Entonces no va a poder ser hasta dentro de un buen rato. La abuela de Dientes se descompuso y la llevaron al hospital. Me imagino que Rosa volverá para la hora de la cena.

Su madre le hablaba observándolo con detenimiento. Era la segunda vez que aparecía en el día y eso no le resultaba para nada normal, pero no se animó a averiguar nada más. Rafael le preguntó por Martina. Ya se había ido a la escuela.

—Bueno, decíle a Andrea que...

¿Decirle qué? ¿Que la quería, que cuidara de Martina, que quería volver con ella? ¿Qué de todas esas cosas podía decirle por intermedio de su madre?

—No, no les digas nada. Mejor la llamo por teléfono.

Caminó sin rumbo un par de horas. Pensó en volver a la casa para ver si había regresado la madre de Dientes, pero la idea de que su propia madre se preocupara por él, o de que tuviera que darle más explicaciones, lo hizo desistir. Iría a la noche. Además, por entonces ya estaría Andrea y con ella sí podía compartir lo que sucedía.

A esa hora, en el club ya se habrían resignado a su ausencia. Ni siquiera podía ir y hacerse el tonto. Se sentía agotado. Fue hacia la pensión donde estaba viviendo. Pasó por delante del supermercado de Julián, pero no tenía fuerzas para contarle las novedades de las últimas horas. Se metió en su habitación y se tiró en la cama. Se preguntó qué estaría haciendo la policía con la información que él les había pasado. Si iba a haber detenciones. ¿Cómo tendría que actuar si en los próximos días no había novedades? Estaba tan cansado que a pesar suyo se quedó dormido.

Cuando se despertó había comenzado a oscurecer. Salió de la habitación y fue hasta el baño compartido para mear y lavarse la cara. Necesitaba estar bien

despierto. Todavía era temprano para ir a la casa de Dientes. Se sentía ansioso, con los nervios alterados. Necesitaba al menos tomar algo. Una cerveza, aunque más no fuera una cerveza. Se compraría dos, una sin alcohol y otra común. Tomaría la sin alcohol primero y, si le resultaba suficiente para engañar a su cuerpo, dejaría la cerveza normal en la puerta del vecino. Un regalo que no iba a esperar.

Cuando bajó para ir al supermercado ya era de noche. Caminó unos pasos hacia allí. No los vio llegar. Iba distraído calculando que ya no tenía tanto tiempo para ir a la casa de Dientes. Que debía apurarse en tomar la cerveza sin alcohol o las dos y salir rápido para la casa. No los vio venir y entonces no se pudo defender. El primer golpe lo recibió en la boca del estómago. En un instante estaba rodeado de varios tipos. Uno de ellos lo golpeó con la rodilla en el muslo y otro le metió una trompada en la cara que apenas pudo esquivar. Sin embargo, el dolor de la pierna y la falta de aire lo tiraron al piso. No podía ver quiénes le pegaban. Eran solo brazos, piernas, una boca que decía:

—Andá a denunciar esto a la policía, hijo de puta.

Le llovían patadas en todas las partes de su cuerpo. Sintió que se ahogaba con su propia sangre y que apenas veía por un ojo. Fue en ese momento que le pareció sentir el percutor de un revólver. No atinó siquiera a cerrar el ojo que le quedaba sano. Pero el ruido del disparo no llegó. Las piernas lo seguían pateando, pero cada vez menos. Alguien más había entrado en la pelea y no estaba contra él. Alguien lo defendía, pegándoles a los otros. Tal vez lo estaba soñando. Antes de perder la conciencia, vio a Julián repartiendo patadas contra todos los tipos. Y parecía estar ganando la pelea.

## IX

Le dolían los testículos, el bajo vientre y la pierna izquierda. Le ardía la cara, tenía náuseas y respiraba con dificultad. Sentía un regusto a sangre en la boca. Tenía sed. Habló y la voz le salió muy débil.

—Tengo sed.

Alguien le levantó la cabeza y ahí descubrió que tenía la espalda y el cuello como astillados. Le dieron un vaso de agua. Seguramente podía abrir los ojos, pero no quería. El gusto a sangre seguía ahí. Al menos tenía la boca húmeda. Le hubiera gustado limpiarse los labios con la mano. Intentó mover el brazo y no pudo.

Sintió la voz de Julián que le decía algo de abrir la boca. Sintió los dedos del chino en su cara. Le estaba poniendo unas pastillas en la lengua. Le pedía que tragara. Le acercó de nuevo a los labios el vaso de agua.

Estaba transpirando. Abrió los ojos —el derecho apenas— y todo estaba oscuro alrededor. No había nadie. Pudo vislumbrar unos estantes con mercadería. Volvió a cerrar los ojos.

Sintió la presencia de alguien a su lado.

—¿Sentís mejor?

Dijo que sí. Julián estaba sentado cerca de él.

—¿Estoy en el supermercado?

—En el depósito. Quise llevarte más al fondo, pero mi mujer dijo que te deje aquí. Yo me enojé, pero tiene razón. Acá, mucha tranquilidad. No molesta nadie.

—¿Qué hora es?

—Ocho de la mañana. Abro en una hora.

—Casi me matan.

—Culpa mía, me descuidé. Yo, amenazado por chinos. Puse cámaras por todos lados. Justo miraba y vi auto. Muy sospechosos. Vigilé dos horas. Justo tuve que cobrar a cliente que pagó con cien botella de cerveza. No quería pagar el envase. Cuando volví a mirar, cuatro hombres salían del auto. Te vi en cámara. Le grité a Víctor para que atendiera la caja y fui corriendo.

—Me salvaste la vida.

—Culpa mía. Si ver antes, no te golpeaban tanto. Hacía mucho que no practicaba kung-fú. Muy blanditos los cuatro. Se fueron enseñuida.

—Sabían de la denuncia que hice en la policía.

—Entonces ser policías. O amigos de policías.

Rafael se sentó. Estaba en un catre armado con cajones de gaseosas dados vuelta y cubiertos por un colchón. Rafael necesitaba ir al baño. Tenía retorcijones y un sudor frío se le había instalado en la cabeza. Julián lo llevó hasta el baño del fondo. Ahí vivían Julián, su mujer y los otros tres chinos que trabajaban para él y que no hablaban todavía castellano.

Se quedó un buen rato en el baño. Se miró en el espejo. Tenía un ojo hinchado y semicerrado. Un raspón importante le cruzaba la cara, como si se hubiese arrastrado por el asfalto. Puso la cabeza debajo del agua y se sintió mejor. Con suerte se le había cortado la descompostura.

Cuando volvió al depósito, Julián ya había traído unas pastillas de carbón y unos calmantes.

—Tomate todo.

Rafael obedeció. Había sido un error denunciarlos. Si no hubiera aparecido Julián, lo habrían matado a golpes o lo habrían rematado de un tiro. No podía volver a la pensión, no podía ir a la casa de su familia sin ponerla en peligro. Tampoco podía quedarse en lo de Julián.

—Gente muy peligrosa. Tenés que pensar muy bien o te matan.

Julián tenía razón. Estaba perdido. De pronto se le ocurrió una idea. Buscó en el bolsillo trasero del pantalón. Ahí estaba. Sacó la tarjeta y leyó: «Verónica Rosenthal, periodista, revista *Nuestro Tiempo*». Había una dirección, un *email*, un teléfono de línea y un celular.

Milagrosamente, su propio teléfono se había salvado de los golpes. Decidió llamarla. Ella iba a poder ayudarlo. Lo único que esperaba es que no lo tomara por un demente que estaba inventando una historia fantástica.

**Cuises, gacelas y chacales**

## I

Cuando Verónica llegó al club Brisas de Primavera, se quedó unos segundos en la vereda de enfrente observando el edificio. No tenía mucha experiencia en clubes de barrio, pero a simple vista no parecía distinto de cualquier otro. Finalmente, cruzó y entró a Brisas.

No llevaba ningún plan en especial, salvo decir que estaba preparando una nota sobre el fútbol infantil barrial. Lo siguiente era improvisar. Una buena periodista debía ser como un buen músico de *free jazz*.

En el bar había unos pocos parroquianos con caras de aburrimiento que no le prestaron atención. Fue hacia la barra, atendida por un muchacho que miraba muy concentrado hacia la cancha de fútbol. Observaba cómo jugaban los chicos. Eso le permitió a Verónica tomarse unos segundos para observarlo a él. Era un flaco de aspecto débil, con una barbita bien cortada y vestido de manera humilde pero prolija. Tenía algo animal, como si fuera un cuis, como los que había en la Córdoba de su infancia. No debía asustarlo. Así que trató de sacar a Verónica más amigable. Apoyó los codos sobre la barra que estaba muy limpia, lo llamó y le sonrió.

—¿Puedo hablar con vos?

Cuando tiempo después Verónica recordara a Rafael se le aparecería esa imagen de muchacho frágil, con ganas de huir de esa historia en la que estaba atrapado.

Le bastaron unas pocas preguntas para darse cuenta de dos cosas: que Rafael no pertenecía al grupo de los delincuentes y que ocultaba algo. Se imaginó que ese muchacho debió de haber sido un preso recién salido de la cárcel, o un exadicto en proceso de recuperación. Algo que lo hacía sentirse culpable en medio de una sociedad dispuesto a agredirlo. A Verónica le hubiera gustado decirle «tranquilizate, sos inocente; los demás son los hijos de puta». Pero tampoco se animó a tanto.

Ella insistió con las preguntas y él se escabulló señalándole a Rivero que estaba en la cancha entrenando a los chicos. Era un tipo no muy alto, pasado de kilos, vestido con un equipo de gimnasia Adidas. Llevaba colgado al costado, como un vaquero su arma, un teléfono celular. Pensó: si el técnico de Atlanta entrenara a los pibes con el celular en la mano, le daríamos una patada en el culo

para que fuera volando hasta la cancha de Chacarita.

Le pidió un café a Rafael y se sentó junto a una de las mesas. Ahora sí sintió la mirada de los otros tipos sentados en el bar. Sacó los cigarrillos, pero se dio cuenta de que no podía fumar ahí, así que decidió dejar su cartera y se fue hacia la puerta. Cuando vio que Rafael se acercaba a su mesa, tiró el cigarrillo y regresó para seguir hablando, pero él volvió a nombrar a Rivero. Repetía su nombre por segunda vez y el tono lo delataba. Pobre Rafael, no debía de saber mentir, ni siquiera disimular. Lo mejor era darle la posibilidad de que él se pusiera en contacto con ella. Que dijera lo que el miedo le obligaba a esconder. Le dio una de sus tarjetas personales, que Rafael guardó precipitadamente, como si le hubiera pasado un papel con cocaína o con la publicidad de un prostíbulo.

## II

El tipo se acomodó en una mesa a pocos metros de Verónica sin percatarse de su presencia. Rafael se le acercó y le avisó que ella lo estaba esperando. Rivero la miró con cierta desconfianza y le hizo un gesto para que se acercase. Verónica tomó su cartera y la campera y fue hacia donde estaba él. El tipo era un lugar común. No se necesitaba ser un observador perspicaz para darse cuenta de que ese hombre era una suma de obviedades: aspecto desordenado, actitud libidinosa, cuerpo fofo, una pelada cruzada por unos pocos pelos grasientos. Pero todo eso solo hubiera sido un prejuicio casi lombrosiano, de no ser por la mirada. Eran los ojos los que no mentían. Verónica estaba acostumbrada a toda clase de vistazos masculinos. No era que la mirase como un viejo pajero ante una chica linda. Eso lo hubiera soportado con la naturalidad del caso. Era algo agresivo, intimidante, lo que salía de sus pupilas. Lo que despertaban esos ojos era miedo.

El tipo le dio la mano y dijo su nombre. Verónica tomó asiento y le contó que estaba preparando un artículo sobre los clubes de barrio. Hizo las preguntas que se espera que un periodista haga en estos casos. Incluso revisó varias veces una libreta que llevaba encima, como si leyera sus propias notas al respecto. Lo hacía para evitar mirarlo, no tanto porque le desagradaba como porque estaba convencida de que los ojos pueden ser un arma que hay que saber disparar a tiempo. Así que prefirió parecer perdida entre sus anotaciones hasta que levantó la mirada y le dijo:

—Me imagino que para usted, como técnico del equipo en que jugaba, tuvo que ser muy terrible que Vicente Garamona muriese.

Rivero era un infeliz de cuidado. Quiso disimular, hacerse el que no entendía la pregunta, pero no pudo evitar que su rostro pasara por todos los estados de la culpabilidad: sorpresa, miedo, confusión y finalmente enojo. Había odio en sus ojos al cruzarse con la mirada firme y fría de Verónica.

No cabía duda de que ese tipo tenía que ver con la muerte de Vicen y que era el que proveía los chicos para el juego en las vías. No iba a poder probarlo en esa entrevista. No era su intención que se autoincriminara en esa charla. Pero si lo dejaba suficientemente preocupado, sabía que él daría un paso en falso. Y ella tenía que estar atenta para reconocer ese momento.

Pero había algo más. Alguien más: Juan García. Verónica había llegado a ese

club con varias intenciones: encontrar pistas, verle la cara a alguno de los responsables de los crímenes y hacerle llegar a Juan García el mensaje de que por más que se escondiera ella lo iba a encontrar. Así que se puso de pie, lo saludó lo más simpáticamente posible y emprendió una retirada que había aprendido en su infancia mirando *Columbo*.

—Ah, perdón que le siga haciendo perder tiempo. ¿Usted conoce a Juan García?

Ahora estos hijos de puta saben que sé; no van a poder seguir adelante sin preocuparse, se dijo mientras salía del club. Y a pesar de que le gustaban las metáforas con animales, ni se lo ocurría pensar que ella era una gacela provocando a dos chacales.

### III

Verónica había dejado de hablarle de su investigación. Él tampoco le contó nada acerca de la visita al hospital psiquiátrico donde estaba su compañero, ni mucho menos de su conversación con él. Lamentaba haber perdido la posibilidad de compartir con ella esas historias. Desde el primer momento había sentido que en Verónica podía confiar. Y no era que hubiera cambiado de opinión. Simplemente, se había borrado ese interés.

La cama seguía siendo un lugar donde los dos se entendían. O, al menos, un lugar donde los cuerpos recuperaban la comunicación que sus palabras habían perdido. Incluso el dolor formaba parte de ese lenguaje en el que debían refugiarse para no alejarse.

Esa noche habían bebido demasiado. Todavía era temprano, apenas había atardecido cuando Lucio llegó al departamento de Verónica. Esa semana salía temprano y con la excusa de hacer unas horas extra había podido ir hasta lo de ella sin que su esposa sospechara nada. Verónica lo había recibido con una botella de vino blanco frío que había comenzado a tomar antes de que él llegara. También había unas galletitas de queso y desde la computadora llegaba una música que a él y a le resultaba familiar.

Terminaron la botella de vino cuando casi no les quedaba ropa que sacarse. Los almohadones del sillón de dos cuerpos habían caído también al suelo y ellos se hundían contra la base dura del asiento. Verónica lo llevó hacia la habitación tratando de no tropezarse con los almohadones y las copas. Lucio se desplomó sobre la cama boca abajo y Verónica se tiró sobre él. Le gustaba sentir el peso muerto de ella sobre él, las tetas apoyándose sobre su espalda, la suavidad del pubis en su cintura. Lucio quiso besarla. Intentó darse vuelta, pero ella no lo dejó.

—¿Qué pasa, chiquito, me tenés miedo?

Él podría haberse dado vuelta, empujarla y ponerse sobre ella, pero la dejó hacer. Había un maravilloso placer en dejarse llevar, que otro condujera.

Verónica puso su mano en la entrepierna de Lucio, le acarició los testículos, buscó la pija erecta que se aplastaba contra el colchón. Luego retiró la mano y le acarició el culo. Apoyó un dedo e hizo presión para penetrarlo. Luego hizo lo mismo con otro dedo. Presionó con la fuerza de su ingle sobre el culo para que sus dedos entraran más profundamente. Con su mano libre lo tomó del hombro y

lo hizo ponerse de costado mientras ella se levantaba un poco para llegar con la otra mano a la verga y poder masturbarlo. Una paja lenta y suave.

—Te gusta, ¿eh? —le susurró Verónica con la voz de cazadora a punto de disparar sobre su presa. Y Lucio estaba quieto como una liebre en la noche deslumbrada por un farol.

Su cuerpo era demasiado grande para Verónica, para hacer todo lo que ella parecía querer hacer. Estiraba sus brazos, mantenía la presión en uno, el ritmo en el otro. Apoyó su mandíbula sobre el brazo de él en el momento previo de la eyaculación. Lucio sintió cómo ella presionaba un poco más con sus dos manos cuando él estaba por acabar. El semen cayó sobre la sábana. Verónica recorrió con su mano la punta de la verga, retiró lentamente los dedos del culo y lo abrazó de espaldas, apoyando su mejilla como un médico a punto de pedirle que dijera treinta y tres. Sus manos dejaban una estela húmeda en el cuerpo de Lucio.

La música había dejado de sonar en el otro cuarto. Lucio sintió la boca seca. Tenía ganas de tomar. Se levantó de la cama.

—¿Te vas?

—Tengo sed.

Fue hacia el living y buscó la botella de vino, pero estaba vacía. Verónica también se levantó y se dirigió a la cocina. Apareció con otro vino blanco y el sacacorchos. Le dio todo a Lucio y se desplomó en uno de los sillones individuales. Lucio sirvió las copas y le pasó una a ella.

—Este silencio me está matando, mejor pongo música. —Verónica se acercó a la computadora y buscó las canciones que ella quería oír. Estaba completamente desnuda, pero se movía con la elegancia de alguien que se sabe admirado por su belleza en una reunión social. Podía estar desnuda como podía llevar un vestido corto o un jean ajustado. Mostraba siempre cierta indiferencia por lo que despertaba.

Comenzó a escucharse la voz grave de un cantante de canciones melódicas. A ella le gustaba esa música un poco triste, un poco monacorde.

Se volvió a sentar en el sillón y bebió de su copa. Lucio se había recostado en el sillón grande sin almohadones. Se sentía demasiado cansado para levantarlos y ponerlos en su sitio. Tenía la cabeza apoyada en el apoyabrazos y miraba a Verónica. Se acercaba peligrosamente la hora de irse. Tal vez ella querría que volvieran a la cama, pero él sabía que ya no iba a volver ahí, que el paso siguiente era ponerse la ropa y luego partir. Trató de pensar en otra cosa, aunque fuera solo por un momento. Se acordó de lo que había hablado la tarde anterior con Malvino.

—¿Vos creés que se puede odiar a alguien aunque no lo conozcas?

—¿Decís sin conocerlo personalmente?

—Sin que hayas tenido un contacto directo.

—Bueno, uno puede odiar a Hitler, o a Videla, sin tener que haber compartido

nada con ellos.

—A gente desconocida.

—A los marcianos que ni siquiera sabemos si existen, me parece que no. Para odiar hay que sentir un profundo desprecio por lo que alguien hace, piensa, incluso te diría que eso que hace o piensa debe influir directamente sobre nuestra vida. Por eso puedo entender la estupidez de un hincha de fútbol que odia al hincha de otro club. Es una idiotez, pero tiene su lógica.

—Sos la única mujer que conozco que habla de fútbol.

Verónica bebió un trago largo de su copa y después la dejó sobre la mesa ratona. Lo miraba con ojos brillosos, como si disfrutara buscando el punto débil de la presa para morderle en ese lugar.

—¿Y tu esposa de qué te habla?

Lucio se quedó callado. Era hora de vestirse e irse. El cuerpo le pesaba.

—Tu esposa no habla de fútbol. Habla de la telenovela de la noche. Tu esposa no escucha a Mick Harvey. Se emociona con Arjona. Tu esposa coge como una esposa y nunca se te cuelga en la espalda para hacerte gozar.

Tenía que irse de allí. Vestirse en silencio y retirarse. Pero decidió jugar con las mismas cartas que ella.

—Te equivocás. Mi esposa es mucho mejor que vos en la cama.

Ella podría haberlo insultado, o haberse echado a llorar, o a reír, pero estiró el brazo, tomó la copa de vino y se la arrojó a la cara. Lucio atinó a protegerse con la mano y la copa se hizo trizas cortándole la mejilla y la palma derecha. Verónica se encerró en el baño. Desde ahí le gritó. Lo echó del departamento. Lucio se vistió, tomó unas servilletas de papel para limpiarse la sangre y se fue. Tuvo que esperar en el hall del edificio que apareciera el portero para poder salir. En esos minutos, temió que Verónica bajara, le pidiera disculpas, le dijera que volviera a subir. O que le gritara por el portero eléctrico. Pero Lucio partió sin que ella diera señales de vida.

#### IV

Bajó con bronca la tabla del inodoro que él había dejado levantada, se sentó e hizo pis. Un largo chorro que parecía no terminar nunca. Se quedó sentada un buen rato, los codos apoyados en las piernas, las manos cubriéndole el rostro. No quería escuchar nada de lo que pasaba fuera del baño. Unos segundos antes había gritado:

—Andate de acá, no te quiero ver más.

Su propia voz resonaba en la cabeza y ni el ruido del pis la podía cubrir. Lucio se movía sigilosamente. Ella no sabía si la copa lo había lastimado mucho o nada. Que se vistiera y que se fuera, no quería otra cosa.

Sintió la puerta del departamento. Lucio se estaba yendo y ni siquiera en esas circunstancias hacía ruido. Cualquiera hubiera dado un portazo, él no. Y eso la enervaba más que si se hubiera ido puteándola.

Se quedó unos cuantos minutos así, sentada, hasta que se le acalabraron las piernas y le agarró frío. Cuando salió del baño estaba mareada por el vino que había tomado. Pensó en ir a limpiar los pedazos de vidrio que estaban tirados por el living, pero se sentía mal, con ganas de vomitar. Se acostó en la cama. A pesar del alcohol, no podía dejar de pensar. En Lucio, en lo poco que había puesto él en esa relación, en la liviandad con la que venía de su casa al departamento de ella, de la concha de su esposa a la de ella. Tendría que haberle revoleado la botella de vino, no la copa.

Si eso le hubiera ocurrido cinco años atrás, se habría vestido y maquillado y habría partido a una disco o algún *pub* con onda, donde los tipos interesantes abundaban. Se estaba poniendo vieja. Los treinta habían llegado a pasos agigantados y ella se había rendido. Al menos esa noche no tenía fuerzas ni para darse una ducha o siquiera cambiarse la ropa interior.

A pesar de su enojo contra Lucio, que le quemaba las entrañas, se estaba quedando dormida. Le costó descubrir que sonaba el teléfono celular. Cuando se dio cuenta, ya había dejado de sonar. A los pocos segundos, el llamado se repitió y esta vez se levantó. ¿Sería Lucio, que finalmente tenía algo para decir? El celular estaba en el living, así que fue hasta allí tratando de no pisar los vidrios. La pantalla decía « número desconocido ». No debía de ser Lucio. Atendió y la voz le llegó lejana e irreconocible.

—Soy Pedro.

No recordaba ningún Pedro entre sus conocidos.

—¿Quién?

—El padre Pedro.

Claro, ¿cómo podía olvidarse del cura de Villa Oculta?

—Necesito hablar con vos —le dijo el sacerdote. La comunicación se escuchaba mal. Sin embargo, Verónica podía notar que Pedro estaba preocupado o atemorizado por algo.

—Hablemos.

—Personalmente y en privado, es muy importante.

—Puedo ir ahora mismo para la parroquia.

—No, es peligroso que vengas sola a esta hora.

Verónica ofreció entonces su departamento como lugar de encuentro. Quedaron en verse en poco más de media hora. Miró el living, todo revuelto, y vio su aspecto de mujer destruida en un espejo. Destruida y en bolas. Buscó el jean, la ropa interior, una remera limpia, se calzó unas zapatillas y se puso a juntar los vidrios del suelo. Esa tarea le llevó como quince minutos. Acomodó los sillones, levantó botellas y copas, limpió ceniceros y ventiló el ambiente. No había terminado de abrir la ventana, cuando sonó el timbre del portero eléctrico. Mientras bajaba a abrirle la puerta, cayó en la cuenta de que no se había peinado ni lavado la cara. Pero se dijo que, al fin y al cabo, se iba a encontrar con un sacerdote. No era momento para preocuparse por su aspecto.

El cura la esperaba con las manos en los bolsillos de la campera. No hacía frío. Parecía más bien el gesto de un hombre tenso. Se acordó de aquella película que había visto en un cineclub: *I pugni in tasca*. Lo saludó con un beso en la mejilla y subieron juntos. No hablaron hasta que pasaron al interior del departamento y ella le pidió que no se fijara en el desorden. Lo invitó a sentarse en el sillón individual. Le preguntó si tomaba café.

—Preferiría algo más fuerte, si no te resulta una molestia.

Mejor para ella; así no tenía que ponerse a preparar una bebida caliente. Fue hacia el barcito y acercó una botella de *bourbon* y dos vasos. Se sentó en el sillón de dos cuerpos y sirvió los vasos de *whisky* con dos medidas dobles.

—¿Sabés lo que es el sigilo sacramental? —le preguntó el padre Pedro a Verónica, que no tenía ni idea de lo que era un sacramento.

Respondió negativamente con la cabeza.

—Cuando un penitente se confiesa ante un sacerdote, el religioso tiene la obligación de no contarle a nadie lo que se diga bajo el secreto de confesión. Tampoco se puede comentar, ni siquiera con el feligrés, fuera del ámbito del confesionario.

—¿En ninguna circunstancia?

—Jamás. Romper el sigilo sacramental significa la automática

excomulgación del sacerdote que lo cometa, aunque sea un obispo, o el Papa mismo.

El cura bebió un largo trago de Jim Beam y Verónica lo imitó. Después siguió hablando.

—La confesión es un sacramento y violarlo es ir contra las leyes de Dios.

Verónica se daba cuenta de que Pedro no había venido a darle una lección de teología.

—Hoy estuvo en la parroquia la madre de Vicen. Y pidió confesarse. Podría haberme negado, haber llamado a otro sacerdote para cumplir con el sacramento. Debí haberlo hecho porque yo ya sabía que estaba dispuesto a someterme a la excomunión si era necesario.

—¿La madre de Vicen te contó algo referido al caso?

—A los pocos días de que se hubiera muerto Vicen, apareció por la villa un señor de apellido Iriarte. Le dijo que sabía que su hijo había tenido un accidente y que había muerto. Este señor Iriarte le ofreció a ella y a sus otros hijos una vivienda. En el Chaco. La mamá de Vicen es chaqueña. Ella no quería saber nada de irse. Acá tenía algo de trabajo, pero la posibilidad de contar con una casa propia le resultaba tentador. Obviamente, ella desconfiaba. Pensaba que había algo raro y no aceptó inmediatamente. Así que para convencerla Iriarte le dijo que la propuesta formaba parte de un plan de viviendas de una subsecretaría del gobierno de la Ciudad.

—A ver, el supuesto accidente fue por Haedo, que es el Gran Buenos Aires, y le ofrecen una casa en el Chaco. Y quien hace todo esto es una subsecretaría del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que no tiene competencia ni en la provincia ni en el interior.

—Ella seguía sin estar convencida, así que además le ofrecieron un cheque para los gastos de la mudanza. Siete mil pesos a cambio de que se mudara ya. Me mostró el cheque. El emisor era la Subsecretaría de Vivienda y Gestión Ambiental, dependiente de la Secretaría de Desarrollo Social.

Se hizo un nuevo silencio. Denso, viscoso. Una parte de Verónica había tomado notas precisas de lo que le había revelado Pedro. Otra, sin embargo, había sido ganada por una angustia similar a la de estar frente a un moribundo. Como en esas películas donde alguien decide dar la vida en aras de una verdad o de hacer justicia y lo hace con el último suspiro. Verónica estaba viendo morir frente a sus ojos a un sacerdote. No podía resultarle indiferente — independientemente de la fe o de su ausencia— que alguien que había consagrado su vida a un ideal, decidiera terminar con eso. Y ese final era una ofrenda a la búsqueda de justicia y también a la investigación que ella estaba haciendo. En voz baja Verónica dijo « gracias » .

—La fe es un don de Dios. Para un cristiano vale más que la vida. La vocación religiosa es absurda e incomprensible sin la fe. Siempre quise ser un

hombre santo, pero nunca lo conseguí. He pecado y me he arrepentido en más de una oportunidad durante mi ministerio. Sé que soy humano, débil y pecador, pero la fe me sostenía. Cuando sentí que comenzaba a perderse o a licuarse en otros sentimientos como la solidaridad, la empatía o la contención del prójimo, me propuse no pecar más. Vivir al extremo un camino de santidad. Pero no lo conseguí. Acá estoy...

—Acá estás...

—Emborrachándome. Al menos espero que no haya sido en vano.

—No lo va a ser, eso te lo prometo.

—Es raro. Cuando te vi por primera vez cruzando la avenida Argentina, me pareciste un ángel. Después fui honesto conmigo mismo y reconocí que simplemente me habías resultado atractiva. Que mi intención de neutralizar el deseo no era más que un nuevo gesto de incomodidad con el papel que estaba interpretando.

Verónica se sirvió otro Jim Beam. Luego se dio cuenta de que el vaso de Pedro también estaba vacío y le repuso la bebida. Le hubiera gustado hablar, ayudarlo con una interpretación psicoanalítica o algo similar, pero no podía.

—Y si te deseaba como cualquier hombre, debía reconocerlo. Y si quería ayudarte para que consiguieras lo que estabas buscando, debía hacer todo lo posible para que lo lograras. Ahora no sé quién soy. Pero ya sé lo que no soy.

Verónica iba a decir nuevamente «gracias», pero la palabra no pudo salir de su boca. Era una locura. Y qué no lo era. Se levantó como pudo del sillón de dos cuerpos, hizo un esfuerzo para perder el equilibrio y fue hacia Pedro. Se sentó a horcajadas sobre él y empezó a besarle en los ojos, en la mejilla y finalmente en la boca. Sintió las manos de Pedro acariciándole la espalda y el culo. No podía hablar, ni tenía claro si esa era una forma más de darle las gracias, o de empujarlo definitivamente a un abismo.

## V

Se había puesto un trajecito sastre. No era el tipo de ropa que prefería usar, pero cada tanto le gustaba disfrazarse de joven formal, una secretaria o una ejecutiva prometedora. Había conseguido una entrevista con el abogado Roberto Palma, subsecretario de Vivienda y Planificación del Gobierno de la Ciudad.

No le había costado averiguar que ese Iriarte que aparecía en las negociaciones con la madre de Vicen era un asesor de Palma. Le había escrito un *email* a Rodolfo Corso preguntándole si los nombres de Rivero, Iriarte y Palma le sonaban de su investigación periodística sobre la trata de mujeres en Misiones. Rodolfo le respondió:

« Estimada Vero:

» Veo que seguís tras los pasos de Juan García. Es una lástima que esto sea una investigación periodística y no un juego de lotería porque podrías gritar ¡bingo! Los tres tipos tienen que ver con nuestro amigo. Rivero era un matón de segunda categoría con un prontuario importante (aunque tal vez esté limpio en Tribunales, vos viste cómo es la justicia argentina). En realidad, no sé a qué Rivero hacés referencia, porque eran dos hermanos. Igualmente, los dos eran matones de García.

» Iriarte en esa época era casi un pibe. Muy prometedor como mafioso. Tenía un defecto: le gustaba pegar a las mujeres y había tenido alguna denuncia que no llegué a chequear en su momento.

» El benemérito doctor Palma no trabajaba en la municipalidad, sino en el gobierno provincial. Tenía un cargo burocrático, que no recuerdo. Pero su actividad destacada era otra. Fue el abogado defensor de García en el juicio que se le llevó adelante por trata de mujeres. Le fue tan bien que trasladó parte de su estudio y se mudó a Buenos Aires. Ahora es secretario de no sé qué pindonga en el Gobierno de la Ciudad.

» Espero ver mi nombre en los agradecimientos cuando publiques tu primer libro de crónicas» .

Había pedido una entrevista con el subsecretario Palma en su oficina de prensa. Cuando le preguntaron la razón, dijo que quería hacerle una nota por el

plan de erradicación de villas. Hacía rato que el Gobierno de la Ciudad quería sacarse de encima las villas que estaban ubicadas en terrenos que valían oro. La intención era echar a la gente que vivía allí y construir en esos terrenos edificios de oficinas y departamentos caros. Esta última parte no la promocionaban, pero bastaba ver a los protagonistas de la propuesta y a los *lobbistas* que estaban haciendo presión, para descubrir el verdadero fin de esos terrenos. Palma había aparecido dando entrevistas en las que se jactaba de ofrecer a la gente de la villa un mejor nivel de vida fuera de ella. Le daba nota a cualquier medio. Y Verónica, con la excusa del cierre del próximo número de *Nuestro Tiempo*, había conseguido la cita para esa misma tarde.

Palma la hizo pasar a su enorme despacho, desde donde se podía observar la Plaza de Mayo y la Casa Rosada de fondo. Le ofreció café y Verónica aceptó un vaso de agua.

—¿Cómo anda *Nuestro Tiempo*?

Palma deslizó un par de comentarios sobre la revista para mostrarle que la leía. Se cuidó mucho de decir que no compartía la línea ideológica de la publicación. Verónica comenzó a preguntarle sobre el plan de erradicación de villas. El subsecretario daba respuestas que parecían escritas para un folleto publicitario. Si Verónica hubiera querido, podría haberlo acorralado por la suma de lugares comunes. No había que ser un gran periodista para hacerle aflorar a Palma las contradicciones de su plan. Hubiera bastado un periodista curioso. Pero ella no estaba ahí por eso. Cuando vio que Palma se estaba quedando sin mucho para decir, decidió ir por aquello que la había llevado a ese despacho.

—Dígame, Palma, ¿qué lugar ocupa en la subsecretaría Ernesto Iriarte?

El funcionario pestañeó varias veces antes de responder:

—Es un asesor de esta cartera.

—Asesor suyo.

—De la subsecretaría, sí, por supuesto que mío también. Soy el subsecretario.

Verónica hizo como si consultara sus notas, pero tenía en la cabeza cada dato y cada nombre.

—Iriarte ofrece viviendas a gente en situación de emergencia.

—Bueno, muchas veces actúa de mediador entre las familias y la subsecretaría.

—Entiendo. Pero acá tengo un dato que no termino de comprender. Ofreció una vivienda a Carmen Garamona de Villa Oculta.

—No conozco el caso en particular, pero es parte de su función. Sacamos gente de las villas y le ofrecemos viviendas dignas para que vivan con su familia.

—Ajá. Ayúdeme, Palma: lo que me hace ruido es que a la señora Garamona le ofrecieran una vivienda en el Chaco como compensación de que su hijo fue arrollado por un tren en Haedo.

—Como ya le dije, Verónica, nosotros ofrecemos viviendas. Tenemos

acuerdos con provincias para personas que quieren volver a su lugar de origen.

—Una buena medida para disminuir la inmigración desde el interior.

—Puede verse así. No veo el problema.

—Y también ofrecen dinero en efectivo. Porque usted autorizó un pago de siete mil pesos para la mujer.

—Mire, si vemos caso por caso va a encontrar que ayudamos a la gente de muchas maneras.

—Seguramente ayudaron a muchas familias que perdieron a sus hijos bajo las ruedas de los trenes. Casi le diría que el Gobierno de la Ciudad tendría que abrir una oficina exclusivamente para eso.

—No entiendo lo que quiere decir, ni qué pretende.

—Qué pretendo yo de usted. Palma, me recuerda a Isabel Sarli.

—Le estoy contestando seriamente a sus preguntas, que me resultan inconsistentes y fuera de lugar. Terminemos acá.

—No se enoje. Un par de preguntas más y le prometo que terminamos.

Palma se había puesto colorado y golpeteaba con su mano el escritorio. Estaba a punto de echarla de su despacho, pero seguramente podía soportar dos preguntas más.

—¿Sigue en contacto con los hermanos Rivero?

—No conozco a ningún Rivero. Su última pregunta, por favor.

—No, mejor no se la hago. Le iba a preguntar si veía seguido a Juan García, pero me va a decir que no lo conoce. Que tenga buen día, Palma.

## VI

Esos días no eran los mejores en la vida de Verónica. En la revista había pedido unos francos compensatorios para no tener que ir a la redacción. Patricia se los dio sin hacerle ninguna pregunta. Verónica podría haber dicho que estaba trabajando día y noche en la investigación de los chicos, pero no quería siquiera que su jefa la llamara para preguntarle cómo iba todo. Había adelantado muchísimo desde que había empezado a sospechar que detrás del suicidio de aquel maquinista había bastante más que un drama personal. Tenía el nombre del principal sospechoso de dirigir esa maquinaria delictiva, había entrevistado al que debía de ser el responsable de elegir a los chicos y al encargado de hacer desaparecer a los testigos y familiares de las víctimas sacándolos fuera de la ciudad de Buenos Aires. Si quería, podía detenerse en ese punto y escribir el artículo. Con viento a favor podría conseguir que se abriera una investigación judicial. Nunca faltaba un juez de instrucción con ganas de meterse en problemas. Pero difícilmente la justicia avanzaría mucho más y condenaría a los tipos por las muertes pasadas. Como mucho, esos tipos dejarían de practicar ese juego sanguinario. Y ella quería ver a los asesinos y sus cómplices en una cárcel.

Sin embargo, había otra razón para no conformarse con lo que tenía hasta ese momento. Corría el riesgo de que lo que había averiguado solo fuera la punta del iceberg y que quien le pusiera la frutilla a la investigación fuera algún otro periodista. Ella misma alguna vez se había subido a las averiguaciones publicadas por otros medios y había conseguido ir más lejos. No estaba dispuesta a que ahora le hicieran eso a ella.

Había llegado a un importante punto en la investigación, pero no sabía cómo ir más allá. Juan García no aparecía por ningún lado y tampoco tenía pruebas concretas de la participación de nadie, ni siquiera de Rivero, que parecía el más comprometido. Y Palma tenía coartadas que, por más estrafalarias que fueran, despertarían la presunción de inocencia antes que de culpabilidad para cualquier juez.

Quería concentrarse en la investigación, pero no podía. Todavía resonaba en ella lo ocurrido unas noches atrás. La pelea con Lucio, la aparición de Pedro, el final con el cura en su cama. Lucio era quien le ocupaba más la mente. Tal vez porque lo ocurrido con Pedro era sin duda más conflictivo para él que para ella.

Lucio, él sí estaba en su cabeza y se le aparecía a cada instante. Lo mejor era tomar el toro por las astas. Le mandó un mensaje de texto para que la llamara. Era enervante eso de tener que depender de que él no estuviera con su esposa para poder hablar. No iba a ser ella la que rompiera con el acuerdo, aunque ganas no le faltaban de llamarlo, incluso de llamarlo a la casa. Tenía el teléfono desde antes de que se convirtieran en amantes, desde que Carina, la hermana de su compañero muerto, se lo había dado. En ese momento, cuando llamó a su casa y atendió su mujer, Verónica no se había animado a hablar. Si volviera a hacerlo, ¿estaría dispuesta a preguntar por él? Esta vez, ni siquiera marcó el número.

Después de varios desencuentros telefónicos, se comunicaron y quedaron en verse a la mañana siguiente en un café. Necesitaban un cambio de clima. Cuando ella llegó al bar, Lucio ya estaba ahí. Verlo así, tranquilo, sin que el fantasma o el deseo del sexo estuviera rondándolos, le despertó una ternura que no solía sentir en sus cruces anteriores. Sin embargo, le resultaba difícil olvidar cómo Lucio había ido desbaratando cualquier posibilidad de disfrutar de una pareja. Le hacía mal.

## VII

« Cuando puedas, llámame » . Lucio recibió el mensaje de texto camino de su casa. Por un momento pensó que lo mejor era no responderle, pero también sentía curiosidad y ganas de hablar con ella. Se bajó del colectivo unas paradas antes para poder hablar tranquilamente. Lo atendió el contestador. Debía de estar usando la línea. Volvió a llamarla un par de veces más y siempre entraba directamente el contestador automático. No supo qué hacer. Si llegaba a su casa y ella lo llamaba, no iba a poder atenderla. Tampoco le gustaba la idea de apagar el celular hasta el día siguiente. Decidió quedarse en una esquina a esperar que sonara su teléfono. Unos diez minutos después recibió otro sms: « Puedo llamarte? » . Él marcó y ella atendió.

—¿Cómo estás? —La voz de Verónica se oía serena, cálida. Lejos estaba del tono de voz de la última cita. Tal vez estuviera avergonzada, o simplemente cansada.

—Bastante bien, ¿y vos?

—Fatal.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Fatal es malo. Lucio, necesito verte. Creo que después de lo que pasó deberíamos hablar.

Quedaron en verse en un bar de Corrientes y Boulogne sur Mer. No se habían citado en La Perla, como hacían habitualmente. Necesitaban un lugar neutro, sin recuerdos a los que recurrir durante la conversación. Un encuentro sin alcohol, con café de por medio, viendo o ignorando a la gente que caminaba por la avenida, con la música de la máquina de café expresso de fondo y con los rayos catódicos del plasma encendido como decorado.

Verónica bebía el café sin endulzarlo con nada. No obstante, tomaba la cuchara y lo revolvió. Era una costumbre que él había descubierto a poco de conocerse, pero por alguna tonta razón nunca se había animado a preguntarle por qué hacía eso.

—No soporto que me sigas lastimando —dijo Verónica concentrada en los círculos que armaba su cuchara en el pocillo.

Lucio se sintió sorprendido.

—¿Yo te hago daño? Mirá —le señaló el pómulo cortado y le mostró los dedos

con las heridas de la última noche que habían estado juntos. Verónica las observó desapasionadamente.

—No son nada al lado de las heridas que yo siento por nuestra relación.

¿Tenía algún sentido discutir los detalles? ¿Decirle que ella había empezado? ¿Recordarle cada momento en el que ella parecía cargar con un hierro caliente con el que intentaba marcarle el cuerpo o el cerebro? ¿Reconocer que él también disfrutaba cuando ella sufría, que no estaba dispuesto a ser generoso con ella? Todas esas palabras estaban de más y, sin embargo, ellos seguían hablando.

—No sé, Lucio, estoy harta. La otra noche terminé haciendo desastres. Ya no sé qué puedo decirte y qué no, pero te lo cuento igual. Esa noche terminé acostándome con otro tipo.

Lucio sintió que se le hacía un vacío en el estómago, como una implosión de sus órganos. No se animó a levantar el café para tomarlo por temor a que el enojo le hiciera temblar el pulso y se le notara. Con la voz más neutra que pudo le dijo:

—Sos grande. Hacé lo que se te cante. Y no me lo digas.

Verónica seguramente buscaba las palabras que más podían herirlo. No se resistía al placer de lastimarlo.

—Es que es un desastre en serio. El tipo era un cura. O es un cura. No sé si a esta hora ya dejó los hábitos.

Lucio se rio. Verónica se burlaba de él. ¿Qué más iba a inventar?

—Falta que me digas que tenés un atraso.

—Sos un idiota. Si tuviera un atraso nunca te enterarías. —Verónica miró la hora en su teléfono y se levantó—. Mejor dejemos de vernos.

Tomó el celular y su cartera y se fue. Lucio le pidió otro café al mozo.

## VIII

Pasó tres días encerrada en su departamento. No salía ni para comprar comida. Se conformaba con lo que encontraba en la heladera, el *freezer* o la alacena, que nunca era mucho, porque le disgustaba hacer las compras de la semana. Había decidido no atender ni a sus amigas. Pero cuando llamó Pedro, ella atendió pensando que tal vez había averiguado algo nuevo sobre Vicen. Muy pronto descubrió que Pedro quería hablar de sus problemas, de lo que estaba enfrentando. Verónica le siguió la conversación, trató de alentarlo, pero no lo invitó a su casa ni él le dijo de verse. Pedro repitió el llamado dos veces más. A la tercera, Verónica le dijo que ella también estaba pasando por un momento difícil, personal y profesional, y que sentía que no podía ayudarlo. Que su problema la superaba y que no podía hacer nada salvo alentarlo a vivir como él deseaba.

Marcelo, el portero del edificio, se había preocupado en esos días una vez más por ella. Había golpeado su puerta un par de veces y se ofreció para hacerle alguna compra o para lo que ella necesitase. Era tan amable e incondicional que fue al único que le dio una explicación.

—Tengo varios quilombos, pero nada tan grave como para que no me veas salir en unos días, rozagante como siempre. Si necesito algo, te juro que te llamo.

Cuando sonó su celular y vio que decía «desconocido», pensó que se trataba de Pedro, con su infierno teológico a cuestas. Decidió no atender. El teléfono insistió una segunda y una tercera vez. ¿Y si no era Pedro?

—Hola, soy Rafael. Me hiciste una nota en el club Brisas.

Verónica, que estaba sentada frente a la computadora, se puso de pie al escuchar la voz de Rafael.

—Necesito ayuda. El técnico del club, Rivero, es un mal bicho. Lo denuncié y casi me matan. No tengo adónde ir.

—¿Dónde estás, que te voy a buscar?

Rafael le dio la dirección. En menos de cinco minutos, Verónica estaba en la calle buscando un taxi. En media hora llegó al lugar. La dirección se correspondía con un supermercado chino. Le dijo al taxista que esperase, que en unos minutos regresaban a Villa Crespo. Entró al súper y se dirigió a la caja, que atendía una mujer china. Con cierta incredulidad preguntó:

—Busco a Rafael. ¿Puede ser que esté acá?

La china le gritó a alguien en su idioma. Un chino se metió por una puerta que estaba al fondo del supermercado. Enseguida apareció el mismo chino en compañía de Rafael, que tenía la cara destrozada y caminaba con dificultad. No era una exageración que casi lo habían matado.

—Julián es mi amigo —le dijo Rafael señalando al chino que estaba a su lado—. Pero no puedo comprometerlo quedándome acá más tiempo. Y tampoco puedo volver a la pensión, porque ahí me fueron a buscar.

Por lo que Verónica podía observar, Rafael no tenía siquiera una bolsa con sus cosas. Era él solo, sin nada de equipaje. Verónica le apretó suavemente el brazo.

—Te voy a llevar a un lugar seguro. Vas a venir a mi departamento.

15

**Dejando mi corazón**

## I

Rafael no se veía nada bien. Sin ni siquiera consultarlo, Verónica decidió llamar a un médico mientras todavía estaban en el taxi. A una médica, en realidad: su hermana Daniela. Le dijo que era una historia larga de explicar, pero que tenía a una persona en su casa a la que le habían dado una fuerte paliza. Le pidió que lo viniera a ver. Daniela se resignó y le dijo que podía pasar recién a las tres de la tarde.

Cuando llegaron al departamento, Verónica le aclaró a Rafael la verdad acerca de su investigación. Que la nota sobre los clubes de barrio era una mentira para llegar a tipos como Rivero.

—Apenas te vi, me di cuenta de que vos no tenías nada que ver. Por eso te di mi tarjeta, porque esperaba que en algún momento recurrieras a mí.

Rafael le dijo que había descubierto que Rivero organizaba las competencias en las vías de los trenes. Que hacía tiempo que sospechaba que pasaba algo raro, que recién lo pudo confirmar cuando uno de los chicos le contó lo que ocurría. Que le constaba que Vicen había muerto en esa competencia, porque se lo dijo el pibe que había estado con él en las vías del Sarmiento.

Verónica le hizo repetir todo varias veces. No quería convertir sus averiguaciones en un interrogatorio al estilo policial, pero necesitaba estar segura de que Rafael no se equivocaba en sus apreciaciones o no se olvidaba de ningún detalle importante.

Rafael también le contó todo lo que había ocurrido en la comisaría cuando fue a hacer la denuncia y cómo lo salvó Julián esa noche.

—¿Cómo se dio cuenta Julián de que te estaban pegando?

—Tiene cámaras de seguridad. Apuntan a todos lados desde el súper. Las puso después de que le amenazara la mafia china.

—Si hay una filmación, entonces estarán los rostros de los que te atacaron.

Verónica hizo que Rafael llamara a Julián, quien le confirmó que sí, que tenía la filmación del ataque. Ella llamó a Federico y le preguntó si había en el estudio alguien disponible para retirar una grabación de cámara de seguridad.

—¿Y desde cuándo sos clienta de nuestro estudio?

—Soy heredera forzosa del sesenta por ciento de ese estudio.

—Dividido por tres hermanas.

—Mi veinte por ciento sigue siendo más que el diez que mi padre te dio, además con el consentimiento de nosotras y con la secreta esperanza de que te casaras conmigo.

—Okey, me convenciste, pásame los datos y lo mando a buscar. ¿Nivel de peligro de que alguien quiera robar esa grabación?

—Media, tal vez alta.

—Entonces no mando al cadete solo. Va ir en compañía de un señor muy convincente que tenemos para estos casos. Después te mando la factura.

Cuando cortó con Federico, siguió con el interrogatorio. Rafael desconocía un dato fundamental: cuándo iba a ser la próxima competencia. Él no podía ir a hablar con los chicos, no podía arriesgarse a volver por ese barrio sin temer por su vida. Pero ella sí podía.

—Si no entendí mal, en esa casa vive tu familia. ¿Podría alguien ponerme en contacto con el chico que compitió y con el que está por competir?

—Mi hija es amiga de ellos. Ahora está en la escuela, pero llamo a mi madre más tarde y hablo con Martina.

Verónica metió una pizza congelada en el horno y almorzaron juntos. Ninguno de los dos parecía tener hambre y sobró la mitad. A las tres en punto llegó Daniela. Verónica se encerró en su cuarto, para que su hermana pudiera revisar tranquila a Rafael.

## II

Martina la iba a esperar en la puerta del inquilinato. Rafael había hablado con su hija desde el celular de Verónica, le había dicho que estaba bien, pero que por unos días no podría visitarla, que en un rato una amiga iría, porque quería charlar con Dientes y el Peque. Que ella se los presentara. Después Rafael habló con su madre, le dijo que estaba con un trabajo especial y que recién iría por allá en unos días.

Unas horas antes, Daniela le había dicho a su hermana que, a simple vista, Rafael no tenía nada grave. Contusiones, algún corte, pero no había órganos comprometidos o algo similar. Igualmente, recomendaba que se hiciera unos estudios para descartar heridas internas. Que se diera la antitetánica y que tomara ibuprofeno para el dolor.

Cuando se iba, en la planta baja, Daniela le advirtió:

—No sé en qué andás, Vero, pero te estás metiendo en problemas. Para lastimar así a un tipo, hay que pegarle entre varios. Con la mitad de los golpes que le dieron a vos te dejan muerta o hemipléjica.

Verónica trató de atenuar el pánico con unas excusas inventadas para la ocasión, pero su hermana no la creyó. Por algo se habían criado juntas.

Cuando Rafael y Verónica volvieron a quedarse solos empezaron a planear los pasos siguientes. Para ella, lo más importante era averiguar cuándo sería la próxima vez que los chicos irían a las vías. Para él, lo primordial era avisar a la madre de Dientes para que no lo dejara ir. También, insistía Rafael, había que averiguar quién era el otro chico que iba a saltar. Verónica no estaba de acuerdo: creía que si Dientes no participaba, lo reemplazarían por otro y el problema persistiría, con la diferencia de que ellos no iban a poder hacer nada; en cambio, mientras Rivero pensara que Dientes iba a saltar, había posibilidades de atraparlos. A él y a sus cómplices. Cómplices que Rafael no conocía y que iban a quedar impunes si interrumpían todo en este momento. Rafael no estaba del todo convencido, pero sí estaba de acuerdo en que el primer paso era averiguar cuándo sería la próxima competencia.

Verónica llegó al inquilinato pasadas las seis de la tarde. Una preadolescente esperaba en la puerta. Era Martina.

—Les dije que una amiga de mi papá les quería hablar. Están en la terraza.

Martina la condujo hasta el pie de la escalera. Por suerte, no se cruzaron con nadie. Verónica no estaba tranquila. No le gustaba tratar con chicos. Sus sobrinos eran otra cosa. Los había visto nacer y crecer a su alrededor. Así y todo, muchas veces se encontraba con que no comprendía o no soportaba sus actitudes. Los chicos le parecían extraterrestres que hablaban un idioma propio y tenían sensaciones incomprensibles para ella. Con esa certeza subió la escalera. Sentados en el piso, estaban Dientes y el Peque, que la miraban serios, como si se tuvieran que enfrentar con la maestra, o peor, con la directora de la escuela. Dudó entre darles un beso en la mejilla, como había hecho con Martina, o darse por saludados con un casi inaudible «hola». Prefirió esta última opción. Los chicos se quedaron sentados donde estaban.

—Vos sos Dientes y vos sos Peque, ¿no? —La intuición había funcionado correctamente—. Rafael me habló mucho de ustedes dos. Quiero que sepan algo de entrada. Vengo a ayudarlos y a protegerlos. No deben tener miedo. Y lo que me digan lo voy a saber yo sola. Y Rafael, por supuesto. Pero, si es necesario, ni sus madres se van a enterar.

Verónica sintió ganas de fumar. Se contuvo, no le parecía un buen ejemplo. Se acordó de que tenía unos caramelos Cherry-Lyptus en algún lugar de la cartera. Buscó el paquete y les ofreció una pastilla. Los dos aceptaron y ella les dijo que se quedaran con el paquete. Dientes lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

Mejor no dar muchas vueltas.

—¿Ustedes lo quieren a Rivero?

Los chicos abrieron bien los ojos. No supieron qué contestar.

—En serio, ¿lo quieren? ¿Les gustaría que fuera alguien de la familia de ustedes?

—Rivero es muy exigente —dijo el Peque.

—Chicos, ¿me dejan decir una mala palabra? Rivero es un hijo de puta.

El Peque se rio, Dientes movió la cabeza negativamente, como desaprobando la risa de su amigo. Pero los dos parecieron aflojarse con la última frase de Verónica.

—Yo sé lo que les hizo Rivero a ustedes. También sé lo que les hizo a muchos chicos antes que a ustedes. Hace años que viene haciendo esto. Ustedes no fueron los primeros. Y Vicen no fue el único chico que murió.

El Peque se abrazó más fuerte a sus rodillas.

—Yo sé que lo hacían porque querían ganarse la plata. Pero Rivero es una mala persona, que odia a los chicos como ustedes, que no le importa si mueren o si el tren les corta las piernas.

—Pero si uno salta rápido no pasa nada —dijo el Peque.

—Cuando yo tenía la edad de ustedes, mi papá me quería enseñar a pescar. ¿Vieron que las cañas llevan un anzuelo? No sé si vieron lo filosos que son. Bueno,

mi papá me dijo que por más cuidado que pusiera, no había pescador que no se clavara al menos una vez con un anzuelo. Y yo que soy muy miedosa y odio las inyecciones y cualquier pinchazo, no quise saber nada. Nunca pero nunca pesqué. Ni siquiera esa vez.

—Qué maricona —fue el comentario de Dientes.

—Sí, maricona. Pero nunca me clavé un anzuelo. Ahora imaginen que el tren, ese enorme tren que se les viene encima, al menos una vez los va a pisar. Pero en ese caso no hay una segunda oportunidad. No les van a coser el dedo por el pinchazo de un anzuelo. Tarde o temprano, van a morir atropellados por el tren.

—¿Tu papá se enojó porque no quisiste pescar?

—Un poco. Después se le pasó. Es cierto, si ustedes no compiten, Rivero se va a enojar, porque ya les dije que es un mal tipo y solo quiere ganar plata con ustedes. Y yo lo que quiero es que Rivero pague por todos los chicos que se murieron, por todo lo que sufrieron los que como vos, Peque, tuvieron que ver cosas horribles.

—¿Y si después se la agarra con nosotros?

—Yo no voy a dejar que ese tipo se la agarre con nadie.

—¿Lo vamos a matar? —preguntó el Peque.

—Lo podemos atar en la vía y que lo pise el tren —fue la propuesta de Dientes.

—Me encantaría hacer eso, pero no se puede. Nos tenemos que conformar con que vaya a la cárcel. Y para eso necesito ayuda de ustedes. Necesito que seamos como un superequipo. ¿Están de acuerdo?

Los dos dijeron que sí con la cabeza.

—Lo primero que tengo que saber es cuándo tenés que ir con Rivero a las vías.

Se hizo un silencio. Verónica no dijo nada más. Era solo cuestión de esperar.

—El martes a la noche.

—Y el lunes tenés entrenamiento en el club.

—Sí. Mañana viernes también.

—¿Y cómo te va a llevar hasta las vías? ¿Ya sabés dónde es?

—No me dijo el lugar. Me va a pasar a buscar por Zelarrayán y Gordillo.

—A mí también me pasó a buscar por esa esquina y después me trajo de vuelta. Pero la segunda vez yo me asusté y salí corriendo.

—¿Y cómo llegaste a tu casa?

—Corrí como mil cuadras, pasé por delante de todo el tren con la gente mirándome y, cuando llegué a una esquina, me puse a descansar. Y ahí apareció Rivero con otro tipo.

—¿Sabés cómo se llamaba el otro tipo?

—No.

—Les digo lo que vamos a hacer. Vos vas a ir al entrenamiento mañana y el

lunes como si no pasara nada. Y el martes vas a ir con Rivero a las vías. Vos no nos vas a ver, pero te aseguro que ese día vamos a estar todo el tiempo vigilando para que no te pase nada. Y antes de que estés sobre las vías, cuando estén todos los malos reunidos, Rivero y sus amigos, ahí vamos a aparecer nosotros.

—¿Usted es policía?

—No, soy periodista.

—¿Y va a venir con otros periodistas?

—No, va a ir gente que trabaja con la justicia. Vos no te preocupes. Hací todo como él te diga. Nosotros te vamos a estar cuidando. ¿Sabés quién es el otro chico?

—No, no me dijo.

—¿Y cuánta plata les paga Rivero?

—Veinte si perdés y cien si ganás.

Verónica buscó la billetera y sacó dos billetes de cincuenta pesos. Le dio uno a cada uno.

—Esto es por ayudarme a armar el superequipo. Ustedes no le cuenten a nadie que hablaron conmigo.

Verónica dejó a los chicos en la terraza. En la puerta estaba Martina, como si estuviera haciendo de campana ante la llegada de algún adulto.

—Tu papá me dijo que eras muy linda y tiene razón.

—Me parezco a mi mamá.

Verónica le dio un beso en la mejilla y fue hacia el taxi, que la estaba esperando a unos pocos metros del inquilinato.

### III

Mientras volvía al departamento, sonó su celular. Era Lucio.

—¿Por qué no nos vemos? —le propuso Verónica imprevistamente.

Ella le aclaró que no podía ser en su departamento porque estaba parando una persona con ella.

—¿El cura?

—No, ningún cura.

—¿Tu hermana, algún novio?

—Es difícil de explicar. Tiene que ver con mi trabajo.

—¿Un compañero de trabajo?

—Basta de jugar a las adivinanzas. Es alguien vinculado a la investigación.

—Pensé que habías abandonado ese tema.

—Estoy más metida que nunca, Lucio. No sabés todo lo que avancé desde aquella vez que me acompañaste a Lugano. Creo que estoy por llegar al culo de unos hijos de puta.

—Y tenés a alguien viviendo con vos.

—Dale, veámonos cerca de un hotel.

#### IV

Durante el tiempo en que Verónica y él fueron amantes, había períodos en los que ella no existía. Lucio olvidaba totalmente su existencia. Como si perdiera la memoria de modo selectivo, podía estar días enteros sin pensar en ella, sin que nada la trajera a su mente. Hasta que de pronto ella aparecía de la manera más absurda: mientras jugaba al fútbol, en la fila de un Pago Fácil, al pedir un *delivery* de pizza. Sin que hubiera una lógica, ella pasaba a ocupar su cabeza a tiempo completo. No podía concentrarse en otra cosa que en volver a verla. Y eso también podía durar horas, o incluso días, hasta que el intercambio de mensajes de texto confirmaba una nueva cita. Pero en los días en que no pensaba en ella, Verónica, simplemente, no formaba parte de su vida. Si alguien hubiera podido leerle la mente en esos períodos, jamás hubiera descubierto que tenía una amante.

Sin embargo, desde que ella se había ido del bar, se había instalado en un lugar permanente de su cerebro. No es que pensara en ella todo el tiempo, pero sí estaba presente a cada momento, como un malestar, una molestia muscular, unas líneas de fiebre, algo que no lo dejaba actuar con naturalidad en ninguna parte. Repetía su nombre para sus adentros, o lo susurraba. Al irse a dormir trataba de pensar en ella conscientemente, quería que saliera de ese lugar oscuro de su cerebro. Al día siguiente se despertaba con la misma inquietud.

No podía continuar de esa manera. Decidió llamarla. Ella no parecía sorprendida, pero sí distraída. Hubiera preferido un rechazo abierto, o un enojo, a esa sensación de que ella pensaba en otra cosa mientras hablaban. Comenzaba a creer que había sido un error, cuando ella le preguntó:

—¿Por qué no nos vemos?

Se vieron al día siguiente en La Perla. Lucio quiso averiguar quién paraba en el departamento de Verónica, pero ella no estaba dispuesta a contarle. No se quedaron mucho tiempo en el bar. Fueron, como la primera vez, al hotel que estaba en la esquina de Cromañón. Como si el tiempo hubiera entrado en un *loop*, les tocó la misma habitación que imitaba una cabaña de troncos. Lucio contemplaba el cuerpo de Verónica en los espejos. El cuerpo de Verónica penetrado, movido, empujado con toda la fuerza de sus caderas. El cuerpo de Verónica marcado por las mordidas y los chupones. La boca de Verónica en su

verga. De a poco fue sintiendo que se alejaba, que esas escenas pertenecían a una película pornográfica que miraba sin deseo. O tal vez era un simple sueño y él no estaba realmente ahí. De pronto volvieron los calambres, esos latigazos en las piernas que lo obligaban a tensar el cuerpo y permanecer quieto. Agotados por el esfuerzo más que por el placer, se quedaron los dos mirando el techo, observándose por el espejo. Lucio estaba dentro de una película y tenía que salir de ahí. Cuando dejaron el hotel, él la acompañó, como aquella primera vez, hasta Rivadavia. Ya no hacía aquel frío que cortaba los labios, sino que los empujaba el molesto viento de la primavera. Verónica tomó un taxi y él se puso a caminar por la avenida. Estaba dispuesto a llegar hasta Río de Janeiro y tomar ahí el colectivo 112. Necesitaba caminar y pensar. No debía volver a ver a Verónica. Eso era ya una certeza desde que, en la habitación del hotel, se habían mirado en el espejo. No era por eso que tenía que sentir el ritmo de sus pasos para que se aclarasen sus pensamientos. Volver a encontrarse con Verónica, haber repetido el primer encuentro, lo había enfrentado a la otra parte de esa vida paralela: los trenes de la muerte, los chicos desafiando su frenada inútil. Esos chicos a los que —como había descubierto cuando visitó a Malvino— odiaba, como odiaba a todos los que se habían tirado debajo de su tren. Y él no podía escapar a su destino. Su instinto o su miedo lo sabían: un día de la semana siguiente iban a estar los chicos listos para mantenerse firmes con la llegada del tren. Podía hacerse el idiota, pedir el turno que terminaba a media tarde. O podía hacer lo que estaba marcado: trabajar durante el horario nocturno toda la semana. Y si no ocurriera nada la próxima semana, entonces trabajaría de noche la siguiente hasta verlos aparecer frente al tren. Mantener sus sentidos, su intuición, sus reflejos y su odio alertas. Podía no tocarle a él. O sí. Al fin y al cabo, él también estaba jugando a la ruleta rusa.

16

**Superchica**

## I

Verónica contempló en el espejo del techo los cuerpos desnudos, el suyo y el de Lucio. Vio dos cuerpos resignados, exhibidos impúdicamente por ese espejo que no tenía piedad. Verónica atinó a cubrirse con la sábana. Había tenido noches peores con otros hombres, y a esa altura de la vida sabía que a veces había que soportar noches semejantes. Con otro tipo, incluso con Lucio unas semanas antes, se habrían vestido, tomado una cerveza, escuchado un disco y habrían pensado que la próxima vez el deseo iba a permitirles disfrutar del cuerpo del otro. Y ese era el problema. Ella ya no quería una noche más. Él quizá tampoco. Eran dos cuerpos muertos desde el primer beso que se dieron en la habitación del albergue transitorio (antes se daban el primer beso en el ascensor). Y esos cuerpos que eran tan fáciles de calentar se habían roto, no levantaban temperatura con nada. Las caricias resultaban lijadas, los besos una baba gelatinosa, los brazos y las piernas pesaban como si fueran de plomo.

Lucio tuvo la deferencia de acompañarla hasta Rivadavia para que tomara un taxi. Se despidieron como con vergüenza, un beso rápido y leve. Ella se tiró en el asiento trasero del auto con la convicción de que ese había sido el último encuentro entre ellos. Había sido un error proponerle que se encontraran para ir a un hotel. Se había dejado engañar por el llamado de él, algo tan inusual. Y ese tono de hombre confundido, o arrepentido, que para el caso era lo mismo, la había confundido o la había hecho arrepentirse de lo que pensaba los días anteriores. No habría más confusión o arrepentimiento.

Llegó a su departamento y a punto estuvo de encender todas las luces mientras revoleaba los zapatos y comenzaba a desnudarse. Tenía la costumbre de llegar a la habitación o al baño solo con la ropa interior puesta. Pero si hubiera hecho todo eso —encender la luz, desnudarse—, le habría pegado un buen susto a Rafael, que dormía en el piso del living. Así que entró silenciosamente, fue hasta la cocina, abrió la heladera sin encender la luz y tomó agua de la botella. Desde el living llegaba la respiración acompasada de Rafael. Entre todos los problemas que significaba tener a ese muchacho en su casa, debía reconocer que era una suerte que no roncara.

Fue primero al baño, hizo pis, se lavó los dientes, se quitó los restos de maquillaje, se limpió la piel con una crema y fue a su habitación. Cerró la puerta

y encendió el televisor. Puso una película subtitulada para poder verla sin levantar el volumen.

## II

Verónica había decidido que lo más práctico era que Rafael se quedara en su departamento hasta que Rivero y compañía cayeran presos. Le pidió prestado un colchón al portero. Marcelo le bajó uno de su departamento e insistió en acomodarlo él mismo. Conociendo a Marcelo, Verónica se daba cuenta de que, en realidad, él quería observar más detenidamente a Rafael. Por lo visto no le causó buena impresión, porque cuando Verónica lo acompañó a la puerta le preguntó:

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

Ella también resolvió el tema de la ropa. Fue hasta la avenida Córdoba, a la altura de los *outlets*, y le compró un jean, dos remeras, un buzo, tres *boxers* y tres pares de medias. Pasó por el supermercado, superó su fobia a hacer compras grandes de comida y realizó un envío de bebidas sin alcohol, unas cervezas, panes, papas fritas, fiambres diversos, hamburguesas, galletas de agua, yogures, manzanas, mandarinas, arroz y algunos congelados precocidos. También llevó crema de afeitar, unas afeitadoras descartables y un cepillo de dientes.

Verónica temía que Rafael se sintiera incómodo con todo lo que había comprado, especialmente por la ropa. Así que cuando llegó al departamento acomodó discretamente los alimentos en la cocina y dejó las prendas en un costado del living. A Rafael le dijo como al pasar que en las bolsas había ropa para él, pero no le aclaró que era nueva. Para cambiar rápidamente de tema, le dio una copia de las llaves del departamento. Le pidió que ni por casualidad se acercara a la zona sur de la ciudad. Que tratara de no encontrarse con nadie. Si necesitaba algo más, ella lo iba a conseguir.

Rafael había podido recargar su celular con un cable que ella tenía. Mientras Verónica preparaba café, oyó cómo él llamaba a la que debía de ser su mujer. Intentó no escuchar la conversación, pero igual oyó cuando Rafael le decía a su mujer que la quería. En ese momento comenzó a sonar la cafetera italiana y Verónica volvió a concentrarse en lo suyo.

Federico la llamó para decirle que tenía la grabación de las cámaras de seguridad del supermercado chino.

—Se ve a cuatro tipos en un auto primero y pegándole a alguien después. El chino si que sabe pelear. Me recordó a *Kill Bill*.

—¿Los matones se pueden reconocer?

—Se los ve bastante bien. Hice capturas de sus rostros, pero yo no esperaría mucho por ese lado. Va a ser difícil que los ubiquemos. Tampoco quise mover demasiado el avispero en la Federal. No creo que sea conveniente que sepan que buscamos a cuatro delincuentes sin que nosotros estemos al tanto de quién está encima de todo esto.

—Fede, me tenés que ayudar en la parte más complicada de todo este asunto.

—*Shoot me.*

—El martes van a llevar otra vez a dos chicos a las vías. Sabemos que será en alguna parte del recorrido del ferrocarril Sarmiento y que será de noche.

—O sea que tenemos un margen de error de cuatro horas y unos cuarenta kilómetros. Vos sí que la hacés fácil.

—Digamos tres horas y veinticinco kilómetros, teniendo en cuenta que no va a ser a la altura de Once. Hay algo más. A estos tipos hay que agarrarlos con las manos en la masa. Es la única forma de que nos aseguremos de que vayan presos. Tengo testigos como Rafael y, llegado el caso, a dos chicos a quienes hicieron participar. En realidad, uno es el que debería saltar el martes.

—¿Y no lo va a hacer?

—Ese es el punto. A ese chico hay que darle protección.

—A ese chico hay que darle una medalla. Tenés un infiltrado en la organización delictiva. Te llamo cuando tenga todo.

A última hora de ese viernes, Verónica fue a la redacción de la revista. Habló con Patricia. Le dijo que tenía muy avanzada la investigación de los trenes. Que no podía contarle los detalles, pero que tenía muy buena data. Que fuera a pelear con el director la nota de tapa del número siguiente.

Federico la llamó cuando ya había dejado la redacción y regresaba al departamento.

—Listo, Vero, todo arreglado.

—No esperaba menos.

—Teniendo en cuenta lo que le pasó a tu inquilino, ir a la Policía Federal no parece una gran idea.

—Y no lo hiciste, por supuesto.

—Hay comisarios amigos de tu viejo que nos podrían dar una mano. Pero aprovechando que soy joven y creativo, dejé los contactos de tu padre y fui con los míos. Como ese tal García se mueve en el ámbito de la ciudad, recurrí a organismos nacionales donde es más difícil que el tipo tenga algún tipo de banca. Hay un Consejo de la Niñez que trabaja muy bien, incluso cuenta con asistencia policial. Hablé con uno de los responsables. Es un abogado que fue profesor mío en la UCA. Armamos una estrategia que consiste en tener personal policial de manera discreta en algunos puntos del recorrido que se preste a este tipo de actividad. Se supone que esas patrullas no deberían tardar más de seis minutos en

llegar a cualquier parte del ferrocarril.

—¿Y el chico?

—Necesito saber dónde vive y el martes ponemos una guardia para seguirlo. Si hubiera una foto nos ayudaría mucho, pero si no, la conseguimos en el fin de semana. ¿Viven ahí otros chicos de su edad?

—Hay otro.

—Fotografiamos a los dos mañana y te mando la foto para que me digas cuáles es.

—¿Necesitás algo más?

—Facilitaría ubicar el lugar donde va a ser la competencia.

### III

Lucio ya no tenía calambres en las piernas, al menos cuando tenía sexo con su esposa. Sin embargo, ahora sentía que eran los brazos los que se dormían y una puntada le arrancaba por debajo del cuello hasta la cabeza. Eso le ocurría cada vez que se ponía a conducir un tren. Terminaba su turno exhausto, como si su trabajo conllevara un esfuerzo físico enorme. Llegaba cansado a su casa. A veces, Mariana lo esperaba levantada y charlaban mientras él cenaba.

La noche del sábado tuvo una pesadilla. Uno de esos sueños que cada tanto lo acosaba. Iba conduciendo un tren. No los actuales, sino uno de esos Fiat con aspecto de camellos. Cuando comenzaba a conducirlo era de día, pero de repente se hacía de noche. Veía poco y nada. De repente, un vestido floreado se estrellaba contra el parabrisas. No era una mujer, sino simplemente la prenda. Se golpeaba contra el vidrio y le tapaba la visión. Solo veía las flores azules y rojas de la tela. Él descubría que ese vestido era de Verónica. Entonces, concluía él, Verónica estaba muerta. La había pisado un tren. ¿Cómo nadie le había dicho nada? Verónica había muerto. Él se ponía a llorar. Sentía una mano en la cara. Era Mariana a su lado, como ocurría cada vez que despertaba de una pesadilla. Lucio se calmó. Se levantó y fue hasta la cocina para tomar un vaso de agua. Mariana fue detrás de él. Se quedó haciéndole compañía hasta que Lucio decidió acostarse e intentar dormir unas horas. Luego le tocaría levantarse, darles el desayuno a los chicos, comprar las facturas del domingo, preparar el mate. Lo de siempre.

#### IV

Dientes y el Peque habían hecho un pacto. No iban a gastar la plata de Superchica (así habían bautizado a Verónica) hasta que no pasara el día martes. Después sí, el miércoles irían por el barrio dilapidando sus billetes. Para entonces Rivero estaría en la cárcel y a ellos tal vez les dieran una medalla, o más plata. O una medalla que podían llegar a vender al tipo que compraba metales.

El Peque no quería quedarse afuera del superequipo que habían armado y que hasta donde sabían lo integraban Superchica, Rafael y ellos dos. El Peque sabía que desde la casa no iba a poder hacer mucho, así que decidió volver a los entrenamientos de fútbol en el club Brisas. Rivero se mostró sorprendido cuando el viernes lo vio llegar en compañía de Dientes. Pero no le importó que se pusiera a jugar a la pelota con los otros chicos, que estaban contentísimos con su regreso. Cuando los otros estaban lejos, Rivero le preguntó:

—¿Te animás a saltar contra Dientes? Porque si Dientes gana, pasa a la próxima vuelta y ahí puede jugar contra vos.

—Yo me animo a lo que sea —contestó, y Rivero lo palmeó feliz.

Lo cierto era que el Peque no quería saber nada de ponerse frente a un tren. No pensaba llegar a ese punto. Él estaba ahí para ver lo que pasaba en el club. Se sentía un espía en territorio enemigo. Debía mirar, escuchar y guardar todo en su memoria para contárselo a Superchica. Ella se iba a poner contenta si le llevaba buena información y lo iba a felicitar por lo bien que hacía su trabajo. No le importaba la plata que le había dado. Él se conformaba con que Superchica lo dejara formar parte del superequipo.

## V

Verónica se quedó todo el fin de semana en el departamento. Empezó a escribir parte del artículo. Eso le servía también para ordenar la información con que contaba. Rafael salió algunas veces a caminar por el barrio. Seguramente, quería dejarla sola para que pudiera escribir tranquila. Sin embargo, almorzaron y cenaron juntos tanto el sábado como el domingo. Incluso dos de esas comidas las preparó él: unos espaguetis con una salsa a base de tomate y atún, y un risotto con azafrán y pedacitos de salami y arvejas.

Ella no estaba acostumbrada a compartir su departamento con nadie. Menos con un desconocido. Sin embargo, Rafael tenía una manera de actuar que la hacía sentir cómoda. No le molestaba su presencia y le gustaba interrumpir el trabajo de escritura para tomar un café con él y charlar. En esos dos días Rafael le contó su vida. Su relación con Andrea, la caída en la merca y el alcohol, las dificultades para recuperarse, el aguante de su madre, el trabajo en Brisas de Primavera, su amor por Martina. Verónica recordó lo que había escuchado cuando él llamó por teléfono a su mujer.

—¿Y a Andrea la querés todavía?

—Nunca la dejé de querer. Cuanto más bajo caía, más sentía que seguía queriéndola. Y ahora que estoy bien, lo único que deseo es volver con ella.

Verónica sintió envidia de Andrea.

No quería pensar en Lucio. Tenía que hacerse a la idea de que lo ocurrido la otra noche había sido el final entre ellos. Que ya nada los unía física, afectiva o emocionalmente. No debía gastar ni media neurona en el maquinista degenerado. Sus amigas se iban a alegrar cuando se enterasen de que estaba totalmente soltera, aunque una mujer con un amante casado técnicamente está siempre soltera. Era paradójico que el primer fin de semana que compartía con un hombre en mucho tiempo fuera con alguien a quien no la unía nada sexual. Pero se sentía tan vulnerable que, si Rafael la apuraba un poco, no estaba segura de mantenerse muy íntegra en su papel de mujer protectora. Ya había hecho un desastre con el padre Pedro. Mejor que se diera una ducha de agua fría. Y que no dejara la puerta del baño entreabierta.

Cenaron como un casto matrimonio, en la mesa del living comedor con la tele encendida. Los domingos no había mucho para ver y estaban mirando *Dirty*

*Dancing* doblada al español. Ella había visto muchas veces esa película y se sorprendió cuando Rafael le dijo que no la conocía. Los interrumpió el sonido del celular de Verónica. No podía imaginar quién podía llamarla a esas horas de una noche de domingo. Para colmo, no aparecía el número de teléfono, sino el mensaje « número desconocido» .

—¿Verónica Rosenthal?

Era la voz de un hombre que no le resultó nada familiar.

—Soy yo.

—Habla García, Verónica. Juan García. Me parece que vos y yo tenemos que vernos y hablar.

El tono era el de un amigo cariñoso que uno tenía abandonado y que llamaba para hacernos notar nuestra falta.

## VI

Hay cosas que uno nunca pregunta a su padre: si tuvo sexo, si amó a alguien que no fuera su madre, si fue cobarde, si estafó. A todas esas preguntas que Lucio nunca había hecho, él podía agregar una más: si su padre había atropellado a alguien cuando era conductor de trenes. Tampoco sabía si su abuelo había sentido en su vieja máquina a vapor el ruido de los huesos destrozados por el peso del metal. Él tampoco se lo contaría jamás a sus hijos. Al menos él no iba a dejar que Fabián y Patricio trabajaran en los ferrocarriles. Hubo un momento en su vida en que él también podría haber dicho que no, que no se iba a dedicar al oficio familiar. Ese momento se perdía en la neblina de su juventud. La vida le había ido ofreciendo poco pero bueno. Supo que nunca iba a ser ingeniero, pero no le iba a faltar trabajo. Nunca le sobraría plata, pero tendría la suficiente para que no faltara el plato de comida o las zapatillas buenas para sus hijos. Y ese contrato absurdo con la vida escondía en la letra chica los accidentes de trenes. Y Verónica. Entonces, ¿había valido la pena? ¿Cada imagen, cada sonido, cada sensación física de esos seis cuerpos sin vida? ¿Verónica había valido la pena? Su única certeza era la que había surgido después del último encuentro con ella. Si no fuera por Verónica, no estaría ahora conduciendo el tren nocturno del Sarmiento.

## VII

Las probabilidades de que a un maquinista le tocara manejar la formación que sería protagonista involuntaria de ese juego macabro en las vías eran inciertas. Con la vista fija en los rieles, Lucio había intentado infinidad de veces establecer el cálculo matemático que revelara la regularidad de ese infierno repetido. En la ecuación cruzaba los datos de las frecuencias de los trenes con la cantidad de servicios nocturnos y el número de conductores que manejaban en ese horario. Pero cualquier maquinista con experiencia sabía que no era así. Bastaba haber trabajado cuatro o cinco años para saber simplemente que las posibilidades crecían a medida que se hacía más tarde y que el tren se encontraba lejos de las cabeceras. Era la segunda vez que Lucio rompía las reglas y pedía conducir alguno de los trenes que nadie quería manejar. La primera ocasión había sido aquella fría noche de invierno en que invitó a Verónica a subirse a la cabina para que viera ella misma lo que pasaba en las vías. Ninguno de sus compañeros había hecho referencia a la competencia de los chicos y prefirieron concentrarse en el hecho de que invitaba a una chica a viajar con él en el receptáculo del conductor. Les resultaba fácil negar la realidad.

Ahora Lucio volvía a conducir por voluntad propia una de esas formaciones. Pero esta vez no había mujer, ni razón evidente para cambiar. La imposibilidad de hablar de ese tema era más fuerte que la intriga por saber qué llevaba a un compañero a ofrecerse para ese trabajo de mierda. Lo dejaron hacer lo que él quería. Ellos, los que no trabajarían ninguna noche de esa semana y de la siguiente, podían respirar tranquilos.

## VIII

Quedaron para el lunes a las doce y media en la Trattoria Della Zia Rosina, un restaurante bastante nuevo, ubicado en Honduras y Bonpland, que propuso él. Verónica le preguntó cómo lo iba a reconocer y Juan García, como toda respuesta, se rio. Le dijo «hasta mañana» y cortó la comunicación. Obviamente, García no la iba a recibir en su oficina y mucho menos en su casa. Ella necesitaba saber por dónde se movía y tratar de que se autoincriminara. Solo así había posibilidades de atraparlo. Llamó una vez más a Federico, que se quejó sin mucha convicción.

—Tu padre va a preguntar si mis horas te las factura a vos o a la revista.

—Decile que es un trabajo *pro bono*, como dicen los yanquis.

Verónica lo puso al tanto de las novedades y le preguntó si podía conseguir un equipo para grabar subrepticamente la conversación con Juan García.

—Excelente idea —dijo Federico—. Seguramente él no piensa que podrias grabarlo.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Alguien entra al restaurante unos pocos minutos después que vos. Ve quién está sentado a tu mesa. Lo marca para nuestros muchachos. Lo seguimos discretamente, muy discretamente. Y al final te paso los datos de su búnker.

—¿Yo tengo que hacer algo?

—No especialmente. Podés darte por ofendida cuando te revisen para ver si tenés un equipo de grabación encima.

Llegó puntual. No estaba nerviosa. Al contrario, sentía que había ganado una batalla al hacerlo salir de su madriguera. Si no hubiera apurado a Rivero y a Palma, jamás le hubiera visto la cara a García. Él mismo la había llamado. ¿Para intimidarla? ¿Para hacerle creer que era inocente?

Entró al restaurante y vio varias mesas ocupadas, algo que le llamó la atención porque era temprano para almorzar. Hizo una mirada panorámica y vio que la llamaban de una mesa donde había una pareja. Verónica se dirigió hacia el varón:

—¿Juan García?

—Perdón por la confusión —dijo la mujer de unos cincuenta años—. ¿Me puede acompañar al baño de damas?

Verónica no puso reparos. Tampoco los puso cuando la mujer la palpó y le pasó un aparato raro por el cuerpo.

—No te asustes, es un escáner. Es para tu seguridad.

—¿Mi seguridad?

—Claro, si grabaras al señor García la pasarías muy mal.

Salieron del baño y la mujer la acompañó a otra mesa, donde estaba sentado un hombre solo que leía el menú. Levantó la vista cuando ella llegó.

—Verónica Rosenthal, un gusto conocerte —dijo García y le hizo un gesto para que se sentara. Siguió hablando—: ¿Cómo anda tu padre? El estudio Rosenthal llevó adelante varias causas en las que tuvimos algo que ver.

—¿Conoce usted a mi padre?

—Digamos que mis abogados lo conocen. Y lo admiran. Un gran jurista el doctor Rosenthal.

Se acercó un mozo con el menú para ella. García le preguntó si iba a tomar vino y ella prefirió agua sin gas. García actuaba como un excelente anfitrión.

—Te recomiendo del menú los *malfatti all'uso nostro*, son una delicia.

—Prefiero una ensalada César.

García hizo un comentario pretendidamente gracioso sobre cuidar la línea y cómo le costaba a él resistir la tentación de la buena comida. El hombre era fornido pero nadie lo habría calificado de gordo. Cuando se puso de pie para saludarla, Verónica observó que era un poco más alto que ella y usaba un traje caro, tal vez un Armani o un Hugo Boss. Debía de tener cerca de sesenta años, pero la piel y el pelo oscuros lo hacían parecer más joven. El hombre pidió unos espárragos a la parmesana y un poco de jamón crudo y provolone «para picar». Tampoco tomaba alcohol. Tenía una botella de agua mineral sin gas en la mesa y le sirvió a ella.

—Rivero y Palma están muy preocupados por la visita que les hiciste.

—Lo bien que hacen.

García movió la cabeza negativamente mientras tomaba una lonja de *prosciutto di Parma*.

—Son los responsables de un juego perverso y mortal —continuó Verónica.

—Para decir esas cosas hay que tener pruebas.

—Y las tengo. Las suficientes como para que vayan los dos presos. Y también sus cómplices.

El hombre respiró profundo, como si estuviera cansado de repetir una enseñanza por enésima vez.

—Pruebas circunstanciales, nada que un buen abogado no sepa anular ante un juez influenciado. Y preguntale a tu padre. La mayoría son influenciados. Mirá, hay tres sistemas de justicia. El de Tribunales, que lleva años hasta dictar sentencia. El de los periodistas, que deciden qué es bueno y qué es malo y condenan desde sus publicaciones o medios con total impunidad. ¿Cuántas veces

lo denunciado por una revista después no se corrobora en la justicia? Pero para entonces los medios ya vendieron sus publicaciones, sus espacios de publicidad y pasan a otra cosa.

—Los periodistas nos limitamos a poner los hechos a consideración de la sociedad.

—Mentira. Pero no hemos venido aquí para discutir sobre tu oficio, que por cierto es muy digno y respetable.

—Usted dijo tres formas de justicia y solo nombró dos. No creo que la tercera sea la justicia por mano propia.

—Ah, por supuesto que no. Si todos fuéramos a cobrar las deudas por nuestra cuenta, viviríamos en guerra permanente todos contra todos. Hay una tercera forma de hacer justicia que es la de actuar discrecionalmente para que las otras dos formas, o sea los tribunales y los periodistas, puedan hacer su trabajo.

—No termino de entender.

—Es fácil. Para eso te invité, para negociar.

De la silla lateral tomó una carpeta y la puso a un costado de la mesa.

—Yo no vine a negociar.

—Ya vas a ver que sí. Palma. Te ofrezco a Palma. En esta carpeta, que es para vos, están todas las pruebas de cómo la Subsecretaría de la Vivienda de la Ciudad maneja sus fondos de manera irregular. Cómo dan propiedades y dinero a cambio de toda clase de servicios, algunos, por supuesto, absolutamente legales.

—¿Usted me está entregando a uno de sus hombres?

—Ah, no, yo no tengo hombres ni mujeres, ni entrego a nadie. Tengo pruebas de un delito y recurro a una joven pero valiente periodista para que escriba un brillante artículo y comience el proceso que debe terminar en Tribunales. Ganamos todos: los ciudadanos, el Estado, el periodismo, vos.

—Palma no es el único responsable. Usted y Rivero también lo son.

—Verónica, sos muy inocente. Antes que nada, Rivero no puede ser responsable ni de un equipo de fútbol de la última división. Y yo soy un pequeño eslabón de una cadena. ¿Entendés la metáfora? Hay una cadena hecha de eslabones. Vos cortás un eslabón, pero la cadena se vuelve a enganchar con el eslabón siguiente y continúa siendo una cadena. No se corta nunca. Tal vez se haga más chica, pero no se corta.

Verónica no estaba dispuesta a argumentar más nada. Se quedó en silencio esperando que Juan García agregara algo. Él también parecía esperar que hablara ella. Al final fue él quien no aguantó más el silencio.

—Mirá, vos creés que sabés, pero estás equivocada. Nada de lo que estás previendo va a salir como esperás. Por eso estoy siendo muy generoso con vos. Esta es mi propuesta. Tenés a Palma en bandeja de plata y te olvidás de todo lo demás. Podés hacer una gran nota.

—Le repito, García, no vine a negociar.

Verónica se puso de pie y tomó su cartera.

—Lamento mucho que apenas hayas probado la ensalada. Y también lamento que no hayas comprendido lo importante que hubiera sido que aceptaras lo que te proponía. Ah, una cosa más. Decile a los muchachos que esperen afuera para seguirme que no pierdan el tiempo.

## IX

Verónica salió del restaurante mucho más confundida de lo que estaba dispuesta a reconocer. Había intentado mantenerse digna, pero sentía que sus argumentos habían hecho agua ante la seguridad de García. A las pocas cuerdas de caminar hacia el subte, llamó a Federico.

—El tipo sabe que lo queremos seguir. Suspendé todo que es al pedo.

—Vero, vos escribí notas y no te metas en mi trabajo. Te llamo en unas horas.

Hasta Federico se mostraba más seguro que ella. Algo no estaba bien. Muchas cosas no debían de estar bien. Lo malo es que no podía identificarlas ni, por tanto, actuar sobre ellas.

Fue a la redacción. Su jefa había tenido una paciencia encomiable en todo ese tiempo y le había permitido tomarse los días que ella quisiera. Sabía que necesitaba ese tiempo para avanzar en su investigación. De vez en cuando Patricia preguntaba cómo iba todo, o ella misma la ponía al tanto de algún avance.

Prefirió no contarle lo que había ocurrido en la Trattoria Della Zia Rosina. Solo le insistió en que le reservaran la nota de tapa del próximo número.

Ese lunes debía ser un día laboral tranquilo. Refritar un par de cables, escribir unas notas breves y el resto del tiempo podía seguir ajustando los detalles de su investigación. Patricia andaba como loca porque no tenía un redactor para mandar a cubrir una nota urgente. Habló con el editor de Política para pedirle el pasante de la sección. El editor le dijo que no había problema, pero que recordara que el pasante escribía con los codos. A ella le alcanzaba con que le trajera información.

—Si no estuvieras con tu historia —le dijo a Verónica—, te hubiera mandado a vos.

—Si me querés mandar a mí es porque se trata de una historia retorcida.

—No, más de lo mismo. Un nuevo ataque de la mafia china.

—Ahí sí que es difícil descubrir algo.

—Pero me hubieras hecho un lindo retrato de color. Un barrio conmocionado por la muerte de su chino, al que le compran todos los días la leche y las galletitas. En realidad, dos. El cable dice que murieron dos. En Villa Lugano.

Algo se disparó dentro de ella. Buscó en la cablera las noticias policiales. Bajo

las palabras guías de asesinato y mafia, estaba lo ocurrido en el sur de la ciudad. El cable decía que en un supermercado chino ubicado en Zubiria y Albariño habían asesinado a dos hombres de nacionalidad china. Que los maleantes habían entrado y tirado a matar. Fuentes policiales apuntaban a un ataque de la llamada mafia china porque no se robaron nada salvo la grabación de las cámaras de video para no ser reconocidos. Testigos presenciales dijeron que eran cuatro los maleantes y que al menos dos de ellos no tenían aspecto oriental, por lo que se presuponia que la mafia china contrataba sicarios locales. Las víctimas fatales eran Xian Lusin, conocido en el barrio como Julián, y Luo Binyuan, llamado Víctor por los vecinos.

Julián, se dijo Verónica. Julián, repetía. Leía el cable y lo único que veía era la palabra Julián. Como pudo, fue hasta el baño. Se lavó la cara, para disimular el llanto. Luciana, una de las diseñadoras, entró a los sanitarios y la vio tan mal que se le acercó para ayudarla.

—Me peleé con mi novio —le dijo para que la dejara tranquila. Luciana le dijo una frase de circunstancias y se metió en uno de los compartimentos.

Un poco más repuesta salió y volvió a su escritorio. Habían matado a Julián y al otro muchacho chino. Debía avisarle a Rafael. No, no podía avisarle. Rafael iba a salir corriendo hacia el supermercado y era indudable que, si habían ido ahí, es porque lo buscaban también a él y querían la grabación para que no los comprometieran con la paliza que le habían dado. Pero esa grabación estaba en poder de Federico, que ya tenía los rostros de los asesinos. Para eso llegaban tarde. Solo habían conseguido vengarse de Julián por haber defendido a Rafael. Habían fracasado con la filmación. No debía avisarle a Rafael. Al menos no ese día. Sintió un leve alivio al saber que Federico tenía la grabación que ellos buscaban.

Juan García es un depredador al ataque, pensó Verónica. Tengo que tranquilizarme, se dijo. La muerte de Julián la había golpeado con fuerza y no pensaba claramente. No estaba siendo lúcida, ni siquiera le había dicho nada a Patricia, que seguramente hubiera llegado a alguna conclusión que Verónica no llegaba a ver. Estaba cometiendo un gravísimo error de apreciación que podía costarle la vida a ella, o a Rafael, o tal vez a los dos.

## X

Los lunes, la práctica de fútbol se limitaba a unos partidos informales, sin que Rivero diera muchas indicaciones. Se armaban los equipos y simplemente jugaban. Rivero había decidido hacer dos combinados mezclando a los chicos de la categoría de Dientes con los del Peque. Los amigos habían quedado enfrentados, algo que era bastante habitual cuando jugaban a la pelota en una plaza o un parque. Jonathan, el chico nuevo, estaba en el equipo del Peque. Jugaba bien, sabía manejar la pelota y era encarador.

Dientes pensaba que quien iba a jugar contra él no estaba en ese partido. Debían de tenerlo concentrado, como a los futbolistas antes de un match importante. A él, por ser el nuevo, lo tiraban al bombo. No le importaba, sabía que hubiera podido ganar igual. Superchica tenía razón en lo que había dicho de Rivero, pero a él le hubiera gustado competir y vencer a su rival. Sin embargo, ahora que sabía que Superchica lo iba a cuidar, le gustaba más la idea de ser un héroe, de ver a Rivero castigado por las muertes de los otros pibes.

Cuando terminaron la práctica fueron todos al bar a comprar una Coca-Cola grande. Juntaron la plata y le pidieron la gaseosa al tipo nuevo que atendía el bar. A nadie le gustaba el reemplazante de Rafael. No les regalaba una papa frita ni que los viera desfallecer de hambre. Además tenía siempre cara de culo.

Dientes tomó un largo trago de Coca. No había terminado de eructar, cuando vio que Rivero lo llamó aparte. Fue hacia él.

—Campeón, hay cambio de planes. La competencia se hace hoy.

—¿No era mañana?

—Por eso te digo. Cambiamos el día. Mañana está anunciado lluvia y no queremos que se resfríen. ¿Tu vieja está en la casa?

—No, en el hospital con mi abuela que está enferma.

—¿Tiene celular?

—Sí.

—Llamala y decile que te surgió la posibilidad de jugar un partido en la cancha de River. Que después la gente del club te lleva en auto a tu casa.

Rivero le ofreció el celular y a Dientes no le quedó otra que llamar a su madre y repetir la excusa que había inventado Rivero. Hablaba con su madre, pero pensaba en Superchica. Ella iba a estar recién al día siguiente para cuidarlo.

A pesar de que todo ese tiempo había querido saltar en las vías, ahora ya no quería. No, no quería saltar. Pero no podía echarse atrás. Superchica no lo perdonaría si se mostraba cobarde. Tenía que ir igual, con todo el miedo encima.

Para colmo, Rivero no lo dejaba ni un momento a solas. Había llamado a uno del equipo contrario, a Jonathan, y le había dicho lo mismo. Así que contra él iba a competir. Era más alto y parecía más rápido. Vio al Peque a lo lejos, que lo esperaba para volver juntos a la casa.

—Rivero, ¿puedo ir al baño?

—Dale, pero apurate.

Dientes fue hacia el baño y en el camino le hizo un gesto al Peque para que fuera él también.

—Cambio de planes. Hoy se hace la competencia. Juego contra Jonathan.

—Me imaginé que era Jonathan. ¿Cómo hoy? Superchica nos espera mañana. Hoy no va a haber nadie para atrapar a Rivero.

—Por eso, Peque, el éxito del superequipo depende de vos. Tenés que avisarle a Superchica que hoy voy a estar en la vía.

—¿Y cómo hago para avisarle?

—Ah, ni idea.

## XI

Los días habían comenzado a ser más largos. La primavera dejaba paso a los primeros calores, que se compensaban con los molestos vientos del atardecer. Un hilo de luz diurna quedaba en el horizonte. Lucio veía la caída de la noche —de cada noche en la que le tocaba conducir el tren— como el comienzo de su participación en una historia demencial: moverse de una punta de Buenos Aires hasta la ciudad de Moreno con la certeza de que en algún momento dos chicos iban a estar frente a él desafiando a la suerte. Él tendría que apretar el freno, hacer todo lo posible para no pisarlos, aunque sabía que iba a ser inútil, que dependía absolutamente de los chicos, de que ellos se apiadaran de él y saltaran a los costados antes de que el tren les pasara por arriba. « Pendejos hijos de puta » , masculló mientras miraba lo más lejos que podía esas vías desnudas. Todavía desnudas.

Las horas pasaban sin ninguna novedad. Tal vez hoy no sea, pensó sumido en la oscuridad solo iluminada por la luz del tren. Tal vez fuera al día siguiente, o el miércoles, o el viernes. O quizá Lucio se estuviera acercando a lo inevitable. Era una noche de luna nueva, oscura y sin estrellas a causa de las nubes que encapotaban el cielo. Le quedaba solo una vuelta entera para terminar la labor del día. Los pocos pasajeros que bajaron en Castelar fueron reemplazados por otros que irían hasta Morón, Liniers o Plaza Once. Arrancó el tren, cruzó el paso a nivel. El tren se dirigía a su máxima velocidad hacia Ituzaingó. En treinta y cinco minutos debía llegar a Once. A Lucio no le gustaban las noches sin luna.

**Velocidad máxima**

## I

Subió al auto con fastidio. Ni el chofer ni el guardaespaldas ni la asistente dijeron una sola palabra en el camino de regreso. El recorrido por la cocina, un pasillo y luego el patio, para poder salir por la puerta trasera de la Trattoria della Zia Rosina, lo había puesto de mal humor. También le había molestado el diálogo con la periodista. El tono de esa mujer que creía tenerlo todo bajo control resultaba enervante para cualquiera y mucho más para él, que no estaba acostumbrado a lidiar ni con periodistas ni con mujeres. Él ofreció un acuerdo justo y ella se negó a aceptarlo. A él no le gustaba perder el tiempo y los minutos que había pasado en ese lugar habían sido demasiados.

El problema era que no se trataba de una mujer, sino de una chica que reaccionaba como una adolescente rebelde ante un padre severo. Una chica equivocada. Los trenes eran una parte menor de sus actividades. Ella lo veía interesado en resolver el problema y pensaba que a él los trenes y esos pendejos le quitaban el sueño. Pobre ilusa. Si algo había aprendido hacía ya más de veinte años era que el menor de los negocios debe preocupar tanto como el más importante. Esa era la razón de su interés por acabar con las suspicacias de la periodista. Y ella no iba a poder terminar con nada. Si tenía ganas, mañana mismo él podía conseguir una pandilla de pendejos para hacerlos tirar en paracaídas. Si quería, podía borrar inmediatamente cualquier huella de lo que había pasado en los últimos años en el ferrocarril de la zona oeste. Pero la periodista había metido la nariz donde no debía, Rivero había elegido a un tipo equivocado como empleado y Palma se había quedado con dinero que no le correspondía. Los tres juntos eran menos peligrosos que un grano en el culo, pero igual de molestos. Tenía que reventarlos, como un grano.

Desde el auto llamó por teléfono y dio la orden de que fueran al supermercado chino. Tenían que liquidar ahí mismo al que había intentado denunciarlos en la policía.

¿Habría trascendido de alguna manera que la competencia sería el martes? El idiota de Rivero no iba a saber decírselo. Era incapaz de sacar una conclusión por sí mismo. No debía de saberlo. ¿Y si alguno de los dos pendejos lo había comentado con sus padres o con alguien que hubiera puesto en alerta a la periodista? Era casi imposible, pero ese «casi» le resultaba incómodo. Se dejó

llevar por su instinto, el mismo que lo había salvado de tantos problemas.

—Rivero, cambiá el día. Es hoy.

—Pero, jefe...

—Las pelotas. La periodista esa debe saber lo de mañana. Es hoy. Que les avisen a todos. Llevá a los pibes.

—Como usted diga, jefe.

—Y no dejés que los pendejos se vuelvan a la casa o algo así. No tiene que haber ni una filtración. ¿Entendiste?

Dos sobre tres. Quedaba Palma. Con ese había tiempo. No tenía que salpicar sangre si se podía arreglar de otra manera. Había algo peor que la muerte para Palma y era ver cortada su carrera política, su vida de bacán en el *country* de Canning. Cárcel y pobreza. Eso iba a recibir Palma. Lástima que la periodista no había aceptado. Él y la chica se hubieran ahorrado varios disgustos.

Ese día decidió no dedicarle un minuto más al tema. Sin embargo, un par de horas más tarde recibió un llamado telefónico que volvió a preocuparlo.

—Regresaron los muchachos. Negativo. No estaba el *hippie*. Los muchachos se cobraron la deuda con el chino.

—Eso es cosa de ellos.

—Pero hay una buena noticia. Trajeron la grabación de las cámaras de seguridad. Creo que sabemos dónde está el *hippie*.

—¿Creés o sabés?

—En la grabación del día viernes se lo ve salir con la periodista.

—¿Cómo con la periodista?

—Sí, la que fue a ver a Rivero. Se subieron a un taxi y se fueron los dos tortolitos.

—Lo debe tener escondido en el departamento de ella. Así que ese era el testigo importante. Se cree que tiene el ancho de espadas. Convertilo en cuatro de copas.

—Okey. ¿Y si está ella con él en el departamento?

—Si está ella matamos dos pájaros de un tiro.

—Mire que es una periodista.

—Me chupan un huevo los periodistas.

## II

Sus nombres no merecen ser recordados: 1 y 2 iban sentados adelante. 3 y 4, atrás. El auto era un Audi A4 versión 1.9, un poco viejo (2003), pero que andaba perfecto. El color era azabache metálico y tenía 120 000 kilómetros, las llantas eran originales con neumáticos Dunlop Sp Sport Maxx GT cambiados mil kilómetros atrás, caja de sexta multitronic automática, secuencial con levas al volante, turbo diésel. Techo solar eléctrico, climatizador bizona, ABS, seis airbags, control de velocidad crucero, encendido automático crepuscular de luces, computadora de a bordo con chequeo automático de sensores de instrumental y motor. Además, tenía al día la verificación del automotor exigida a los vehículos radicados en la provincia de Buenos Aires. El auto era lo mejor que se podía decir de ellos.

1, 2, 3 y 4 eran delincuentes de poca monta, que se dedicaban exclusivamente a hacer daño: lastimar, amedrentar, matar. No mucho más. Los robos solo eran una actividad complementaria, jamás principal. Sus acciones eran más bien limitadas.

Los cuatro manejaban armas y golpeaban fuerte. En algún momento soñaron con ser karatekas o campeones de *kick boxing*. Debutaron como patovicas en algún boliche del conurbano bonaerense y fueron reclutados por el Doctor 0 para armar un grupo de choque. El Doctor 0 tenía tan buen ojo como un excelente cazatalentos de futbolistas. Sabía encontrar al salvaje obediente detrás de una montaña de músculos.

Los cuatro tipos pasaban gran parte del día en el gimnasio, del que salían solo para trabajar, es decir, lastimar, amedrentar, matar. Cuando el Doctor 0 les dijo que debían ir hasta el barrio de Villa Soldati para anular a un tipo que los había traicionado, no necesitaron más aclaración: a un traidor se lo caga a trompadas antes de liquidarlo.

No les gustaba fracasar, se autoexigían mucho. Cuando un trabajo les quedaba por la mitad, estaban dispuestos a rogar al Doctor 0 para que los dejara terminar la faena. Esta vez, no solo querían finiquitarla, también deseaban venganza. Al traidor había que agregarle el chino karateca (a pesar de que dos de ellos habían estudiado karate, no diferenciaban un golpe de karate de uno de kung-fú).

El Doctor 0 les pidió paciencia, unos días, hasta que el jefe decidiera actuar. El lunes a la una y media de la tarde dio la venia y los cuatro se subieron satisfechos al Audi y aceleraron hacia la zona sur de la ciudad. No les molestaba haber dejado sin comer unas mollejas que habían pedido en la parrilla de la esquina del gimnasio.

Esta vez detuvieron el auto en la puerta del supermercado. 3 y 4 dispararon al chino karateca que estaba en la caja. Una china fue hacia el cuerpo tendido del chino karateka. 1 y 2 se dirigieron al fondo mientras se oían gritos y aullidos. Tras entrar en el depósito, revisaron todos los ambientes sin encontrar al traidor. Apareció otro chino con un cuchillo que se abalanzó sobre 3, que a su vez le metió un tiro en la cara, mientras 2 lo remataba con tres disparos. Volvieron al negocio, donde todo el mundo había desaparecido, salvo la china, que lloraba abrazada al karateca. Ni se les ocurrió preguntar dónde estaba el traidor. Nadie les había indicado que hicieran eso. Se limitaron a tomar el CPU donde se grababan las cámaras de seguridad. El Doctor 0 les había pedido que se lo llevaran a él. No habían pasado tres minutos desde que habían estacionado el auto, cuando volvieron a subirse y arrancaron rumbo al estudio del Doctor 0. Después pasarían por la parrilla para pedir unas porciones de mollejas tiernas recién hechas.

### III

Si alguien le hubiera preguntado qué había hecho entre el momento que se enteró del asesinato de Julián y el llamado de Federico, dos horas más tarde, Verónica no habría sabido qué responder. Es probable que hubiera terminado de escribir lo que le había pedido Patricia; o tal vez se había pasado leyendo como en un *loop* la noticia del ataque al supermercado chino. Dos horas estuvo así. Y habría seguido hasta la noche, hasta que no quedara ningún periodista en la redacción, si no hubiera sonado su celular. Era Federico. Estaba alterado. Acababa de escuchar la noticia de las muertes en el supermercado.

—Te iba a llamar para decirte que habíamos conseguido seguir a García y que tenía novedades al respecto, pero el asesinato de los chinos es terrible. ¿Dónde estás?

—En la redacción.

—¿Pensás quedarte ahí? ¿Y Rafael está con vos?

—¿Cómo va a estar Rafael conmigo? Está en el departamento.

—Verónica, la patota tiene la grabación del supermercado.

—¿Y? Nosotros tenemos una copia de cuando le pegaron a Rafael.

—Ellos te tienen a vos grabada, a vos llevándote a Rafael. Los tipos estaban buscando a tu testigo. Deben estar yendo a tu departamento.

¿Podía haber sido tan idiota?

Rafael.

—Mandá ya a la policía para allá —le gritó a Federico.

—No conozco al comisario de esa seccional.

—Decile a mi viejo, que hable con el ministro del Interior, es urgente que ya pongan un patrullero en la entrada del edificio.

—No es fácil, llámalo a Rafael y que salga del departamento.

—Ya, Fede, un patrullero, es urgente.

—Vos no te muevas de ahí.

Verónica cortó sin contestarle. En la redacción se había hecho silencio y la miraban. Ella preguntó:

—¿Quién está con auto?

Álex Vilna había traído el suyo. Se ofreció a llevarla a donde fuera necesario. La frase de Verónica no dejaba margen para ninguna negociación:

—Dame las llaves.

Álex le dijo en qué estacionamiento lo había dejado y ella salió corriendo de la redacción ante la mirada desconcertada de sus compañeros.

Llamó al celular de Rafael. No atendió.

Corría por la vereda esquivando gente y solo disminuyendo la velocidad para volver a llamar. Rafael seguía sin atender.

Insistió dos, tres, cuatro veces. Llamó a su propio teléfono de línea para ver si lo atendía, pero saltaba el contestador automático.

Salió del estacionamiento sin preguntar si tenía que pagar algo. Con el tráfico de esa hora tardaría en llegar unos veinte minutos. Si no respetaba las normas de tránsito, podía bajar el tiempo a quince o dieciséis.

Además tenía que volver a llamar por teléfono. Rafael no atendía. ¿Dónde estaría? Pensó lo peor, que la patota ya había llegado y lo había liquidado. No, no podía ser eso. Se hubiera enterado. El portero la habría llamado. Marcelo. Lo buscó en la agenda del teléfono y lo llamó.

—Marcelo, es urgente. Rafael, el muchacho que vive conmigo, está en peligro. Hay una banda de asesinos que está yendo para allá para matarlo. No me puedo comunicar con él. Por favor, entrá con la llave que te di de mi departamento y fijate si está ahí, que se vaya, a donde sea pero que se vaya. Es urgente.

—Te llamo cuando lo saque de ahí.

Verónica cortó, tiró el teléfono en el asiento del acompañante y aceleró para pasar un auto. Se subió por una bicisenda y cruzó la avenida cuando ya se había puesto rojo el semáforo. No escuchaba los bocinazos que le dedicaban los otros automovilistas. A los trece minutos de haber sacado el auto del estacionamiento estaba a solo tres cuadras de su edificio.

#### IV

Ninguno de los cuatro conocía a Juan García. Ni siquiera sabían que trabajaban para él. Ellos pertenecían al equipo del Doctor 0. Eran profesionales y jamás preguntaban por qué tenían que hacer este o aquel encargo. Cumplían. Y a la perfección. Ese día habían ya hecho un trabajo, pero los resultados no eran los esperados. Es cierto, habían conseguido vengarse del chino karateca, pero el traidor se había escapado. Ahora solo tenían que estar atentos y esperar el llamado del Doctor 0. Eso ocurrió unas horas después. Les dio una dirección en el barrio de Villa Crespo. Era un edificio de departamentos. Tenían que romper lo más silenciosamente posible la cerradura y subir hasta el 2° A. Ahí debía de estar el traidor y una mujer. Tenían que liquidar a los dos y volver lo más pronto posible. No debían matar a nadie más que se cruzaran, a no ser que intentara impedir cumplir la misión. El Doctor 0 les recomendó que no hicieran un baño de sangre. Que terminaran con el traidor, con la mujer y regresaran.

Verificaron que las armas estuvieran bien. 3 puso la dirección en el GPS y 2 se acomodó en el asiento del acompañante. 1 y 4 se sentaron atrás. A 3 le gustaba escuchar la radio mientras manejaba. Los demás no dijeron nada cuando la voz de un periodista cordobés atronó desde los parlantes del auto. Les gustaba viajar callados, concentrados en el trabajo que tenían que hacer.

## V

—Te llamo cuando lo saque de ahí.

Eso fue lo último que dijo antes de que Verónica le cortara. Cuando sonó el teléfono, recién se levantaba de dormir la siesta. Estaba solo y a punto de prepararse unos mates. Después de escuchar a Verónica, se quedó con el teléfono en la mano, mirándolo. Se puso de pie y descubrió que le temblaban las piernas. Pensó en bajar inmediatamente para avisar al muchacho que estaba en el departamento de Verónica, pero para eso necesitaba primero las llaves. Las tenía en un cajón que guardaba junto con las herramientas. Verónica había hablado de asesinos. O sea que, cuando bajara, su vida también estaría en peligro. Fue a la habitación. Encima del placard tenía una caja fuerte sin llave. Dentro de la caja había algunos papeles, una caja con municiones y un arma. Era un revólver que llevaba balas calibre .22, que había comprado antes de mudarse a ese edificio, cuando todavía trabajaba como portero en otra propiedad. Nunca la había usado. Hacía cuatro años que no la tocaba, ni pensaba en ella. Cargó el arma, las balas se caían al suelo, debía buscarlas debajo de la cama. No podía salir con el revólver en la mano y no se animaba a ponerlo dentro del pantalón, como hacían los policías de civil o los delincuentes. La guardó en uno de los bolsillos de la primera campera que encontró.

Salió al pasillo, el ascensor estaba en el primer piso. No iba a llegar más rápido si bajaba por la escalera. Esperó a que el ascensor subiese. En algún momento, pensó en ir directamente a la planta baja y tocarle el portero eléctrico, mientras vigilaba la gente que entraba y que salía del edificio, pero si Verónica lo había llamado era porque el muchacho no contestaba a sus llamados. Tal vez estuviese dormido, como él hasta hace un rato, o habría salido a dar una vuelta. Si era así, bajaría al hall y se quedaría en la puerta para esperarlo.

Decidió detener el ascensor en el tercero y bajar un piso por la escalera. No quería sorpresas en la puerta. En el pasillo no se escuchaba ningún ruido. Bajó prestando mucha atención a cualquier sonido. Fue hacia el departamento de Verónica. No tocó el timbre sino que directamente abrió la puerta con la llave que tenía y entró. En el living no había nadie. Algo se oía proveniente del baño.

—Muchacho —llamó, no se acordaba del nombre del huésped de Verónica.

El flaco salió del baño con un toallón como única prenda. Tenía espuma en la

cara y una maquina de afeitar en la mano.

—¿Qué hace? —preguntó sorprendido y desconfiado.

—Me mandó Verónica. No hay tiempo que perder. Unos tipos están viniendo hacia acá para matarte.

—¿Qué? ¿Matarme?

Marcelo le hizo un gesto para que se callara. Había sentido el ruido del ascensor que llegaba y se detenía en el segundo piso. Debían de haber bajado varias personas, porque tardaron en cerrar la puerta. Sin decirle nada, fue hacia el muchacho y lo tomó del brazo todavía húmedo por la ducha. No se podían encerrar ni en la habitación ni en el baño. Silenciosamente fue llevándolo hacia el lado del balcón. El muchacho lo miraba aterrorizado.

Abrió la puerta del balcón y empujó al flaco hacia fuera sin quitar la vista de la puerta de entrada. Sacó el revólver y apuntó hacia la puerta.

—Saltá —le dijo apretando los dientes.

—Estoy desnudo —se excusó el muchacho, que seguía con la toalla atada alrededor de la cintura.

—Descolgate por el balcón. Son ellos.

Fue lo último que dijo antes de que rompieran la cerradura y apareciera por la puerta un tipo seguido de otros hombres. El muchacho trepó a la baranda y simplemente se soltó. El grito del flaco coincidió con el sonido de su revólver disparando al tipo que entraba y que, sorprendido, retrocedió un paso. El que venía segundo estiró su brazo armado y disparó. Marcelo sintió que le ardía el hombro izquierdo. Soltó el arma y se tomó el brazo. Los tipos avanzaban hacia él. No se lo pensó dos veces y siguió el camino del muchacho tirándose pesadamente a la vereda. Cayó al lado del flaco, que seguía en el piso gritando de dolor. La vereda debería haberse llenado de gente con tantos aullidos pero no había nadie. Los pocos autos que pasaban aceleraban para no tener que detenerse. Solo ellos dos estaban ahí.

—Llaman a la policía, ayúdennos —gritó pese a que no veía a ninguna persona alrededor.

Desde el balcón se había asomado uno de los delincuentes. El muchacho se había arrastrado hacia un costado y había quedado protegido por el propio balcón. El tipo de arriba apuntó, aunque desde ahí solo se veía a Marcelo. Pensó que le iba a disparar, pero no lo hizo. El tipo desapareció del balcón. Marcelo quiso aprovechar para levantarse, pero no pudo. El flaco se arrastraba con una lentitud exasperante. Marcelo ni siquiera podía hacer eso, y además se iba a desmayar en cualquier momento. Casi lo deseaba. Vio que los tipos ya estaban en el hall de la planta baja y se dirigían hacia la puerta. Venían por ellos dos. Marcelo no pudo aguantar más con los ojos abiertos y cayó en un sueño profundo.

## VI

Estaba a solo tres cuadras. Milagrosamente, el auto de Álex Vilna había llegado hasta ahí sin un rasguño. El celular no había sonado, por lo que dedujo que Marcelo todavía no había podido sacar a Rafael de su departamento. Cuando creía que solo le faltaban treinta segundos para llegar a su edificio, se topó con un colegio primario a la hora de la salida de los alumnos. Los padres paraban en doble fila o cruzaban temerariamente de vereda obligando a los autos a detenerse y retrasar su marcha. Verónica tocaba bocina como una posesa. Apenas pudo pasar la marea humana escolar, giró y quedó a una cuadra y media de su hogar. Tenía que llegar a la esquina y doblar hacia la izquierda. Algo extraño pasaba en la bocacalle porque, justo cuando estaba por doblar, un auto se arrepintió, dio marcha atrás y siguió derecho. Eso retrasó unos segundos a Verónica, que le tocó bocina. Giró haciendo chillar las gomas del auto de Álex Vilna. A cincuenta metros, a la izquierda, estaba el edificio. Diez metros antes clavó los frenos. El espectáculo que vio le pareció el fruto de una pesadilla. Lo primero que surgió ante sus ojos fue el cuerpo de Marcelo tirado en la vereda, desmayado o muerto. Más allá, arrastrándose como un animal herido, estaba Rafael, que se alejaba muy lentamente del edificio. Verónica atinó a abrir la puerta para salir a ayudarlo, pero se lo impidió el cinturón de seguridad. Las cosas pueden resultar a veces buenas consejeras. El cinturón la retuvo y, en esos segundos en los que intentó bajarse del auto, vio salir de su edificio a unos tipos (¿tres, cuatro?) con la tranquilidad de quien maneja la situación.

Los cuatro tipos fueron directamente hacia Rafael, sin ocuparse de Marcelo, que seguía tirado en la vereda.

Ante Verónica, había quedado Marcelo casi al borde de la vereda, los tipos que caminaban hacia Rafael. Y Rafael, que ya estaba llegando al edificio de al lado.

Y la policía en ninguna parte. Y nadie en las calles ni en las veredas.

Verónica cerró nuevamente la puerta del auto, puso primera y aceleró.

No dudó. En ese momento solo quería que los tipos se alejaran de Rafael.

Al llegar a la altura de los asesinos giró el auto hacia la vereda, pasó al costado de Marcelo con una precisión quirúrgica y atropelló a los tipos con el auto de Álex Vilna. Cuando sintió el contacto con los cuerpos (los dos que estaban

más cerca de la vereda) no frenó. Esos dos tipos cayeron sobre sus compañeros. El auto y la patota completa fueron a dar contra la entrada vidriada del edificio de Verónica, cuyos cristales estallaron al contacto con los cuerpos y la carrocería del vehículo que los pasó por encima. Recién entonces apretó el freno, o creyó haberlo apretado. El motor se apagó solo.

Verónica no cerró los ojos. Como cuando había visto a los chicos en las vías del Ferrocarril Sarmiento. Oyó gritos, tuvo la sensación de chocar contra algo más fuerte que un cuerpo, tal vez una piedra, o una pared. Pero eran los cuerpos de los tipos que había pasado por encima y ya no gritaban, o sí, pero ella ya no oía nada. El auto había quedado inclinado, como si alguna de sus ruedas hubiera quedado encima de algo sólido y pesado. En ese instante, se oyeron las sirenas de la policía. Verónica se soltó el cinturón de seguridad y volvió a encender el motor, que a pesar de todo arrancó. Por el espejo retrovisor vio los móviles policiales que rodeaban la zona mientras los uniformados se colocaban detrás de los vehículos con las armas desenfundadas. Alguien le dio la voz de alto. Ella puso marcha atrás y retrocedió un par de metros, aplastando por segunda vez a los cuerpos que habían quedado debajo, mientras se terminaba de desmoronar el ventanal y caía una lluvia de vidrios. Era como retroceder por un camino de piedras irregulares bajo una tormenta. Le gritaron más fuerte que se detuviera y saliera del auto. Recién entonces apagó el motor y se bajó con las manos en alto. Pensó en gritar «periodista» o algo así que la identificara, pero dijo en voz bien alta.

—Llamen una ambulancia, manga de pelotudos.

**El tren de la muerte**

## I

Tenía los ojos cerrados, pero no dormía, ni siquiera dormitaba. Simplemente quería ver negro. Alguien abrió la puerta, debió de creer que estaba dormida.

—Arriba, madre, te vinieron a buscar.

Hacia una hora que Verónica había llegado a la comisaría. La habían hecho pasar a una pequeña oficina, donde un oficial le tomó declaración de lo ocurrido. En el medio, hubo entradas y salidas de policías que venían a buscar al oficial. Ella supuso que Federico había llegado, pero no lo vio. Preguntó por Rafael y Marcelo. Primero no le supieron decir nada, pero luego entró una mujer policía y le dijo que los dos estaban internados en el Hospital Álvarez. Que uno tenía una herida de bala en un brazo y el otro se había quebrado la tibia y el peroné de la pierna derecha. Nada demasiado grave.

El oficial que le tomaba la declaración le hizo firmar una serie de papeles y la dejó ahí. Hasta que la vinieron a buscar. Para su sorpresa, afuera estaba su padre. Federico se había quedado respetuosamente unos pasos detrás.

—Hablé con el fiscal y tenés que pasar a hacer una ampliación de tu declaratoria el jueves. ¿Cómo te sentís?

—Tengo jaqueca.

—Hija...

—Pa, sin sermones.

—Simplemente quiero saber cómo estás.

—Tuve días mejores.

Debía tener más cuidado con su padre. Por un lado, su preocupación era auténtica y ella tenía la obligación de tranquilizarlo. Por el otro, no tenía que dejarse arrastrar por el camino de la culpa y las explicaciones, ni nada que se le pareciera.

—Gracias, pa, gracias por venir y arreglar todo esto.

—Yo tengo que volver al estudio. Federico te va a acompañar a tu departamento. Tenés que descansar. Lo que ocurrió fue terrible, pero tenés que ser fuerte.

—Trato.

—Almorcemos mañana.

—Mejor el miércoles o jueves. Yo te llamo.

Salieron de la comisaría los tres juntos y en la puerta se separaron. Verónica fue con Federico hasta el estacionamiento. Ella le dijo:

—Tengo que ir al Hospital Álvarez.

Federico asintió en silencio. Subieron al auto y a Verónica le volvieron al cuerpo las sensaciones de unas horas antes. La mezcla de odio hacia los tipos que habían matado a Julián y que querían matar a Rafael, la repulsión por lo que ella misma había hecho, una mezcla de asco y tranquilidad. En la comisaría le habían dicho que habían muerto dos, y los otros quedaron heridos gravemente. No sentía remordimiento, culpa, ni arrepentimiento. Solo un asco físico. Ganas de ser otra, de que otra persona hubiera hecho lo que ella se había animado a hacer. La voz de Federico la sacó de sus pensamientos.

—Cuando te llamé, te dije que tenía novedades de Juan García.

Hacía unas semanas, Federico no era más que una historia de su pasado lejano. Un chico al que había visto crecer, pero que para ella seguía siendo un adolescente tardío, torpe en la cama y cariñoso en el trato. Se había convertido en una especie de hermano. Un hermano menor (a pesar de ser unos meses mayor que ella), con el que había tenido una historia incestuosa de la que mejor era no hablar. Ahora lo veía como realmente era: un tipo con el que se podía contar.

—Efectivamente, García sabía que estábamos ahí. Y nosotros no sabíamos que el restaurante tenía una puerta trasera por la que se sale a otra calle. Ahora bien, a uno de los nuestros le dieron ganas de ir al baño y fue hasta un bar que estaba a la vuelta, a mitad de cuadra. Cuando salió, vio pasar un Mercedes Benz por la paralela a la calle donde estaba nuestra gente. Su instinto lo llevó a caminar hacia la esquina y vio que el auto se detenía más o menos a la altura del restaurante. Nos avisó y mandamos por las dudas a un *delivery*, para que vigilara e hiciera la primera parte del seguimiento de ser necesario.

—Y fue necesario.

—El tipo salió por ahí, acompañado de una mina y dos monos. No fue fácil seguirlo. Tenía técnicas antiseguimiento que sorprendieron a nuestra gente. Pero lo conseguimos. El tipo se metió en la cochera de un edificio de República Árabe Siria y Cabello. Un edificio construido hace menos de diez años. Y acá comienza lo que no te imaginás. El Estudio Rosenthal conoce muy bien ese lugar.

—¿Mi viejo?

—El estudio. Hace unos dos años fuimos los representantes locales del Estado de Baviera en una investigación por lavado de dinero, que comprometía a funcionarios bávaros, empresarios alemanes, rusos, israelíes y argentinos. Había una empresa alemana que trabajaba directamente con fondos provenientes de acá. La empresa se llamaba Unmittelbare Zukunft. La conexión local era difícil de descubrir, porque gran parte de la información con la que contábamos estaba camuflada en falsas direcciones, nombres que no existían. Pero una de las partes

acusadas era una empresa importadora de maquinaria agropecuaria ubicada en ese edificio. Y el otro punto importante: esa empresa tiene una sede en Posadas, capital de Misiones. Te la hago corta, que ya llegamos al hospital. Nuestra investigación terminó casi en la nada. Encontramos a unos perejiles que habían sido usados de testaferrós, pero no pudimos llegar al fondo. Nos faltaba, por ejemplo, el nexo entre Misiones y Buenos Aires.

—El eslabón.

—El eslabón. Yo creo que si buscamos un poco en la basura y escarbamos en la causa de Capitán Pavone, más los contactos de la Subsecretaría de la Vivienda, encontraríamos que Juan García, además de proxeneta, narcotraficante y abusador de menores, es lavador de dinero.

—Y lavar guita suele ser la actividad principal de esta clase de tipos.

—O sea, donde más le duele si te metés por ahí. En la guantera tenés todo lo que te estoy contando. No es mucho para meterlo preso, pero es un punto de partida.

En el hospital buscaron las habitaciones de Rafael y Marcelo. El portero estaba en terapia intermedia, porque lo habían tenido que operar para extraerle la bala. En cambio, a Rafael lo habían llevado a una habitación común compartida con otra persona. Si bien el horario de visitas ya había terminado, Verónica entró mientras Federico distraía a una enfermera con preguntas absurdas. Golpeó la puerta de la habitación y la voz serena de Rafael le dijo que pasara.

Estaba acostado con una pierna enyesada afuera de las sábanas. Miraba en la televisión un programa deportivo. O tal vez era su compañero de habitación el que lo estaba mirando. Verónica fue hacia él. Le preguntó cómo se sentía: ya no le dolía nada, lo que era mucho con los golpes que había recibido y se había dado en esos días.

Él le dio las gracias por salvarlo.

Ella le pidió perdón por no haber llegado antes.

Ninguno de los dos quería aceptar las gentilezas del otro. Justo en ese momento comenzó a sonar el teléfono de Verónica. Se fijó el número, pero no lo reconoció. Atendió.

—¿Vos sos la novia de mi papá?

—¿Quién habla?

—Soy Martina, la hija de Rafael. ¿Vos sos la novia?

—Martina, qué casualidad. Ahora estoy justo con tu papá. ¿Cómo hiciste para conseguir mi número?

—Quedó grabado cuando él llamó a mi abuela el otro día. Pará —le dijo a alguien que estaba con ella—. Contestame, ¿sos la novia?

—No, por supuesto que no. Esperá que te pasó con tu papi.

—Esperá vos. Antes de pasarme, acá hay alguien que te quiere hablar.

Verónica miró absorta a Rafael.

## II

Corría, corría como el viento, como Tiro al Blanco en *Toy Story*, película que había visto en la casa de Dientes. Eran un superequipo pero él no tenía ningún superpoder, ni siquiera el de volar bajito. Tenía que llegar pronto a la casa y solo podía usar su habilidad para esquivar gente como si fueran defensores molestos. Además, después de correr cinco cuadras sin parar comenzaba a cansarse. Hizo una cuadra a paso vivo, tomó aire y volvió a correr, pero el segundo envión solo le duró tres cuadras. Descansó cien metros y aceleró. Las piernas le pesaban cada vez más.

Llegó a su casa con la lengua afuera y el corazón retumbándole como el bombo de la hinchada de Nueva Chicago. Necesitaba urgente tomar agua, pero no podía perder tiempo. Fue hacia el departamento de Martina y golpeó la puerta. Lo atendió la abuela, que le dijo que Martina estaba haciendo los deberes y que ahora no podía salir.

—Necesito hablar con ella.

—Más tarde. Tiene que terminar de hacer la tarea de lengua porque trajo una mala nota.

—Es urgente.

—Ahora no, Peque.

—Necesito decirle que estoy enamorado de ella.

La abuela lo miró como se debe de mirar a un marciano que pide un vaso de vino.

—Ahora la llamo.

Al rato apareció Martina.

—¿Qué te pasa a vos?

—Vení. —La agarró del brazo y se la llevó lejos de la puerta. Agitado como estaba, le contó que tenía que ponerse en contacto con la mujer que había venido a verlos.

—Ah, esa.

—O con tu papá.

—Me dijo que yo era muy linda. No le creí nada.

—Martina, escuchame, necesito hablar con tu papá. ¿Lo podés llamar?

Martina se quedó pensando.

—Esperá acá. —Fue para su departamento y volvió al minuto—. Le robé el celular a mi abuela. Vamos a la terraza.

El Peque subía los escalones de dos en dos mientras Martina iba tranquila buscando el teléfono de su padre. Se acomodaron en aquel rincón al que nunca llegaba ningún adulto —salvo Superchica— y Martina marcó el número de Rafael. Nadie contestaba. Insistió varias veces con el mismo resultado. El Peque comenzaba a ponerse mal, muy mal. Tenía que decirle a Superchica que la competencia era esa noche, no al día siguiente.

—Esto es terriblemente mortal —fue lo que dijo.

—Tengo una idea —dijo Martina mientras maniobraba con las teclas del celular—. Cuando mi papá llamó el jueves, mi abuela me dijo que lo había hecho desde un número que no era el de su teléfono, seguro que era de la mujer esa.

—¿Te parece?

—Deben ser novios o algo así, porque si no, no le usás el teléfono a otro. Pará, acá en llamadas recibidas hay un número que mi abuela no tiene con el nombre de nadie. Sí, es una llamada del jueves a la tarde. Yo marco.

A los pocos segundos de sonar, el Peque pudo escuchar una voz del otro lado del teléfono.

—¿Vos sos la novia de mi papá?

¿Qué le pasaba a Martina? ¿Se había vuelto loca?

—Soy Martina, la hija de Rafael. ¿Vos sos la novia?

Lo único que faltaba era que Superchica le cortara.

—Quedó grabado cuando él llamó a mi abuela el otro día.

—Martina, me pasás que quiero hablar yo —dijo el Peque rogando y enojado a la vez.

—Pará. —Martina le hizo un gesto con la mano y se quedó escuchando lo que le decía la voz del otro lado y después agregó—: Esperá vos. Antes de pasarme, acá hay alguien que te quiere hablar.

Le dio el celular al Peque y le hizo un gesto que él no entendió ni le importaba y que sin duda tenía que ver con lo del noviazgo del padre.

—Hola, soy yo, el Peque.

—Peque, ¿cómo estás, todo bien?

—Todo mal. La competencia se pasó para hoy. Se llevaron a Dientes directamente del club. Ustedes lo van a salvar igual, ¿no?

### III

Lejos, muy lejos había quedado esa mañana en la que desayunó distraidamente mientras hojeaba el diario y cada tanto pensaba que por fin ese mediodía iba a conocer a Juan García. Sentía que eso había ocurrido hacía un año, el almuerzo con el político mafioso podría haber tenido lugar varios meses atrás, la tarde en la revista más bien parecía el fruto de un sueño leve, de esos que uno solo recuerda un jirón y nada más. Y el día se había llenado de historias que le llevaría una vida poder assimilarlas: su corrida en el auto de Álex Vilna cruzando la ciudad sin respetar semáforos, ni velocidades máximas, ni automovilistas; finalmente, el encuentro en la vereda de su edificio con Marcelo, que ella creyó muerto, y Rafael, que parecía que iba a morir, y esos asesinos, que no se imaginaban que diez segundos más tarde llegaría su final. ¿Cuánto faltaba para que terminase ese largo día?

Y ahora había enviado a un chico de once años a una misión suicida sin ninguna protección. La primera reacción de Federico fue llamar a varias personas, con las que mantenía un diálogo breve pero intenso. Mientras hablaba, le hizo un gesto a Verónica para que lo acompañara. Fueron hacia donde se encontraba el auto. Federico buscó su maletín en el baúl, donde lo había guardado. Del maletín sacó unos papeles; eran pantallas de Google Earth impresas. Ya se había hecho noche cerrada y no se veía bien bajo la tenue luz del estacionamiento. Volvieron a la entrada del hospital y se sentaron en uno de los bancos donde los pacientes esperaban para ser atendidos de urgencia. Verónica lo miraba hacer y sentía la impotencia de no poder resolver ella misma nada. Su propuesta de avisar a las autoridades del ferrocarril Sarmiento había sido desechada por Federico. Le dijo que no le iban a hacer caso ni con un pedido especial del ministro del Interior. Cuando Federico cortó el último llamado, recién entonces volvió a dirigirse a Verónica, que había escuchado fragmentos de las conversaciones. Se puso de pie y extendió sobre el banco las impresiones de Google Earth.

—Esto que ves acá impreso es todo el recorrido del ferrocarril Sarmiento, desde Plaza Miserere hasta Moreno. Hay en total 175 cruces con calles a lo largo de 43 kilómetros de vías. Una cifra que parece imposible de controlar. Pero no es tan así. Con Ramiro, el nuevo meritorio que tenemos y que es de Ituzaingó,

hicimos un trabajo de inteligencia. Hay cruces imposibles para que pueda ocurrir la competencia en esos lugares. Puentes por encima de las vías, pasos bajo nivel, cruces de avenidas muy iluminadas, calles muy transitadas. Después están los lugares donde murió o fue herido algún chico. Nunca repiten el lugar. Por alguna razón no los vuelven a utilizar. Así que, descartando, nos quedan solo ocho lugares posibles donde puede ocurrir.

—¿Solo ocho?

—Ocho en una extensión territorial de 35 kilómetros. Tres en Capital y cinco en provincia. Si fuera en Capital, no tendríamos mayores problemas en saberlo apenas lleguen al lugar con los chicos. Acabo de hablar con la gente de seguridad con la que trabaja el estudio y podemos tener bajo control esos tres puntos.

—Quedan cinco.

—Cruces ubicados en Padua, Castelar, Ituzaingó, Morón y Haedo. Pareciera que entre Haedo y Ciudadela estos tipos agotaron todos los lugares posibles y solo quedan cruces bien al oeste. Hablé con la gente de la Defensoría de Menores de la Nación y también con un juez camarista de Morón. Hay posibilidades de mandar a los integrantes de un cuerpo especial de la Bonaerense a Padua, Castelar e Ituzaingó.

—¿Son confiables?

—¿Los canas? Es lo que hay.

Verónica lo miró rogándole mayor precisión.

—No alcanza con « es lo que hay » .

—Mirá, si esto acaba mal, te aseguro que ningún cana de ese equipo va a seguir trabajando de policía y va a terminar como cuidador en el zoológico.

—La otra vez dijiste que podían llegar en seis minutos a cualquier parte.

—De manera organizada, sí. A las apuradas, se hace más difícil. Quedan dos lugares donde la policía de estos distritos no llegaría tan rápido: Morón y Haedo. Extrañamente son los cruces más céntricos. Se supone que si se pudiera descartar alguno de los otros tres puntos, un patrullero puede acercarse tanto a Haedo como a Morón, pero tardaría un cuarto de hora.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A Haedo y Morón. ¿A cuánto estamos desde acá?

—Lo que tardemos hasta la autopista, luego bajamos en Dolores Prats hasta Rivadavia y retrocedemos hacia Haedo o avanzamos hacia Morón. Calculale poco más de media hora, si nos apuramos.

—Entonces vamos ya. En el camino voy a llamar a una de mis fuentes, para ver si puede alertar a los maquinistas que están de servicio.

#### IV

Por momentos creía que no eran los chicos los que iban a aparecer frente a las vías, sino Verónica. Verónica y su vestido floreado que había visto en el sueño del sábado. ¿Estaría en un nuevo sueño? ¿Vería volar el vestido de Verónica? ¿La vería a ella asomarse al borde del andén para saltar justo en el momento en que él pasara? ¿Era capaz de algo así? Recordó una historia ocurrida hacía ya diez años. Había un conductor jovencito que se estaba por casar, pero a último momento se arrepintió. La novia no lo tomó nada bien y un día le avisaron al conductor que ella había intentado suicidarse con pastillas, pero que había sobrevivido. Él la fue a visitar al hospital. Ella lo trató mal y le dijo dos cosas: que estaba embarazada y que la próxima vez que la viera iba a ser delante de las vías del tren. Y cumplió. La chica un día apareció frente al paso a nivel de la estación Caballito y se tiró cuando él pasaba con la formación hacia Plaza Miserere. El flaco ese no volvió a trabajar más y nunca supieron nada de él.

Verónica no era de esas chicas. ¿Quién era Verónica? Como si sus pensamientos tuvieran una fuerza convocatoria, comenzó a sonar el celular. El visor del teléfono decía « Víctor R.», que era como había registrado el número de Verónica. Que su pensamiento coincidiera con el llamado indudablemente confirmaba que estaba en medio de un sueño. Además, ella nunca llamaba.

—Perdoná que te haya llamado, pero es urgente.

—Puedo hablar mientras manejo.

—¿Estás arriba del tren?

Detuvo la formación en Castelar, abrió las puertas y controló que no hubiera ningún problema en el andén antes de cerrar las puertas y volver a arrancar.

—Estoy de servicio. Ya termino.

—Lucio, es muy importante lo que te tengo que decir: hoy es la competencia de los chicos en las vías.

—¿Cómo lo sabés?

—Lo averigüé. Es importante que le avises a los otros conductores, incluso si pueden parar los trenes, mejor.

—Eso es imposible. Así que hoy esos hijos de puta se van a poner frente al tren.

—Es una mafia, Lucio. Hay políticos, empresarios, tipos importantes metidos

en esto. Sé quién consigue los pibes y cómo los lleva.

—¿En qué parte están, Verónica?

—No lo pude averiguar.

Verónica, Verónica, Verónica, Verónica, Verónica. La nombraba y volvía a aparecer el deseo. La escuchaba y lo único que quería era tenerla entre los brazos.

—Vos fuiste el que me puso en el camino.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien. Conocerte fue para bien. Lucio, cuidate. Llamame cuando llegues a Plaza Once.

—Vero, quiero verte.

—Lucio.

—En serio lo digo.

—Llamame cuando llegues a la cabecera. Y estate atento.

Cortaron cuando la formación llegaba a Morón. Los trenes de la muerte y Verónica volvían a juntarse. Esa vida secreta donde convivían el cuerpo de Verónica y los cuerpos aplastados en las vías volvía a presentarse como lo que era: la realidad. El sueño era lo otro. El sueño era su esposa, sus hijos, las rutinas que amaba, los amigos comunes, los partidos de fútbol con los compañeros de trabajo. El sueño era creer que la vida le podía ofrecer tranquilidad. La realidad era un momento intenso único e irrepetible, como lo había sido cada encuentro con Verónica, como lo era el cruce con cada persona a la que había atropellado. En cambio, los sueños terminaban por esfumarse, mezclarse todos en uno. Mariana, los hijos, la casa donde vivían se borroneaban, perdían entidad en su vida. Quedaba Verónica, el deseo de Verónica, de tenerla con él. Quedaban los trenes de los que nunca se bajaba, los accidentes que nunca tenían fin.

Pensó en llamar a los compañeros de las otras formaciones para avisarles lo que iba a ocurrir esa noche, pero no tuvo tiempo. Los vio tarde, como siempre, aunque quizás esta vez incluso un poco más tarde de lo habitual. Los dos chicos lo miraban con el cuerpo tenso, dispuestos a aguantar hasta el último instante.

No tocó bocina. Instintivamente puso el freno y apretó los dientes como si eso pudiera ayudar a que el tren se detuviera. Por primera vez en esa noche, cerró los ojos, algo que no había hecho ante ningún accidente. El tren chilló como un cerdo herido. Se oyeron gritos provenientes de los vagones ante la frenada inesperada. Nada más. No hubo el ruido del golpe del cuerpo contra los hierros. No sintió los huesos moléndose debajo de su cabina. Los dos chicos habían saltado a tiempo.

El terror dejó paso al odio. Se bajó ciego del tren. En medio de la oscuridad de la noche, iluminado levemente por las luces de los vagones vio a un chico que se levantaba del piso y escapaba corriendo en sentido contrario al que venía el tren. Lucio no lo pensó, no le importó dejar la formación detenida ahí. Salíó

detrás del chico. Lo único que veía era ese cuerpo pequeño que saltaba por encima de los durmientes de la vía sin tropezarse. Era rápido, pero Lucio estaba tan enajenado que no sentía el cansancio de esa corrida. Habían ya dejado el tren atrás, cuando Lucio se acercó a poca distancia del pibe. El pendejo no daba más, se tambaleaba y él lo tomó por el hombro. Del esfuerzo, se cayeron los dos sobre las vías. El chico trató de escabullirse.

—Quedate quieto, hijo de puta.

—Por favor, señor, no me mate.

Debía de tener diez u once años, la edad que en pocos años tendrían sus hijos. A ellos los correría en broma, se les tiraría encima, riéndose los tres. Como cuando uno se despierta en medio de un sueño agradable y quiere volver a él apretando los ojos, Lucio quería estar jugando con sus hijos. Pero el sueño no volvía. Seguía ahí, frente a un chico que lo miraba aterrado.

—Yo no quería hacerlo. Superchica iba a llegar antes para que no tuviera que saltar.

—¿Quién?

—Verónica.

¿Ese chico se burlaba de él?

¿Y si eso que estaba pasando fuera realmente una pesadilla?

Iba a preguntarle qué Verónica, aunque él sabía la respuesta, cuando de las sombras aparecieron dos tipos. Uno vestido con un equipo de gimnasia y el otro absurdamente de saco y corbata. El tipo que iba con el equipo Adidas le ordenó:

—Soltá al pibe.

Lucio los miró. Entendió todo enseguida.

—Ustedes son los soretes que hacen saltar a los pibes, ¿no?

El chico había aprovechado para soltarse y alejarse un poco, pero seguía sentado en el piso. Lucio había quedado de rodillas.

—Son una mierda.

Quiso ponerse de pie. No sabía qué iba a hacer, si agarrarse a trompadas con esos tipos, si buscar una piedra para golpearles la cabeza. Sabía que no iba a retroceder hasta el tren, que ya no iba a conducirlo.

El chico aprovechó para salir corriendo alejándose de ellos.

El tipo vestido con Adidas le dijo al otro:

—Liquidalo.

El otro sacó un arma y le apuntó a la cara.

Lucio cerró los ojos. Algo estalló.

## V

Verónica cortó cuando llegaban al peaje de Dolores Prats. Había dudado en llamarlo. Las razones eran dos: la posibilidad de que Lucio estuviera en ese momento cenando plácidamente con su esposa y el hecho de que Federico escucharía la conversación. Finalmente, se decidió a marcar su número. Las manos le temblaban y ya no sabía si era por lo que estaba viviendo ese día o simplemente porque era una chica tonta llamando a un examante. Lucio no estaba con la esposa, pero Federico había escuchado atentamente todo lo que ella había dicho y tal vez algo le llegaba de las palabras de Lucio.

—¿Así tratás siempre a tus fuentes?

—No seas tarado.

Era injusta con Federico. No debía tratarlo de esa manera y, además, tenía razón. A las fuentes periodísticas no se las trata así.

—Tuve una historia con él, pero ya fue.

Avanzaban con cierta dificultad por esa avenida angosta y demasiado concurrida. Federico hacía lo que podía y hasta cruzó la avenida Gaona en rojo y por poco no chocó con una camioneta que venía en dirección a la Capital. Pasaron por el bajo nivel y encima de ellos quedó el ferrocarril Sarmiento. Llegaron a la avenida Rivadavia, donde debían decidir para qué lado ir.

—¿Haedo o Morón?

—Haedo —dijo Verónica en un susurro. Su cuerpo se había tensado, tenía ganas de mear, doblaba los dedos de los pies, gesto que repetía cuando estaba alerta.

Mientras avanzaban en paralelo a las vías del ferrocarril, Verónica mantenía la vista fija hacia ese lado, a la espera de ver pasar un tren o descubrir un amontonamiento de gente: lo primero hubiera sido un buen signo de que al menos hasta ese momento todo estaba bajo control. Como ella miraba para el costado, fue Federico el que dio el alerta.

—Allá adelante pasa algo.

El tráfico se volvía más denso y a lo lejos se veía detenida una formación. Federico avanzó como pudo hasta llegar a la altura del primer vagón, pero desde la mano de enfrente de la avenida Rivadavia. El paso a nivel estaba cortado porque el tren había quedado atravesado ahí. Desde donde estaban vieron que la

cabina del conductor estaba vacía. Federico hizo una maniobra arriesgada y dobló en u y estuvo a punto de chocar con algunos de los autos que iban en dirección a Morón. Las personas que estaban frente al primer vagón parecían confundidas, pero no se veía ninguna escena de pánico. Verónica bajó del auto y se acercó a las vías. No había ningún chico atropellado, ni tampoco estaba el conductor del tren.

Recordó lo que le había contado el Peque: que cuando él sintió miedo salió corriendo, que corrió en paralelo al tren hasta dejarlo atrás y que igualmente se encontró con Rivero. Verónica pensó que era probable que los chicos hubieran corrido hacia el lado de la estación. Y si Rivero y los suyos lo iban a buscar, el lugar de encuentro debía de ser en el siguiente paso a nivel. Volvió corriendo al auto.

—Acelerá, Fede, vamos al siguiente paso a nivel.

Llegaron a la siguiente barrera y dejaron el auto sobre Rivadavia. Bajaron y caminaron hacia las vías mal iluminadas. A pesar de la poca luz, lo vieron venir. Era un chico. Era Dientes. Verónica corrió hacia él sin siquiera llamarlo. Lo agarró, lo abrazó. Sentía que se le nublaban los ojos.

—¿Estás bien?

—Yo sabía que ibas a venir.

—¿El otro nene? —preguntó Federico.

—Saltó. No lo vi más.

—¿Y Rivero?

—Rivero está allá —y señaló hacia la profundidad de las vías, la zona oscura en la que no se veía desde ahí—. Apareció con otro cuando me agarró el tipo.

—¿Qué tipo?

—El maquinista, estaba como loco. Me quería matar. Me agarró y me tiró al piso. Después aparecieron Rivero y el otro, y yo aproveché a escaparme. Me asusté cuando sentí los ruidos. Parecían tiros, no sé. Pensé que me iban a matar como mataron a mi papá.

—Llevá a Dientes al auto y vigilá que no aparezca Rivero, que va a querer llevárselo —ordenó Verónica y amagó con ir hacia la oscuridad. Federico la tomó del brazo.

—Vos quedate con el chico, voy yo.

Verónica se soltó de mala manera.

—Te dije que vayas al auto y esperes ahí —le gritó y se alejó corriendo hacia las vías.

No necesitaba que Dientes supiera el nombre. Verónica tenía una certeza: el maquinista era Lucio. Tenía terror de que le hubiera pasado algo. Quería llegar hasta algún lugar y verlo a Lucio diciéndole cualquier cosa. Sentir que lo más importante era estar ahí, que lo peor había pasado, que los chicos estaban a salvo y que él también, furioso, aterrado por lo que había vivido, pero vivo. No había

arrollado a nadie. No iba a ver más chicos desafiando a los trenes. Lucio.

Lo vio tirado. Lucio. Estaba sobre las vías. No se movía, como no se movía Marcelo esa misma tarde, y sin embargo Marcelo estaba vivo. Lucio estaba tirado en el suelo como había estado Rafael, que ahora se reponía en un hospital. Verónica tomó el cuerpo de Lucio y lo sentó, no podía mirarlo a la cara, cubierta de sangre, pero lo abrazó con fuerza. Sentía el calor de su cuerpo, la humedad de su sangre sobre ella, que hablaba y lloraba y decía frases inconexas. Al final lo miró, miró el rostro destruido que apenas podía reconocer.

—No me dejes. No seas idiota, no me dejes.

Era el reproche que podía haberle hecho un día cualquiera cuando él volvía a su casa, al calor del hogar y la familia. Lucio, no me dejes. Ella estaría desnuda, se sentaría en la cama. Lo miraría vestirse. Lucio, no me dejes. Te quiero. Vos sabés que te quiero. No me dejes. Y él se daría vuelta, se sonreiría, la besaría. Se quedaría con ella. No me dejes, por favor. Y escucharían música, o verían una película juntos. Al final, la felicidad era eso. El momento en que alguien decidía no dejarte. Quedarse con vos.

**El violento oficio de periodista**

## I

Se quedó unos veinte minutos bajo la ducha, el agua pegándole en el cuello, la vista perdida, la esponja sin espuma en la mano. Al salir de la bañera, se envolvió el pelo en una toalla y se secó la cara con el toallón. Apretó bien los ojos y los pómulos. No tenía fuerzas para seguir secándose. Se puso la bata sobre el cuerpo mojado y fue a su habitación. Como una autómatas, sacó del placard la ropa que se pondría. Pensó en poner agua para un café, pero prefería hacer lo mínimo posible. Ya vestida, buscó su cartera y guardó el sobre que Federico había preparado con todo lo que tenía de Juan García. Tomó las llaves y salió del departamento. Faltaban diez minutos para las siete de la mañana.

En menos de catorce horas había atropellado a cuatro matones (dos muertos, dos malheridos), había estado en una comisaría, luego en un hospital, había viajado hasta Haedo, había hablado por teléfono con Lucio y había acariciado su cuerpo muerto en las vías del Sarmiento. En ese momento había perdido la noción del tiempo, pero recordaba que enseguida había llegado la policía y también Federico, que había dejado a Dientes con una asistente social de la Dirección del Menor.

Había insultado a Federico por sacarla de ahí. El muchacho había tenido la firmeza para no soltarla y arrastrarla hasta el auto. Incluso la empujó para que entrara. Viajaron callados por la autopista. Verónica le daba la espalda. Se había sentado de costado, casi acucullada, la cabeza apoyada en la ventanilla.

La acompañó a su departamento. El edificio tenía tapiada la parte del frente en la que se habían roto los vidrios y había un policía de consigna. Su padre y ella habían mandado un cerrajero para que arreglaran la puerta del departamento y habían cerrado el balcón. Federico le preparó un té. Seguían sin hablar. Él realizó y recibió varios llamados telefónicos. Habían llevado a Dientes a su casa, habían ubicado a Jonathan, no se sabía nada de Rivero y su gente.

Le insistió en que tenía que descansar, que debía dormir. Se quedó hasta las dos de la mañana y se fue recién cuando ella le prometió que iba a acostarse, pero que necesitaba estar sola. Cuando Federico se fue, encendió la computadora y trató de ordenar el material que tenía. Si bien habían participado en el caso organismos oficiales como la policía y una repartición gubernamental, todo indicaba que no había ningún detenido. Era posible que a partir de ese momento

esos tipos pasaran mucho tiempo sin hacer su jueguito de mierda, o que cambiaran simplemente de ferrocarril. Tenía pruebas para implicar a Rivero, incluso por la muerte de Lucio. Pero el tipo podía pasar el resto de sus días prófugo viviendo con otro nombre en cualquier rincón del país, y hasta en la propia Ciudad de Buenos Aires.

Por el balcón llegaba el canto de los pájaros previo al amanecer. Después comenzó a entrar la luz de la mañana y sintió frío. Decidió darse una ducha y comenzar el nuevo día.

Ya fuera del departamento, detuvo un taxi y le indicó la dirección de Juan García en Palermo. Se repitió mentalmente lo que había decidido hacer y decir.

El edificio era una construcción de líneas modernas. En la entrada no había portero, sino hombres de seguridad con aspecto de ser el eslabón perdido entre el hombre y el mono. Preguntó por Juan García.

—Aquí no hay ningún Juan García.

—No me hagás perder tiempo. Yo me voy a ir hasta la vereda y me voy a quedar ahí fumando un cigarrillo. Vos decile que soy Verónica Rosenthal y que vengo por lo de la empresa alemana Unmittelbare Zukunft. Mejor te lo escribo. Sabés leer, ¿no?

No había terminado el primer cigarrillo cuando el Eslabón Perdido la llamó. En la puerta había una señora mayor, de más de sesenta años, que le sonreía con profesionalidad. La invitó a acompañarla.

—Le pido disculpas por las medidas de seguridad.

—No se preocupe.

—Igualmente, el señor García me pidió que no tomara ningún recaudo especial con usted. Por eso no le pidieron ni siquiera el documento a la entrada del edificio. Ni la vamos a revisar por si trae grabadores.

—Sospecho que debo dar las gracias.

—El señor García la va a recibir en unos minutos —dijo la señora mayor sin captar la ironía.

La hicieron esperar un tiempo más largo que el que había estado en la puerta. Tenía ganas de fumar. La señora mayor reapareció y la acompañó hasta un despacho. Detrás del escritorio estaba Juan García.

—Mi querida Rosenthal. No esperaba verte tan pronto ni tan temprano. Muy madrugadora, como yo.

Le hizo un gesto para que tomara asiento frente a él.

—Aquí estoy.

—Tampoco esperaba que encontraras este lugar. Tus muchachos son buenos. Felicítalos de mi parte.

—Vengo a negociar.

—Me temo que el tiempo de la negociación ya pasó.

—En cambio, yo creo que recién empieza. —Tiró sobre el escritorio el sobre

con el material que le había dado Federico—. Ahí está toda la vinculación de sus negocios con la empresa alemana Unmittelbare Zukunft. Y los contactos con la empresa de maquinarias misionera. Y la relación con gente de Israel, Italia y Uruguay. También están todos los pedidos de la justicia bávara en su investigación por lavado de dinero. Hasta ahora no pudieron dar con el cabecilla local de esta organización. Dele una mirada si quiere.

Juan García empujó suavemente el sobre hacia Verónica.

—No necesito verlo. No niego que sos un buen perro sabueso. Iba a decir perra, pero suena mal.

Verónica no hizo ningún gesto. García continuó:

—Soy un político acostumbrado a premiar a los que se esfuerzan. Si basáramos las relaciones laborales y políticas en el nivel de esfuerzo, viviríamos en un país mejor. Veo en tu cara que no tenés ganas de una larga charla, así que decime lo que querés.

—Quiero a Palma, a Rivero y a los tipos que participan en el juego de las vías.

—Uf, querés mucho. Si considerarás como participantes a los que apuestan, deberías denunciar a cientos. Es como los partidos de fútbol. A la cancha van unos miles y por la televisión los ven millones de personas. Acá pasa algo parecido. Van unas pocas decenas de personas y varios centenares siguen todo por Internet.

—¿Ustedes graban las competencias?

—Yo no digo ni dejo de decir. Pero me extraña que una chica tan joven no piense que se puedan usar las nuevas tecnologías. Bien, ahora sé lo que pedís, pero no me decís qué das a cambio.

—Usted no aparece mencionado en mi artículo, ni siquiera como sospechoso, ni siquiera en su vínculo con los casos ocurridos en Misiones cuando era intendente. No hago nada con el material que tengo de Unmittelbare Zukunft. Usted y yo seguimos por caminos diferentes desde el momento en que me entregue lo que quiero.

—¿No tenés miedo de que te ocurra un accidente? Ojo, no te lo digo como amenaza, pero me intriga que te pares donde lo hacés.

—Un periodista muerto siempre es la peor opción para un político y para sus socios.

—Te digo lo que puedo darte. A Palma lo tenías la vez anterior y sigue en oferta. Rivero es como un pato criollo, mandándose una cagada a cada paso. Es hora de que se curta en la cárcel. Te puedo dar al tipo que disparó al maquinista. Vos ya terminaste con varios muchachos que tenían una vinculación con todo esto. En total son seis o siete. No es un mal número.

—Quiero también la promesa de que no se va a seguir organizando esa competición en el Sarmiento ni en ningún otro ferrocarril de la Argentina. A la

primera sospecha de que estas competencias volvieron en algún punto del país, su nombre va a aparecer en la tapa de todos los diarios.

—Aunque quisiera, sin Rivero, imposible. —Buscó algo en un cajón de su escritorio. Sacó un sobre—. Acá está todo lo que necesitás para Palma. —Tocó el botón del intercomunicador—. Marcela, ¿puede venir un momento?

La secretaria apareció a los cinco segundos.

—Cuando se retire la señorita, ¿le puede dar una copia del video llamado Pato Criollo? Ah, ¿y le anota la dirección del departamento donde se aloja el señor Rivero y su acompañante?

Cuando quedaron solos nuevamente, García siguió hablando:

—En ese video hay un par de competencias grabadas. Tengo la delicadeza de darte aquellas donde todo salió bien. No quiero agregar a esto más sangre, aunque sea grabada. Y tenés un *bonus track*, si lo sabés aprovechar. Además de Rivero y el que disparó, aparecen otros tipos, apostadores, se ve la chapa de algún auto. Me imagino que vas a saber utilizar ese material.

## II

Al salir del edificio de Juan García caminó hacia Las Heras y llamó a Federico. Le contó lo que tenía y quién se lo había dado. No le aclaró qué había ofrecido a cambio. Federico quedó en mandarle el cadete en una hora. Ella le pasaría el material y la dirección donde se escondían Rivero y su cómplice para que los detuvieran.

—Te pido una cosa —le dijo Verónica con un tono serio y cansado—. Retené todo veinticuatro horas. La revista sale el jueves y no quiero que lleguemos un día más tarde que los diarios con la información.

—¿Y si se escapan?

—No se van a escapar. García va a hacer que no se escapen.

Cuando llegó a su departamento, Verónica llamó a Patricia, que le había dejado varios mensajes en el teléfono preocupada por su salida intempestiva de la redacción. También tenía algunas llamadas perdidas de la noche anterior.

Patricia atendió al instante, como si estuviera esperando ese llamado. Quiso saber cómo estaba Verónica. Sabía lo del accidente en la puerta del edificio, pero desconocía qué había ocurrido realmente. Verónica le ofreció una versión corta y superficial de los hechos. No tenía ganas de describir las situaciones por las que había pasado. Prefería hablar del artículo pendiente. Le contó que ya tenía todo el material para escribirlo, que se lo entregaba esa misma tarde, a última hora.

—Mirá que el cierre de la nota de tapa es el miércoles. Podés entregarla mañana sin problema.

—Prefiero terminarla hoy. Mañana no voy a estar disponible.

Pidió dos fotografías para el día siguiente. Uno para registrar la detención al líder de la banda y a su cómplice, y el otro para cubrir el momento en que se llevaban detenido a un subsecretario de la Ciudad de Buenos Aires.

—Por donde pasa Vero no vuelve a crecer el pasto —dijo Patricia admirada.

Verónica preparó una jarra de café, llenó el termo. Tomó dos Cafiaspirinas de las fuertes y se puso a trabajar. Guardó en su computadora una copia del video que le había dado García y lo abrió. Se veía a Rivero y a otro tipo llegando con dos chicos. Había algunas personas ubicadas en los alrededores, que la cámara registraba como quien graba el *paddock* de una carrera de caballos. Había saludos, risas; los únicos que parecían tensos eran esos dos chicos.

¿Quiénes serían? ¿Qué habría sido de ellos? ¿Alguno habría muerto en ese juego a la vez siguiente? Los chicos se ubicaban en las vías y se mantenían con el cuerpo en tensión. Verónica no pudo dejar de ponerse nerviosa. Apretó pausa y se preguntó si tenía sentido seguir mirando. García le había dicho que no había sangre y al menos en eso no tenía por qué desconfiar. Decidió saltarse unos segundos. Los chicos seguían en sus puestos. Adelantó más. El tren ya había frenado y se veía uno de los pequeños en el suelo. El otro, quería creer ella, había saltado hacia el otro lado. La película se cortaba y comenzaba otra similar, con Rivero siempre en el centro y el tipo que lo acompañaba. Los chicos no eran los mismos. Uno de ellos era el Peque. Verónica sintió indignación y miedo. No quiso ver más, no quería ver saltando al Peque. Con lo que había visto era suficiente. Hizo capturas de distintas imágenes donde se veía perfectamente el rostro de Rivero, del otro tipo y de varios de los que estaban ahí para apostar. También de algunos autos cuyas chapas se podían observar perfectamente. No eran inocentes esos encuadres. Seguramente García las usaba para chantajear gente. Debía de tener decenas de grabaciones con rostros y autos de los que participaban. Llegado el caso, García las utilizaría en contra de los involucrados. Verónica no sintió ninguna lástima por esos idiotas tan fácilmente estafados. Guardó todo el material en su computadora. Más tarde haría un *backup* del material.

Pasó el cadete de la oficina a buscar el sobre que le había prometido a Federico. Fue la única interrupción que tuvo. Al mediodía ya tenía escrita más de la mitad de la nota. Lo más importante era ordenar el material con el que contaba, evitar el nombre de García y salir de escena. No le gustaba el periodismo en primera persona, le parecía un recurso de periodistas egocéntricos, de investigadores mediocres, de escritores frustrados. Y ella no era ninguna de esas tres cosas. Igualmente le costaba dejar afuera su desprecio, su odio, sus miedos, la desolación en la que había quedado. Por supuesto que no podía poner nada de su relación con Lucio, pero cada vez que tipeaba su nombre para contar el papel del maquinista en la investigación se trababa, no podía avanzar.

Preparó una sopa instantánea de tomate y se sirvió unas porciones de pizza que habían quedado de la estadía de Rafael. Debía de ser por el estado en el que se encontraba, pero lo extrañaba. Durante los pocos días que habían compartido, se había sentido acompañada como no le ocurría desde hacía años.

Bajó a comprar cigarrillos y sintió la ausencia de Marcelo en la puerta. Caminó hasta el kiosco y a cada paso que daba seguía elaborando su artículo. Además de cigarrillos, se llevó unos chicles y un paquete de Cherry-Lyptus. Les debía un regalo a Dientes y al Peque. ¿Qué podía regalarles? ¿Una pelota? ¿Zapatillas, botines? Si no vivieran tan lejos, los habría hecho socios de Atlanta.

Federico la llamó a la tarde para decirle que el fiscal había decidido organizar

los dos operativos a las tres de la tarde en simultáneo. Que por gentileza, como ella le había pasado la información, no iban a convocar a otros medios hasta que los pájaros estuvieran detenidos. Tenía la exclusiva de las fotos. También le preguntó cómo se sentía.

—Tuve días mejores. Y, la verdad, no tuve muchos días peores. Pero calculo que el sol sigue saliendo todas las mañanas a eso de las seis.

Terminó de escribir el artículo hacia las ocho de la noche. Volvió a llamar a Patricia, que estaba muy fastidiosa, porque los redactores venían lentos y no iba a poder irse hasta las diez. Verónica le dijo que tenía todo listo. Le pasó los datos para ir a sacar las fotos la tarde siguiente y le prometió que además de la nota le iba a mandar capturas del video donde se veía a los tipos que organizaban las competencias. Verónica no pensaba dar a publicación imágenes donde se viera la cara de los otros apostadores o sus autos. Antes quería averiguar quiénes eran, cómo habían llegado ahí. Tenía material para otro artículo y no iba a quemarlo por publicar una imagen.

Patricia le había dado veintiocho mil caracteres de espacio para su investigación. Podía organizar el material como ella quisiera. Cuando hizo las cuentas, ya tenía escritos treinta y cinco mil, por lo que tuvo que ponerse a cortar, trabajo que detestaba, pero que no estaba dispuesta a dejar en manos de Patricia, no porque ella lo hiciera mal, generalmente le mejoraba las notas, sino porque esta vez temía que cualquier punto o coma que ella no manejara fuera una traición a lo que ella había vivido en esas semanas. Finalmente, escribió un artículo principal de dieciocho mil caracteres. Pensó en hacer un recuadro largo dedicado a Lucio, pero la idea de tenerlo en una nota individual la destruía todavía más. Así que decidió incluirlo en el cuerpo principal del artículo, contar cómo se había convertido en la fuente principal. Lo mismo hizo con Rafael, salvo que en este caso no puso su verdadera filiación, sino un nombre inventado. Lo llamó Roberto. No había tampoco nombres de los menores, salvo de las víctimas fatales y los heridos. Con suerte, algún lector reconocería a algunos de los chicos y se pondría en contacto con la redacción o la justicia para aportar más datos.

Tres mil caracteres los usó para un recuadro dedicado a Julián, en el que relató cómo se había convertido en víctima involuntaria de la investigación. Lo describió con lo que le había contado Rafael: su interés por Chacarita, sus ganas de conocer las costumbres locales, de ser uno más entre la gente del barrio. Sin querer, Rafael le había dado material para que ella escribiera un perfil sobre Julián, que era a la vez una nota y un homenaje.

Los siete mil caracteres restantes los utilizó para un segundo artículo. Una doble página complementaria a la investigación, que involucraba exclusivamente a Palma. Juan García le había pasado en esa carpeta mucho más que el hecho de ser el tesorero de ese juego atroz con fondos públicos de la ciudad. También había desvíos de esos mismos fondos para empresas de las que Palma era uno de

los dueños. O gastos injustificados, viajes al exterior, pagos a personas inexistentes. Palma era un auténtico hacedor de excusas financieras, con las que seguramente se había hecho rico. Y era más que probable que parte importante de ese dinero hubiera ido a parar a García o a alguien similar. Palma pagaría la fiesta en nombre de todos ellos.

A pesar de que nunca lo había hecho y de que cuando lo veía en alguna nota le parecía una pavada, se tomó una licencia profesional y dedicó el artículo. Puso: «Al Peque y a Dientes, integrantes del Superequipo». Las únicas personas que habían tenido una actuación destacada y que no aparecían en ninguna parte de la nota eran el padre Pedro y Marcelo. Le pareció que no incluir al sacerdote era un gesto por su parte para protegerlo. Seguramente él prefería no aparecer mencionado. A Marcelo lo dejó afuera porque contar lo ocurrido en su edificio la involucraba a ella en la historia. Tendría que haber contado su papel en primera persona. Y ella odiaba usar la primera persona en los artículos periodísticos.

«Aquí va», decía el *email* que le envió a Patricia con los artículos adjuntos, «fijate si podés leerlo ahora y hacerme los comentarios que te parezcan. Mañana, como te dije, no voy a estar disponible. En *email* aparte te mando las capturas de los videos que te prometí».

A los cuarenta minutos, la llamó Patricia.

—Verónica, esto es lo más maravilloso que leí y edité en mi vida profesional. Te llamo simplemente para darte las gracias por haber hecho este trabajo y por hacerme sentir periodista de nuevo.

—La nota es buena. Pero vos estás loca.

—Escuchá esto. Nuestro director pidió que le agreguemos una columna de opinión de una psicóloga que explique los traumas que puede generar esta actividad en los chicos que participaron.

—¿Y vos qué le dijiste?

—Que se fuera a cagar. Si tocaba una puta coma de la nota, mañana tenía mi renuncia, la tuya y una demanda por mala praxis periodística, si es que eso existe.

—Gracias, Pato, sos como una madre.

—Vos también andate a cagar.

Eran ya las nueve de la noche. Hacía treinta y ocho horas que no dormía. A la mañana siguiente seguramente sería el entierro o la cremación de Lucio. Debía ir, o no. Acercarse a la esposa, hablarle. Ver a sus hijos, que en su mente eran como fantasmitas que se metían en el medio de su historia como un dolor de ovarios. Estar entre sus compañeros de trabajo y su familia. Al fin y al cabo, ella era parte de su vida. Pero no tenía fuerzas. No le quedaba más energía para hacer lo debido. Tuvo ganas de tomar un *whisky* y desechó la idea: buscar un vaso y servírselo era un esfuerzo que no estaba dispuesta a hacer. Y a pesar del cansancio, creía que los pensamientos sobre Lucio no la iban a dejar dormir. Así

que tomó un Valium, silenció los teléfonos, se quitó la ropa y cayó sobre la cama, como cae un cuerpo muerto.

### III

Despertó con unas imperiosas ganas de hacer pis. A los tumbos llegó hasta el baño. Volvió a la habitación y se acostó de nuevo. ¿Qué hora sería? Como la ventana estaba cerrada era difícil calcular. Además, llovía. No sentía ganas de levantarse. Buscó el celular y miró la hora: las siete y cinco de la tarde. Hacía casi un día completo que estaba acostada. Solo se había levantado para ir al baño. Tenía un par de llamadas perdidas de Federico y una de su padre. También tenía un mensaje de texto de Fede: « tdo bien? pdo psar verte?». Le contestó: « Estoy bien, quiero descansar. Te llamo mañana. Beso» .

Decidió levantarse aunque fuera un rato. Tenía algo de hambre. En el termo había quedado un poco de café. Lo recalentó en el microondas. En la heladera había *leberwurst*, buscó unas tostadas en la alacena y se sentó en la cocina. Comió mientras tomaba el café. Después fue al living y se sirvió un Jim Beam. Abrió la ventana del balcón, apagó la luz y se puso a mirar la lluvia. Se quedó allí un par de horas, con la botella de Jim Beam cerca.

La lluvia parecía no parar nunca. Caía pesada y lentamente. Trataba de tener la mente en blanco, pero no era fácil. Cada tanto se le cruzaban imágenes que no quería traer a la memoria. Quería olvidarse de todo, de lo ocurrido y de lo escrito. Tampoco quería saber nada de nadie. No encendió la computadora ni chequeó el correo. Algo borracha, se recostó en el sillón de dos cuerpos y encendió el televisor grande. Encontró recién comenzada *Scarface* y se quedó mirándola. La había visto muchísimas veces y nunca dejaba de atraerla. Fue hasta la cocina y buscó una caja de Ferrero Rocher que le habían regalado hacía tiempo y que no había comido para no engordar. Se sirvió otro *whisky* y se dispuso a ver la película.

Fue entonces cuando sonó el celular. En algún momento había decidido apagarlo, pero se había olvidado de hacerlo. Se levantó con cierta dificultad y buscó el aparato. La pantalla mostraba un número desconocido. Atendió. Una voz femenina le habló desde el otro lado de la línea.

—Soy Andrea, la mujer de Rafael.

La voz parecía llegar de un lugar lejano. En realidad, a Verónica todo le resultaba de una lejanía irreal: la lluvia, el sonido y las luces del televisor, las sombras de ese living. Y mucho más la voz de Andrea, que le decía que Rafael

estaba desaparecido. Que habían vuelto a la casa después de que le dieran el alta en el hospital y que Rafael se había enterado recién entonces de que Julián había muerto. Que se había encerrado en un mutismo que las había preocupado. Que se había acostado, estaba descansando, pero se había ido sin que nadie se diera cuenta. Ya llevaba más de seis horas fuera de casa. Que lo había llamado a su celular, pero que sonaba hasta entrar el contestador. Ella ya no sabía qué hacer, cómo buscarlo. No quería ir a la policía después de lo que le había ocurrido. Que tenía miedo de que alguien le hiciera daño. O de que él mismo se lastimara.

Verónica trataba de entender lo que Andrea le explicaba y de la misma manera que un susto baja el alcohol y alimenta la lucidez, Verónica comenzó a entender el pedido de Andrea.

—Andrea, tranquilízate. Rafael va a estar bien. Lo vamos a buscar y lo vamos a encontrar. Te llamo más tarde a este número.

Pensó en recurrir a Federico una vez más. Sin embargo, algo le decía que ella tenía más posibilidades que nadie de encontrar a Rafael.

Se puso un jogging, unas zapatillas deportivas y una campera de lluvia liviana y con capucha que usaba las pocas veces que salía a correr. Guardó los cigarrillos, el encendedor, la billetera y el celular en los bolsillos de la campera.

La lluvia arreciaba cada vez más. No había autos por la calle y mucho menos taxis. Tuvo que caminar hasta la avenida Córdoba para encontrar uno. Cuando lo tomó, ya estaba empapada. Le dio al taxista la dirección del supermercado de Julián. Si debía empezar una búsqueda, debía ser por ahí.

—¿A esta hora vas a Soldati? —le preguntó el taxista.

Verónica le dijo que sí y no le dio más lugar para la charla. Sacó el celular y buscó el teléfono de Rafael. Lo llamó varias veces pero nadie atendía. Miró por la ventanilla empañada. Buenos Aires parecía una ciudad vacía y fantasmagórica.

—¿Vivís ahí o vas de visita?

El taxista la miró por el espejo retrovisor. Verónica detestaba los taxistas que le daban charla, pero ese tipo no hablaba del clima ni de política. Quería saber de ella y eso le resultó, además de molesto, peligroso.

—Voy —dijo y volvió a concentrarse en el celular para desalentar cualquier posibilidad de conversación. El tipo se llamó a silencio por un buen rato. Pero unos minutos más tarde le dijo:

—¿Por qué no te pasás adelante y así podemos charlar más cómodos?

Verónica no le contestó. Esperó al primer semáforo en rojo y se bajó sin avisarle. El taxista le gritó «loca de mierda» y ella caminó en sentido contrario al tráfico con la esperanza de encontrar otro taxi. Por un momento temió que el tipo se bajara y la siguiera, pero no lo hizo. El taxi arrancó cuando tuvo luz verde y ella se detuvo. No tenía idea de dónde estaba. Un poco antes de que el taxista le hablara, le había parecido ver a mano derecha un hospital. Caminó hasta la

esquina. Era la avenida Juan B. Justo. Se guareció de la lluvia en un refugio donde paraban los colectivos y esperó a que apareciera otro taxi. Unos cinco minutos más tarde vio uno que venía lentamente hacia ella. Se subió, le repitió la dirección y, esta vez, el taxista, en silencio, prendió el reloj y aceleró el auto.

Llegó al supermercado, pagó y se bajó. Quedó sola frente al negocio. Estaba cerrado. No se veía a nadie dentro del local. Rafael no estaba ahí. Podía estar en cualquier lado, en un bar, en la pensión donde había vivido, en un tugurio comprando merca. Verónica recordó que Rafael le había contado de un barcito al que iba con Julián, pero no tenía la dirección. No debía de quedar lejos de allí. Aunque muy probablemente era uno de esos bares diurnos que trabajan en horario comercial. Rafael también le había contado de los encuentros con su hija en una plaza. ¿Qué plaza? Volvió a marcar el celular de Rafael sin que la atendiera. En su teléfono, Verónica tenía un mapa de Buenos Aires. Buscó dónde estaba el supermercado y movió la pantalla en busca de una plaza que quedara entre ese lugar y la casa de la familia de Rafael. Había una plaza que quedaba a siete cuadras. Se encaminó hacia allí sin esperanza de que pasara un taxi. No le preocupaba andar por ese barrio, que podía calificarse de peligroso para una chica o para cualquier pequeñoburgués obsesionado por la inseguridad. Tenía la ropa empapada y la caminata a paso vivo la hacía transpirar. Llegó a la plaza mal iluminada y buscó con los ojos. Vio a lo lejos una sombra sentada en uno de los bancos más lejanos. Desde ahí no podía saber si era Rafael, pero ella no tuvo dudas. Era él.

Se acercó casi corriendo. Rafael miró hacia ella. No había nada en sus ojos que le dijera cómo se sentía. Tenía una pierna enyesada y unas muletas estaban tiradas al costado del banco.

—Vos sabías que habían matado a Julián.

Verónica se agachó y le tomó las manos. Rafael estaba tan empapado como ella. O más.

—Tenía una esposa, una hijita...

Parecía el comienzo de una frase más larga, pero Rafael comenzó a abrir la boca como si no le salieran las palabras. Ella lo abrazó como pudo y él repitió «una esposa, una hijita» mientras lloraba. ¿Qué hacían los dos en medio de una plaza, a medianoche, bajo una tormenta de nunca acabar, llorando? La oscuridad que los rodeaba no era mayor que la soledad que los cubría en ese momento. Solo ellos dos sabían por lo que habían pasado para llegar ahí, a esa plaza, a esa noche. En realidad, ella sabía por qué lloraba Rafael. Él podía vislumbrar el dolor de Verónica, pero no conocía el origen del llanto incontenible de ella, que se mezclaba con los cuerpos empapados, cansados, frágiles.

Verónica lo ayudó a ponerse de pie y Rafael dijo más para sí que para ella:

—Fui al negocio, pero no me animé a hablar con Elsa.

El celular de Verónica comenzó a sonar. Era Andrea. Atendió y le dijo dónde

estaban. Andrea quiso ir para allá, dijo que un vecino remisero la podía llevar en cinco minutos. Rafael y Verónica caminaron lentamente hacia la esquina. Verónica no se apartaba de él. Tenía miedo de que, a pesar de la pierna enyesada, se escapara. Andrea llegó a los pocos minutos, abrazó a Rafael y saludó a Verónica. No tenía sentido que ella los acompañara. Les dijo que se tomaba un taxi en la próxima avenida. La dejaron ahí. Andrea le hizo un gesto como de agradecimiento y le dijo algo antes de subirse al auto, pero Verónica no escuchó ni vio. Ella ya no estaba ahí. No estaba en ninguna parte.

Caminó a ciegas y se detuvo ante una parada de colectivos. Enseguida apareció un 46 y estiró el brazo para que se detuviera. No tenía idea de hacia dónde se dirigía ese colectivo, pero no le importó. El interior estaba semivacío. Se acomodó en el último asiento individual. Sentía el cuerpo helado pese a que no hacía frío. Igualmente, seguía transpirando. Le hubiera gustado encender un cigarrillo. Apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos, pero no se durmió. El colectivo había tomado por la avenida Rivadavia e iba en paralelo a las vías del ferrocarril Sarmiento. Pasaron la estación Villa Luro y ella se bajó al llegar a Liniers. Ya casi no llovía, pero su ropa seguía mojada. Subió por un puente peatonal que comunicaban los dos lados de la estación de tren. Se quedó en medio del pasillo mirando hacia las vías. No había trenes a esa hora. A pocos kilómetros de ahí había muerto Lucio. Ellos habían pasado por debajo de ese puente las dos veces que estuvieron juntos en el tren. Unas estaciones más allá él la había besado por primera vez. No quedaba nada de esa realidad pasada. Solo persistían esas vías herrumbrosas, trenes que repetían su rutina indiferentes a los cuerpos destrozados. Quedaba ese puente, la gente que lo cruzaba, los edificios que lindaban con las vías, los pasajeros que seguían con sus vidas. Los únicos que no estaban eran Lucio y ella. El beso de Lucio. El cuerpo de Lucio con el rostro desfigurado por las balas. Nada quedaba.

Quería cerrar los ojos y aparecer en cualquier lugar que no fuera ese. Bajó las escaleras hacia el lado norte de la estación. En la vereda de enfrente, sobre la calle Viedma, vio un bar abierto. Entró y se sentó a una mesa en el medio del salón. Había unos pocos tipos que la miraron insistentemente. Un viejo en el fondo fumaba. Así que sacó su atado de cigarrillos y encendió uno. Se pidió una cerveza. Necesitaba algo de alcohol, aunque sabía que esa cerveza no le iba a servir para nada.

El mozo le dejó el chopp y un plato con manías. Tomó un largo sorbo. Un muchacho que estaba acodado al mostrador se acercó a su mesa. Le dijo algo y ella contestó sin escucharse. El flaco se sentó. Era menudo y parecía tímido. Seguro que le había costado acercarse a hablar. Le dijo su nombre pero ella no lo registró. Le hablaba de la tormenta, del verano que tardaba en llegar, de algo más que ella no escuchaba. Verónica llamó al mozo y pagó la cerveza. Le preguntó al muchacho si conocía un hotel cerca. Salieron juntos.

El flaco la llevó a un albergue transitorio que estaba a dos cuadras de Viedma. Durante el velatorio de su madre, Federico no se había despegado de ella. Había estado atento a lo que ella necesitara, un vaso de agua, llamar a una amiga, la obligó a comer un tostado y a tomar un café con leche. Durante el funeral, la abrazó y la contuvo en todo momento. Los más íntimos, incluido Federico, quedaron en ir a la casa del padre de Verónica después del cementerio. Ella aprovechó un descuido de Federico para subirse al auto con la familia de su hermana Leticia. Cuando llegaron a la avenida Libertador, pidió que la dejaran ahí, que ella iría más tarde a lo de su padre. Verónica llamó a un amigo que vivía a unas pocas cuadras, en el último piso de un edificio de esa avenida. Desde ahí se veía la costa uruguaya. Habían tenido sexo varias veces, pero nunca habían sido algo más que dos amantes circunstanciales sin importancia. Él estaba en su departamento y la esperó. Cogieron. Ella se quedó un rato mirando el río y después se fue a la casa del padre.

Ahora miraba el espejo en el techo, la espalda desnuda de ese muchacho sobre ella. Cerró los ojos y buscó que su cuerpo reaccionara, que se dejara llevar por los estímulos, que se comportara como un cuerpo normal, pero no lo consiguió. Cuando una media hora después se vistieron, el muchacho le dejó disimuladamente sobre su campera un billete de cincuenta pesos. Debía de pensar que ella era una prostituta. Verónica tomó la plata sin decirle nada y la guardó con los cigarrillos. Se separaron en la puerta del hotel y ella regresó a la calle Viedma. Había visto que por ahí pasaban taxis. Se tomó uno y fue a su departamento.

Había dejado la tele prendida, el vaso de Jim Beam servido, los bombones sobre la mesa ratona. Ya no estaba Tony Montana en la pantalla. Había comenzado una película que no conocía ni le interesaba. Verónica se sacó la campera, las zapatillas, las medias, el pantalón todavía húmedo, el buzo y se quedó en ropa interior. Se cubrió con el toallón que estaba usando para secarse, se tomó el *whisky* de un sorbo y se quedó dormida tirada en el sillón.

#### IV

Se despertó a la mañana, muy temprano. La televisión seguía encendida y daban uno de esos programas comerciales en los que se venden aparatos para adelgazar y levantar el culo. Tenía la boca pastosa y le dolía levemente la cabeza. Era jueves y ya no llovía. Todavía quedaban varias cosas por resolver.

A las diez debía estar en Tribunales para hacer una declaración ante un juez de instrucción por lo ocurrido en la tarde del lunes en la puerta de su edificio. Su padre la llamó para que se encontraran un rato antes. Cuando las papas quemaban, su padre no delegaba el trabajo en nadie, ni siquiera en Federico.

Una vez que estuvieron juntos, él le repitió lo que tenía que decir: como ella temía por la vida de sus amigos, había tomado un auto prestado y fue hacia su departamento. Cuando llegó y vio la escena de sus amigos tirados en el piso, perdió el control del auto y se subió a la vereda con tanta mala suerte que había atropellado a las cuatro personas que, cosas del destino, eran los asesinos del dueño del supermercado de Villa Soldati y que habían ido ahí a matar al testigo de un caso. Lo suyo fue un accidente automovilístico, una desgracia con suerte.

El juez parecía dispuesto a aceptar cualquier cosa que ella dijera. La única objeción que puso fue que seguramente la compañía de seguros iba a hacer su propia investigación para evitar pagar los arreglos del auto. El padre le dijo al juez que no se preocupara, que el estudio estaba negociando un acuerdo con la compañía y no iba a haber problema. El juez parecía más un asistente de su padre que otra cosa. A Verónica eso la tranquilizó, pero no dejó de resultarle incómodo ser testigo (o protagonista) de esa escena.

Verónica y su padre almorzaron en Tomo I, restaurante que a ella no le gustaba, pero no estaba dispuesta a discutirle nada ese día a su padre. Ella comió unos *bocconcini de pâte à choux* con espinacas y jamón tostado; él pidió raviolos clásicos de espinacas con *ragoût* de tomate. Charlaron de sus hermanas, de los niños de la familia, de algún tío perdido que vivía en Tel Aviv y que había reaparecido gracias a la página web del estudio. Evitaron hablar de lo que había ocurrido en los días previos. Él no preguntó nada sobre su trabajo, ni siquiera sobre el uso que había hecho ella del estudio en todas esas semanas. Cuando salieron, Verónica lo abrazó.

—Gracias, pa, gracias por tanta ayuda.

—Es Federico. Ese chico sigue enamorado de vos.

—Ay, pa, no hanches. Además tiene novia.

El padre movió la cabeza negativamente y se fue caminando rápido hacia el estacionamiento. Ella anduvo unas cuadras en sentido contrario. Necesitaba tomar aire.

Fue justamente Federico quien la llamó más tarde. Pensó en no atenderlo, pero le pareció una crueldad que él no se merecía. Hablaron un rato. Federico le contó que la tarde anterior habían detenido a Rivero, a su socio y a Palma. Que ese día los diarios habían sacado la información, pero que no habían podido contar demasiado ni sacar conclusiones y mucho menos vincular la muerte del maquinista con los chicos y el asesinato de Julián. Que todos se iban a desayunar con la nota de *Nuestro Tiempo*.

También le dijo que había hablado con Álex Vilna por su auto. Que lo del seguro se iba a solucionar y que le había ofrecido alquilarle un coche hasta que se lo reparasen, pero que el jefe de Política Nacional de *Nuestro Tiempo* había rechazado el ofrecimiento con una pedantería tan insoportable que él había estado a punto de mandarlo al carajo.

Lo notaba preocupado por ella. Federico se ofreció para cenar, para ir al cine, para charlar, para lo que ella quisiera. Verónica rechazó con amabilidad cada una de sus invitaciones. Hubiera pasado un buen rato con Federico, pero temía que después tuviera que rechazar acostarse con él y no estaba con ánimo para una historia asimétrica como la que ellos se podían ofrecer el uno al otro.

Los primeros ejemplares de *Nuestro Tiempo* llegaban a la redacción al mediodía, pero ella no pensaba ir a la redacción. Habló con Patricia y le pidió regresar el lunes. La editora no puso objeción. Le contó que las fotos habían salido muy bien.

Verónica decidió ir al hospital a visitar a Marcelo. Le compró una caja de bombones y le escribió una esquila que intentaba ser divertida a la vez que le daba las gracias. El portero estaba con su esposa y unos parientes que ella no conocía. Se encontraba recuperado y con ganas de volver al edificio. Probablemente le dieran el alta el sábado por la mañana. Tenía algunos problemas con la ART, le contó la esposa ante la mirada reprobatoria de Marcelo, porque no le reconocían lo ocurrido como accidente de trabajo.

—Mis amigos del sindicato lo arreglan —dijo Marcelo quitándole importancia.

La distribución de *Nuestro Tiempo* comenzaba por los kioscos del centro, así que caminó en dirección al subte B y bajó en Florida. Hizo tiempo en un bar hasta que vio pasar las camionetas que distribuían los diarios y revistas. Compró un ejemplar de *Nuestro Tiempo*, que tenía en la tapa sendas fotos de Rivero y Palma saliendo esposados. Arriba de todo se aclaraba «Gracias a una investigación exclusiva de *Nuestro Tiempo*». El título principal en la tipografía

catrastrofca que usaba la revista decfa: « CAYÓ LA MAFIA DE LOS TRENES» , y en letra un poco mäs pequeña: « Obligaban a chicos a arriesgar sus vidas» . No releyó su artculo. Se dedicó a mirar las imágenes. Habfan utilizado todas las capturas que ella habfa hecho del video. Aparecfa tambfen una foto de Palma en algün acto pblico, junto al jefe de Gobierno de la Ciudad y con un exgobernador de Misiones. « A García no le va a gustar nada esa foto» , pensó, pero la tenfa sin cuidado lo que pudiera opinar García. Bastante habfa hecho por él para respetar el acuerdo. No habfa ninguna mención a su persona, nada que lo pudiera vincular con el caso. Podfa estar contento por cómo habfa conseguido quedar impune.

Esa misma noche vio las repercusiones de su nota en Internet y en la televisión. Hasta los canales con los que la revista se llevaba mal se habfan visto obligados a levantar el artculo. Su celular comenzó a sonar. Eran productores que la querfan invitar a programas en radio y televisión. Aceptó los pedidos de entrevistas radiales que se hacfan telefónicamente, y de la tele, solo accedió a aquellas que se grababan a partir del lunes de la semana siguiente. No tenfa ganas de mostrar sus ojeras a todo el país.

Sus amigas tambfen la llamaron, querfan una descripci3n detallada de todo lo que habfa vivido. Les dio una versi3n resumida y light de la aventura, lo suficiente para que la consideraran la nueva Mujer Maravilla. En cierto momento, sonó el timbre del portero eléctrico. No pensaba atender. Tuvo miedo. El timbre insisti3 y estaba por llamar a Federico cuando sonó su celular. Era Paula.

—¿Me podés abrir, nena, que estoy abajo?

Paula habfa cocinado unos tacos mexicanos de cerdo y pollo, habfa comprado unas Rápiditas, una botella de Nieto Senetiner malbec y un kilo de helado de Freddo.

—Me imaginé que te ibas a quedar en tu departamento en tu noche de gloria periodística y que si te llamaba me ibas a patear para la semana que viene.

Comieron, bebieron y criticaron a todas las personas que tenfan en común. Mientras Verónica preparaba el café y comentaban pavadas, Paula le tomó las manos y le dijo:

—Va a pasar. El mundo a tu alrededor estalló en mil pedazos. Pero va a pasar. Yo te lo prometo.

Verónica movió afirmativamente la cabeza y no pudo evitar que las lágrimas corrieran. Paula la abrazó y lloraron las dos. Se quedaron en el living hasta las tres de la mañana.

El viernes contestó varias entrevistas radiales. Obviamente, no tenfa nada para agregar a lo que aparecfa en la nota, pero sus colegas insistfan. Ella estaba acostumbrada a esas vueltas sin sentido en un reportaje, así que soportó estoicamente las limitaciones, insistencias e incomprensiones de sus entrevistadores.

También había recibido varios *emails* con felicitaciones. Uno era del director de la revista, que decía: « Veo que la escuela periodística de *Nuestro Tiempo* tiene en vos a la alumna más aventajada ». Pensó en contestarle como se merecía, aprovechando la impunidad que le daba su cuarto de hora de fama, pero prefirió el silencio.

El *email* que más le llamó la atención fue el que recibió de Rodolfo Corso. Decía simplemente: « ¿Y Juan García? ». Rodolfo tenía instinto y se había dado cuenta de todo. Escribió una larga respuesta contándole los detalles de lo que había ocurrido, pero lo desechó. Tampoco le contestó.

El padre Pedro la llamó. Dijo que había leído la nota y que se sintió feliz al saber que ella había podido pasar por todas las pruebas de templanza que fueron necesarias para conseguir justicia. No le aclaró si había decidido dejar los hábitos o si continuaba a cargo de la iglesia de Villa Oculta.

El sábado por la mañana recibió un mensaje de texto de Rafael. Le recordaba que Andrea le había dicho que fuera con ellos a almorzar. Que la esperaban. Verónica no recordaba haber arreglado nada, pero no le pareció mal la idea, y de paso podía ver a Dientes y al Peque.

Le pidió de nuevo el auto a su hermana Leticia, que ya ni se quejaba. Cuando pasó por el departamento para retirar las llaves estaba también su otra hermana, Daniela, y entre las dos la sometieron a un interrogatorio, especialmente sobre el hombre que había estado en su departamento. Las tranquilizó con la verdad: que el muchacho había vuelto con su familia, que no pasaba nada entre ellos, y que, de hecho, el auto era para ir hasta su hogar, ya que la habían invitado a almorzar.

En el camino compró unos conitos de dulce de leche bañados en chocolate. Estacionó el auto frente a la puerta del inquilinato y vio a Dientes, que venía caminando por la cuadra. Cuando él la reconoció, le sonrió y se acercó corriendo.

—Decile al Peque que más tarde voy a ir a saludarlo.

Además de los dulces, Verónica llevó en una bolsa la ropa que le había comprado a Rafael y que había quedado en su departamento. A Rafael se lo veía taciturno, pero se esforzaba para mostrarse feliz con su visita. Ella también se alegraba viéndolo sano y salvo, rodeado de sus tres mujeres. Almorzaron ñoquis, que había amasado la madre de Rafael y que había cocinado él mismo. Martina la seguía mirando con desconfianza. Debía de seguir pensando que ella era la novia del padre. Crecerás y entenderás, pensó Verónica. Andrea y la madre, en cambio, la trataban con amabilidad, pero ella no podía dejar de pensar que también en la madre y en la ex o actual esposa había una desconfianza similar a la de Martina, así que no se sintió del todo cómoda en el almuerzo.

Rafael se ofreció a acompañarla hasta lo de Dientes y el Peque. Primero fueron a lo de Dientes. La madre quiso hacerla pasar, pero ella se excusó. La mujer la trataba de usted y se refería a ella como si fuera una autoridad pública.

Le agradeció todo lo que había hecho y que la policía y la justicia hubieran rescatado a su hijo. Verónica pidió permiso para llevarlo junto al Peque a hacer unas compras. La madre no tuvo problemas. Algo similar ocurrió con la madre del Peque.

—¿Adónde vamos? —preguntó Dientes cuando Verónica los hizo subir en el asiento de atrás del auto.

—A buscar una casa de deportes.

—¡Yo sé dónde hay una! —gritó el Peque.

Una vez en el negocio les hizo elegir unos botines de fútbol y, ya que estaba, les regaló la camiseta de la selección argentina.

—Chicos, les prometo que la próxima vez les voy a traer un regalo maravilloso. La camiseta del mejor club del mundo: Atlanta.

Los llevó de nuevo a la casa. Pasó por lo de la familia Rafael para despedirse de todos. Los chicos la acompañaron hasta el auto y se quedaron saludándola con la mano hasta que ella ya no pudo verlos por el espejo retrovisor. Se sentía rara, no feliz, pero sí satisfecha. Cerraba correctamente algunos casilleros de su vida. No estaba mal.

El domingo fue un día de reflexión y pelea con ella misma. Si el día anterior había hecho lo correcto, ¿por qué no se animaba a seguir en esa línea? Se puso a escanear todo el material que Federico le había pasado sobre Juan García. Escribió en un documento de *word* un breve resumen de lo que ella había hablado con él y de lo que pensaba sobre esos documentos. Después los adjuntó a un *email* dirigido a Rodolfo Corso. Le escribió: «Querido Rodo, espero que estés bien. Preguntabas por García y acá está. Yo no puedo hacer nada porque lo prometí. Pero vos me imagino que tendrás ganas de volver a verle la cara a ese hijo de puta. Suerte y cuidate. Besos, Vero» .

La mañana del lunes, lo primero que hizo fue sacar de la alacena una botella de Rutini y bajar al palier. Como lo había imaginado, allí estaba Marcelo. No barría porque no podía mover el brazo derecho, pero igual controlaba las obras finales del arreglo de la entrada. Verónica le dio la botella de vino.

—Hoy no es nuestro aniversario.

—No importa, te debo una bodega entera.

Y finalmente ese día volvió a la redacción. Fue a primera hora porque no quería llegar cuando ya estaban todos. Temía que se pusieran a aplaudirla o algo similar, como ocurre en las películas de Hollywood cuando alguien vuelve de alguna batalla. Fue tan temprano que llegó antes que nadie. De a poco, fueron apareciendo sus compañeros, que la saludaban con afecto. El único que se

mostró poco efusivo fue Álex Vilna. Debía de estar resentido porque le había destrozado el auto y ella no tenía la más mínima intención de pagarle el arreglo con sexo. Patricia llegó y la saludó como si hubiera estado ahí el viernes anterior. Le avisó que a las dos de la tarde iba a haber una reunión de sumario con los redactores de la sección. Verónica se dio cuenta de que no tenía preparado nada, que no sabía qué nota podía proponer. Miró la hora. Eran las dos menos cuarto. Tenía quince minutos para armar un sumario. Como todo buen periodista que se precie, le sobraban diez minutos para inventar tres o cuatro propuestas de notas convincentes para un editor.

## V

Tomaron el colectivo 114 en Zelarrayán y Albariño y no se bajaron hasta cruzar el ferrocarril Sarmiento en avenida Seguroola. Retrocedieron unos metros y se metieron por el espacio que había entre los muros de los edificios y las vías. Hacía calor. El sol del mediodía pegaba a pleno y, si bien el verano todavía no había llegado, ya se hacía sentir. Dientes y el Peque llevaban puestas las camisetas de Atlanta que Superchica les había hecho llegar. Martina llevaba una remera negra que decía en grande « Los Piojos» y en pequeño « Civilización» . Tenía un dibujo extraño, como un rostro algo diabólico.

Caminaban arrastrando los pies o pateando el canto rodado. Las vías, como el cielo, estaban despejadas y los rieles brillaban con el reflejo de los rayos solares.

—No sé por qué usan la camiseta de Atlanta.

—Es regalo de Superchica.

—Ah, esa. A mí solamente me trajo unos bombones de chocolate.

—Vos no sos del superequipo, como tu papá y nosotros.

—Y a mí qué.

Caminaron unos metros más y se detuvieron para ponerse debajo de la sombra que proyectaban unos árboles.

—Bueno —dijo Martina suspirando profundo y como continuando una conversación vieja—, ¿cómo era al final?

Dientes y el Peque salieron de la sombra y se pararon sobre las vías.

—¿Ves? Así. Nos poníamos uno al lado del otro.

Se paraban como arqueros atentos antes de un tiro libre.

—Los dos a la misma altura. No se podía retroceder ni adelantar.

—Y el tren lo veías venir de lejos porque tiene una luz adelante.

—Un farol enorme.

—No, eran dos luces.

—Y había que aguantar.

—Lo más que pudieras. Sin cagarte en las patas.

—Después, cuando tenías el tren bien pero bien cerca, te tirabas para el costado. Así.

Y Dientes pegó un salto y se revolcó por el suelo. El Peque luego hizo lo mismo, pero cayó sobre los durmientes de la otra vía. Se levantaron y miraron a

Martina como esperando su aprobación o su admiración.

—Una pavada.

—Vos lo decís porque no lo hiciste. Por algo nunca traían mujeres al salto.

—Era para hombres, nenita.

—Ah, justo ustedes. ¡Superchica, salvame, Superchica!

—Ese fue Dientes.

—Yo no grité así. Apareció sola cuando corría.

A lo lejos, en dirección a Plaza Miserere se veía un tren. Dientes y el Peque fueron hacia donde estaba Martina y se quedaron ahí. El tren se acercaba y los chicos lo miraban en silencio. Cuando llegó a la altura de ellos hizo un ruido atronador y el piso tembló debajo de los tres. Apenas podía verse la gente sentada mirando por las ventanillas de los vagones. La formación pasó completa levantando un viento cálido. Dientes agarró un canto rodado y lo revolvió lejos en dirección al tren. Después el Peque hizo lo mismo.

—Te gané. Lo tiré más lejos.

—¿Vamos? —dijo Martina.

Desanduvieron el camino de grava. El Peque jugaba en medio de las vías a no pisar los durmientes. Dientes y Martina no le prestaban atención. Llegaron al paso a nivel y doblaron hacia la derecha. Alguien vio de dónde venían y les gritó:

—No hay que meterse en las vías, es peligroso.

Dijeron que sí para que no les siguieran dando una lección y continuaron caminando. Por la calle Yerbal pasaban autos y la gente transitaba con el ritmo cansino típico de los mediodías calurosos.

—Tengo diez pesos —dijo Dientes sacando un billete arrugado del bolsillo—. Podemos comprar una Coca o tres helados de agua.

—Coca.

—Coca.

—¿Acá o volvemos?

—Volvamos a casa —dijo Martina.

Fueron hacia la parada del colectivo contando las monedas para el pasaje de vuelta. Dientes de un lado, el Peque del otro y Martina en el medio. Arrastraban los pies y miraban la ciudad y a la gente con indiferencia.



SERGIO OLGUÍN. Nació en Buenos Aires en 1967 y estudió Letras en la universidad de esa ciudad. Trabaja como periodista desde 1984. Fundó la revista *V de Vian*, y fue cofundador y el primer director de la revista de cine *El Amante*.

Ha colaborado en los diarios *Página/12*, *La Nación* y *El País* (Montevideo). Es jefe de redacción de la revista *Lamujerdemivida* y responsable de cultura del diario *Crítica de la Argentina*.

Editó, entre otras, las antologías *Los mejores cuentos argentinos* (1999), *La selección argentina* (2000), *Cross a la mandíbula* (2000) y *Escritos con sangre* (2003). En 1998 publicó el libro de cuentos *Las griegas* (Vian Ediciones) y en 2002 su primera novela, *Lanús*, reeditada en España en 2008. Le siguieron *Filo* (2003) y las narraciones juveniles *El equipo de los sueños* (2004) y *Springfield* (2007), traducidas al alemán, francés e italiano.

*Oscura monótona sangre* mereció el V Premio Tusquets Editores de Novela, según el jurado, por la magnífica resolución de una trama de obsesión y doble moral, de pasión y conflicto social, en la que se ve envuelto el protagonista, un hombre dispuesto a traspasar todos los límites por una relación inconfesable.

## Notas

[1] Título de una canción de los Abuelos de la Nada. (N. del E. D.). <<

[2] Héctor «Bambino» Veira, Director técnico de fútbol argentino condenado por abuso de menores. (N. del E. D.). <<